Seix Barral

Sandra Newman

Un mundo sin hombres

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Lema
1
2
3
4
Los hombres (27-8, 5.15.03 GMT)
5
6
Los hombres (16-10, 22.01.20 GMT)
7
¿Qué opinión te merece la teoría conspirativa de las Chicas en Llamas?
8
Los hombres (12-12 8.01.35 GMT)
9
Una evaluación de tres estrategias de reconocimiento de individuos en Los hombres
10
Los hombres (15-2 22.13.00 GMT)
11
12
Los hombres (26-8 22.41.03 GMT)
13
14
15
Agradecimientos

Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

26 de agosto, 7.14 de la mañana: Jane Pearson amanece ante un mundo radicalmente distinto, uno en el que todos los hombres han desaparecido, incluidos su hijo y su marido. Mientras los busca sin perder la esperanza de traerlos de vuelta, ante ella surge una sociedad nueva, mejor, más feliz y segura que la anterior. Jane se enfrentará así a un gran dilema: tendrá que decidir si quiere ayudar a los hombres a regresar o si prefiere seguir viviendo en un nuevo mundo sin ellos.

Hermosa e inquietante, *Un mundo sin hombres* no rehúye las grandes preguntas ni las respuestas incómodas. A caballo entre el thriller y la ciencia ficción, brillantemente construida y con una premisa que pone sobre la mesa temas de gran actualidad, es una exploración sobre sacrificios imposibles que nos plantea a qué estaríamos dispuestos a renunciar para crear un mundo mejor.

Un mundo sin hombres

Sandra Newman

Traducción del inglés por Julia Osuna Aguilar

Seix Barral

Afirman que los dioses engendrados en los primeros tiempos, que eran pocos y estaban dominados por la cantidad y el salvajismo de los hombres engendrados por la tierra, se asemejaron a algunos animales y, de esa manera, rehuyeron la crueldad y violencia de aquellos.

DIODORO SÍCULO,
Biblioteca histórica

1

Cuando los hombres desaparecieron, no se sintió nada. Yo estaba de acampada por los montes del norte de California con mi marido y mi hijo. Anochecía y el cielo estaba de un solo color: violeta grisáceo, sedoso, oscuro. Las hojas color lima limón del aliso que tenía por encima temblaban e irradiaban una luz más viva que la del cielo. Dentro de la tienda, mi marido, Leo, leía en el iPad mientras dejaba que nuestro hijo de cinco años, Benjamin, que tenía terrores nocturnos, se durmiera echado contra él. La luz del aparato se vislumbraba por la ventanita con mosquitera. Yo estaba fuera, tumbada en una hamaca, demorando el momento de meterme en la tienda con ellos. Era agosto, hacía calor incluso allí arriba en plena sierra, y me había imaginado viendo salir las estrellas y sintiéndome indómita y solitaria, sin ataduras. Quise dar rienda suelta a mis fantasías de escapar, de bailar como *prima ballerina* en Japón o navegar sola alrededor del mundo: fantasías en las que no me había casado y tenía toda mi vida para mí.

Aun así, al mismo tiempo, sentía la presencia de mi marido y de mi hijo, y me encantaba que estuvieran allí. Les profesaba amor verdadero. No era que quisiera estar soltera y sin hijos; lo que quería era fantasear con esa posibilidad estando ellos allí. No me preocupó no oírlos en mucho rato. Había habido épocas en que había sentido miedo en este mundo, malas épocas. Esta no era una de ellas y me sentía feliz.

A las siete y catorce minutos de la tarde sucedió una intensa nada, secundada por una euforia que no se originó ni en los nervios ni en el cerebro. Más tarde lo recordaría como «estar drogada». En cuanto se me pasó, tuve la sensación de que Leo y Benjamin ya no estaban, pero rápidamente deseché la idea por absurda. Los cambios de humor eran habituales en mí y solían ir

acompañados de ideas estrafalarias. Miré hacia la tienda y vi la luz de la tablet, un punto animado. No los llamé para asegurarme. No quería despertar a Benjamin. Volví a mis pensamientos.

Debí de quedarme dormida a eso de las ocho. Al pie de la montaña, en el mundo habitado, las mujeres estaban ya llamando a la policía. Corrían por sus casas gritando nombres. Aporreaban puertas para pedir ayuda y se encontraban con que sus vecinas también estaban corriendo por sus casas gritando nombres. Se dirigían a comisarías para encontrárselas iluminadas, vacías y con las puertas abiertas. Del cielo caían pequeños aviones.

Me quedé dormida en medio del monte mientras el mundo se desmoronaba. No me desperté en toda la noche hasta que salió el sol.

Sus voces en vida, broncas y graves. El sonido de un hombre en otra parte de la casa. Niños que se cuelgan de ramas y chillan como monos, amagando patadas. La capacidad que tienen tres niños de sonar como diez. Un tamborileo en una mesa. Silbar. Ruido masculino espontáneo.

Hasta nunca.

Muy pocas mujeres en tal o cual comité ejecutivo. Otra junta directiva sin mujeres. Hombres que toman decisiones sobre los cuerpos de las mujeres. Clubes para caballeros. Los derechos de los hombres. Las revistas de mujeres. Feminismo. Hasta nunca.

Ver cómo tu novio juega a la consola. Reírte con la anécdota de un hombre y, luego, la anécdota de otro. Prepararte para cuando va a enseñarte algo que ha hecho él… y el alivio cuando no está mal. El papel de chica. Poner vocecita de niña. Usar zapatos planos para asegurarte de no ser más alta que él.

La mano grande en tu hombro. Él diciéndote que todo saldrá bien. «Estás guapísima», dicho así, con esa autoridad. Dejarle tomar el mando. Dejarle conducir. Dejarle decidir. Él llevándote en brazos a la cama. El subidón de sentirte sexualmente indefensa ante eso. Ser un objeto de deseo para los hombres.

Hasta nunca.

El sentimiento asfixiante de que te pisen al hablar. Un hombre poniendo voz de pito para remedarte. En una fiesta, los ojos de un hombre pasándote de largo para buscar a una más joven. Él respondiendo a tu pregunta, pero dirigiéndosela a ella. Dos hombres que hablan para que los oiga una mujer joven; ella atiende en silencio como si fuera jurado de un concurso. Tú dices algo y los otros tres esperan con impaciencia a que termines. Nadie te escucha porque no quieren mirarte. Verte en un espejo de un aseo público y ver lo que ellos ven.

Él, que empieza a dar miedo. Él, que le pega a la pared. Bajar la cabeza y tragar. Avergonzarte por haberlo provocado. Estar orgullosa de no haber sido tú. Ese momento en que te das cuenta de que no tienes el control; todo el pensamiento mágico se desmorona y eres un cuerpo al que están matando. O simplemente ir andando y acercarte a un grupo de hombres al doblar una calle. Ellos, que enmudecen y se te comen con los ojos al pasar. No te miran a la cara. Pisadas tras de ti en la oscuridad. Unas manos grandes en tu garganta. No poder pararles los pies.

Hasta nunca.

Tu padre. Tu hermano. Tu amigo. Tu hijo.

El día que conoces a tu marido.

En mi caso, Leo.

Un tipo vino a ver un coche que había restaurado mi padre, un Corvette C4 del 91. Lo acompañaba su amigo Leo, un rubio anodino con un ligero acento extranjero. Se había apoyado contra la pared del garaje, en una postura de hombros caídos que sugería aburrimiento y le daba un aire adolescente, aunque en realidad tenía treinta y ocho años. De pronto, de la nada, cruzó la mirada conmigo y me sonrió.

Yo estaba pasando por la peor época de mi vida, justo después de lo de Alain. Sufría ataques de pánico, me había salido psoriasis y tenía un pie lesionado que habían tenido que recolocarme dos veces. Allá adonde iba, me acosaban. Había tenido que mudarme con mi padre porque vivir sola era demasiado peligroso; me habían

pegado más de una amenaza de muerte en la puerta del piso. Diecinueve años y ya condenada... Esa era la palabra que siempre me venía a la cabeza: *condenada*.

Pero le devolví la sonrisa a Leo. Lo nuestro fue compenetración instantánea.

Se me acercó con la cordialidad campechana y desgarbada de un perro que saluda a otro perro.

—Buenas, me llamo Leo —se presentó, con ese acento suyo.

—Pues yo soy leo —se me ocurrió decir, aunque en el acto añadí torpemente—: Aunque no es que crea en la astrología ni nada de eso...

Sonrió, pero no respondió. Ambos volvimos a fijar la vista en el Corvette, un modelo con los bajos muy pegados al suelo y una carrocería que lo hacía parecer ágil, como con cara de estar a punto de abalanzarse sobre una presa. Azul cobalto. El amigo de Leo se había posicionado ya tras el volante mientras mi padre, que estaba con los codos apoyados en la puerta abierta, iba explicándole los arreglos que le había hecho al motor. Yo había estado ayudándole con el coche y le tenía mucho cariño, hasta el punto de que cuando pensaba en él me entraba una nostalgia punzante; a veces incluso me ponía a hablarle cuando no había nadie. En ese momento, sin embargo, al verlo con los ojos de Leo, sentí que no le importaba a nadie más. El amigo quizá se lo quedase o quizá no; había más coches. Y daba la impresión de que a Leo los deportivos le parecían una chorrada, una opinión que yo habría compartido años atrás. Ni siquiera era verdad que mi horóscopo fuera leo; cuando me pongo nerviosa, me da por soltar mentirijillas tontas. Yo sabía que Leo y su amigo eran biólogos y trabajaban los dos en la sede de Santa Cruz de la Universidad de California. Quise decirle que yo antes tenía vida propia, que había sido bailarina profesional. Me entraron ganas de contarle toda la historia, justificándome incluso, como había evitado hacer hasta la fecha. Por supuesto, era posible que él ya la conociera, que fuera a girarse y a decirme: «Oye, tú eres Jane Pearson, ¿no? ¿Cómo te sientes sabiendo que esos críos no volverán a ser los mismos?».

Cuando me giré, vi que él también estaba mirándome.

Estábamos los dos al lado, muy pegados, y parecíamos a punto de besarnos. Leo se puso colorado —era de sonrojarse a la mínima— y yo me sentí descolocada, sonriendo tontamente, una cría. No se me ocurría nada gracioso que decir. Luego aparté la vista sin pretenderlo. Ahora él se iría y no volvería a verlo.

—Me alegro de que no creas en la astrología —me dijo entonces.

Cuatro meses después estábamos casándonos.

Me quedé dormida en medio del monte. El sol se puso. Las estrellas fulguraron al tiempo que, en mí, fulguraban y fluían los sueños, guiados sutilmente por los cambios de la brisa en mi cara. Mi marido y mi hijo llevaban ya horas desaparecidos para siempre. Dormí de un tirón hasta por la mañana. Cuando me desperté, ya había salido el sol. El cielo estaba despejado, se veía inmenso, teñido de un azul que recordaba al huevo de un petirrojo. No tuve ninguna premonición. Cuando vi la tienda vacía, con los zapatos de los dos todavía allí, así como el móvil de Leo y las llaves del coche, di por hecho que habían ido a orinar entre los árboles. Mi marido se sentía como pez en el agua en medio del bosque y no era de extrañar que se hubiera marchado descalzo. Hice café y calenté una sartén para freír unos huevos. Pasó un rato y el pánico fue apoderándose de mí, al principio lentamente y luego de golpe, como un rugido en los oídos. Se volvió tan intenso que me entumeció. Veía el bosque y el cielo como en una película muy colorida. Estaba intentando respirar para no desmayarme. Empecé a llamarlos a gritos.

No sé cuánto tiempo estuve así, respirando todo lo hondo que podía y luego gritando. Sé que se convirtió en un esfuerzo físico muy exigente, como si estuviera cavando. Probé varias veces a llamar al 911, pero no tenía cobertura en el móvil. Empecé a peinar el bosque, sin dejar de gritar sus nombres, yendo y viniendo del área de acampada como por los radios de un círculo imaginario, aunque sin encontrar nada; ni un sitio donde hubiesen podido caerse ni huellas. Intenté ponerme en su pellejo y pensar

como ellos: la razón por la que Leo habría llevado a Benjamin a algún lado sin avisarme, que hubieran podido despistarse a la vuelta... Pero mi marido no se habría perdido; se ganaba la vida estudiando los bosques. Tampoco habría permitido que yo me levantara y me asustara al no verlos por ninguna parte. Si por algo se definía era por ser una persona responsable.

En cierto momento, me agaché a toda prisa al ver un envoltorio de KitKat, pese a que nosotros no comíamos chocolatinas y a que el envoltorio estaba ya desvaído y quebradizo. Aun así, mi cuerpo quiso creer que significaba algo. Me quedé allí en cuclillas, pensando en los pumas, en Leo teniendo un infarto y en mi hijo corriendo para avisarme en dirección contraria al área de acampada. Cuando volví a ponerme en pie, el sol ya había salido de entre los árboles y tuve la vertiginosa sensación de que se había elevado mientras yo estaba allí acuclillada al lado del papel de la chocolatina.

En ese punto alcancé un pico de pánico y empecé a bajar el monte a toda prisa. A medio camino del coche, recuperé la cobertura y marqué el 911. Al oír el tono de llamada, sentí un alivio inmediato. Me puse a andar en círculos como si fuera una vuelta de honor, pensando ya que todo saldría bien. Para eso estaba el Grupo de Rescate en Montaña. Su día a día era encontrar a gente desaparecida. Solo habían pasado un par de horas, y además iban los dos descalzos, de modo que tampoco podían haber llegado muy lejos. Seguro que todo tenía una explicación y que no habría pasado nada. Ya otras veces se había apoderado de mí el pánico y al final siempre encontraba una explicación.

Cuando respondieron, dejé de dar vueltas y me enderecé en el sitio, como a la voz de firmes. Saltó un mensaje grabado: «No cuelgue, por favor. Estamos recibiendo un gran volumen de llamadas...». Contuve la respiración, en un intento por mantener la compostura, con mi propio aliento resonando con el teléfono pegado a la oreja. «Mi hijo lleva un pijama rojo de los Vengadores —iba pensando yo—. Estamos en la ruta del lago Diamond en el bosque nacional de Siskiyou, en la nacional 199. Benjamin tiene cinco años. No sabemos si es alérgico a las abejas.» La grabación se

interrumpió entonces y me puse tan rígida que parecía que me hubieran dado una descarga eléctrica.

—Novecientos once —dijo una voz de mujer—. ¿Está su emergencia relacionada con algún varón?

Como la pregunta no tenía ningún sentido, la ignoré.

—Necesito que me pasen con el Grupo de Rescate en Montaña, por favor. —Al decirlo me eché a llorar. Lo dije más alto, sollozando—: Mi hijo y mi marido han desaparecido. Es el bosque nacional de Siskiyou, en la nacional 199. Han salido sin zapatos. Ya han pasado varias horas.

—¿Me confirma que las dos personas desaparecidas son varones?

—¿Cómo? Son mi marido y mi hijo. Sí, son hombres. Sí.

—Señora, voy a pasar a leerle un comunicado. Procure atender bien porque, de momento, es todo lo que podemos hacer por usted. A las siete horas y catorce minutos en horario GMT-8 del día 26 de agosto se ha producido una desaparición masiva que ha afectado a hombres y niños. La dimensión de la crisis hace imposible responder a cada problema de forma individualizada, de modo que estamos pidiéndole a la gente que mantenga la calma y consulte fuentes de noticias para estar al tanto de las novedades. Ahora mismo no tenemos más información. Por favor, no vuelva a llamar a los servicios de emergencia...

—Que me ponga con Rescate en Montaña —dije hablando por encima de ella—. Por favor, se trata de un niño de cinco años. Es muy pequeño. Necesito a los de Rescate.

—Señora, no lo entiende.

—Tiene que ponerme con ellos. Es su trabajo.

—A las siete horas y catorce minutos de la tarde del 26 de agosto se ha producido una desaparición masiva que...

Colgué. Comprobé las llamadas recientes para asegurarme de que realmente había marcado el 911. Volví a marcarlo y me saltó otra vez la grabación. Eso bastó para que me entrara un miedo horrible por todo el cuerpo, pero esperé, dando vueltas, sollozando y murmurando por lo bajo. Cuando por fin me atendieron, una mujer distinta empezó a leer el comunicado antes de que yo

pudiera decir nada:

—A las siete horas y catorce minutos de la tarde del 26 de agosto se ha producido una desaparición masiva que...

—¿Me quiere escuchar? ¿Me quiere escuchar de una puta vez?

—¿Es con relación a una mujer?

—No —respondí, y la comunicación se cortó en el acto.

Volví a llamar al 911, sudando y llorando, y me saltó la grabación. Maldije y tiré el móvil al suelo y luego me agaché corriendo a cogerlo. Por encima, los árboles se removían y producían un sonoro frufrú, muy cercano, hasta que, cuando el viento amainó, se rindieron al silencio. No se oían pisadas. No había ningún sonido que pudiera ser de pisadas. Yo estaba dispuesta a morir por salvar a Benjamin; eso tenía que servir de algo. Me senté en el suelo e intenté llamar a mi padre, pero no respondió.

Luego quise llamar a mi marido a pesar de que le había cogido el móvil de la tienda y lo tenía en mi propio bolsillo. Seguía albergando la remota esperanza de que me lo cogiera y me dijera dónde estaban. No cedí a la tentación. Si perdía más tiempo, quizá estuviera condenándolos para siempre. Me puse en pie. Volví a remontar la ladera.

2

Ji-Won Park estaba sola en su piso de Raymond, en el estado de Nuevo Hampshire, la noche del 26 de agosto. Tenía la televisión puesta mientras trabajaba en un proyecto. En la Costa Este eran más de las diez, pero ella solía trabajar hasta bien entrada la noche. Era artista: una artista sin fortuna que hacía dioramas y *collages* que nadie veía. Por el día trabajaba en una ferretería y, cuando llegaba a casa, se dedicaba a su arte.

A las diez y catorce, estaba ocupada pegando cosas mientras en la MSNBC daban una exclusiva sobre un escándalo político, un senador al que habían sorprendido utilizando información privilegiada para comprar acciones. A la izquierda de la pantalla había dos recuadros con bustos parlantes; a la derecha, una fotografía fija del senador saliendo del edificio del Capitolio. Tenía la boca muy abierta en lo que parecía ser una negación indignada. Uno de los bustos parlantes exigía que hubiera represalias. El otro se preguntaba quién tiraría la primera piedra. Ji-Won no estaba siguiendo la noticia con mucha atención. El escándalo era tan típico que costaba fijarse en él: una mota de polvo en un terreno ya polvoriento. El senador y los bustos parlantes eran todos hombres, otra cosa en la que por entonces costaba fijarse.

Un busto parlante se quedó callado a mitad de frase.

Ji-Won estaba concentrada en lo que estaba pegando, un ojo saltón que formaba parte de un marco lleno de ojos saltones que había estado haciendo para un espejo. Había estado felizmente perdida en sus pensamientos y nada predispuesta a fijarse en cosas externas. Pero siguió sin salir ni un sonido del televisor. Cuando levantó la vista, solo habían pasado veinte segundos y ya daba la impresión de que algo no cuadraba. La fotografía fija del político seguía allí, pero en los dos recuadros de bustos parlantes solo se

veía un fondo azul. Por primera vez reparó conscientemente en que, a pesar de que los tonos de azul eran idénticos, uno era papel pintado y el otro un cielo nocturno.

Pegó otro ojo en el marco y en la pantalla siguió sin cambiar nada. Volvió a mirar el televisor y se levantó, con las palmas ya sudando como solía sucederle a la mínima de cambio. Cuando pasó un minuto más, cogió el mando y fue cambiando de cadena. Todas parecían normales hasta que llegó a una en la que se veía un campo de fútbol americano vacío; incluso las gradas estaban casi vacías y el silencio de la escena resultaba inquietante. Al igual que en las cadenas de noticias, lo más extraño era que no pasaba nada. No había locutor explicando lo que veían los espectadores. El ángulo de la cámara no variaba. No sonaba música. Había unas cuantas personas dando tumbos por las gradas, aparentemente rumbo a las salidas.

Ji-Won se dio cuenta de que las emisiones que estaban afectadas eran las que retransmitían en vivo. Fuera lo que fuese, de momento solo había afectado a la televisión en directo. Algo terrible estaba ocurriendo en esos momentos.

En la primera persona en la que pensó fue en su mejor amigo, Henry Chin. Normalmente le habría mandado un mensaje, pero el silencio del televisor la asustó. Lo llamó por teléfono. Se sintió mejor en cuanto sonó el primer tono porque estaba a punto de hablar con él. Al segundo tono, le volvió el nerviosismo. Al tercero supo que algo no iba bien. Le saltó el contestador. Volvió a llamar y otra vez le saltó.

Henry siempre respondía a las llamadas de Ji-Won. Le habría cogido el teléfono aunque estuviera peleándose con uno de sus novios. Se lo habría cogido incluso en medio de un polvo. En cierta ocasión incluso se había salido a mitad de una obra de teatro para responder a su llamada. La única vez que no se lo había cogido había sido porque al subir a la planta de arriba se había dejado el móvil abajo y, cuando por fin consiguió hablar con él, llorando como estaba, a Henry no le pareció extraño que ella se lo tomara tan a pecho. Él se deshizo en disculpas. También lloró. Por entonces solo llevaban un mes viviendo cada uno en su piso y

estaban los dos con los sentimientos a flor de piel.

Así que lo llamó y lo llamó, sintiendo náuseas por el miedo. La última llamada se cortó a medio tono. Cuando volvió a llamar, no dio señal, a pesar de que ella tenía tres rayitas de cobertura.

Lo que más tarde recordaría de aquel momento fue la certeza que tuvo de que Henry se había ido para siempre. No estaba al otro lado de la línea. No estaba en ninguna parte. Todavía no lo creía, pero lo sabía. Se quedó con el teléfono agarrado contra el pecho, temerosa de salir de la habitación y alejarse de todas las cosas seguras que ocurrían allí. El estadio de fútbol se había vaciado ya por completo.

Sus recuerdos se reanudaban un cuarto de hora después, cuando, de camino a casa de Henry en coche, se encontró con un atasco en Epping, Nuevo Hampshire, un pueblecito de tres calles donde nunca había tráfico, donde matemáticamente, por población, no podía haber tráfico. Aun así, cuando frenó, llegaron más coches por detrás. Al instante se quedó atrapada. El tráfico no se movía y todo el mundo había empezado a tocar el claxon. Una camioneta se incorporó desde el arcén, pero solo avanzó la distancia de un par de coches antes de dar con un obstáculo, un SUV que se había estrellado contra un árbol. Todavía tenía las puertas delanteras abiertas y los faros encendidos. Una mujer se bajó del lado del conductor de la camioneta y corrió entre los carriles de coches con la cara muy acalorada y reluciente por las lágrimas.

Ji-Won quiso también bajarse. Quiso ir a otros coches, aporrear las ventanillas y exigir saber qué estaba pasando. Sacó el móvil del bolso y volvió a llamar a su amigo, pero una vez más no dio señal. Pensó en mirar en internet, pero no lo hizo, no fuera que avanzara el tráfico. Tenía que llegar a casa de Henry. Cuando levantó la vista, otras dos mujeres habían salido de sus coches y estaban en medio de la carretera, hablando alteradas, parcheadas por la luz de los faros. Si su amigo hubiese estado allí, habría ido a hablar con ellas y habría vuelto para contarle lo que le habían dicho. Intentó imaginarse saliendo también ella, pero solo

consiguió que se le acrecentara el pánico. Encendió la calefacción, algo que solía hacer incluso en verano, porque la tranquilizaba sentir el aire caliente en los pies. Solo entonces se le ocurrió poner la radio.

Al encenderla lo único que salió por los altavoces fue estática. Al ir girando el dial, la estática se fundió en silencio, luego volvieron varios picos de estática y de nuevo el silencio; una y otra vez, una decena de momentos en que el corazón del mundo se detuvo. Por fin sintonizó una voz de mujer que decía:

—... no está claro aún si es algo que ha sucedido a nivel planetario, pero tenemos informes de desapariciones masivas en Europa y China. Esta noche, aquí, en Estados Unidos, sabemos que todas las regiones se han visto afectadas, con las funciones del gobierno paralizadas e incendios que han empezado a descontrolarse...

Ji-Won escuchaba respirando muy superficialmente y apretando el volante entre las manos. Parecieron pasar años mientras se esforzaba por comprender. La mujer habló de plantas nucleares que habían quedado en una situación crítica por la falta de personal, y dio un número de teléfono para las trabajadoras del sector con experiencia que pudieran ofrecerse como voluntarias. Contó que se esperaba que la presidenta del Congreso se dirigiera al país en los siguientes diez minutos, dado que el presidente y el vicepresidente seguían aún desaparecidos. La mujer hablaba con un tono angustiado pero valiente, y Ji-Won recordó que las voces femeninas solían parecerle vulnerables por la radio, como de una cría valiente que recita en la oscuridad. A su alrededor, más mujeres seguían bajándose de los coches. Se abrazaban bajo la luz empañada de los faros. Una niña que estaba con ellas se volvió en ese momento y se quedó mirándola.

La locutora empezó entonces a perder el aplomo, con la voz deformada por las lágrimas. Ji-Won estaba llorando, igual que lloraba la mujer, igual que lloraban todas las mujeres bajo la luz de los faros, y, en ese instante, comprendió que todas formaban parte de algo, algo extraño, maligno y de la magnitud de una guerra. Eran todas niñas valientes juntas. Eran niñas que no volverían a ser

felices.

Alma McCormick pasó el día 26 de agosto en la mansión donde trabajaba su hermano Billy, que era el asistente personal de dos médicos que se habían tirado años discutiendo sobre si casarse o no y por fin lo habían hecho y estaban ahora de luna de miel en la Toscana. Era una casa al estilo de las plantaciones sureñas en un barrio acaudalado de Los Ángeles. Tenía arbustos de romero y una jacarandá enorme, así como una piscina con su casita de estilo neocolonial y una estatua de Poseidón donde suele ir el trampolín. A Billy lo habían dejado encargado de supervisar a los jardineros y de cuidar del galgo, Fred.

Permitir que Alma se pasara por la casa era transgredir las normas, pero estaba deprimida por lo de Evangelyne, porque las muy cabronas te rompen el corazón y te dejan más tirada que un guante, y porque la cabrona en cuestión era una estrella en los círculos universitarios, mientras que Alma trabajaba despachando en una hamburguesería, de modo que tendría que haberlo visto venir, pero, en cambio, se había enamorado. Además, le había prometido que esa noche no bebería, y ella nunca rompía las promesas que le hacía a su hermano. Aparte, ese día cumplía cuarenta años, aunque no podían ni mencionarlo. En lugar de eso, Alma se puso a hablar de su madre y de la repentina fascinación que sentía por sus raíces mexicanas, después de haberse pasado toda la infancia y la adolescencia de sus hijos diciéndoles que tenían que ser americanos, sin guiones ni compuestos. ¿Y se acordaba Billy de la niña de su colegio que también era medio mexicana pero tenía el pelo rubio y había tíos asquerosos que le decían: «Eres demasiado guapa para ser mexicana», y ella iba a llorarle a Alma por eso? Lo que ella tuvo que aguantar, en cambio, fue estar sentada en Matemáticas al lado de una que le escribió una notita a su amiga diciendo: «Estoy sentada al lado de la Cucaracha. Iuuuuu». La muy zorra escribía con permanente morado, pero cambió de color para escribir «la Cucaracha» en negro. Justo el tipo de cosas con las que su madre les enseñó a lidiar diciendo: «¡Yo soy americana! ¡Crisol de culturas!». Aunque tampoco es que

mami hubiera mantenido el contacto con Alma. Porque, a ver, vale que ella no había sido la mejor hija del mundo, pero ¿dónde mierda había quedado el perdón? No era de extrañar que siguiera sirviendo mesas a los cuarenta con una diplomatura terminada. Normal que estuvieran los dos deprimidos.

—Yo no estoy deprimido —protestó Billy—. Yo solo estoy gordo.

—Eso es lo más deprimente que he oído en mi vida, colega.

Billy soltó una risa comedida (siempre fue comedido) y dijo que su madre tampoco lo tenía fácil. La gente hace lo que puede, y ya acabaría perdonándola a su debido tiempo.

Pero Alma se encolerizó, se ofuscó e insistió en que no estaba bien pasar de tus hijos así sin más, por mucho que fueran unos muertos de hambre borrachos, y se quedó merodeando por el borde de la piscina, despotricando contra los progenitores que solo querían a sus hijos cuando la cosa iba bien, que había que ser un mierda, y que por ella podían arder en el infierno. Y así siguió, mientras Billy reía, la salpicaba con agua y la abucheaba cuando se pasaba con los insultos. El sol estaba poniéndose y parte del horizonte se había teñido con un sol líquido de un naranja radical, mientras que, a contraluz, las altas siluetas de las palmeras parecían arañas negras. Allá que se fue, y se vio a sí misma, un ángel vengador rapado y bello, con unos brazos nobles y recios cubiertos de tatuajes negros y el galgo, Fred, bailando tras ella, reaccionando a su voz despechada.

—¡Y encima lo de Evangelyne! —gritó por último.

En ese momento el perro salió corriendo en dirección a la casa principal y activó así las luces con sensor de movimiento, lo que hizo que la mansión destellara en blanco. La silueta de un coyote menudo y flaco se perfiló contra el muro.

Por un momento el animal echó a correr hacia Fred, pero luego se lo pensó mejor, dio media vuelta y se perdió de vista. El galgo ladró extasiado en todas direcciones, describió una vuelta de honor por el césped, a tal velocidad que sus piernas de caballo de carreras eran un borrón, y luego viró, se tiró de panza a la piscina y levantó tales salpicaduras que Billy tuvo que ir a cambiarse.

Qué noche más buena estaban pasando. Podría haberlo compensado todo. Alma no se había tomado ni una copa. Estaban estupendamente.

Y su hermano regresó cuando se hubo cambiado, atravesando con parsimonia la hierba mullida (unos lujos que compartían con los ricos porque Billy era un amor y ella se aprovechaba de su bondad). Alma estaba flipando con todo esto mientras su hermano se acercaba y ella abría los brazos para estrecharlo contra sí, para decirle que estaban echando una noche estupenda, una noche buenísima...

... cuando todo cambió. Se desenfocó. La gran noche se encogió y todo aquel césped suntuoso y amplio se convirtió en nada, perdió el interés. Otra cosa atrajo toda su atención, algo cautivador que quería que ella lo notase. Billy parecía muy poco importante. Muy lejano.

Se resistió. Necesitaba a su hermano. Peleó por Billy con toda su fuerza mental. Se le saltaron las lágrimas. Era una pesadilla en la que no podías moverte, de la que no podías despertar. Fred volvió a rodear el césped, gañendo, frenético, y el movimiento del perro era hipnótico. Se resistió. Se resistió, y el naranja del cielo había desaparecido. Había pasado tiempo. Billy no estaba por ninguna parte. Estaba ella sola.

Lo supo. Echó a correr, se cayó y se levantó. Corrió llamándolo, con el galgo pisándole los talones, ambos asustados. Peinó el jardín delantero y el trasero, venga a gritar. Entró en la casa y la recorrió de cabo a rabo, tanto los cuartos prohibidos como las habitaciones abiertas: el baño de mármol rosa, donde descorrió de un tirón la cortina de la ducha; la sala de música con el majestuoso piano; el dormitorio con la cama gigante llena de almohadones que tiró por todas partes, mientras Fred ladraba y gemía: Billy había desaparecido. No lo encontraba por ningún lado. Estaba sola.

Luego llamó a Evangelyne. Después fue al mueble bar. Volvió a poner patas arriba toda la mansión con una botella de bourbon en la mano. Lo supo. La tercera vez que subió las escaleras lo hizo a gatas y se paró a la mitad y se quedó allí bebiendo, con los

mocos colgándole de tanto llorar.

Después le vino un último destello de esperanza y salió corriendo por la puerta principal. Se adentró en la noche como una exhalación, abrió la verja de par en par y corrió descalza por la calle, chillando, y, al pasar por las otras mansiones variopintas, escuchó otras voces llamando en medio de la noche, gritando, sollozando, como si también ellas supieran que Billy había desaparecido.

Para Ruth Goldstein, empezó por la tarde, cuando su hijo mayor, Peter, se presentó en casa sin previo aviso. Tenía por entonces treinta y cuatro años y estaba pasando por otra de sus crisis nerviosas, una depresión aguda con momentos pasajeros de euforia, que había acabado con él cogiendo un vuelo a Nueva York y llamando a la puerta del piso de su madre, donde, una vez allí, aseguró que estaba escapando de su hermana, Candy, porque ya no se sentía seguro a su lado; si ella le había dejado quedarse era solo para tener a alguien a quien manipular, a quien castigar cada vez que le entraba la vena cruel. Él ya llevaba tiempo sospechándolo, pero ahora lo tenía claro, aunque no podía estar totalmente seguro porque estaba medio psicótico. Y si se equivocaba, estaría siendo un auténtico mierda. Siempre acababa haciendo daño a todo el que intentaba ayudarlo. Era consciente de que yendo a Nueva York iba a alterar a su madre y a su hermanastro, Ethan. Y cabrearía de lo lindo a su padrastro. ¿Y si otra vez era todo una puta locura suya? (Llegados a ese punto, estaba ya llorando.)

—No has traído maletas ni nada, querido.

Peter resopló por la nariz y dijo:

—Ay, no sé, es que no me he traído nada porque no quería que Candy se diese cuenta de que me estaba largando. Aunque al final la he llamado desde el aeropuerto para decirle por qué me iba. Lo siento. ¡Estoy fatal de la cabeza!

Y Ruth dijo, porque ahí estaba todo el intríngulis:

—¿Necesitas quedarte aquí unos días?

En el acto (como pasaba siempre que le dejaba quedarse) se le desvaneció la amargura como por arte de magia. Ethan salió de su

cuarto y se alegró muchísimo de ver a su hermanastro mayor, que se rio, le dio un abrazo e hizo un bailecito de felicidad. Así sin más, el piso se cargó al instante de un ambiente de fiesta de pijamas, un ambiente de vuelve a casa por Navidad. A Peter lo retrotrajo a la niñez. A Ethan, que tenía once años, lo retrotrajo a una etapa más temprana de la infancia. Ruth se convirtió en la madre de niños pequeños que fue en otros tiempos, una giganta desaliñada y satisfecha que admiraba con indulgencia sus monerías. Peter y Ethan pelearon con espadas de gomaespuma y luego hicieron entre los dos un bizcocho de rosca mientras ella troceaba las verduras para la cena. Peter limpió la cocina y empezó a ordenar nerviosamente los armarios, que su madre tenía siempre en un caos deslavazado (Ruth no le veía el sentido a poner las latas en líneas rectas cuando sabía muy bien dónde estaba todo). Criticó alegremente lo «degenerada» que era y se subió a una silla para quitar el polvo, mientras Ethan lo miraba con el asombro boquiabierto de un cachorrillo enamorado de un perro grande. Y era por esa paz maravillada del piso, con el viejo cedé con *La suite del cascanueces* que él ponía siempre, sus niños yendo de aquí para allá descalzos. Una dicha, un indulto: por eso su hijo volvía a casa, y ella no podía dejar de dárselos, a pesar de que le preocupaba que no fuera muy conveniente para el pequeño.

Luego, mientras se horneaba el bizcocho, preparó la cena con Ethan. Peter se dio una ducha y salió vistiendo el albornoz de flores de su madre.

—Estás divinooo —dijo Ethan, y los tres rieron.

—Si Tom me viera así, me mataría.

—No digas tonterías —repuso Ruth—. No es tan cavernícola.

Con aquel comentario se ganó veinte minutos de chistes de cavernícolas, con el pequeño haciendo unga-unga y el mayor bromeando con ella sobre el atractivo de los *Homo erectus*. Peter puso la mesa mientras les contaba que estaba pensando en sacarse un título de horticultura porque ahora la jardinería era lo más. Creía que las plantas eran el amor. Ella lo escuchaba y hacía ruiditos de aprobación, por mucho que no pudiera evitar pensar que aquello acabaría como el resto de las cosas: la terapia jungiana

que abandonó tras tres sesiones; la formación en aromaterapia; las clases de lenguaje de signos; las tres novias y los dos novios; la rehabilitación a diez mil dólares la semana de un alcoholismo que no padecía; el perro de salvamento que había adoptado y devuelto al refugio de animales en el mismo día, tras lo cual se fue a su casa, se tomó diez Xanax, se cortó las venas y llamó al 911.

Tom, el marido de Ruth, llegó entonces a la casa. Peter corrió al baño a cambiarse antes de que lo viera, pero Ethan le contó inmediatamente al padre, entre risitas:

—Peter se ha puesto la ropa de mamá.

Tom miró a su mujer y le preguntó:

—¿Ha venido Peter?

Tiempo después, Ruth pensaría que deberían haber desaparecido en ese momento, cuando todo podía haber acabado en una nota positiva. Pero no sucedió hasta más tarde, esa misma noche en la sinagoga, después de tres horas de peleas y pataletas, con Tom diciendo que si ella no echaba a Peter lo haría él; con su hijo diciendo: «¿Por qué no me pegas un tiro directamente, Tom? Porque eres un cobarde, por eso»; con Tom diciéndole a Ruth: «Dile a tu hijo que tenga un poco de dignidad»; con Peter respondiéndole a Tom: «Tu problema es que no soportas tener un hijastro marica»; con Tom contestando: «Si ni siquiera eres gay. Es todo un montaje. Eres un farsante y un maldito parásito»; con Peter diciendo: «Lo sabía, sabía que eras así de intolerante. Y, por si no te has dado cuenta, también eres un racista».

Y Ruth gritando: «¡Parad ya!», y sollozando, interponiéndose físicamente para apartarlos, llamándolos gilipollas. Ruth cerrando todas las ventanas para que no los oyeran los vecinos. Ruth encogiéndose del miedo, Ruth soltando improperios, Ruth descontrolada. Era lo que traía consigo Peter, o lo que sacaba de ellos. Culpa suya por dejarlo entrar en la casa.

Ethan se escondió. Se esfumó en su habitación. Eso fue lo peor de todo. Ruth ni siquiera pensó en Ethan. Quería morirse. En algún momento, cuando ella volvía del baño, Ethan abrió una rendijita la puerta y susurró: «¿Mamá?», y ella, para su vergüenza, lo mandó meterse en su cuarto con un gesto. Escogiendo a Peter.

Siempre estaba escogiendo a Peter. Culpa suya.

Por fin Tom se fue de la casa sin decirle a nadie adónde iba. Para entonces, ella ya llegaba tarde a la sinagoga. Se había apuntado para ayudar a hacer emparedados en el comedor social. Siempre andaban cortos de personal, así que no podía faltar. Pero Peter tampoco podía quedarse solo, y luego estaba Ethan... Así que allá que se fueron los tres, y en el taxi volvió a apoderarse de ellos la euforia, esa sensación de estar haciendo novillos del trauma. Peter se puso a imitar a Tom y los tres soltaron risitas, a pesar de que ella sabía que debía ponerle fin, pero el sol estaba poniéndose sobre el Hudson y las ventanillas estaban abiertas y entraba el aire del verano y no se sentía con fuerzas. Se sentía humana. No podía serlo todo.

Luego, por supuesto, Peter encandiló a todos los de la sinagoga. Ethan disfrutó de la gloria ajena mientras su hermanastro no paraba de hablar de su vida en California, de su trabajo como jardinero y de que la gente siempre le hablaba en español y de cómo una vez había tenido que explicarle a un hombre que él no era latino, sino judío sefardita, a lo que el hombre respondió: «Ah, entonces ¿esta es su casa?». La voz de Peter tenía un punto maniaco, demasiado sonora. Ruth sufría, aunque los demás no parecían darse cuenta. Entretanto, ya eran más de las nueve y media. Ethan iba a acostarse demasiado tarde. Por fin llegó el hombre que donaba el queso para los bocadillos y todos pasaron a una sala trasera amueblada con mesas plegables y sillas de plástico y, por las paredes, carteles medio caídos: TARDE DE MIDRASH Y CINE. SABATTEANDO CON EL RABINO GOLD.

En cuanto se pusieron a hacer los emparedados en las mesas largas, Peter fue calmándose.

—Esto es lo que debería estar haciendo con mi vida. Soy un egoísta...

—Esta es tu vida —le dijo Ruth—. Es lo que estás haciendo ahora mismo.

—Vale, pero... —replicó él.

Ella perdió interés entonces. No escuchó lo siguiente que dijo. Fue como si se hubiera liberado y pudiera disfrutar de la suave luz

de sus pensamientos, que llegó entonces a su apogeo y la hizo sentirse más viva. Se sentía tocada por la yema del dedo iluminado de Dios, combustionada: una dicha sincera que nunca había sentido en la sinagoga. De hecho, nunca había creído de verdad en Dios. Era una farsante y necesitaba pensar en eso ahora mismo. Cerró los ojos.

Cuando los abrió, había pasado un tiempo. La sensación se había esfumado. Estaba bajo la fea luz de cualquier sala de templo. La habitación parecía más fría. Ahora estaba medio vacía, con sillas desocupadas desperdigadas sin ton ni son.

Las mujeres de la sala se quedaron mirándose las unas a las otras, todas con sonrisas encandiladas y radiantes que rápidamente se desvanecieron en perplejidad. Ruth se dio cuenta al instante de que eran todas mujeres. Una habitación solo femenina despedía una sensación característica, siempre había sido así. Le llevó más tiempo percatarse de que, en concreto, habían desaparecido sus dos hijos.

Blanca Suarez tenía catorce años y estaba sometiéndose a una cirugía cardiaca de urgencia cuando se desvanecieron el cirujano y el anestesista. Desaparecieron médicos por todo el hospital. El pánico cundió en la planta de Cirugía, mujeres saliendo de los quirófanos a todo correr, gritando nombres de médicos desaparecidos y pidiendo ayuda para las operaciones abiertas a otras que necesitaban ayuda para sus operaciones abiertas. Al final, la de Blanca la terminó una residente asistida por una anestesista auxiliar a la que tuvo que compartir con otra operación. Llevó más tiempo de lo previsto. Blanca se despertó en medio de la operación y vio a la residente sudando, inclinada sobre los largos ramajes de las laparoscopias que le sobresalían del pecho perforado. La residente y ella estaban solas en aquella habitación de un blanco cegador, en un gran pico de horror e imposibilidad, con el cuerpo de Blanca semejando una macabra gaita. No sintió dolor, solo un peso y un tironcito como de roedor tan adentro que ni siquiera tenía claro que fuese de ella. La residente notó entonces el cambio en la respiración y pidió a gritos que volviera la auxiliar, que llegó

sollozando ya, diciendo «ay, pobre criatura», y la durmió de nuevo.

Cuando Blanca volvió a despertarse, los sonidos no le cuadraron. Por lo general, le gustaba despertar en reanimación; era ya una veterana de los quirófanos: había nacido muy prematura, con complicaciones, y se había pasado la vida en el hospital, atrapada por una máquina, dejándose sacar sangre, quedándose quieta, a merced del bisturí. Despertarse en reanimación significaba no haber muerto y encontrarse allí a su padre esperándola. Se habría pedido el día libre y le llevaría dulces y libros. Estaría el pitido de las máquinas, que parecía en cierto modo subacuático, y el dolor, que significaba que era una chica valiente y excepcional. Era un sitio donde no tenías que dormir en la oscuridad.

Pero esa vez, al despertar, se vio sola y rodeada de unos ruidos que no le cuadraban nada. Oyó sollozos y estertores. Ruido de Urgencias. Entró una enfermera que volvió a ponerle morfina antes de que tuviera tiempo para comprender qué estaba pasando. Se quedó tumbada, dejándose llevar por los calmantes, muy somnolienta y asimilando poco a poco la noticia a través de la cháchara aterrada que la rodeaba. Dos niñas de otras camas estaban contándose lo que había sucedido, peleándose angustiadas por los detalles. Cuando comprendió lo que eso suponía en su caso, se echó a llorar, aunque, bajo los efectos de la morfina, como en un país de cuento de hadas, resultaba casi placentero.

Su padre era la única persona que tenía en este mundo.

Estuvo un mes viviendo en el Hospital Infantil de Texas, mientras se recuperaba de la operación y esperaba a que llegara su tía María José, que residía en Las Cruces. Durante ese tiempo vivió varias aventuras: el día que se fue por primera vez la luz, el día que el hospital fue invadido por drogadictas, la crisis del agua contaminada, una madre que intentó apuñalar a la doctora a quien culpaba de la muerte de su hijo. En la segunda semana hubo incendios por toda la ciudad, y ya Blanca podía levantarse y acercarse a la ventana para ver los penachos de humo en la distancia, tiesos en el aire como colas de gato. Algunas madres iban al hospital infantil dos veces al día para comer, porque en las

tiendas no había comida, mientras que el centro recibía donaciones de una red de filántropas de todo el estado. Tenía generadores de emergencia y vigilantes voluntarias; se mantenía en pie mientras el resto de la sociedad se venía abajo. Las vigilantes voluntarias vestían pañuelos o bandanas rojas para que se las reconociera y llevaban un surtido muy variopinto de armas: escopetas de caza, revólveres, bates de béisbol.

La tercera semana Blanca y una banda de otras niñas sin familiares se hicieron fuertes por los pasillos. Dormían sobre la moqueta de una sala de espera, en tiendas de campaña que habían hecho con sábanas robadas, mientras cuchicheaban durante horas, elaborando una creencia popular por la que solo ellas sabían adónde habían ido sus padres. Lo veían en sueños: una ciudad cárcel en una isla confinada por la nieve y custodiada por demonios alados. Las chicas planeaban matar a los demonios mediante magia blanca y recuperar a sus padres. Era probable que algunas estuvieran fingiendo, pero Blanca realmente tenía sueños en los que pájaros y animales deformes con sonrisas humanas patrullaban un paisaje yermo. En el horizonte, llegó a ver una migración masiva en la que supo que participaba su padre. Si ella lograra entender lo que estaba pasando, quizá su padre todavía pudiera salvarse.

Una noche, mucho después de cualquier hora decente de irse a la cama, las niñas se colaron en la capilla del hospital para hablar con Dios y pedirle que las ayudara. La mayor de todas, Akeisha, las hizo arrodillarse, cogerse de las manos y visualizar mentalmente a sus padres. La capilla no era más que una habitación enmoquetada con tres filas de sillas de madera de cara al crucifijo. La luz fluorescente del pasillo entraba enturbiada a través de las dos vidrieras. Blanca no estaba acostumbrada a acostarse tan tarde; para ella, era como una hora inexplorada que posiblemente nadie más había visto antes, un tiempo en el que podía pasar cualquier cosa; los fantasmas podían ser reales, o podía aparecer el mismísimo Dios. La noche podía durar toda la eternidad. No importaba que se escuchara el timbre del ascensor o las pisadas de quienes pasaban por fuera. Eran sonidos que hacían las adultas,

que no contaban para nada. No habían sabido evitar lo ocurrido. Blanca rezó a pesar de que le dolía el pecho. Era un dolor potente. Ya estaba casi allí.

Pero al día siguiente una vigilante trajo una caja con juguetes y aparatos electrónicos que habían donado, y las demás chicas se pusieron a jugar a la consola. Cuando Blanca volvió a sacar el tema de los demonios, Akeisha le dijo que se dejara de tonterías.

La última semana, Blanca iba sola a la capilla. Para cuando vino su tía a recogerla, estaba rezándole a su padre.

3

Bajé de la montaña al décimo día, con el pelo tieso, los ojos enrojecidos y pinta de loca, y me adentré de vuelta al mundo por una comarcal de dos carriles que parecía desembocar en la oscuridad, con los gruesos árboles enterrando y vuelta a enterrar la carretera. Me había pasado esos diez días rastreando el bosque, rezando, gritando sus nombres. Para entonces, por supuesto, ya estaba al tanto de lo que había ocurrido, pero aquel suceso no tenía sentido, de modo que pensé que quizá pudiera anularlo a fuerza de rezar y de sacrificarme. Si estaban dándose milagros, entonces debía de haber dioses. Me echaba, por tanto, sobre la tierra y les cantaba a los cielos. Ni me lavé ni me cambié de ropa en esos días. Los últimos tres, me quedé sin comida. Tenía el cuerpo lleno de picaduras de mosquito, algunas de las cuales me había rascado hasta que me salió sangre.

El lugar más cercano era una pequeña población turística que tenía tan solo una calle comercial. Ambos extremos de esa calle daban a las montañas, que se elevaban en capas de bosque verde oscuro y roca marrón descolorida, hasta llegar a los picos más lejanos, que eran de un azul brumoso, como si el cielo se viera desde el pueblo y sus habitantes pudieran atravesar sin más las puertas principales y darse una caminata por la otra vida. No había nadie por la calle ni había nada abierto. Tampoco coches. Iba sola por la carretera.

Primero paré en un supermercado, un Albertsons al que le habían roto las puertas cristaleras, aparentemente muy concienzuda y cuidadosamente, pues tenía todos los restos de cristal despejados ya del marco. Atravesé el umbral de la puerta que faltaba con la sensación de estar entrando en un espejo. Dentro hacía fresco y la luz era tenue. En las estanterías no había comida

ni nada que se le pareciera, y la escena transmitía la majestuosa sensación de vacío de una catedral de un país donde se ha extinguido la fe. Quedaban algunos artículos no comestibles por aquí y por allá: escurridores, globos de fiesta, paquetes de cien cucharillas de plástico. Unos cuantos restos marchitos y medio licuados de verde se aferraban a las cajas de la verdura. En un pasillo, había un bote de remolachas encurtidas que se había roto contra el suelo, con restos de cristales y rodajas moradas desperdigados por las losetas sobre una mancha de un vivo magenta. De inmediato miré a ambos lados para avisar a Benjamin, no fuera a pisar los cristales. Al ver que no estaba, sentí el pánico habitual de cuando pierdes de vista a tu hijo en una tienda. Parte de mi mente aturdida se apresuró a intentar adivinar en qué sección podía haberse quedado. Cuando lo recordé todo, el dolor fue incandescente.

Una vez sí que perdí a Benjamin en un supermercado, cuando él tenía cuatro años. Mientras lo buscaba, me tranquilicé imaginándome que lo había secuestrado una entrañable solterona que lo adoraría y lo cuidaría incluso mejor que yo. Cuando se lo conté más tarde a Leo, le pareció muy gracioso. Le puso nombre a la mujer: «Mary Pompis». Después de aquello a veces amenazaba a Benjamin con que, si no se portaba bien, vendría Mary Pompis y se lo llevaría. Benjamin ponía cara de hastío y decía: «Mary Pompis no existe». Pero acababa haciendo caso; se notaba que la perspectiva un poco sí que lo inquietaba.

Me desplomé entonces en el suelo del supermercado. Estaba rezando en voz alta sin saber siquiera lo que estaba diciendo. Con la idea de expiación sobrevolándome los pensamientos, planté una mano contra los añicos del bote y hundí la palma en el cristal roto: un dolor penetrante y agudo, insoportable y nítido. Cuando el daño se convirtió en un latido que me llegó a los huesos, levanté la mano, me sacudí el cristal y me quité algunas esquirlas que se me habían metido dentro. Ya no lloraba, pero se me quedó un resuello extraño, como si intentara expulsar todo el aire de mis pulmones, una costumbre que tengo cuando me entra el agobio.

Luego me quedé un rato ahí, comiéndome la remolacha

después de limpiarle meticulosamente los trozos de cristal roto con las uñas y las yemas de los dedos. Todavía estaban blandas por el centro y esa textura me tranquilizó. Me sangraba la mano, pero no era preocupante. Menos mal: todavía tenía que encontrar a Leo y a Benjamin.

Cuando me terminé la remolacha, me puse en pie y volví a recorrer el Albertsons desacralizado. En cuanto salí al aparcamiento, me impactó la tranquilidad que se sentía en todas las direcciones. No había ruido de tráfico alguno, una ausencia que era como un ruido ensordecedor. Solo poco a poco me percaté de un vago y dulce clamor de voces. Al ladear la cabeza hacia algún punto, me pareció que provenía del cielo. Era agudo y festivo. Casi tenía melodía. Muchos niños jugando, fue mi primer pensamiento, aunque también pensé en el Dios al que había estado rezándole, en los coros celestiales.

El sonido parecía cercano y a la vez lejano, y dudé de si no sería un delirio mío. Pero me aventuré a caminar en cierta dirección y, nada más doblar la primera esquina, las vi. Estaban a dos manzanas de distancia, en un aparcamiento frente a una pizzería de un centro comercial abierto. No eran ni ángeles ni niños. Era el sonido de cien mujeres y ningún hombre.

Había algunas de pie, pero muchas estaban sentadas en el suelo sobre mantas, comiendo pizza de unas cajas de cartón. Las había que llevaban vestidos y tacones, y otras que iban en pijama o tomaban el sol en ropa interior. Todas bebían Budweiser de lata y parecían estar charlando. Una niña pequeña perseguía a otra entre chillidos, amenazándola con una larga pluma blanca. Al otro lado de las voces, se escuchaba un generador quejumbroso y un altavoz del que salía *Goodbye Yellow Brick Road*. Una adolescente cantaba con Elton John que si a ella no la retendrían en ningún pisito de soltero, mientras que tres niñas más pequeñas reían y bailaban dando vueltas con los brazos extendidos alrededor de la mayor.

En ese momento, me estremecí al pensar en lo radicalmente que podía cambiar una escena si la privabas del elemento masculino. Daba una sensación muy dulce y fantástica: un mundo de corderos sin lobos. Al mismo tiempo, era extraño, pero evocaba

un campamento rebelde en vísperas de una incursión.

Un tropel de niñas pequeñas vino entonces hacia mí, colándose sin esfuerzo entre las mujeres. Fueron en mi dirección a galope tendido, me pasaron de largo sin pararse y siguieron a todo correr hacia la mitad de la calle. Nadie se levantó ni las persiguió. Nadie les gritó para que no se perdieran de vista. No había hombres. No había coches en las calles. Todas las niñas habían sido liberadas. Se apoderó de mí un escalofrío al pensar en los cristales rotos del supermercado, en los osos..., riesgos que necesitaba para que el mundo me pareciera material y verdadero.

Todas las mujeres se fijaron en mí cuando las niñas pasaron a mi lado. La mayoría apartó la vista, quizá alarmadas por mi aparición, mientras que hubo quienes me sostuvieron la mirada y sonrieron. Fue como si ofrecieran voluntariamente sus caras. Yo llevaba diez días sin ver a nadie, y la emoción que sentí fue indescriptible, una poderosa mezcla de alivio y miedo. Aquí está mi salvación, pensé; aunque al mismo tiempo supe que podían darme la espalda si descubrían quién era yo. Me recordé que probablemente era más grande y fuerte que todas ellas. Yo mido un metro ochenta. Antes me dedicaba a la danza. Si intentaban hacerme algo, probablemente conseguiría escapar... aunque por supuesto no sería así. Me despedazarían miembro a miembro sin mucho esfuerzo. Eso es algo que aprendí de lo que me pasó con Alain.

Estaba pensando en todo esto cuando una mujer blanca con muy mala cara, bolsas negras en torno a los ojos y un pelo ralo y color acero —una mujer con un rostro que parecía un cráneo de caballo— se separó del grupo y se me acercó. Mientras venía a mi encuentro, el resto de las mujeres se encogieron en el sitio y apartaron la vista. Una adolescente incluso se levantó apresuradamente y entró en la pizzería, como si huyera de una catástrofe inminente.

—¿Señora...? —me dijo la mujer de rostro equino—. Señora, si piensa que ellas van a ayudarla, es mejor que dé media vuelta. Lo único que quieren es la gasolina de su coche y no van a dejarle ni cargar el móvil. Aquí el generador es solo para los aparatos

médicos. O eso me han dicho a mí.

Me palpitaba la mano. La sangre me chorreaba en un hilo espeso entre los dedos. No pude evitar mirar hacia la puerta abierta de la pizzería, donde sonaba música, era de suponer que proveniente de algún aparato eléctrico, pero la mujer no me siguió la mirada.

—Y si hay algún chisme tirando del generador, será poca cosa. Para lo que quiere Holly, siempre hay potencia de sobra. Ella es la que manda aquí.

—No necesito cargar nada.

—Holly hará como si fuera su amiga, pero da igual lo que le cuente, que ella lo único que quiere es sacarle la gasolina a sifón y dejarla varada en este pueblo. Así es aquí la gente. Ya lo verá.

En ese momento una mujer salió corriendo de la pizzería, una blanca de mediana edad y cuerpo recio con un vestido morado hecho para quedar suelto y sin forma, así como una melena también larga, igual de suelta y sin forma. Sonrió a modo de bienvenida, como una emisaria de aquel reino femenino.

—Buenas, forastera. Me llamo Holly. Me da que necesita ayuda con esa mano.

—Le estaba diciendo a esta señora que no eres una fuente inagotable —intervino la mujer equina—. O al menos eso me dijiste a mí.

—¿Estás bien, Julie? —le preguntó Holly.

—Perfectamente —respondió la otra—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Y tú, tú estás bien? Yo estoy perfectamente.

—Mira, Julie, voy a ayudar a esta señora. Si lo necesitas, pídele un Xanax a Micah, que tiene de sobra. Queda algo de limonada para bajarlo.

La mujer resopló con fuerza, dio media vuelta y se fue refunfuñando y murmurando sobre personas controladoras, gente tóxica que algún día se arrepentiría. Pasó por en medio de las demás y siguió su camino, manteniéndose prudentemente pegada al arcén a pesar de que continuaban sin oírse coches.

Holly la observó mientras se iba y suspiró.

—Perdónala. ¿Vamos y te limpiamos esa mano? —me

preguntó tuteándome ya.

Me condujo hasta el interior del local, que estaba en penumbra y exudaba un calor asfixiante. El horno estaba encendido, pero no así las luces ni el aire acondicionado, en teoría para evitar que el generador se sobrecargara. En contra de lo que había dicho la mujer de rasgos equinos, había regletas conectadas en todos los enchufes, con otras enchufadas a esa primera, en una caótica excrecencia de cargadores, móviles y portátiles. Un enorme ventilador de pie creaba una intensa turbulencia que consiguió agitar hasta mis pantalones cortos, tiesos por el barro seco. Sobre las mesas había varias cajas de verduras ecológicas de huertas cercanas: tomates, patatas con tierra y berenjenas. En una de las cajas, un letrero decía: PREGUNTAR ANTES DE COGER. ¡TENEMOS QUE RACIONAR! La pared sobre el único reservado que había estaba llena de carteles de ¿HAS VISTO A...? acompañados de fotografías impresas de hombres o niños. Todas las hojas aleteaban como locas en la brisa del ventilador, como si estuvieran saludando a la desesperada para llamar la atención. La adolescente que había corrido al interior antes de entrar nosotras estaba ahora en el reservado haciendo un puzle. Levantó la vista y le preguntó a Holly:

—¿Todo bien?

—Nada, las cosas de Julie... —respondió esta con resignación.

Holly me llevó a un fregadero grande que había en la cocina de la pizzería y me dijo que se podía utilizar perfectamente de bañera, y que no le preguntara cómo lo sabía, pero que todos los días hacía diez kilómetros en bici para ir al trabajo y en verano la cosa se ponía fea. Trajo un quinqué. Luego sacó de un armario primero un cubo lleno de geles y de detergentes de ropa y después una toalla de playa muy gastada pero limpia, con el dibujo de la bandera de Puerto Rico. Me señaló una caja con ropas viejas que había en el suelo y me contó que la gente llevaba toda la semana donándola, y ella había pensado: «¿Quién va a necesitar ropa?», pero mira tú por dónde. Me hizo enseñarle la mano bajo la llama del quinqué, chasqueó la lengua y dijo que iba a buscar a una mujer que era enfermera para que le echase un vistazo. Tenía el

despotismo tranquilizador de una madre con críos pequeños, y cuando se fue para dejarme algo de intimidad, la eché de menos. Me imaginé que al principio la gente se habría visto atraída por la pizza gratis y el generador, y luego se habrían quedado por el pragmatismo maternal de Holly, hasta acabar convirtiéndola en la jefa *de facto*.

Por otra parte, tampoco me pareció descabellado que Julie tuviera razón sobre lo de que Holly quisiera mi gasolina. Con algo tenía que funcionar aquel generador. Seguramente también habría ambulancias y camiones de bomberos. No me vi negándome si Holly me pidiera mi gasolina para una ambulancia, no delante de toda esa gente. Supuse que así debió de empezar en el caso de Julie.

Pensé todo eso en el relajado trance posthorror mientras me libraba de la sangre y la mugre, metida en una pila tan profunda como una bañera, con espuma de baño olor a lavanda colándoseme por el pelo, la sangre muy marcada sobre la manopla blanca. Tuve que contorsionarme para lavarme el pelo bajo el grifo abierto. Elton John había pasado ahora a *Bennie and the Jets*. El fondo de acero de la pila cedía ligeramente bajo mi peso cambiante, lo que me recordaba que estaba realmente allí. Y hubo un momento —oí fuera la voz de Holly, explicándoles con calma a unas niñitas que no podían pasar y dejándose llevar en una afable discusión sobre si a ellas les gustaría que entrara alguien cuando estaban bañándose, con las niñas insistiendo en que sí que les gustaría— en que me sobrecogió poderosamente la idea de que ese nuevo mundo era mejor. Ya era mejor. Me gustaba aquello.

La idea me hizo llorar. En mi cabeza le dije a Dios que no, que no era mejor, aunque de todas formas a nadie le importaba si lo era o no. Le dije a Dios que no quería vivir en un mundo sin hombres, ni aunque eximieran a los de mi familia. Carecería de toda una dimensión de experiencia. Le dije a Dios todo lo que creí que quería escuchar para convencerlo de que los devolviera, llorando neciamente por Benjamin y Leo y apretándome la toalla húmeda contra la cara para intentar contener el llanto.

Para cuando volví a quedarme sin lágrimas, las burbujas de

espuma se habían desinflado. Fuera, Holly estaba hablándoles ahora a dos mujeres adultas, riendo tan ricamente como si fuera un día normal. Con sus voces tranquilizadoras y amortiguadas de fondo, me sequé y cogí algo de ropa. Volví a la parte delantera, pisando descalza las losas calientes y polvorientas, y me encontré a dos mujeres negras de mediana edad sentadas en el reservado con Holly. Estaban las tres concentradas en el puzle, inclinadas sobre él en una disposición escalonada para que la brisa del ventilador les llegara a todas a la cara.

Una de las desconocidas era imponentemente gorda, la otra solo rellenita. La primera tenía una espléndida corona de trenzas castañas y llevaba un vestido veraniego de encaje. La segunda tenía como una boina corta de pelo entrecano y llevaba un traje de enfermera gastado. Saltaba a la vista, sin embargo, que eran tal para cual porque eran gemelas idénticas.

La del vestido veraniego comía pizza con cuchillo y tenedor. La del traje de enfermera estaba tan enfrascada en el puzle que no levantó la vista. El rompecabezas era de una fotografía de un parque nacional y tenía todas las piezas azules o verdes. Habían terminado con la cascada, pero ahora parecían atascadas con la espesura.

Holly se levantó para presentarnos. La gemela del vestido veraniego se llamaba Maya y la otra, Micah. Se habían quedado sin gasolina cuando se dirigían al sur, a San José, donde vivían las dos. Maya tenía allí una hija que se había quedado con el padre mientras las dos hermanas se iban de acampada. La niña estaba ahora sola y tenía solo diez años.

—Así que, como comprenderás, estoy que me subo por las paredes.

Micah era enfermera. En cuanto me senté, sacó un kit de primeros auxilios de debajo de la mesa y me dijo:

—Déjame ver.

Holly se fue un momento para traerme un trozo de pizza y una lata de Tecate. Comí con una mano mientras Micah me sacaba con unas pinzas la mugre de las heridas de la palma de la otra y me la vendaba. Reinaba un ambiente de cuidados mutuos y sentido

común, mujeres que seguían lidiando con la tarea de vivir. Si no me movía, con el pelo mojado a la brisa del ventilador, hacía incluso un fresco agradable.

Entretanto, ellas siguieron hablando. Al principio, sobre el tema de la gasolina en el pueblo: las gemelas dijeron que darían cualquier cosa por rellenar el depósito y le preguntaron a Holly si habían puesto en marcha algún plan. Micah dijo que quizá la crisis no durase tanto, así que tal vez pudieran utilizar parte de las reservas para uso privado, mientras que Holly mantenía una postura más precavida. Por un momento Micah pareció querer amotinarse, pero luego se lo pensó mejor y se recostó en el asiento, cansada. Maya, por su parte, comentó que seguramente todo el mundo estaba sufriendo y que Dios tendría que darles serenidad para sobrellevarlo.

Luego hablaron sobre el mundo y el caos dominante: los petroleros y los barcos de carga a la deriva en medio del océano; las refinerías de petróleo que habían explotado y seguían ardiendo sin supervisión alguna; las aterradoras historias de aviones de pasajeros que no habían logrado aterrizar cuando sus pilotos desaparecieron, porque las puertas de las cabinas estaban blindadas y no se podían abrir por fuera, y cómo un vuelo de Aeroméxico se había llevado por delante todo un bloque residencial de Buenos Aires. Yo desconecté y me puse a pensar en cómo podría encontrar a Leo y a Benjamin. De momento había procedido dando por hecho que la desaparición apuntaba a la existencia de Dios, de modo que la solución tenía que ser irracional. Había que buscar incluso cuando nada tenía sentido. Había que morir de hambre, dormir en el barro y rezar. Pero tal vez, a pesar de que el problema era sobrenatural, había que proceder como si no lo fuera, puesto que Dios ayudaba a quienes se ayudaban a sí mismos. Quizá hacían falta las habilidades de una científica o de una política inteligente que financiara la investigación. Yo era una madre licenciada en Inglés que había dejado el trabajo para criar a su hijo y cuya única habilidad era la danza. Mi familia moriría sin mi ayuda porque yo era una inútil que había desperdiciado su vida.

Para entonces mi silencio se había convertido en un agujero en la reunión, un agujero que había acumulado masa y había empezado a absorber el confort de la habitación. Ni siquiera las había ayudado con el puzle. La charla de las mujeres hizo un alto natural y las tres se me quedaron mirando.

—Tienes mejor aspecto —me dijo Holly—. Has recuperado un poco el color. Parecías un espectro cuando has llegado.

—Ya —dije, pero Holly no pareció darse por satisfecha, de modo que añadí—: Estuve buscando a mi marido y mi hijo. Ahí arriba, en el monte. Estábamos de acampada.

—Ya me había imaginado. No tienes por qué hablar del tema si no quieres...

—A mí no me habría gustado ni un pelo tener que vivir eso en medio del bosque, nada de nada —comentó Micah—. Qué miedo.

—Si ya en coche fue chungo... —intervino Maya—. Y eso que nosotras nos teníamos la una a la otra.

—Si necesitas hablar, ya sabes, aquí nos tienes —dijo Holly—. Posiblemente veas que te sienta bien. Les está pasando a muchas.

Puede que hubiese cierta animosidad en las maneras de Holly. A mí nunca me ha gustado que la gente sea demasiado solícita conmigo. Ella podía ser perfectamente de esas personas que albergarían sospechas sobre una desconocida e indagarían hasta demostrar que tenían razón. Mi aspecto no había cambiado sustancialmente desde que mis crímenes se convirtieron en noticia por todo el país. Les había dicho que me llamaba Natalie, pero no podía mentir sobre mi cara.

Luego recordé que, en el cuerpo de ballet, las chicas siempre decían que la manera más rápida de caerle en gracia a otra mujer era decirle que tu novio te engañaba.

—Acababa de enterarme de que mi marido me era infiel. Eso es lo que todavía estoy intentando procesar. Lo vi con otra mujer y nunca llegué a decírselo, y ahora ya no está.

La que sigue es la historia que les conté sobre la infidelidad de Leo, que, os aviso de entrada, es mentira.

Al Departamento de Biología de mi marido había llegado un

profesor nuevo, un prometedor joven casado con una voluptuosa grecoamericana que se la pegaba con medio departamento y que, además, lo hostigaba continuamente. Era normal verla reprendiéndolo en su Mini Cooper en pleno aparcamiento, desde donde todo el mundo podía oír su voz belicosa, insistentemente sexy y rasgada por el tabaco, el rugido de una leona sexual, hasta que se abrían las puertas y ambos se bajaban en silencio. La mujer se llamaba Cleopatra; el profesor, Micky. Ya solo eso le daba a la relación un punto cómico. A Leo y a mí nos gustaba cotillear sobre ellos como una manera de reafirmar que nosotros nunca nos engañaríamos. Aun así, en mi fuero interno compadecía a esa mujer; quizá no pudiera evitar engañarlo. Hay mucha gente que acaba arrastrada a la farsa. También, por otra parte, la envidiaba, por su poder, por utilizar a los hombres y dominarlos: una hechicera de la fornicación. Luego, no sé en qué punto, dejamos de chismorrear sobre ellos.

—Eso tendría que haberme dado que pensar —les conté a Holly y a las gemelas.

A continuación les expliqué la prodigiosa capacidad que tengo para reconocer caras, algo muy poco habitual. Por ejemplo, aunque en ese momento me fuera de la pizzería y no volviera a ver a Holly en diez años, seguiría siendo capaz de localizarla al instante entre una muchedumbre de mil personas. También sería capaz de identificar a las gemelas, y de diferenciarlas, independientemente de que variaran de peso, cambiaran de estilo de ropa o envejecieran. A mis ojos, todas las caras eran únicas y nunca las olvidaba. Si voy de vacaciones a París, por ejemplo, no hay día que no reconozca a algún compatriota inesperado. A veces reconozco a alguien que vi por última vez siendo muy pequeña —un amigo de mis padres o una maestra de la guardería—, incluso aunque no tenga recuerdos que pueda contar sobre esa época de mi vida. Estas personas, claro está, han envejecido treinta años, lo que hace que esos encuentros sean deprimentes, cuando no directamente sórdidos.

Seguí contándoles a Holly y a las gemelas que, gracias a esa habilidad mía tan peculiar, cuando una noche yendo camino de

casa en el coche por una carretera costera pasé a cierta velocidad por delante de un restaurante iluminado, no me costó reconocer a Cleopatra sentada a una mesa junto a mi marido, Leo. Ella estaba tocándole la cara y llorando.

—No quise parar porque iba con el niño —continué—. Y luego fui retrasando el momento de decírselo a mi marido porque temía que me mintiera. Habría sido muy tentador para él hacerlo. La gente nunca me cree cuando digo que tengo claro que he reconocido a alguien por un atisbo así de fugaz. A Cleopatra solo la había visto una vez. Pero yo lo sé. Tengo esa habilidad tan peculiar.

Cuando terminé, vi la cara de escepticismo cordial de Holly y las gemelas. Pero, claro, ¿quién va a creerte cuando aseguras tener una habilidad peculiar? Eso, sin embargo, la habilidad, es bien real, no era ningún adorno de la historia. El resto de las cosas sí me las había inventado. Hubo una Cleopatra, eso era cierto, pero ni Leo la había conocido ni tenía nada que ver con su universidad. Que yo supiera, ni siquiera estaba casada.

—A veces las apariencias engañan —comentó con tacto y voz amable Holly—. Incluso aunque estuvieran allí juntos, era solo un restaurante. Podía ser algo inocente.

—No, estoy segura.

—Todas sabemos cómo es eso —intervino Micah—: cuando lo sabes, lo sabes.

—Aun así, desde el coche cuesta ver las cosas —apuntó la otra gemela—. Y, no sé, más viendo de pasada un restaurante... ¿Y encima desde un coche? La visión es a través de dos cristales. Con todos los destellos y eso...

—Sí —dije pacientemente—, desde un coche cuesta más verlo. Eso es verdad.

—Oye, hablando de coches —terció Holly—, si tienes aquí el tuyo, te agradeceríamos si pudieras compartir la gasolina. Estamos intentando mantener los servicios básicos. Hemos estado abasteciendo las ambulancias, y luego tenemos también todo lo que ofrecemos aquí en la pizzería. Pero, por supuesto, podemos hablar sobre eso más adelante. Simplemente te lo cuento para que

lo sepas. Sé que estás fundida.

Al instante me sentí reacia a entregar mi gasolina, a pesar de que sabía que acabaría cediendo. Una ambulancia era una ambulancia. Total, ni siquiera tenía adónde ir... No habría sido capaz de asegurar que necesitaba el coche con Maya y Micah allí delante, mientras la hija pequeña de una de ellas estaba sola en San José. Fue en ese momento cuando levanté la vista y vi el papel del Pacom.

Estaba pinchado con una chincheta por encima de las impresiones de ¿HAS VISTO A...?, como un papel más. Aparté la vista por instinto mientras me recorría un escalofrío. Pese a todo, seguí viéndolo mentalmente: las bonitas flores rojas por el borde; la fuente sencilla que solíamos llamar Arial Leninista; el logo de un cuchillo y un tenedor cruzados, en un guiño humorístico a la hoz y el martillo, aunque nadie pillaba la alusión si no se la contabas. Yo me había pasado una infinidad de horas diseñando octavillas similares, pero llevaba años sin ver una y no tenía ni idea de que siguieran haciéndolas. Lo que desde luego nunca me habría esperado era ver una más allá de la cafetería de alguna ciudad universitaria progresista.

Cuando remitió mi conmoción inicial, me di cuenta de que mi interés por el papel no era incriminatorio. No tenía nada que ver con Alain.

Permití que la vista se me fuera de nuevo hacia el papel y, como Holly era una persona observadora, se dio cuenta y soltó una carcajada.

—¿Ah, eso? Esa gente pasó por aquí esta mañana y las chicas se han quedado totalmente prendadas. Pero creo que ya lo puedo ir quitando. Maya, ¿te importa cogerlo, tú que llegas, querida?

—A ver que lo vea —dije intentando sonar desenfadada.

Maya lo cogió entonces y me lo tendió. Holly empezó a explicarlo, a decir lo que siempre dice la gente sobre los del Pacom, que si están locos, que si parecen una secta, que si son unos fanáticos, que si Stalin mató a más personas que Hitler, que quién va a pagar todas las cosas gratuitas...

—Ahora están aprovechándose de la crisis —siguió diciendo

Holly—, comportándose igual que una mafia y apoderándose de barrios enteros gracias al vacío de poder. En fin, habrá a quien se la cuelen...

La octavilla del Pacom empezaba con la típica soflama, ligeramente modificada para la nueva era. Contenía todas las promesas habituales —mejor esto, esto otro gratis—, pero también la insinuación de que una sociedad feminizada sería más equitativa y menos violenta. Lo que más me sorprendió, sin embargo, fue una sección con los verbos en pasado en la que se enumeraban los logros de las pacomitas durante los diez días trascurridos desde la Desaparición. En colaboración con las autoridades locales, habían reinstaurado el servicio de autobuses en Los Ángeles y su periferia, habían despejado los coches abandonados en medio de las calles principales y habían retomado la actividad en la planta de energía de Scattergood. Gracias a ellas, la recogida de residuos del condado de Los Ángeles estaba funcionando a pleno rendimiento. Ya habían trasladado su programa a San Francisco y apuntaban ahora hacia el norte. Recibían de buen grado cualquier sugerencia local.

Incluía una dirección de San Francisco para «Operaciones del norte de California». Estaba firmada así: «Fundadora y directora nacional, doctora Evangelyne Moreau».

Me levanté como si me hubieran pinchado con algo y fui a ciegas hacia la puerta abierta, todavía con la octavilla en la mano. Me detuve en el umbral, intentando respirar, ignorando la mirada de Holly y las gemelas. Estaba extrañamente serena y a la vez exaltada: uno de los grandes momentos de mi vida.

Fuera, había empezado a ponerse el sol. Las mujeres del aparcamiento hablaban en voz baja tendidas sobre sus mantas, apaciguadas por la oscuridad cada vez más cerrada. La ausencia de coches hacía que la ciudad pareciera enorme y ventosa e inquietantemente natural. Había un murmullo de mujeres que recordaba los sonidos de un bosque, con esa inquieta quietud que lo rodeaba todo. Éramos una semilla a la deriva en medio del océano. Con el corte del suministro eléctrico, había un cambio en el equilibrio de luces del que habían salido ganando los cielos, y parecía como si el cielo aún viviente estuviera yéndose y dejando

atrás una Tierra negra y muerta. Yo me quedé mirando arriba. Estaba todo tan nítido...

Había creído que todas las personas a las que quería habían desaparecido para siempre. Pero ahí estaba Evangelyne, la Evangelyne en la que yo creía por encima de todo y de todos, la única que podría encontrar a mi hijo, si es que alguien podía. Y me daba miedo, si bien a la vez me sentía eufórica por la tranquilidad de tener una trayectoria: no debía encontrar a Dios ni reinventarme como científica o política. Solo debía llegar hasta donde estaba Evangelyne.

—Natalie, bonita, ¿estás bien?

Me volví y las vi de nuevo, embargada por una oleada de contrición y generosidad melancólica. Las gemelas estaban mirándome con una ligera ironía en la cara, asombrosamente iguales en su cansancio. Holly parecía sinceramente preocupada, dispuesta a correr a mi lado para ayudarme. Buenas personas... Y la última pieza cayó con un impulso de amor.

—Sí que tengo gasolina en el coche, pero no paro de pensar en la hija de Maya. Yo tenía pensado ir a San Francisco, así que digo yo que, Maya, Micah, ¿queréis que os lleve?

4

Ruth Goldstein pasó la noche del 26 de agosto yendo y viniendo de la sinagoga al piso, en busca de sus dos hijos, Peter y Ethan. Buscó incluso a Tom, a quien todavía no había echado en falta y cuya desaparición todavía parecía meramente teórica. Era lo que había que hacer o jamás se lo perdonaría, a pesar de que estaba tremendamente agotada, hasta el punto de sentir dolor físico. Parecía estar muriendo de vieja.

Esa noche se hubiera dicho que todas las mujeres de Nueva York se habían echado a las calles, y ella se paraba de vez en cuando para unirse a algún corrillo de desconocidas exaltadas; había quien decía que se habían visto ovnis sobrevolando Washington; gente que aseguraba que había entrado en erupción un volcán en Hawái que emitía una extraña luz verde; otras que decían que habían sido los chinos quienes habían abducido a todos los hombres. En cierto momento, se vio atrapada por una marea humana cerca del Hudson, donde alguien creía haber visto a un hombre nadando, aunque finalmente resultó ser una mujer ahogada. Más tarde, cruzó Broadway con una joven pakistaní a la que la semana anterior habían diagnosticado un cáncer de ovarios en estadio III, y ahora aquello. Le contó que en Lahore, donde vivía su madre, miles de mujeres estaban rezando en plena calle, en filas y bajo un aguacero tremendo y un bochorno sofocante. «Por lo menos me he librado de eso.» Ruth la acompañó hasta el hospital Monte Sinaí, delante del cual había una larga cola de mujeres con mala cara esperando a que las ingresaran. Ella, sin embargo, pudo pasar directamente porque la cola era para las que habían perdido a sus criaturas: en el momento de la Desaparición, se habían desvanecido del útero todos los fetos masculinos.

El tráfico brillaba por su ausencia, cosa que alteraba el sonido

de la ciudad de una forma casi sobrenatural: innumerables pisadas y un borrón de voces, como estar en un anfiteatro colosal justo antes de empezar una función. En la primera hora, hubo explosiones ocasionales cada vez que caía un avión del cielo. Hacia medianoche eso ya había parado y las calles se habían convertido en una enorme verbena improvisada: grupitos sentados sobre capós de coche bebiendo vino y escuchando música por altavoces portátiles; mujeres que bailaban sobre vehículos abandonados o que lloraban abiertamente o ambas cosas a la vez. Vio a una chica sentada encima de un buzón que estaba arrullando en brazos a una cría pequeña al tiempo que gritaba que quería morir. En el parque, por la parte del río, había un corro de mujeres cogidas de las manos que cantaban juntas un himno, mientras que, en los arbustos de al lado, otras se agachaban para orinar.

Como todas, Ruth también abrazó a absolutas desconocidas y balbuceó sobre el acontecimiento, la Desaparición, la catástrofe, el milagro. Como todas, despotricó: que si el mundo estaba acabándose, que si todavía estaba por llegar lo peor, pero qué más daba, mejor dejarlo estar y adiós, muy buenas. Como todas, tenía un miedo supersticioso al cielo, al aire, a la realidad, que quizá se disipara en cualquier momento. Como todas, se quedaba mirando a las que pasaban, inspeccionándolas en busca de señales de masculinidad. Una escena que más tarde perseguiría a Ruth: un hombre trans rodeado por una turba furiosa que le había bajado los pantalones hasta las rodillas, le había amoratado la cara y había convertido su barba en una masa de pelo y sangre adherida al mentón. Una mujer, posiblemente su novia, gritaba e intentaba apartar a las demás, mientras un revoloteo de manos cogían de la vulva a su pareja. Ruth esquivó un golpe justo cuando el hombre liberó un brazo y le dio un buen porrazo en la cabeza a una agresora. Así sin más, la turba se achantó y retrocedió en bloque, como un único organismo que decidiera que algo no era comestible. Una mujer con la cara muy roja gritó con todas sus ganas mientras se largaba: «¡Ojalá te maten, que estás chalada!».

A Ruth ni se le pasó por la cabeza intervenir. La paralizaba la idea de que las personas transgénero siguieran allí. Peter era gay;

bi o gay. Podría haber sido también trans o al menos no binario, una de esas cosas que era ahora la juventud. Él nunca le había dicho que lo fuera, pero ¿desde cuándo los hijos se lo contaban todo a sus madres? Nadie habría descrito nunca a Peter como «masculino». Cabía la posibilidad de que siguiera allí.

Ya mientras la formulaba, supo que algo no cuadraba en esa teoría. Aun así, arraigó en su mente una esperanza de la que después no pudo librarse del todo, ni siquiera cuando supo que lo que quiera que fuese había abducido a todo ser humano con un cromosoma Y, a todo aquel que en algún momento tuvo la capacidad de producir esperma.

La última vez que llegó a la sinagoga, poco antes del amanecer, se la encontró en llamas. La fachada era de piedra, de modo que el incendio no se veía desde fuera, aunque la puerta estaba abierta y un humo espeso y negro se filtraba hasta la calle. Fuera se encontró con un grupo de mujeres judías, todas con la cara bañada en lágrimas y rodeándose con los brazos entre sí mientras entonaban el *Shemá Israel*. Ruth estaba tan cansada que tardó un minuto en pensar que seguramente alguien ya les habría echado la culpa a los judíos. ¡Claro que sí! ¡Eran la respuesta a todos los problemas del mundo! Se echó a reír, y una mujer anciana que estaba cerca de ella le dijo:

—Ríase. ¿Por qué no? Esto no es más que la guinda del pastel.

—¿A quién le importa ya? —dijo otra mujer mayor—. Ya estaba bien de tanto Dios. ¿Qué Dios ni qué Dios?

—Qué impresión, ¿no? —soltó Ruth—. Una pirómana... No lo habría imaginado.

—Se impresiona usted con mucha facilidad —contestó la primera anciana.

Luego le sonó el teléfono por primera vez en la noche. Le entraron sudores por todo el cuerpo. Era Peter. Era Ethan. No la habían llamado antes porque los móviles habían dejado de funcionar, pero habían estado ahí todo el tiempo. Debían de haber llegado a la casa.

CANDY, leyó en la pantalla.

Los días pasaron y Ji-Won no volvió a su casa. Dejó el piso y todas sus pertenencias y se unió a la cuadrilla de mujeres que estaban despejando las carreteras de coches abandonados para restablecer el tráfico y que pudiera así reactivarse el servicio de ambulancias y el transporte de mercancías; las mujeres que nunca volvieron a su casa. Dormía en el coche, comía de donaciones y hacía pausas para ir al baño en las casas de mujeres de la zona que acogían a las patrullas de las carreteras. El trabajo rutinario era una solución parecida a una carretera: te llevaba hacia delante y hacía que las cosas cobraran sentido. No era necesario querer vivir.

Aun así, Ji-Won no hizo amistades. Era la típica chica rarita y obesa a la que le costaba un mundo mirar a los ojos, que no hablaba con nadie o, cuando lo hacía, hablaba demasiado fuerte. Pero siempre estaba echando una mano, aparecía sin decir nada para ayudar con cualquier trabajo que requiriera destreza manual. Era a ella a quien llamaban cuando había que sacar la gasolina a sifón o abrir rápidamente la puerta de un coche con palanqueta. Le venía bien ser una especie de mascota, un papel que siempre le había gustado interpretar. Hacía que los demás se sintieran poderosos; se expandían para rellenar el espacio que ella dejaba y la aceptaban sin exigirle nada. Entre eso y Henry, siempre había sido capaz de ser totalmente feliz.

El día que despejaron la carretera a la altura de la salida de Henry, se separó de su cuadrilla para ir hasta el piso de su amigo. Se encontró la ducha abierta y todas las habitaciones inundadas. Hacía tiempo que solo salía agua fría, pero se desvistió y se dio una ducha helada. Se lavó los dientes con el cepillo de su amigo y se metió en la cama de él: como cuando compartían ese mismo piso, y en ocasiones la cama y a veces incluso se duchaban juntos, cuando nadie creía que no hubiera nada sexual entre ellos, antes de que él perdiera todos los kilos de más y decidiera que la relación que tenían le impedía avanzar en la vida.

Luego todos los varones de la humanidad se esfumaron. A ella le parecía que los dos hechos estaban relacionados, por mucho que probablemente no tuvieran nada que ver. Se echó en la cama, pero no se durmió. Había conocido a Henry cuando ambos tenían

quince años, un día que él iba a casa de una vecina de Ji-Won que le daba clases de piano. Ella estaba en las escaleras de su porche, colgando una corona navideña que había hecho con tul verde, ramas de cedro y rosas naranjas. Henry paró en seco en la calle y ahogó un grito.

—Dios santo, ¡qué cosa más bonita! ¿Dónde la has comprado?

Cuando ella le explicó que la había hecho con sus propias manos, él volvió a ahogar otro grito y dijo:

—¿Eres un ángel caído del cielo?

Luego los años de amistad inseparable, luego el día que él le dijo:

—Pero es que soy gay, y tenemos una relación que no es del todo sana. A ver, es que yo quiero amor verdadero... —Ji-Won no lo entendió: no sabía qué otra cosa era el amor.

Ahora, allí tumbada en la cama de él, cantó entre susurros *I Will Survive*, la canción que entonaron juntos por teléfono la misma noche que ella dejó la casa. Se levantó de la cama todavía con el pelo mojado. Dio vueltas por el piso otra media hora, sin llorar, sin saber qué quería. Al final cogió una caja con las ropas de gordo desechadas por Henry, quien había escrito en la tapa GORDADAS, la metió en la parte de atrás del coche y puso rumbo al sur. En el primer atasco que se encontró se unió a la cuadrilla que estaba trabajando allí. Para cuando despejaron la carretera que llegaba a la frontera con el estado de Massachusetts, llevaba puesta la ropa de Henry.

A Blanca la recogió del hospital su tía de California, Christine, que era la que tenía solo veinticinco años, la tercera esposa del tío Carlos. La familia nunca la había tragado porque se presentaba en los encuentros familiares con camisetas muy ceñidas que le marcaban la abundante delantera y porque una vez incluso comentó, de pasada y entre risas, que su madre le había dicho que tenía mucho valor casándose con un chicano, con lo mujeriegos que eran. Blanca en realidad no la conocía de nada y se habría negado a irse con ella si le hubiera quedado alguien más a quien discutírselo, o si su tía verdadera, María José, no les hubiera dicho

a los del hospital que no podía adoptarla, o si ella misma no tuviera puntos de sutura en el corazón. Si todo hubiera sido de otra manera.

En el tren de Houston a Los Ángeles, Christine no paró de decirle que no tenía que hablar si no quería, y que entendía perfectamente que estuviese enfadada porque había cantidad de cosas por las que estarlo, y ojalá de verdad el padre de Blanca pudiera estar allí. Entretanto, ciudad tras ciudad, el tren fue llenándose. Pronto hubo mujeres apiñadas en el suelo, dormitando de cualquier manera unas encima de otras y roncando. Blanca se quedó en el asiento, todavía debilitada, mientras que Christine le cedió el suyo a una anciana nativa y se puso a charlar alegremente con la mujer, ignorando que Blanca la odiase por ello, que la chica no soportaba estar al lado de desconocidos o que un enfado así podía matarla. Luego una joven blanca del otro lado del pasillo le preguntó a Christine si la niña era adoptada y, en vez de decirle que no se metiera donde no la llamaban, su tía le contó toda la trágica historia de Blanca mientras la otra tonta no paraba de decir: «Qué fuer-te». Después de eso todas las mujeres del tren la mimaron, le dieron galletas y le ofrecieron almohadas, y ella no pudo evitar sentirse querida y aplacada a pesar de odiarlas por ello y odiarse a sí misma.

Luego, en medio de la noche, las mujeres se pusieron a hablar entre todas. Empezó como puro duelo compartido, todas llorando abiertamente y contando historias sobre maridos, padres, hijos. Blanca también lloró, superada por la pena, e intentó memorizar las historias mientras mentalmente contaba la suya, si bien no llegó a decir nada. Había una revisora que no paraba de pasar e interrumpirlas para contarles lo que estaba ocurriendo durante el trayecto —el tren volvería a moverse cuando la conductora se despertara; estaban esperando una entrega de combustible—, y una vez se paró para hablarles ella también de su sobrino y se quedó allí llorando, con las mujeres alargando la mano para acariciarle los brazos y ofrecerle pañuelos por ambos lados.

Pero por fin una dijo que no todo era malo. Su violento exmarido llevaba años acosándola y ahora, por primera vez en

mucho tiempo, se sentía segura. Luego todas hablaron sobre los hombres a los que no echarían de menos: a los desgraciados de los ex, a los jefes sobones, a los padrastros que abusaban de las hijas. La conversación derivó hacia el mundo exterior: las comunistas chaladas que estaban apoderándose de California; las manifestaciones multitudinarias de Brasil y Filipinas contra sus gobiernos en funciones; que si en Kiev había incendios por todas partes y no tenían más que una única bombera. Hablaron sobre la oleada de inmolaciones: de momento habían identificado a cuarenta y siete mujeres que se habían prendido fuego el 26 de agosto, y entre las suicidas estaba la sobrina de la primera ministra danesa. Luego la cosa siguió con ciclos de llantos y risas; en un remolino de pasajeras que subían y bajaban; en las horas tensas en que el tren paraba del todo y cortaban el aire acondicionado; entre las horas alegres en que estaba en marcha y resoplaba por distintos sabores de desierto y campos llenos de bombas petrolíferas oscilantes y pueblos de construcciones bajas de los que sobresalían como púas los letreros de los locales de comida rápida. Había cortes de electricidad por todas partes, de modo que parecía que la humanidad hubiese muerto de la noche a la mañana, aunque por momentos se veía a alguna mujer que paseaba tranquilamente por calles a oscuras o, en una ocasión, una niña que pasó con un patinete, impulsándose metódicamente en medio de la oscuridad moteada de estrellas.

Blanca solo se unió a la conversación en un momento, cuando el tren tuvo que parar por una tormenta eléctrica que se había vuelto demasiado potente, hasta el punto de que las estrellas se esfumaron y el cielo se vio atravesado por continuos rayos. Los truenos retumbaban por doquier y las mujeres enmudecieron. Se veían destellos de sus caras en la oscuridad, exaltadas y asustadas.

—¿Y no estará esto relacionado? —dijo por fin alguien.

Se oyeron risas nerviosas por aquí y por allá.

—No, no, no —dijeron algunas, de una manera que daba a entender que la idea ya se les había pasado por la cabeza.

—Bueno, a saber… —dijo Christine—. Lo que tengo claro es que ahora sí que creo fijo en Dios.

—Pero ¿te cae bien? —preguntó a bocajarro Blanca.

Todas las mujeres rieron con ganas su intervención y, aunque no había sido su intención hacer una gracia, no pudo evitar sonreír de oreja a oreja y sentirse halagada, sentirse como una adulta, una corriente de amor. Un mundo con solo mujeres podía estar bien. Ella nunca dejaría de echar de menos a su padre, pero tal vez podía seguir siendo feliz allí. Seguramente eso era lo que él habría querido.

Sin embargo, en cuanto el tren llegó a la última parada, a Los Ángeles, todas las mujeres se bajaron sin más, centradas ya en lo siguiente. Ni siquiera se despidieron de Blanca. En un minuto, la comunidad que se había creado quedó en nada; la gente simplemente se bajó y se fue haciendo cada vez más pequeña hasta desvanecerse en el sol cegador del mediodía.

Después de que Billy desapareciera, Alma se pasó la noche bebiendo. Deshecha, descontrolada. En la misma casa donde sucedió. El amanecer la sorprendió tendida en el césped mojado, llorando sobre la gruesa hierba de donde se lo habían llevado. Llamaron al teléfono fijo de la casa hasta que colgaron. Tenía una botella rota al lado de la cabeza. Al oler la peste a tequila, cerró los ojos y le vino una arcada débil y poco dramática. Billy, desaparecido para siempre.

Y recordó la única vez que había visto a la pareja de médicos dueños de la casa, Arkady y Patrick, que un día la habían invitado a cenar con Billy. Esa noche tenía otra invitada, una médica forense, una filipina diminuta que había llegado con cara atribulada y ojos rojos, exigiendo un martini doble, y que luego les había contado una historia sobre un cadáver que les había entrado ese día con el apéndice reventado: un vagabundo con esquizofrenia aguda que no había entendido de dónde le venía el dolor. Cuando lo llevaron al hospital, ya era demasiado tarde y murió antes de que pudieran prepararlo para la operación. Cuando el cadáver llegó a la morgue, lo primero en lo que se fijó ella fue en una tirita que tenía en la barriga. En ese punto de la historia, se echó a llorar. «Estaba intentando arreglarlo», dijo. Luego Patrick le cogió

la copa de martini vacía y la inclinó diciendo: «¿Otra tirita?». Alma lo odió por quitarle hierro al asunto de esa manera, luego se odió a sí misma por ser una zorra estirada, y quiso solo a Billy, que estaba llorando también y le había cogido la mano a la forense.

La hierba daba vueltas bajo su espalda, y ella daba vueltas bajo el cielo, y no había nadie. Un coyote aulló en alguna parte, quizá fuera el mismo de la noche anterior. Ya no sonaban ni sirenas ni coches. No había ruido alguno, y agradeció que todo el mundo cerrara el pico, era todo un detalle por su parte, otra faceta más en que las mujeres eran mejores que los hombres, sin contar a Billy. Ojalá hubieran eximido a su hermano... Y se puso a discutir con Elle en las Alturas, le contó todas las razones por las que su hermano no era quien Elle pensaba. Podían eliminar al mierda de su padre el maltratador, eliminar a los dos tíos que la violaron detrás de una licorería y le pegaron patadas en la cara y la llamaron «bollera», eliminar a todos los malnacidos que pegaban a mujeres y niños... y también a los que habían acosado a Billy. Si era une diose juste, tenía que traer de vuelta a Billy. Luego el sol llegó a su cénit y se quedó dormida. Debía de haber forcejeado en sueños porque se vio las manos llenas de tierra y briznas de hierba. El móvil le sonó en el bolsillo: MAMI. Le entró la furia y quiso estrellarlo, tirarlo a la puta piscina, pero no pudo. Y si Billy... Tenía poca batería, de modo que entró en la casa para cargarlo. Se quedó tirada allí sobre la alfombra, sucia, tostada por el sol, mareada. Billy no estaba.

Pasaron otra noche y otro día. Las luces saltaron. El móvil murió. Otra extremidad más que le cortaban. El tiempo se convirtió en un borrón hasta el día que se levantó deshidratada, se quedó medio mareada frente a la encimera de la cocina, abrió el grifo y nada. Ni agua. Pegó un grito y el perro apareció ansioso, arañando ligeramente las baldosas con las uñas. El frío hocico del animal en su mano, buscando. Los pelos tiesos del bigote contra los dedos. ¿Habría bebido agua ese día? Pero tenía el hocico mojado. Cerró el grifo y volvió a abrirlo. Nada. Morirían allí los dos. De sed.

Pero justo a sus pies vio una caja de Pellegrino y tuvo que

soltar una fuerte risotada. Miró por la ventana que daba a la piscina de tamaño olímpico que destellaba bajo el sol, y rio.

El perro no le puso pegas a la Pellegrino. Menuda casa... No pensaba moverse de allí en la vida.

Al octavo día, cuando se restableció el suministro de la luz y del agua, Alma se dio una ducha mientras cargaba el móvil. Salió y miró el teléfono, con las manos temblorosas muy a su pesar. Nada de Billy, de Evangelyne ni de nadie. Solo diez correos idénticos desde la dirección de su madre. Nunca sabría con certeza si se los había mandado su madre o si le habían hackeado la cuenta. Aunque aún no lo sabía, su madre estaba muerta.

Todos los mensajes contenían un vínculo a la misma página: <www.loshombres82019231.com>. En el asunto se leía: «Cariño, *¿crees que es verdad?*».[1]

Los hombres (27-8, 5.15.03 GMT)

1. En el primer vídeo de la web aparece la calle de tierra de una favela de São Paulo: chabolas, basura, la esquina de una pared grafiteada.

No hay sonido. Es una toma sin cortes y el ángulo de la cámara no cambia en ningún momento. La imagen no es buena y los colores resultan extraños, demasiado vivos. Hay partes de la pantalla oscurecidas por el reflejo del sol. Estas características serán comunes a todas las grabaciones.

Cuando comienza este vídeo, hombres y niños están ya saliendo en masa de sus casas y atravesando las calles, todos en la misma dirección, hacia la izquierda. Sus movimientos son lánguidos y pesados, como si caminaran bajo el agua, mientras que en cambio los de la ropa y el pelo al viento son normales. Los hombres nunca se miran entre sí ni hablan. La cámara se queda enfocando la calle mientras ellos van haciéndose cada vez más pequeños hasta que se vacía la carretera. Pasan otros treinta segundos y aparece un último hombre con un bebé en brazos.

2. Un hombre y una mujer están dormidos en un abrazo sobre una cama flanqueada por sendas mesillas de noche con lámparas idénticas de pantallas cónicas. El mobiliario es de un estilo tan neutro que es imposible saber en qué parte del mundo están. Podría ser un hotel de la cadena Hilton o un piso de empresa. También aquí los colores desentonan ligeramente, con la oscuridad de un amarillo mostaza saturado y con pintitas negras.

La pareja yace inmóvil durante todo un minuto. Luego, sin transición aparente, el hombre se levanta de la cama y sale del encuadre. La mujer sigue durmiendo sin inmutarse.

Este fragmento tuvo una segunda vida como GIF de reacción en redes sociales, donde se utilizaba para sugerir que alguien se va indignado cuando se cruza un límite tolerable de estupidez. Una mujer que aseguraba ser la que aparece en el vídeo emprendió un fútil proceso legal con la intención de impedir que la gente siguiera reenviándolo.

3. Este otro vídeo es una vista aérea de una cárcel con torres de vigilancia y de la valla que rodea el perímetro. Justo cuando empieza, pasa por delante de la lente una criatura aleteante de unas dimensiones aparentemente enormes. Es todo plumas blancas: algo pomposo y de gala, como un vestido de fiesta de quinceañera. Más cerca del suelo, una bandada de estas mismas criaturas aletea a la vera de un pálido arroyuelo. En un flujo mucho más lento, hay una fila de hombres saliendo de la cárcel. Les cuesta avanzar, como si estuvieran vadeando por barro. Este fragmento dura varios minutos. La cámara no cambia de ángulo. Los hombres salen como un río de la cárcel y del encuadre.

4. Una decena de hombres desnudos en un campo con la hierba muy crecida. Sus bocas se mueven, pero todos parecen ajenos a la presencia de los demás. Si se examina con más detenimiento, las bocas no hacen los típicos movimientos del habla, sino que más bien parecen los gestos entrecortados y estilizados de muñequitos de plastimación. Como en los demás vídeos, no hay sonido, de modo que no queda claro si están vocalizando algo o no.

Los hombres paran de «hablar» y se arrodillan. Una vez agachados, se quedan perfectamente inmóviles, de manera antinatural.

Entra otra figura en el plano. Tiene una cara de apariencia humana, pero el cuerpo es felino. Está recubierto de un pelaje corto y claro. Va andando a cuatro patas de una forma extraña, como un humano que caminara a gatas si ese humano tuviera una gracia prodigiosa. Tiene más o menos el tamaño de un caballo. Sobresale por encima de los hombres.

Por el fondo, en el horizonte, desfilan unas formas enormes: siluetas borrosas y de gestos torpes, en apariencia demasiado grandes para ser de este planeta. Un movimiento sinuoso y balanceante podría sugerir la trompa de un elefante; tal vez sean elefantes. Su exagerado gigantismo podría ser una ilusión óptica o producto del material de grabación que está utilizándose.

A este vídeo le siguen los créditos. Consisten en una sencilla lista de nombres en tres alfabetos distintos. Los nombres no parecen seguir orden alguno: 802 nombres de varón.

5

El trayecto transcurrió sin incidentes. Fuimos las tres charlando. Siempre me ha alucinado cómo hablamos las mujeres. Los hombres también hablan, pero nosotras hablamos como si estuviéramos consagradas a una búsqueda, hablamos sin dirección, elucubrando, investigando, interpretando escenas, formulando preguntas ambiguas, hilando la vida como una telaraña y danzando sobre esa vida tejida.

Yo hacía años que no tenía amigas. Estaba Leo, y luego estaba el mundo indómito e indistinto. Me costó ponerme yo también a hablar. Pero, cuando dejamos atrás Redding, empezó a llover intensamente y el coche se convirtió en una especie de refugio, el mismo coche donde tantas otras veces me había guarecido. Ellas me hablaron de la semana que habían pasado con Holly. Me hablaron de los hombres y niños que habían perdido. Hablaron del duelo y de que, cuando su madre murió de un infarto, fue igual pero distinto. Dijeron que quizá Dios había hecho aquello para darnos una lección, y que tal vez no estuviera ni bien ni mal, sino que era algo como un terremoto, una cosa que Dios veía de forma muy distinta desde su asiento de primera fila en la eternidad. Hablaron de superar el duelo, de que a Maya se le daba bien, pero a Micah no.

Llegadas a ese punto, me dejé llevar y les hablé de una vieja novela china que había leído en la que la hija de una familia se convierte en la concubina del emperador. Durante años, a la familia no se le permite verla porque ella tiene ya un estatus demasiado alto, pero por fin un día el emperador concede a sus concubinas la gracia de volver a casa para visitar a sus parientes, aunque tan solo se les concederá a aquellas cuyas familias construyan un palacio acorde a su rango. De modo que los

parientes de la chica construyen un palacio con un recinto ajardinado y grandes pabellones, componen pareados para tallarlos en las puertas, traen de fuera a una compañía de mujeres para que actúen en el teatro del palacio y levantan un monasterio, que llenan con veinte monjas budistas y veinte monjas taoístas. Por fin está todo listo y la hija llega con un sinfín de eunucos imperiales, que la preceden en formación y llevan sus trajes de la corte, mientras que la propia concubina es porteada por otros eunucos en un palanquín tapizado de seda. Cuando se apea en el patio central del palacio, estalla en lágrimas y dice: «Ahora debemos ser felices. ¿Quién sabe cuándo volverán a permitirme veros de nuevo?». Y yo dije que ojalá pudiera construir un palacio por cada persona que había perdido —por cada persona que habían perdido Maya y Micah—, aunque solo pudieran llorar con nosotros durante una hora porque quizá no volveríamos a vernos.

Al decir aquello estaba también construyendo una especie de palacio, o convirtiendo en palacio el coche atrapado en la lluvia para llorar en él con Micah y Maya. Y sollozaron conmigo mientras imaginábamos todos los palacios que construirían las mujeres en este mundo herido de orfandad. Entretanto, el sol se puso. La tierra se atenuó, se volvió enigmática. Los montes habían dejado paso a una vasta y oscura llanura, una quietud en la que vivían nuestras voces. A veces nos pasaban de largo en la lluvia faros delanteros o traseros, muy escasos y deslumbrantes, como peces tropicales. Dejaban estelas de reflejos mientras nuestras voces retumbaban, se volvían música, ponían color en la oscuridad.

No les conté mi historia, la historia de Alain. Aun así, voy a dejar constancia de ella aquí porque en esa noche lluviosa la sentí muy presente. Es la historia que, de haber sido inocente, habría contado en aquel momento si no les hubiera dicho que me llamaba Natalie, si no llevara media vida mintiendo y rehuyendo las consecuencias de mis delitos.

La historia empieza de una forma muy trágica, cuando mi madre murió de cáncer. Fue una muerte horrible, con ella siempre furiosa por el dolor y el miedo, por que la hubieran mutilado

quirúrgicamente, por estar atrapada en un hospital, enfrentándose a su propia extinción. La tomó conmigo y con mi padre; si le decíamos que la queríamos, nos decía: «¿Y eso a mí de qué me sirve?»; si le llevábamos comida, nos decía que deberíamos saber que estaba siempre con náuseas; si le preguntábamos si quería algo más, nos decía: «Sí, no morirme»; cuando hablábamos de nuestras vidas, se echaba a llorar y nos llamaba egoístas, porque ella ya no podía disfrutar de nada de eso. También se quejaba con amargura de que nunca le decíamos que la queríamos, nunca le llevábamos nada ni le preguntábamos si quería algo y nunca le contábamos nada de nuestra vida. La metástasis le había afectado al cerebro, de modo que no se podían buscar culpables. Yo era una cría, y quizá incluso podría echarle en cara a mi padre que me llevara a verla. Pero era o eso o no ver a mi madre moribunda.

Cuando ella enfermó, yo tenía once años y justo había empezado en serio con el ballet. En la época en que su muerte era ya inminente, yo me ausentaba mucho, en clases, ensayos o funciones. Mi padre quiso que lo sobrelleváramos yendo a la iglesia, donde lo ofendía cuando me ponía a ver disimuladamente vídeos de ballet por el móvil. Después de morir mi madre, ya casi no pisaba la casa. Ahí fue cuando empezó lo de Alain.

Como todo el mundo sabía en cierta época —una que por suerte ya ha pasado—, Alain Cornyn fue el fundador y director del Ballet Juvenil de Baltimore. El BJB se creó con la intención de que jóvenes de entre catorce y dieciocho años pudieran bailar como profesionales y ganaran visibilidad, experiencia y un sueldo desde los primeros compases de su carrera. Todos los papeles principales los interpretaban adolescentes. Teníamos tutores que nos ayudaban con todas las asignaturas del instituto, y sé que en algún momento íbamos a clases, aunque no tengo recuerdo consciente de ello. Alain provenía de una familia muy rica, y la compañía estaba financiada por sus amigos adinerados. Era dinero blanco antiquísimo, parte del cual derivaba del tráfico transatlántico de esclavos. A Alain le gustaba confesar aquello, mientras presumía del lado árabe de su ascendencia y hablaba de ovejas negras. El BJB auspiciaba la diversidad, por supuesto, y tenía un programa

que reclutaba a niños desfavorecidos de países como Brasil o Kenia. No eran pocos los que odiaban a Alain en el mundillo de la danza, pero, al mismo tiempo, era intocable: un paladín de las artes.

Cuando yo entré en la escuela, el BJB todavía tenía una gestora a tiempo completo, Cleopatra Daniels, una voluptuosa grecoamericana que estaba descaradamente liada con Alain y lo hostigaba a la vista de todos, reprendiéndolo a menudo en su Mini Cooper en el aparcamiento, donde todo el mundo podía oír su voz belicosa, insistentemente sexy y rasgada por el tabaco, el rugido de una leona sexual. Las puertas se abrían entonces y ambos se bajaban en silencio. Tenían una relación abierta, o eso decían los rumores. Ella había sido bailarina principal, pero había sufrido una lesión espinal y ahora necesitaba bastón para andar.

En el tiempo que Cleopatra estuvo en la compañía, Alain vivió en continua liza con ella. En las pocas salidas que hacía con nosotros, anunciaba que había escapado de las garras de Cleopatra. En el escaso tiempo que pasaba con nosotros recibía un flujo imparable de mensajes de ella, mensajes que lo alteraban visiblemente y lo hacían parecer vulnerable. Luego un día ella desapareció. Se levantó esa barrera y todo cambió.

Antes de proseguir, me gustaría recordaros que esto es una historia de ballet; se alimenta del vuelo y de la adrenalina, ese híbrido entre un paseo en una atracción de Disneylandia y un superpoder, todo ello envuelto en una fantasía principesca: la idea del sexo que pueda tener una chica muy joven. Hay también mucho sudor, dolor, hastío y largos trayectos en autobús hasta hoteles baratos..., pero siempre con el vuelo sin motor a la vuelta de la esquina. Éramos las hijas del aire. Alain sabía evocar como nadie ese reino encantado, entretejer sus puntos álgidos con la vida cotidiana, de modo que nuestros cotilleos recordaban intrigas palaciegas y un paseo en coche a la ferretería por la noche era tul negro sobre un lago encantado. Él era también ese adulto emocionante que invitaba a su casa a las adolescentes, una casa que contenía arte de verdad, alfombras antiguas de verdad, una biblioteca de verdad con libros encuadernados en cuero; que nos

dejaba tomar un cóctel con champán y nos llevaba a casa a las dos de la mañana; que hacía que eso pareciera amor. Cuando alguna se lesionaba, él mismo nos despachaba analgésicos de su alijo personal, mientras nos contaba relatos aleccionadores de sobredosis y de cómo una vez Cleopatra y él se volvieron adictos a unas pastillas blancas que le compraron en Tailandia a un camello que se llamaba Mickey Mouse y que lo único que sabía decir en inglés era *hello* y *Mickey Mouse*, y nunca llegaron a averiguar qué llevaban las pastillas.

Alain era guapo, pero tenía un aspecto algo particular. Su ascendencia era, según contaba él, mitad de los colonos del Mayflower, mitad de Argel: rasgos escoceses muy marcados, combinados con ojos verdes, tez aceitunada y pelo muy moreno. En cierta ocasión lo seleccionaron para hacer de elfo en una película, pero el director lo despidió porque a su lado los demás elfos parecían demasiado humanos. O eso contaba él; podía ser una de sus historias inventadas. Era bajito. Yo con mi metro ochenta era bastante más alta que él, y casi todos los chicos también. Le gustaba llamarse a sí mismo «el detestable monito», una expresión que había adoptado de una crítica que le habían hecho en un periódico. En su juventud, había «guarreado por ahí», decía, tanto con hombres como con mujeres. Luego había sido el juguete sexual de un conde, de un famoso cocinero y de la hija de un dictador sudamericano. Esos amigos le habían regalado un reloj Patek Philippe, una moto y varios objetos con esmeraldas que hacían juego con sus ojos verde botella. A esos recuerdos los llamaba sus «trofeos de caza». Las joyas las guardaba en una caja de seguridad de un banco porque se negaba a pagar por tenerlas aseguradas. De una cercanía natural con todo el mundo, durante las giras entraba y salía de las habitaciones de todos, descalzo por los pasillos del hotel, comiendo patatas fritas de las bandejas del servicio de habitaciones, portador de historias, jugando siempre a los favoritismos. Él también había tenido una breve carrera en la danza y era diestro, grácil y de una fuerza sorprendente. Podía hacer cualquier cosa física, como un músico que coge un instrumento por primera vez y lo sabe tocar. También tenía una

vasta cultura, con ese punto desenfadado propio de los ricos. Estaba siempre recomendándonos películas rusas, explicándonos el simbolismo de las catedrales o expresando su desdén por artistas sobrevalorados de los que ni siquiera habíamos oído hablar. Una vez le dejó *El innombrable*, de Beckett, a un macizo bailarín de dieciséis años, y el pobre chico se lo leyó de pe a pa, sin entender ni una palabra, solo por amor a Alain. Tenía a todo el mundo enamorado y, además, a él no le gustaba trabajar con bailarines que no parecieran prendados de él ya en la primera entrevista. Decía que el arte era hijo del amor. Era asexual, le gustaba decir mientras apoyaba una mano en la nuca de una chica de catorce años y a esta se le encendía la cara como una calabaza de Halloween, preparada y a la vez no preparada. Todas soñábamos con seducirlo. Una noche, un grupito discutíamos sobre qué estaríamos dispuestas a hacer si Alain fuera nuestro novio, compitiendo entre nosotras con los sacrificios de los que seríamos capaces: «¿Dejarías la danza? ¿Aunque tuvieras que estar en silla de ruedas? ¿Y si él no quisiera follarte nunca? ¿Y si te follara pero luego tuvieras que morir a los diez años? ¿Y a los cinco?».

Él decía cosas como: «Si Dios hubiera querido que fuéramos buenos, no nos habría hecho bellos». O: «Si soy un monstruo o un genio, sea lo que sea, lo soy porque me siento solo». Cuando alguien le preguntaba cuál era su función en la compañía, respondía: «Yo soy la atmósfera. Yo soy el aire».

En cuanto Cleopatra Daniels salió de escena, él no tardó en darme un trato preferente. Una de las primeras cosas que me contó fue que Cleopatra no era su nombre real. Así se llamaba la primera asistente que había tenido, doce años atrás, pero, según contaba, él nunca podría hacerse a la idea de tener una asistente que no respondiera a tan adorable nombre. Una asistente era un muermo; una Cleopatra era un estupefaciente, una compañera abnegada, una hija cautiva del país de las hadas. El nombre trascendía la personalidad. Una asistente habitaba el nombre, igual que una bailarina baila Gisella.

—¿Y no podría ser yo una Cleopatra? —le pregunté.

En esa época, Cleopatra Daniels tenía veintiún años. Yo tenía

quince.

Estábamos en la temporada de *El cascanueces*, poco antes de Navidad. Teníamos un autobús contratado para una gira por cuatro ciudades del noroeste, con una actuación prevista en Bozeman, en el estado de Montana, justo el día de mi décimo sexto cumpleaños. Por entonces yo ya me encargaba de hacer las reservas de todos los viajes, y Alain me dijo que me reservara para mí una habitación individual como regalo de cumpleaños. Mi familia era muy cautelosa con el dinero, sobre todo desde que mi madre había enfermado, y los precios de los hoteles me daban miedo, de modo que escogí el sitio más barato que encontré, un antro llamado Hotel-Casino Jokers Wild. La parte del casino consistía en un sótano lleno de tragaperras rotas. Los suelos eran de cemento y hacía un frío mortal que penetraba la fina moqueta marrón. Había un aparcamiento de camiones a las espaldas y los tráileres articulados se pasaban la noche entrando y saliendo, con unos gruñidos ensordecedores que hacían temblar las paredes. Esta vez, a diferencia de las siguientes ocasiones, Alain se rio con indulgencia de mi error.

La actuación de esa noche no la recuerdo, pero sí recuerdo las cosas que eran siempre iguales: la polvorienta amplitud de las salas de conciertos de los pueblos pequeños; la sensación de estar en el espacio exterior cuando parabas en un aparcamiento en pleno invierno, con un silencio roto por el portazo de un coche; nosotros peleando en broma mientras nos dirigíamos al autobús, una chica felizmente atrapada en una llave por un chico, chillando mientras él da vueltas perezosamente. Éramos demasiado jóvenes para poder hacer gran cosa en esos pueblos. Nos íbamos a un supermercado y nos tirábamos una hora dando vueltas por los pasillos, como si fuera un centro comercial. A veces íbamos a algún restaurante y pedíamos solo postres. De vez en cuando, si alguien conseguía un carné falso, hacíamos alguna escapada para beber, lo que normalmente acababa en vómitos clandestinos y terrores susurrados de que nos despidieran de la compañía. Y, por supuesto, estaban los cuelgues y las riñas al rojo vivo, la vida emocional

incestuosa de cualquier tribu, magnificada por la química de los cuerpos atléticos, de modo que todo se revestía de una importancia extraordinaria, todo era sublime, inmenso, como si fueran los últimos acontecimientos del planeta. En esos pueblos éramos el colmo de la belleza. Éramos las flores del necio mundo gris.

Los bailarines, como los camareros, trabajan hasta bien tarde. Volvíamos del teatro pasadas las once y era entonces cuando empezaba la noche. En esa, la de mi décimo sexto cumpleaños, nos juntamos todos en mi habitación individual, los bailarines y algún que otro lugareño, incluido un chico del pueblo al que Alain había conocido en el entreacto. Habíamos comprado una tarta en el súper e incluso soplé las velas, pero la fiesta no llegaba a cuajar. La puerta del baño no se cerraba del todo, así que la gente tenía que mear con la puerta medio abierta y se oía el chorro de orina. Si alguien se tiraba un pedo, la conversación en la habitación se interrumpía. Nos reíamos de eso, pero el ambiente era algo tenso. La compañía no tardó en irse en un lento goteo, hasta que nos quedamos solos Alain, el chico del pueblo y yo.

Mi jefe sacó entonces vino, dos botellas. Bebimos a morro, el chico y yo riéndonos, lo bastante jóvenes para que todavía nos preocupase lo que dirían nuestros padres si nos vieran. No podían vernos, y esa sensación era increíble. Alain sacó unos altavoces portátiles, puso *ragas* y empezó a contarnos historias de su temporada en Bombay mientras nos bebíamos la segunda botella. El chico se quedó callado y no paraba de mirarme los pechos. Yo por mi parte no paraba de pensar que, si nos libráramos del chico, tal vez Alain me besara, algo con lo que yo llevaba fantaseando desde el primer día que me llamó Cleopatra. Alain me dijo entonces que me vendría bien una ducha. Utilizó la palabra «apestar», aunque no sonó tan fuerte como podría parecer; todos los bailarines sudamos cubos a diario y realmente apesta. A mí, la palabra me evocaba intimidad y me parecía aduladora. Fue el chico el que se sonrojó.

Mientras me duchaba, tenía muy presentes la cortina de la ducha traslúcida y la puerta sin cerrar, lo que podrían ver si entraban. Yo sabía que no lo harían, pero aun así me excité con la

idea. La música se terminó y no le siguió nada. El silencio se hizo más palpable en la habitación contigua. Salí por fin en albornoz y me encontré con Alain y el chico jugando a las cartas en el suelo y fumando hierba. Se habían quitado los dos la parte de arriba. Pero lo que me escamó no fue eso: fue el silencio.

Ambos levantaron la vista.

—Sean quiere pedirte una cosa.

El chico era como un niño en plena pubertad: cara imberbe, con los músculos definidos y naturales de la juventud, muy guapo y muy heterosexual. Para él, yo era una forma inesperada de echar un polvo, y a esa edad mi atractivo saltaba a la vista: rubia, con piernas largas y esbeltas, pecho grande para ser bailarina; todo por estrenar. Con sus insinuaciones, Alain se comportaba como si el chico fuera un regalo de cumpleaños de última hora, y yo, parte de su turbio mundo de esmeraldas e hijas de dictadores, donde un polvo informal no era nada, una gota en el mar. Yo quería acostarme con alguien; era algo en lo que pensaba continuamente. No estaba firmemente decidida, pero habría dicho que sí. Lo que más me asustaba era que se dieran cuenta de la poca experiencia que tenía, de que no había ido más allá de besar a alguien. Cuando la cosa empezó, las sensaciones me superaban de tal manera que no podía ni identificarlas. Nos manoseamos torpemente, sin parar de entrechocar los dientes, pero cuando el chico me tocó el pezón sentí un mareo. El suelo de la noche desapareció bajo mis pies; estaba besando al chico y gimiendo con timidez, preocupada de que no fuera así como gemían los adultos. Sentí su erección contra mí y fue una prueba alucinante de que tales cosas existían; no eran solo una sórdida ciencia ficción. Le dejé quitarme el albornoz y me sentí orgullosa de que no me costara, de no sentir vergüenza de mi cuerpo fuerte. Con todo, cuando me separó las piernas, me resistí por instinto. Luego, al ceder, sentí mi vagina como una luz abrasadora. Él colocó su polla contra mí, con torpeza, y al principio no pareció que hubiera abertura. Yo era un monstruo, mi agujero era demasiado pequeño. Luego lo encontró y forzó el paso hasta el interior, y el dolor se hizo demasiado intenso. Me iba a morir. Desperdigados por toda la cama, había platos rojos de

cartón con migas de chocolate, restos de *frosting* azul claro, las velas color pastel con restos de tarta. Todos los platos temblaron con el movimiento. Aquel iba a ser el último lugar que vería en mi vida.

Casi al instante, el chico se puso rígido y se estremeció. Salió de mí y yo me quedé repulsivamente mojada, avergonzada, mi cuerpo lleno de extrañas luces y desasosiego. No había muerto, y cuando me llevé la mano a la entrepierna solo había un ligero rastro de sangre entre el semen. Era capaz. Podía hacer que un hombre se corriera. Ya estaba a salvo. Aun así, se desató en mi interior un miedo terrible. Lo que quería ante todo era que el chico se fuera.

Alain se fumó un cigarro, observándonos sin miramientos. Hasta mucho tiempo después no fui consciente de que él lo había planeado todo para esa noche en que yo cumplía la mayoría de edad legal.

Alain era un *voyeur*. No le gustaba que lo tocaran. A pesar de todo lo que se ha dicho de él, yo nunca lo vi haciéndole nada sexual a un chico. Tampoco ninguno de los chicos lo vio nunca desnudo. La única que follaba era yo, un hecho que más tarde complicaría la acusación contra él.

Lo que sí hacía era instigarme para que buscara chicos. Había veces en que él me los presentaba, pero otras se limitaba a insinuar que estaba aburrido y me decía: «Pero sé que siempre puedo contar contigo». Con el tiempo me convertí en una profesional. Soltaba risitas, adulaba y tocaba el pecho de los chicos; era fácil porque no era idea mía. Sin embargo, en cuanto el chico se quedaba a solas con nosotros dos, yo caía en un estado inexpresivo en el que no podía hacer nada sin las indicaciones de Alain. Los chicos también estaban como impedidos por la vergüenza, y todavía me sigue llamando la atención la sutileza con la que él nos manejaba a todos. Soltaba una insinuación por aquí, asumía otra cosa por allí, y casi siempre conseguía el resultado deseado.

Me hizo partícipe de su juego de «juventud corrompida» y hablaba abiertamente de preferir a chicos jóvenes. Yo le seguía el

juego; cuchicheábamos por los pasillos y nos reíamos de nuestros Ganímedes. Logró convencerme de que no tenía gracia follarse a un «hombre» de dieciocho años y me enseñó a ver el sexo con un chico de catorce como un hilarante ardid contra el mundo de los moralistas. Hablaba de «asaltar el programa internacional», afirmando que los bailarines estadounidenses vivían todos pegados a las faldas de «papi y mami» mientras que la edad de consentimiento en la mayoría de los países eran los catorce sin que nadie se inmutara por ello. Aun así, me di cuenta de que, cuando me follaba a algún chico de fuera, Alain siempre encontraba una razón para despedirlo y mandarlo de vuelta a su país de origen.

Cuando yo no lograba atraer a algún chico que a él le gustara, se enfadaba conmigo y pasaba varios días sin hablarme. Yo lloraba y creía que ya no me quería. Creía que nunca más me querría nadie y contemplaba la idea de tirarme a las vías del tren. Luego sucedía el cambio: la sonrisa conspirativa de Alain al otro lado del estudio, él llamándome para que me sentara a su lado en una cafetería, un roce elocuente en el hombro al pasar por mi lado. Yo me encendía de la cabeza a los pies, resucitada del mundo de los muertos.

Aunque no se acostaba con nadie, Alain no era asexual. Cuando se iban los chicos, le gustaba que yo me quedara en el cuarto mientras él se masturbaba. No le importaba que yo estuviera hojeando una revista, pero, como intentara irme, se enfurecía. Una vez me dijo que ni se me ocurriera «andar jodiéndole». Para mí aquellas escenas de masturbación tenían más que nada el poder de una pesadilla. Las recuerdo como si estuviera gritando e intentando escapar. Pese a todo, fantaseaba con ellas cuando yo misma me masturbaba. También me daba por fantasear con dos adolescentes interpretando actos sexuales para un hombre mayor. Una vez, solo una, Alain me acarició la vulva para alentar a un chico tímido a que lo imitara, y me asqueó, sentí una conmoción mojigata y me odié por tener coño, esa cosa sórdida que hacía que ocurrieran cosas sórdidas..., pero también me corrí. Puede que todo esto no signifique nada. Quizá sean simplemente unos nervios que se pellizcan y unas sinapsis que se disparan en

reacción a estímulos. Pero es una de las razones por las que nunca me sentiré íntegra, nunca podré sentirme bien. Es por eso por lo que necesito tanto el sexo, por mucho que sea capaz de hacerme sentir aterrada, avergonzada, incorpórea, hasta el punto de que es como si me apalearan incluso mientras me corro. Nunca sabré qué supone para otras personas el sexo.

Al mismo tiempo, hay tanto que no recuerdo que realmente no sé muy bien cómo era todo. Recuerdo un nombre de chico muy peculiar, Sylvanus, pero no sé cuál de ellos era. Hubo uno que lloró después de correrse; las razones se han evaporado. Recuerdo muy bien al estudiante brasileño que, cuando bailábamos juntos, tarareaba la música para sí con una expresión alelada y distante. Recuerdo que fue el más joven que me follé, de trece años y once meses, y que Alain me felicitó por haber roto la «barrera de los catorce», y recuerdo magullarme los nudillos por pegarle a una puerta cuando lo mandaron de vuelta a su país. No recuerdo haber follado con él. Tengo destellos fugaces de obscenidades, acompañados por emociones que sentí mucho después, como una narración doblada. Recuerdo todas las caras de los chicos. Por supuesto, cuando me los follaba, teníamos casi la misma edad. Ahora todos me parecen niños.

Yo no fui nunca plenamente dócil y teníamos peleas feas. Una vez me negué a follar con uno y, cuando Alain me pidió cuentas, lo llamé proxeneta, a lo que él me pegó una bofetada y yo se la devolví. Cuando descubrí que había despedido al chico brasileño, tuvimos una bronca que duró tres días. A mí me llevaban los demonios y me daba igual que me oyeran. Le monté un pollo en su BMW, en medio del aparcamiento, donde cualquiera podía oír mi voz histérica, ronca de tanto gritar. Un día me enteré de que les había dicho a los chicos nuevos que yo tenía veinticinco años, y por eso ellos pensaban que era «un rollo raro e injusto» que siguieran dándome papeles cuando se suponía que aquello era una compañía juvenil. Eso fue otra pelea de tres días. En otra ocasión lo llamé pederasta, porque necesitaba que lo negara, pero me vio venir y me provocó diciendo que él siempre había sido un pedófilo, que cuanto más jóvenes, mejor. Me bajé de su coche en un

semáforo en rojo y le aporreé el capó, gritándole aquel insulto, hasta que arrancó y se fue.

Sigo sin tener claro qué sabía la gente y qué no. Sí sé que la maestra de danza me odiaba y advertía a los más jóvenes para que me rehuyeran, lo que me daba puntos y me hacía parecer vedada y seguramente hizo que me resultara más fácil reclutar a algunos chicos. Bailar con ellos no tanto. Siempre tuve amigos entre los bailarines, aunque no podía contarles nada importante. Si lo pensaba fríamente, con la única persona con la que podía hablar era con Alain. Compartíamos costumbres, bromas privadas, canciones favoritas que cantábamos en el coche. Hablábamos varias horas al día, e incluso discutíamos muy seriamente sobre si lo que hacíamos era malo para alguien. Lo hablábamos, y él me escuchaba, aunque era imposible hacerle cambiar de opinión. Yo le dictaba normas, que él pasaba a quebrantar, y después discutíamos sobre qué lo había llevado a hacerlo. Hubo también una noche en que comprendí que nunca llegaría a ser una auténtica bailarina profesional, con la innegable verdad de la intuición, y Alain se pasó horas tranquilizándome, acariciándome la cabeza mientras yo lloraba. Me dijo que no era tan horrible ser alta y que, con una buena coreografía, era un obstáculo salvable. Me dijo que ya me llegaría la técnica; que, aunque tuviera razón, él había pasado por lo mismo y mira dónde estaba él ahora. Cuando le dije entre sollozos que «entonces sería mejor suicidarme», se rio con condescendencia y me respondió: «Tranquila, jamás serías como yo». Por eso me gustaría que supierais que yo le tenía mucho cariño a esta persona. Al echar la vista atrás, nada de todo eso me parece que estuviera bien, pero en el momento yo estaba metida de lleno en aquello y era mi vida.

Y seguía formando parte de la compañía, de las riñas y los cuelgues, de la vida tribal. Alain seguía saliendo con nosotros y haciendo de adorable flautista de Hamelín, y en ese papel, él era inocente y nos quería; éramos una piña. Todavía hoy soy capaz de evocar una noche en Vermont en la que nevaba suavemente e íbamos todos andando por una carretera vacía, desde nuestro hotel hasta un supermercado iluminado como si fuera Navidad. Las

nuestras eran las únicas pisadas sobre el frágil lienzo de nieve de la carretera, y Araceli y Justin se pusieron a pisar en mis huellas para «despistar a la poli», así no sabrían cuántos éramos; jugamos a que habíamos cometido un crimen del que nos habíamos librado, el asesinato de una chica del pueblo que se nos había acercado después de la actuación y nos había dicho: «No sabía que hubiera todavía gente que bailara ballet». «¡Los bailarines te van a dar para el pelo!», gritamos todos mientras corríamos y nos deslizábamos por la carretera helada. En el supermercado compré tiras de ternera en salazón y una novela policiaca para leerla en el hotel y, cuando volvíamos, Alain iba caminando por delante, hablando por teléfono y discutiendo con el contacto que tenía en el pueblo, haciendo aspavientos con una mano, y nosotros nos pusimos a imitarlo a sus espaldas. Cuando se dio la vuelta, sospechando de nosotros, nos paramos todos en bloque y luego estallamos en carcajadas. Alain formó una pistola con la mano y le disparó a una chica, que fingió morir en la calle, con una bella caída sobre la frágil nieve. En muchos aspectos fue la época más feliz de mi vida, cuando no sabía distinguir el bien del mal. Aunque sí que sabía distinguir el bien del mal...

Y puede que todos estuvieran al corriente de lo que estaba pasando, al menos en parte. Una vez Alain nos llevó a casa de su madre y, cuando ella fue al baño, nos contó que su abuelo argelino había sido cuentacuentos en el zoco. «No digas tonterías, Alain, era juez», repuso con una risa demasiado nerviosa la madre, que justo volvía a la habitación. «¿Es que no puede uno tener dos caras en esta vida?», respondió airado. Después, cada vez que sospechábamos de que mentía, decíamos entre nosotros «dos caras», y él nos decía: «Ah, claro, queridos, como me conocéis tan bien...». Y nosotros nos reíamos, desafiándolo y adorándolo por igual, partícipes. Esa era la complicidad que tejía a su alrededor, disfrutábamos de estar en el ajo de sus mentiras, igual que su madre amorosa se alteraba y sabía que estaba mal..., pero no decía nada. No hacía nada. Y yo tampoco lo hice. Y los chicos de todo un año no hicieron nada. Y los chicos de las demás Cleopatras tampoco hicieron nada. Hubo adultos que hablaban con Alain con

manifiesta reserva mientras me miraban de reojo, como si yo fuera un objeto tabú, un vibrador a la vista de todos en la mesa del comedor. Sonreían todo el tiempo mientras Alain hablaba, con una lasciva sonrisa de consternación, pero ni decían ni hacían nada. Y cuando alguien hacía algo, no pasaba nada. Un chico le preguntó a Alain: «Pero ¿ella consiente? ¿No lo hace porque tú la obligas?», y él se rio ante la idea, pero me di cuenta de que el chico no se lo creyó, y luego fue muy distinto cuando follé con él. Vivió un drama ético interno porque creía estar utilizando a la esclava de Alain. No llegó a correrse y por fin anunció que necesitaba ir a por una Coca-Cola a la máquina de refrescos. Lo acompañé para enseñarle dónde estaba, y nos paramos en el pasillo del hotel, junto a la piscina acristalada, donde una familia con niños pequeños salpicaba agua y reía. Los colores de la piscina tras el cristal eran muy vivos —el rojo y el amarillo de los bañadores de los niños y el turquesa del agua—, mientras que el pasillo donde estábamos el chico y yo era un lugar incoloro como un arrecife de coral desvaído. «No tienes por qué seguir con ese hombre. Eres bailarina. Tienes muchísimo talento. Puedes hacer lo que quieras con tu vida.» Me dijo también que podía quedarme con él en casa de su madre si no tenía adónde ir. «Para un tío es distinto hacer esas cosas.» Yo me eché a llorar y me quedé allí con las lágrimas rodándome por la cara, odiándolo. Luego volvimos y me folló hasta que se corrió. Así eran las cosas en esa época.

Ese año fue tan largo que pareció una vida dentro de una vida. Tuvo una muerte.

La compañía regresó a Baltimore y pasamos allí julio y agosto. Mi padre cogió un avión para venir a verme bailar en una función que hacíamos expresamente para familiares y benefactores de la compañía. Tuve que ir hasta su hotel con una temperatura exterior de treinta y cinco grados, y cuando me abrazó para saludarme, mi piel pegajosa y la presión de mis pechos sudados contra su torso lo impregnaron todo de sexualidad. Sentí repulsión y miedo. Me disculpé y fui al baño de mujeres a llorar. Cuando salí, estaba dándome la espalda, con un porte abatido y ordinario,

pero su pesado cuerpo masculino se me antojó obsceno. El aire acondicionado me hizo tiritar. Lo dejé atrás y salí a la calle, donde me aparté de las ventanas para fumarme un cigarro. Pasaron transeúntes a mi lado; cuando se acercaban, volvía a entrarme la tiritera y me embargaba un odio visceral por esas personas. Para cuando volví con mi padre, llevaba diez minutos esperando y parecía suspicaz y hostil. Luego, mientras comíamos, me dijo que estaba acusando mucho la soledad de la casa, y por un momento me sonó a reproche sexual y pensé que estaba sugiriendo que follara con él.

Antes de la actuación, le hablé a Alain de lo que había sentido. Reaccionó como si le hubiera llevado un regalo y me dijo: «A mí me ha dado la misma vibración cuando lo he visto». Actué con eso en la cabeza y me caí en el escenario. Sentí que mi padre lo veía.

Una mujer que pertenecía a la junta directiva de la compañía vino a esa misma función acompañada de su hijo de nueve años y, cuando acabó, ambos se acercaron a saludarnos entre bastidores. El niño tenía todavía el pelo platino de un bebé y se había pasado todo el verano en una piscina, de modo que los productos químicos le habían teñido el pelo de verde claro. Alain estaba extasiado con el crío, pregonando repetidamente que era graciosísimo. Todo lo que decía era para los oídos del niño, que charlaba dándose aires y se ponía radiante cuando el adulto se reía estrepitosamente de sus chistes. Al final, Alain dijo que quería sacarse una foto e hizo que el crío se sentara en mi regazo. Él nos dirigió como en una sesión fotográfica, haciéndome ponerle la mano al niño en varios sitios. A nuestro alrededor había parientes y benefactores riendo y bebiendo vino de vasos de plástico. Mi padre estaba intentando llamar mi atención para que nos marchásemos. Por fin el niño se despegó de mí y se fue con la rudeza de un crío mucho más pequeño. Luego su madre se disculpó con Alain, parecía acalorada y en cierto modo poco creíble. En el taxi, de vuelta a la residencia, no paró de repetírseme la escena en la cabeza: el niño zafándose y despegándose de mí; mi padre impaciente en el campo periférico de mi visión; la madre disculpándose con su sonrisa falsa.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, todavía no sabía nada. Compartía habitación con una chica que se llamaba Meghan. Teníamos la broma entre las dos de que siempre nos hacíamos llegar tarde mutuamente, y ese día también llegamos tarde a clase. En lugar de encontrarnos a los demás calentando en la barra, nos los encontramos en el suelo del estudio, formando un corro en torno a una mujer blanca desconocida que estaba hablándoles. Recuerdo la conmoción al contemplar aquel cuadro inusual y que todos volvieron la cabeza cuando me vieron entrar. Yo me paré en seco mientras Meghan avanzaba apresurada, corriendo a sentarse con los demás. Alain no estaba y, poco a poco, fui comprendiendo que la mujer estaba diciéndonos que no iba a volver. Utilizó la frase «comportamiento reprobable con el alumnado». No sé cuánto tiempo estuve allí escuchándola. Me acuerdo de que la mujer llevaba unas alpargatas rosas de esparto y un vestido muy chic con alegres zigzags rojos, y que aquello me pareció poco decoroso dada la situación. Me acuerdo de que nombró a Alyssa Daniels como la primera persona que había alertado a la junta de aquel comportamiento y de que comprendí que hablaba de la Cleopatra que me había antecedido. Para cuando salí de la sala, me costaba respirar y estaba intentando expulsar todo el aire de los pulmones, algo que se convertiría en una costumbre para toda la vida cuando me entraba el agobio.

En el aparcamiento me encontré esperándome a un hombre y una mujer trajeados. O acababan de llegar o Meghan y yo no nos habíamos fijado en ellos al entrar. La mujer tiró al suelo el cigarro que estaba fumándose y ambos se adelantaron para abordarme. Yo era ligeramente más alta que los dos, una circunstancia que con esa edad todavía me ponía nerviosa. Me pasé el rato intentando encorvar los hombros. Lo primero que pensé fue que eran psiquiatras infantiles; ya había tenido cierta experiencia con ellos después de morir mi madre. Hasta que no escuché la palabra «policía» no comprendí lo que había hecho, y que ya no era una cría a la que iban a ayudar.

Allí mismo, en el aparcamiento, me explicaron en qué consistían las leyes Romeo y Julieta, por las que el sexo con un

menor no se considera un crimen si solo hay unos años de diferencia. Luego nombraron tres estados en los que no había tales leyes para víctimas menores de quince años, tres estados en los que yo había sido cómplice de violación, incluido Maryland. Acto seguido me leyeron mis derechos.

Me puse a llorar como una loca mientras me esposaban. En medio de aquella escena, salieron otros bailarines que, al pasar a nuestra altura, enmudecieron. Nadie me buscó la mirada ni puso cara de preocupación. Lo de tener amigos se había acabado para mí. Algunos se rieron, y lo recuerdo como un gesto malicioso y de regodeo, aunque probablemente estaban simplemente asustados... Éramos todos unos críos.

Los policías me metieron en el coche y me llevaron a comisaría. Solo una vez que estuve allí, entre las cuatro paredes de una sala de interrogatorios, me informaron de que quizá pudiera librarme de una pena de cárcel si los ayudaba a condenar a Alain.

Nos turnamos entre Maya, Micah y yo para conducir toda la noche. Fue una de las noches más puras de mi vida, una en la que hablé, escuché y no pasó nada. No mencioné a Alain. Yo era Natalie. Les hablé de mi marido y de mi hijo, y lloré. Micah habló de sus hijos; Maya, de su marido. Amaneció y pasaron horas en las que el sol se elevaba en medio de ninguna parte, con letreros verdes de salida perfilándose a contraluz: UKIAH, SANTA ROSA, SACRAMENTO. Por doquier, sabor a tierra, un aire marrón y borroso que salía de los sembrados que estaban secándose y echándose a perder, con los sistemas de riego paralizados por los cortes de luz.

Llegamos a San Francisco a primera hora de la mañana. Les dije a las gemelas que siguieran hasta San José con mi coche. Les di mis señas y les pedí que me lo devolvieran cuando pudieran. No me serviría de mucho sin gasolina. En un primer momento, pensé en llevármelas conmigo a la sede del Pacom, con la idea de que su presencia allí hablara bien de mí; eran una buena obra que acababa de hacer. Pero para que mi plan funcionara debía anunciarme por mi nombre real, y no tenía ganas de ver la

reacción de las gemelas cuando se enteraran de que yo era Jane Pearson. Así que volvieron al coche y se alejaron mientras se despedían con la mano. No volví a verlas, ni a ellas ni al coche.

La sede del Pacom se encontraba en una especie de centro cívico. La electricidad parecía cortada y las puertas correderas estaban encajadas en la posición de abiertas. Al cruzar aquel espacio vacío, me acordé de cuando el día anterior había atravesado la puerta de cristal rota del Albertsons y una vez más me pareció estar entrando en un espejo. Me detuve un momento para sacar la cartera y buscar mi viejo carné del Pacom. La ropa que llevaba en la mochila apestaba a sudor rancio, aunque sabía que esos detalles eran insignificantes. Podían aceptarme o rechazarme, pero no dependería de mi olor corporal. En el directorio de empresas que había en el vestíbulo ya habían tapado con cinta algunos nombres y los habían remplazado: COMITÉ DE ALOJAMIENTO, COMITÉ DE PLANIFICACIÓN, GRUPO DE EDUCACIÓN. En el mostrador de la recepción había dos mujeres con camisas rojas y los símbolos del Partido Comensalista de América bordado en negro en el pecho. Lo de las camisas rojas era nuevo, pero no así los símbolos, que yo ya conocía de antes: la mano abierta, que identificaba a los del Comité de Seguridad, y el tenedor y el cuchillo, la divisa de los oficiales. Esos símbolos se habían diseñado pensando en que hubiera miembros que pudieran ser analfabetos, aunque en la época en que yo estuve en el partido éramos todos universitarios.

También reconocí a la mujer con la insignia del cuchillo y el tenedor, una mujer china con alopecia. Se le veían franjas enteras de cuero cabelludo y parecía que tuviera el pelo pintado a brochazos. La había conocido años atrás en un pícnic de nuevos miembros en el que ella era la única novata. Tenía un nombre muy bonito, Luli. En esa época acababa de tatuarse en la pantorrilla una mujer desnuda montada sobre una escoba, lo que había propiciado una larga conversación sobre por qué era un tatuaje empoderador y no problemático. Yo desperté la animadversión de todos los presentes cuando le pregunté cuánto le había costado hacérselo. Mi intención había sido tener conciencia de clase, pero en lugar de eso

quedé como una chica blanca que insinuaba que había algo sospechoso en que una persona de color pudiera permitirse un tatuaje. Además, ella estaba quedándose calva mientras que yo gozaba de una poblada melena rubia, de modo que lo tenía todo en contra. Hay que decir, sin embargo, que resultó ser heredera de un gigante de la electrónica, así que no iba tan desencaminada.

La siguiente vez que la vi, en un mitin antidesahucios, no dio muestras de reconocerme. Evangelyne quiso presentarnos —estaba intentando engatusar a Luli para que financiara la causa—, pero yo me excusé diciendo que ese día me había venido el bajón del estrés postraumático.

Ahora una vez más volvió a no reconocerme, lo que no era de extrañar porque habían pasado siete años, por mucho que a mí me costase entenderlo, ya que nunca me había pasado eso de no reconocer a alguien. A la otra pacomita era la primera vez que la veía, una chica blanca rapada. Tenía el pelo y la camisa empapados —debía de haber llovido antes de mi llegada—, y al instante di por hecho que había salido a hacer unos recados para la heredera de la electrónica. Por supuesto, era una suposición cargada de malicia, pero una vez más resultó que no me equivocaba.

Caminé hacia ellas con lo que quise que fueran andares de proletaria de bien y sonreí a Luli con deferencia. Me arriesgué a utilizar el «compañera»,[1] y al parecer seguía siendo correcto porque sonrió. En cambio, cuando pedí ver a Evangelyne, se le borró la sonrisa. La rapada resopló. Yo acababa de entrar por la puerta de la calle y de exigir ver a la líder del partido nacional.

—Evangelyne no está en estos momentos —dijo Luli—. Quizá nosotras podamos ayudarte.

Les mostré mi carné del Pacom a modo de respuesta. Era una identificación con fotografía, como el de conducir. Por detrás aparecía la lista de los comités en los que yo había participado y las capacitaciones que había completado. En otra época había tenido hasta varios carnés distintos porque era yo misma la que los hacía. Me gustaba utilizar la plastificadora. Seguía llevando dos en la cartera; me daban la sensación de haber tenido una vida con

enjundia.

El que les enseñé fue el primero que había tenido, en el que mi número de afiliada era el 5. Lo dejé sobre el mostrador con mucha parsimonia, como un afortunado jugador que destapa un as, y dije:

—En su momento yo ayudé a Evangelyne a montar la primera sección. Somos viejas amigas.

Las tres nos quedamos mirando la fotografía, a mi yo con cara de cría, el pelo teñido de platino y el maquillaje gótico, levantando la barbilla afectadamente para la cámara. Luego las dos pacomitas leyeron el nombre.

—Joooder, ¡que eres Jane Pearson! —exclamó Luli.

La rapada se apresuró a decir:

—Si quieres te llevo yo a ver a Evangelyne.

—No, ya la llevo yo. Qué fuerte. Evangelyne lo va a flipar. Qué fuerte.

—¿Podemos ir las tres? —sugirió la rapada.

La otra hizo un gesto negativo con la mano mientras me sonreía con expresión vidriosa, con la típica cara de estar viendo a una famosa.

—Gracias —le dije—. Te estaré eternamente agradecida.

6

los_hombres_fan2

Me encanta, pero es todo superfalso. Parecen teleñecos. Son actores con trajes de CGI. O incluso actrices, lo que tendría más sentido.

ReinaLeesa83

Mis hijos están con Dios, no en ningún programa que quiera aprovecharse del tema. Quien haya hecho esta porquería está mal de la cabeza.

Jilly_Sarsparilly

1. Cómo van a hacerlo con actores? Pensad un poco. Tenían que haber sabido de antemano que los hombres iban a desaparecer y haber rodado esta frikada de serie con miles de personas. 2. Y mujeres no pueden ser porque cómo van a hacer de los que salen desnudos?

bobitalamalota

Hoy en día se puede hacer de todo con *deepfake*, incluso convertirlos a todos en Nicolas Cages en bolas (en mi arrogante opinión).

LellamabanWhatever

PERO QUÉ ANIMALES SON ESOS? Y los bichos esos que vuelan? Y si es todo un montaje, entonces es solo un producto de entretenimiento? No entiendo una mierda.

Bobitalamalota

De locos, verdad? Es como lo del alunizaje en la Luna.

BarbiSinCáncer

Yo creo que es real. Con el debido respeto para los escépticos, es demasiado complejo para ser falso, la verdad. Sé que cuesta aceptarlo porque significa que vivimos en un cosmos muy extraño, pero si esa es la única razón por la que dudáis, preguntaos hasta qué punto es más increíble

eso que el propio hecho de que los hombres hayan desaparecido.

Pippiloca

Me da que ninguna habéis visto de verdad la grabación, verla de verdad de la buena. Eso son *mujeres*. Es todo rellenos, *bindings* y babas falsas. Mi hermana hace vestuario para teatro y es de lo más normal del mundo. Fijaos en su piel «desnuda» y veréis que es de tela o de plástico.

bobitalamalota

Son peña con babas falsas.

Pippiloca

BARBAS falsas. Yo hablo de las barbas de los «hombres». Es una errata, so lista!!

Jilly_Sarsparilly

La tela y el plástico ni siquiera se parecen, pippi

matonaperomona

He visto a mi padre. Sé que es él. Lleva incluso la misma ropa.

Al principio *Los hombres* le aportó sobriedad a Alma. Lo vio y se quedó dormida con el teléfono en la mano y, cuando se despertó, tuvo la fortaleza de vaciar todas las botellas por el fregadero porque sabía que podía seguir viendo aquello. Después de eso, se pasaba el día viéndolo, todos los días sin falta. Se duchaba con la mampara medio abierta y el portátil de Patrick sobre el lavabo, para no perderse nada. Racionaba la comida que había en la cocina, postergando el día en que tendría que dejar de verlo para ir a comprar. Para no perder el tiempo con las lavadoras, se ponía la ropa de los médicos. Escuchaba las noticias de la radio mientras lo veía. Lo vio mientras enterraban a su madre sin ella (los aviones, por supuesto, estaban varados en tierra y las gasolineras cerradas, de modo que costaba saber si habría podido llegar a Duluth..., pero tampoco lo intentó). Veía *Los hombres*. Llamaba repetidamente a Evangelyne mientras lo veía y no consiguió contactar con ella, aunque le dejó mensajes en el

contestador en los que intentó sonar serena y desenfadada, sin mencionar nunca *Los hombres*, sin mencionar a su madre. Jamás llamó al trabajo para averiguar si seguía existiendo su puesto. Jamás volvió a su casa.

Los vídeos eran todos iguales: grupos de hombres andando o parados, abriendo y cerrando la boca al unísono. Cuando caminaban, los pies se les movían con extraños pasos, como entrecortados, y apoyaban mal, de modo que daba la impresión de que fueran a caerse. Aparecían animales extraños: panteras enormes, elefantes con calabazas por cabeza, pájaros sin pico con torsos humanos. A cada cuatro vídeos, ponían créditos, una lista de nombres en varios alfabetos, algunos de ellos desconocidos para Alma. Los hombres eran infinitamente variados, pero los movimientos eran iguales en todos. De vez en cuando, aparecía entre ellos una mujer trans, algo que siempre la indignaba. Ahí tenían a una persona que había sido condenada injustamente, eso era lo que sentía. Se acordaba entonces de su antigua compañera del trabajo, Toya, con la que había salido un día de copas y cómo había acabado potándole en el coche, y Toya sin embargo se había limitado a acariciarle la espalda y a decirle: «¡No te preocupes! Yo he potado mil veces en este coche». También estaban Pia y Haley, las chicas con las que vivió en la playa en su primer verano en Los Ángeles, cuando las tres habían huido de sus respectivas casas. Se cuidaban las cosas mutuamente, compartían comida, hacían fogatas y se decían las unas a las otras que eran las más tremendas, las más guapas, las más valientes. Y ahora aquello: que se hubieran llevado a las chicas trans como si fueran hombres... Otra manera en que Elle podía joderte.

También pasaba mucho tiempo haciendo búsquedas por internet, intentando averiguar qué era *Los hombres*. Al instante surgió gente poniendo el grito en el cielo por Facebook, así como una página de Wikipedia que iba creciendo por días. Alguien creó también un canal de YouTube en el que iba archivando todos los vídeos ya emitidos de *Los hombres*. Había una página de fans llamada Encuéntralos que había empezado como una lista de consulta de todos los nombres que aparecían en los créditos de *Los*

hombres, pero que había crecido cada vez más y ya tenía hasta una sección de anuncios clasificados para quedadas, grupos de visionado, casas compartidas. Llegó a encontrar incluso un hilo de Reddit en el que una mujer aseguraba haber contactado con el FBI, pero en la agencia federal le aseguraron que no habían podido encontrar a las realizadoras de *Los hombres* y luego cortaron la comunicación abruptamente. Había otras personas en ese mismo hilo que habían intentado abordar a otras agencias gubernamentales, desde la FCC hasta la NASA. La única respuesta que habían recibido era que *Los hombres* parecía un engaño bastante cínico, pero que estaba amparado por la Primera Enmienda siempre que no estuviera solicitando dinero de forma fraudulenta.

Tampoco era que la propia Alma tuviera claro en todo momento que *Los hombres* fuese real. Había veces en que estaba convencida de que era todo CGI y de que todas las espectadoras eran idiotas integrales. Pero eso no le impedía seguir viéndolo. No paraba de imaginarse descubriendo un indicio que a todo el mundo le había pasado por alto. No dejaba de pensar que vería a Billy. En sus fantasías lo veía en un bar que solo ella reconocería porque sería uno de los favoritos de su hermano, y entonces saldría corriendo a todo trapo con el coche y lo encontraría, lo salvaría y adiós, crisis. Lo más absurdo de todo era su certeza irracional de que, si dejaba de verlo, lo condenaría para siempre, que solo entonces seguro que no volvería a encontrar a su hermano.

Para principios de octubre había acabado con toda la comida que había en la casa; lo último, una patata que embadurnó en kétchup por eso de la vitamina C. El coche lo tenía sin gasolina desde antes de que cerraran las gasolineras, de modo que cogió una bicicleta de los médicos para ir al supermercado, con una enorme mochila con hierros a la espalda que encontró en un armario del pasillo. Después de días viendo *Los hombres*, el mundo exterior le pareció absurdamente espacioso y verde. Era mareante montar en la bici con el viento en el pelo mientras bajaba un inquietantemente silencioso bulevar de Santa Mónica, con las

hileras de palmeras muy por encima de su cabeza; para Alma, que era de Minnesota, seguían siendo algo glamuroso. Había algunos letreros en ventanas y balcones: NO OLVIDAMOS, 3.900 MILLONES, ¡GRACIAS AL PERSONAL DE EMERGENCIAS! Unos cuantos coches aparcados se habían convertido en pequeños santuarios para quienes en teoría habían desaparecido allí, llenos de velas polvorientas, flores marchitas, corazones de papel con fotografías grapadas en el centro.

Aun así, *Los hombres* seguía siendo un runrún de fondo en la cabeza. Quería parar a cada minuto y verlo. ¿Y si salía Bill y se lo perdía? Pero, bueno, en realidad podía consultar las listas en la página de Encuéntralos. Podía buscar en el archivo de vídeos. La sensación era sospechosamente parecida a querer un trago, y, de hecho, no paraba de fundirse en su cabeza con querer un trago, con imaginar verlo con una botella en la mano. Decidió que no lo vería hasta que estuviera de vuelta en la mansión, a pesar del vértigo que le daba la sola idea de estar tanto tiempo sin *Los hombres*. Era como dejar ir a Billy.

Cuando llegó al supermercado, se lo encontró cerrado, pero el aparcamiento estaba en cambio lleno de gente y de tenderetes. Había muchos empapelados con pancartas del PARTIDO COMENSALISTA DE LOS ÁNGELES OESTE, y Alma vio incluso algunos carteles de Evangelyne con una gran sonrisa, más guapa que en la vida real. Estaba al tanto del ascenso del Pacom, pero no se le había pasado por la cabeza que lo vería con sus propios ojos. Ahora se le antojaba un extraño sueño en el que su exnovia dominaba el mundo. Compró un caldo vegano de un puestecillo de sopas que estaba lleno de iconografía del Pacom y sintió un alivio mezquino cuando vio lo insípido que estaba: las comensalistas no eran tan totales. Mientras comía, fue deambulando entre los tenderetes —CURSOS INTENSIVOS, ARREGLOS, VOLUNTARIADO DE EMERGENCIAS— y se detuvo ante un puesto de Prop 10 en el que llevaban un registro de gente que reclamaba viviendas abandonadas. La chica que lo atendía le explicó con mucho afán

que Prop 10 no promovía la ocupación, sino que era más bien una cuestión de seguridad: convenía prevenir incendios y abandono en el stock de viviendas vacías. Alma asintió, pensando solo en la mansión, enloquecida por la esperanza. En plan claro que era una puta ocupación, pero ella estaba totalmente a favor. Incluso pensó que debería haber hecho más cosas con las pacomitas cuando estaba con Evangelyne, aunque ella no la había animado a ello precisamente..., otra de las cosas que deberían haberle hecho ver que la relación no tenía futuro. Escaneó el código QR para bajarse la aplicación de Prop 10 y luego siguió dando vueltas con sensación de irrealidad. A su alrededor tenía a las mujeres improbablemente bellas del oeste de Los Ángeles, y no pudo evitar pensar que ahora todas ellas estaban solteras. Había estado metida en un cuarto oscuro con todo aquello allí... Sin embargo, ya mientras lo pensaba, la pulsión por ver *Los hombres* le volvió con toda su fuerza. Tenía que obligarse a pensar en otras cosas. Mansiones gratis. Chicas tremendas. Comida.

Encontró un puesto de un banco de comida y le dieron un sobrecito plateado de huevo en polvo, un tubo de cartón con espaguetis producidos por el gobierno, una hogaza de pan sin cortar y una bolsa de papel ridículamente grande rellena de coles de Bruselas. Alma tonteó con la chica del banco de alimentos, sonriéndole y mirándola a los ojos, diciéndole lo bonita que era la pulsera que llevaba. De vuelta a casa sintió un desequilibrio placentero, como si pudiera volver a enamorarse y tener una nueva vida. Ni siquiera quería ver realmente *Los hombres*.

Una vez en la mansión, Alma se obligó a ducharse antes de hacer cualquier otra cosa. Luego lavó unas cuantas coles de Bruselas y las puso a hervir mientras se decía que quizá dejara de ver *Los hombres*. Aunque fuera de verdad, había cuatro mil millones de personas desaparecidas; podía pasarse la vida viéndolo y no encontrar a su hermano. ¿Y para qué quería ver una grabación de un minuto de Billy andando como un zombi hecho polvo?

Mientras pensaba esto, se dio cuenta de que ya tenía el móvil en la mano. Se rio y miró a un lado, imaginando que la chica del

banco de alimentos estaba allí para compartir las risas. Luego, en lugar de poner *Los hombres*, se obligó a entrar en la página de Prop 10 y empezar el proceso de solicitud. Cuando rellenó el campo de dirección, la redirigió a la página de Zillow de la mansión y le preguntaron si era esa la casa que quería registrar. Se puso un poco nerviosa, pero pulsó el botón de «Confirmar».

Le saltó una ventanita: «Error: esta vivienda de cinco dormitorios ha de ser reclamada por tres o más inquilinas. ¿Quiere modificar la información sobre las inquilinas?».

Alma se quedó un minuto echando humo, con ganas de estrellar el teléfono contra la pared, de llamar a Evangelyne, de ver *Los hombres*. Cómo no, las pacomitas eran demasiado moralistas para dejar que una sola persona se apoderase de una mansión. Pensó en el mueble bar y se odió por haber tirado toda la priva.

Luego le vino una idea y se rio. Entró en la página de Encuéntralos, fue a los anuncios clasificados y pulsó en «Crear una publicación». Escribió un breve anuncio para compartir casa y lo tituló: «Mansión increíble: habitaciones para personas que no pasan mucho tiempo en casa». Ya tenía varias fotos de la mansión: Billy en el porche principal, Billy junto a la piscina, Billy limpiando el tiro de la enorme chimenea de piedra. Las añadió al anuncio y lo publicó.

Luego fue a la biblioteca a por el portátil con la sensación de quien cosecha una recompensa merecida. En *Los hombres* una hilera de adolescentes blancos con caras rosadas corría por una marisma, el agua amarillo limón por los tobillos, salpicando lánguidamente. Alma sonrió —no habría sabido decir por qué— y se acomodó con el ordenador en el suelo de la cocina. Sin quitar la vista de la pantalla, fue a apartar las coles del fuego y a coger un tenedor del cajón de los cubiertos. Unos minutos después, recordó apagar la llama. Se comió las coles con pan, dándole mordiscos a la hogaza sin cortar. Viéndolo. Dos horas más tarde, cuando sonó el timbre, seguía allí en el suelo.

Al principio intentó ignorarlo. Por su experiencia como alcohólica sabía que la gente que llamaba a las puertas acababa rindiéndose y largándose. Pero volvieron a tocar. El timbre tenía

un ding-dong grave que salía por los altavoces que había repartidos por toda la casa. Retumbaba en las paredes y vibraba levemente por el suelo. Volvió a sonar y esa vez lo dejaron pulsado, con su sonido monótono; alguien estaba con el dedo en el timbre. Entonces, con una sacudida, Alma recordó que lo suyo seguía siendo allanamiento de morada. Podía ser la poli.

Cuando paró el timbre, pareció un milagro. Cogió aire y se quedó escuchando el silencio durante un minuto. Luego se le inundó el cuerpo de endorfinas de la paz. Sintió que los hombros se le habían contraído. Estiró los brazos. Se fijó en la olla que tenía en el regazo, con el agua ya fría, la hogaza mordisqueada apoyada en una rodilla. El portátil estaba en el suelo delante de ella y en la pantalla aparecían dos hombres y un niño pequeño atravesando una extensión de hierba, rodeados por enormes patas de paquidermo. Las grandes patas se movían ligera y grácilmente, pastando, mientras que los hombres arrastraban los pies como por barro. El crío levantaba mucho las piernas al andar, como los que acaban de aprender, pero proseguía metódicamente, sin tropezarse, siguiendo un carril inexistente. Luego aparecieron los créditos y Alma volvió a estirarse, agradecidamente cansada.

Sonó el timbre. Se quedó petrificada. El sonido paró como si estuviera cogiendo aire para al punto estallar y luego volvió a sonar, más fuerte de lo normal, ding-dong, ding-dong. La persona —la poli, tenía que ser una agente de policía— estaba otra vez con el dedo pegado al timbre.

Se levantó de un salto y empezó a esconder cosas sin ton ni son: la olla y el pan en el horno, una bolsa de basura en un armario, un puñado de ropa sucia en la nevera. Limpió las huellas del portátil y lo dejó en la biblioteca, que era donde lo había encontrado. Estaba sudando cuando fue corriendo a abrir la puerta, repasando todas las justificaciones que se había montado en la cabeza, y llegó antes de estar lista, sin aliento, entre débil y fuerte por la adrenalina. Tuvo que pensar «Sé educada, por lo que más quieras» antes de abrir con demasiada fuerza.

En el umbral había una niña.

Era una chica latina que aparentaba unos doce años, vestida

con bikini negro y sandalias plateadas. Se la veía enfadada y soltó el timbre con un gesto que venía a decir: «Ya era hora». Tenía el pelo en dos trenzas que se había atado de cualquier manera encima de la cabeza, con dos plumas blancas remetidas por el nudo. Lo más llamativo de todo, sin embargo, era que tenía formas pintadas por toda la piel desnuda —pentagramas, estrellas y triángulos— con lo que parecía rotulador.

A su espalda, el mundo seguía bañado en sol y paz, el perfecto camino de gravilla entre los setos estaba igual que siempre. Al otro lado de la verja, ante la mansión de estilo imitación Tudor de enfrente, se veía un aspersor que lanzaba agua blanca al aire. Ni rastro de la poli.

—Hola, soy tu vecina y eso. Blanca Suarez, del dos mil ciento diez. —Al ver que Alma no respondía, la chica lo repitió en español.

—Buenas, sí, es que soy la que cuida la casa. Cuido la casa mientras están fuera. Así que no soy...

—Es que..., esto, o sea, que si me puedes prestar un teléfono o un ordenador. Es para mirar una cosa. En plan quince minutos, no más... —Alma estaba ya cerrando la puerta cuando la chica añadió —: Porfaa. Es para un ritual.

Se mostró reacia y mentalmente ya estaba cerrando la puerta. Pero no lo hizo. El aspersor de enfrente se había movido hacia el otro lado del césped, donde solo se veía una especie de arcoíris difuminado.

—Un ritual. ¿Qué clase de ritual?

La chica se encogió de hombros con cara de vaya pregunta más tonta.

—Un ritual para encontrar a los hombres. Y ya sé que tú no creerás en eso, ¿vale? No soy tonta. Pero solo necesito mirar una cosa por internet. Tampoco hace falta que creas en eso ni nada.

—¿Y no tienes móvil?

—Vale, sí, tengo móvil. Pero es que no lo tengo ahora mismo.

Alma agarró la puerta.

—Lo siento, pero si tu madre te ha quitado el móvil yo no soy quién para...

—Yo no tengo madre. Murió cuando yo tenía tres años. Es que ni siquiera tengo madre.

Se produjo entonces una pausa larga e incómoda durante la cual a la niña se le empañaron los ojos de lágrimas y se le llenó de furia la cara. Y entonces, entre los dibujos de su piel, Alma se fijó de pronto en cicatrices, cicatrices fruncidas y recientes en el torso, como de agujeros de bala, pero no podía ser eso, ¿verdad? ¿En aquel barrio? Serían de una operación o algo, aunque ¿acaso era eso mucho mejor? Y si la madre de la niña estaba muerta, y no podía haber padre, ¿significaba eso que la cría estaba viviendo allí sola?

—Porfaaa —repitió la niña—. Un cuarto de hora.

Su intención había sido que la cría se quedara en el vestíbulo mientras ella iba a por el portátil, pero esta la siguió sin más, mirándolo todo y hablando animadamente sobre el ritual. Resultó estar basado en las Chicas en Llamas, una teoría conspirativa de internet sobre la que Alma había leído pero que no le había atraído mucho, algo sobre un puñado de inmolaciones que se habían producido el 26 de agosto.

—Es que estoy como investigando en los Tumblrs y en los Instas de las chicas —le explicó—. Son escritos y vídeos reales de chicas que murieron, una movida... Hay algunos online, y uno tiene unos símbolos, como un hexágono con una estrella dentro. Así que he intentado utilizarlo en un ritual, pero no tengo claro hacia dónde apunta la estrella. Y sé lo que estarás pensando, pero es que mientras hacía el ritual me ha dado la impresión de que funcionaba. Y está claro que las Chicas en Llamas sabían algo. Si lees las movidas que dejaron, se ve claramente. Además, para que lo sepas, no tengo intención de autolesionarme. Por eso mi tía se echa las manos a la cabeza. Se cree que me pienso pegar fuego o algo.

Alma se detuvo en el umbral de la biblioteca.

—¿Tu tía?

—Vale, ha sido mi tía la que me ha quitado el móvil. Ahora vivo con ella. Pero, vamos, que ni siquiera es mi tía de verdad, es

solo la tercera mujer de mi tío Carlos. Así que no es el típico caso de la madre que le quita el móvil a la hija. No creo ni que tenga derecho legalmente a quitármelo.

—Sí, me temo, la Primera Enmienda. Deberías estar buscándote una abogada.

La chica se rio entonces y la cara se le cambió por completo, con la sorpresa de su dentadura perfecta, un buen indicio de que venía de familia adinerada. Una chica rica que vivía con su tía: perfecto todo. Pensó en acompañarla hasta la puerta, pero la niña vio entonces el portátil y entró en la habitación. Alma la siguió mientras la otra se encaramaba ya en un sofá Chesterfield de cuero con cara de seriedad y curiosidad, y se quedaba mirando con el gesto fruncido la pantalla, donde una procesión de hombres con tristes harapos por ropa se movía parsimoniosamente por una pradera amarillo limón, andando como si nadaran, aplastando las hierbas altas.

—Un momento... ¿Qué es esto?

—No sé —dijo Alma, que sintió que la habían pillado con la guardia baja—. ¿Lo de *Los hombres*?

—¿Los hombres? Un momento..., ¿los hombres en este momento?

—Algo así.

La niña se pegó más a la pantalla.

—No, pero ¿qué dices?, ¿que esto es real? ¿Que son ellos de verdad?

—No lo sé. Hay mucha gente que lo piensa. Pero nadie sabe siquiera quién lo está subiendo a la red.

—¿Cómo que no? ¿No lo han podido rastrear?

Alma intentó explicarle por qué no había ocurrido así, pero pronto se metió en un jardín. En realidad, ella no tenía ni puta idea de informática. Pero acabó contándole la historia de los diez correos que le mandó su madre diciéndole *«Cariño, ¿crees que es verdad?»*, y que había creído que era un *bot* de spam, pero que aun así al final había decidido llamar a su madre y le cogió el teléfono una vecina. Acababan de encontrar muerta a su madre y la mujer colgó. Cuando Alma había llamado, esta vecina tenía el teléfono de

la madre en la mano y estaba intentando reunir valor para llamarla y contárselo.

—Así que me quedé en plan... joooder. Y, claro, tuve que abrir el correo y darle al vínculo, ¿no? Era el último mensaje de mi madre. Pero luego me enteré de que a mucha gente le había llegado ese mismo mensaje y que, cuando les habían preguntado a las que supuestamente se lo habían mandado, habían dicho: «Qué va, eso es spam fijo». Así que al final sí que era spam. Fue solo una coincidencia muy loca que mi madre estuviera..., en fin.

Blanca se quedó mirándola por unos instantes y luego volvió la vista a la pantalla. No dijo nada, pero Alma le vio un brillo de implicación en los ojos.

—Se ahorcó justo después de que desaparecieran los hombres. Mi hermano desapareció y supongo que mi madre no supo sobrellevarlo.

—Mi madre también se suicidó —dijo Blanca con los ojos en la pantalla—. Tenía trastorno bipolar.

—Lo siento. Vaya mierda.

—Fue hace mucho tiempo. Su familia ya no nos habla, así que ni siquiera es que piense mucho en ella. Viven en Corea. Pero, vamos, que no es por eso por lo que no quieren hablar con nosotras, era solo un dato. Sé que parezco cien por cien mexicana, pero soy medio coreana.

—Mola.

—Entonces... ¿puedo entrar en la página de las Chicas en Llamas? Te puedo decir la dirección y la escribes tú, si no te gusta que te toquen el ordenador.

A Alma se le hizo un nudo en la garganta. Quiso embarcarse en una explicación sobre por qué *Los hombres* era lo importante y no las Chicas en Llamas. No podías echar un ojo a *Los hombres* y luego seguir sin más con tu vida. Pero, antes de poder formularlo en la cabeza, la chica dijo:

—Un momento... ¿Has dicho que no era real?

—No —respondió con cautela—, yo creo que es real. Creo.

—¿Están en Texas?

—¿Texas? —Alma rio incómoda—. ¿Por qué? ¿Así es el

paisaje en Texas?

—No, es que... yo soy de Houston y conozco a esos dos chicos y eso... —Señaló a una esquina de la pantalla—. Esos chicos de ahí van a mi instituto.

Hubo un compás de espera durante el cual a Alma se le desbocó el corazón. Luego dijo, cambiando de tono:

—Vale, ajá. Eso está bien. ¿Sabes cómo se llaman por casualidad?

—Michel y Cooper Williams. Son hermanos.

—Guay, guay... Eso está muy bien.

El vídeo cambió entonces y se vio a un solo hombre caminando por un bosque. A sus espaldas apareció uno de los bichos gatunos, brincando como hacían a veces.

La niña seguía mirando con la expresión necia de intentar no reírse.

—¿Qué clase de animal es ese?

—Nadie lo sabe. Solo existen en *Los hombres*.

En ese momento empezaron a salir los créditos y quiso decirle a la niña que buscase el nombre de sus amigos, pero aparecieron los primeros de la lista: «Cooper Williams, Michel Williams». Cuando se los señaló, Blanca se enderezó en el sitio, maravillada, como si Alma los hubiera hecho aparecer por arte de magia. Se volvió para mirarla y rio complacida, con los ojos iluminados por lo que suponía aquello.

—Ostras. Ha funcionado mi ritual.

En esos mismos días, Ji-Won todavía no había oído hablar de *Los hombres*. Había terminado con el trabajo de despejar carreteras, que la había llevado en lentas etapas hacia el oeste, hasta Kansas. Una vez allí, la habían reclutado para ayudar a sembrar el trigo de invierno en fincas que habían quedado huérfanas. En las noches frías y despejadas, se metía en un saco de dormir del ejército y dormitaba y leía a la luz de una linternita, con el cuerpo tan cansado que lo sentía gigante, un dolor que irradiaba de la piel y la trascendía para internarse en la tierra de los sembrados.

Estaba leyendo un libro que había cogido del piso de Henry,

Modos de ver, de John Berger. Lo habían leído juntos cuando él estaba estudiando en la Escuela de Diseño de Rhode Island y Ji-Won era todavía la fuerte, la que tenía un trabajo y pagaba las facturas. En Kansas, como se quedaba dormida tan pronto, estuvo varias noches seguidas leyendo el mismo pasaje: «Los hombres actúan y las mujeres aparecen. Los hombres miran a las mujeres. Las mujeres se miran a sí mismas siendo miradas. [...] La supervisora que la mujer lleva dentro de sí es masculina: la supervisada, femenina. De este modo se convierte a sí misma en un objeto».[1]

Nada de eso podía decirse de Ji-Won. Ella siempre había sido invisible para los hombres y nunca había tenido ninguna consciencia particular de ser mirada por otras personas. Henry, en cambio, había sido muy visible. Ella lo había ayudado a adornarse para hacerlo más visualmente atractivo a los hombres y las mujeres, asesorándole sobre ropa, maquillándole a veces. Eso no había impedido que la gente le diera consejos a Ji-Won como si a ella le preocupase en modo alguno su aspecto, que podía ser molesto, pero también agradable. A veces veía a los demás como una especie de duendecillos: criaturas dulces y superficiales que se adornaban y charlaban en pequeños rebaños sociales. Ahora los duendecillos estaban sumidos en el caos mientras Ji-Won seguía siendo en gran medida la misma, quizá más libre, sin tanta presión para ser «feliz».

Luego se quedaba dormida y soñaba con Henry. Varias veces por noche se despertaba con la aterradora conciencia de que él ya no estaba.

Ruth embarcó en un vuelo rumbo a Los Ángeles, mareada después de un mes llorando, un tiempo durante el cual la ciudad tras el umbral de su edificio había estado cambiando sin parar. Cuando por fin salió a la calle con dos maletas, en lo que era un luminoso día de septiembre, se encontró con mujeres sentadas por todos los escalones y las aceras, con sus sillas de jardín, viendo a las niñas jugar por la calle Ochenta y ocho, que estaba llena de juguetes, bicicletas, piscinas hinchables y muebles infantiles. Dos

personas le habían preguntado si necesitaba ayuda de camino al metro, y, cuando llegó al andén, por primera vez no olía a orín. Eso la desarmó y se vio llorando en el vagón, enfurecida con los hombres. Por supuesto, no podía decirse con seguridad que la Desaparición hubiese sido un castigo, pero ¿quién no lo pensaría? ¿Después de tantas guerras, de la contaminación, las violaciones? ¡Es que incluso tenían que orinar en los andenes del metro! Se habían empeñado en seguir comportándose mal hasta que los habían borrado del mapa. ¿Y qué importaba que eso le hubiera arruinado la vida a Ruth?

Cuando llegó al aeropuerto, lo encontró casi desierto y, por supuesto, las únicas personas que había eran mujeres. En las pantallas de toda la terminal estaban poniendo una entrevista con la dama de la biotecnología, Karen Xi, con el siguiente texto pasando por debajo: EMBRIONES DE LOS BANCOS DE ESPERMA: EL CIEN POR CIEN DE LOS FETOS MASCULINOS ACABAN EN ABORTO DURANTE EL PRIMER TRIMESTRE. Se sentía como si la persiguieran las noticias horribles allá adonde iba. Luego, cuando estaba embarcando, le entró un miedo irracional: ¿cómo podían las mujeres pilotar aquel enorme avión con unas manos tan pequeñas? Ya en el aire, las pasajeras se pusieron a charlar unas con otras, y así fue como se enteró de que su hija debía de haber pagado diez mil dólares por su billete. Había solo dos aviones al mes a Los Ángeles, y ese era el precio mínimo. Cerró los ojos e intentó no sentirse acorralada. Si te quedaba una hija, tenías que seguir viviendo, y si además Candy necesitaba tanto a su mamá, ¿qué otro sentido tenía ya la vida de Ruth?

Se quedó dormida. Luego el LAX y luego el autobús. Qué sensación le daba California, de tanto sol que había era molesto. Apenas quedaban coches, pero las carreteras seguían allí, un millón de kilómetros de asfalto feo y vacío, y ahora era fácil ver que eran una auténtica plaga. Se bajó y fue tirando de la maleta hasta la vieja casita de adobe de Candy, pintada de azul celeste posiblemente cuando Carter era presidente, con una bandera de Estados Unidos en el porche y la canasta de baloncesto que había dejado el antiguo dueño. Solía ver todo eso en la pantalla del

ordenador cuando hablaba por videoconferencia con Peter. Iba a dormir en la cama de su hijo. Se quedó parada en la acera, llorando una vez más. Ese sol... Esas carreteras... En cuánta nada había quedado todo... Hasta que la puerta se abrió con un chirrido de goznes y allí estaba su hija.

—Lo siento —dijo Ruth.

Los hombres (16-10, 22.01.20 GMT)

1. Una enorme procesión de hombres desnudos se mueve lentamente, balanceándose de un pie a otro, mientras atraviesan una selva. Solo se ven destellos de ellos entre la espesura y no mueven las hojas a su paso. Es como si hubiera un túnel horadado en el follaje con una forma que no podemos percibir desde la perspectiva de la cámara. Por encima, en ramas, hay extrañas aves blancas anchas de espaldas. Los pájaros inclinan los cuellos y giran la cabeza 360 grados, como periscopios del revés, inspeccionando el vaivén de hombres. Su tamaño es alarmante, son igual de grandes que los hombres. El comportamiento de estas criaturas es aviar; medio despliegan las alas en reacción al paso de los hombres y saltan de una pata a otra emocionadas. Aun así, no tienen pico. Cuando los hombres terminan de pasar y las criaturas retraen los cuellos, parecen no tener tampoco cabeza.

2. Este es el último de los numerosos vídeos en los que está todo negro, sin imagen alguna. En este vídeo «negro», al final del todo un diminuto puntito de negro empieza a desintegrarse y da paso a la luz y el color. Titila, apareciendo y desapareciendo, y luego crece de golpe y se convierte en un agujero que lleva al exterior de lo que parece una penumbra subterránea. Vemos la silueta de un hombre cuando de pronto la luz nos lo revela. La siguen formas confusas: un bicho gatuno saliendo del agujero, dos hombres, un enredo de extremidades. El volumen de todo esto no tarda en tapar la luz, de modo que es imposible diferenciarlos. En los últimos fotogramas, una chispa de luz más fuerte, como el flash de una cámara, expone arriba, brevemente, a un hombre con un bebé en brazos. Ambos están desnudos y con todo el cuerpo sucio de tierra.

3. Este es uno de los primeros vídeos anómalos. Tiene lugar en una pradera iluminada por la luna que más tarde identificaremos como la zona inmediatamente contigua a la ribera. Los hombres van con ropas sucias, avanzando a un paso más rápido de lo habitual, en diagonal a la cámara. Habrá unos cien, y en medio hay una única mujer trans, uno de los

primeros personajes recurrentes. Ya ha aparecido en dos fragmentos previos y, para cuando se publicó este por primera vez, su esposa la había reconocido. Se llama Giovanna Fini.

En vídeos anteriores, Fini muestra las mismas conductas autómatas que los demás personajes. Aquí, al entrar en el plano, ya está corriendo por delante de los demás, brincando erráticamente, con ambas manos extendidas hacia delante, rígidas. Cuando se acerca al centro del plano, se detiene. La impresión que da es que siente a las espectadoras y su presencia la conmociona. Levanta ambas manos y se balancea adelante y atrás con visible angustia, aunque sigue teniendo cara inexpresiva y la mirada perdida. La avalancha de hombres la pasa por ambos lados cuando está terminando el vídeo.

Este vídeo se utiliza a menudo como ejemplo de *Los hombres* cuando se habla del fenómeno en los medios, quizá por su naturaleza cinematográfica, o porque las personas trans fueron de interés popular en esos primeros meses. La comunidad de *Los hombres* reaccionó indignada porque opinaba que la elección de ese fragmento en particular daba pie a varios malentendidos: que las mujeres trans de *Los hombres* se comportaban de manera distinta a los hombres, que ese comportamiento anómalo era típico en lugar de ser una rara excepción, que las personas de *Los hombres* eran conscientes de la presencia de la cámara, como si fueran actores. El maltrato verbal que padecieron por internet algunas periodistas por parte de ciertas espectadoras fue una de las razones de la escasa cobertura que se le dio a *Los hombres* durante los primeros meses.

4. Este es el primer vídeo de la secuencia de la ribera. Empieza con una toma aérea de la verde orilla de un río ancho y de curso tranquilo, vista a la luz de la luna. Ocho hombres, escuálidos y en harapos, avanzan hacia el agua. A pocos metros del río, se detienen todos en bloque y se quedan quietos de golpe. Se quedan allí inmóviles. Algo parte la superficie del agua, una criatura demasiado grande y compleja para ser un pez. Se ondula, dejando ver lo que parece un codo plateado, y al punto desaparece.

Después de dos minutos de quietud, entra en el encuadre un segundo grupo de hombres y se detiene a la misma distancia del agua. Todos siguen inmóviles cuando termina el fragmento.

Como siempre, tras el cuarto vídeo aparecen los créditos: 182 nombres masculinos. Aquí, por primera vez, a algunos nombres les sigue un asterisco.

7

Alain y yo fuimos los delincuentes sexuales más famosos de Estados Unidos durante aproximadamente un año. La prensa publicaba a diario nuevas historias de terror, muchas de ellas falsas. La mayoría alimentaba la suposición de que él había violado a todos los chicos con mi ayuda, una suposición que abrazaba la vasta mayoría de los estadounidenses. Al principio mi nombre y mi foto solo aparecieron en internet en contadas ocasiones, pero, en cuanto anunciaron que iban a juzgarme como adulta, los medios decidieron convertirme en el blanco de su diana. La primera imagen mía que utilizaron las agencias de noticias fue una fotografía policial en la que aparecía sin maquillaje, con cara tímida y vulnerable y una sonrisa infantil, y que hizo que la gente pusiera el grito en el cielo: ¿cómo podían utilizar esa imagen para una pederasta? Después de eso, la foto omnipresente fue una en la que salía con aire sexual, embadurnada de maquillaje del Walgreens, con un extraño gigantismo que me hacía parecer adulta, acechando amenazante sobre Alain. En artículos más extensos solían asegurar que yo era hija de un banquero, y un periodista con iniciativa incluso desenterró una fotografía de mi padre posando con un Porsche. En realidad mi padre solo era director de una sucursal y su pasatiempo favorito era arreglar coches deportivos, una afición que se pagaba revendiéndolos luego. Al fondo de la instantánea del Porsche, se ve la vivienda portátil a la que nos fuimos cuando tuvimos que vender la casa para pagar las facturas médicas de mi madre. Todos sus amigos eran de la iglesia baptista del barrio, a la que pagaba un diezmo del diez por ciento de su salario, salvo durante los dos años que recibimos dinero de ese mismo diezmo. Una vez intenté explicarle todo esto a alguien que estaba metiéndose conmigo por internet;

me respondió con la fotografía de un hombre tocando el violín más diminuto del mundo, lo que le granjeó 1.800 me gusta.

Mis comparecencias ante el tribunal en los casos en los que yo estaba inculpada fueron relativamente inocuas. Las acusaciones contra mí habían sido diseñadas para garantizar mi cooperación como testigo contra Alain. Me declaré culpable y acepté acuerdos. En Baltimore y en Montana, incluso diría que mi participación en los juicios contra Alain fue fácil. Me alojaba en hoteles y me escoltaban a todas partes abogados diligentes y considerados. Como menor que era en un caso de delitos sexuales, me permitieron testificar por videoconferencia. Nunca vi a Alain.

Todo eso se me acabó en Spokane, una pequeña ciudad del estado de Washington. En la audiencia de sentencia de mi caso no hubo mayor problema, pero, cuando regresé como testigo para el juicio de Alain, la fiscalía había recibido una serie de cartas anónimas que me acusaban de nuevos y peores delitos. Las había escrito alguien lo suficientemente informado para parecer creíble, seguramente un bailarín que nos la tenía jurada o alguien que había creído ingenuamente los rumores y retroalimentado sus recuerdos con el deseo de hacer justicia. Esas cartas contenían falsedades con muchos detalles que lograron convencer plenamente a los fiscales de Spokane. Ahora creían que Alain se había acostado con los chicos y que esos actos sexuales habían sido a menudo forzados; que había víctimas de hasta diez años y que, básicamente, yo había buscado a niños de esa edad y los había retenido con mis musculosos brazos para que él los sodomizara mientras ellos gritaban y suplicaban. Por supuesto, mucha gente sigue creyendo todo esto.

En la Alemania del siglo XVI existía un concepto legal, *vogelfrei*, que se traduce literalmente como «libre como un pájaro». Cuando a un proscrito se lo declaraba *vogelfrei,* la ley dejaba de ampararlo: «Su cuerpo habrá de quedar libre y accesible para todo tipo de personas y bestias, para los pájaros en el aire y los peces en el agua, de modo que a nadie se le hará responsable de ningún crimen cometido contra su persona». Fue Alain quien me dio a

conocer el término, y la primera vez que leí sobre el tema me imaginé a un rebelde que vivía en el bosque en una soledad desafiante y a mí misma como la chica temeraria que se colaba en su cama. A veces en la ensoñación vivíamos con una banda de *vogelfrei* en un Edén sin ley. En otra versión, yo era la única *vogelfrei*, una noble ermitaña que bebía de los arroyos, ponía trampas para conseguir comida y no necesitaba a nadie.

Estuve siete meses viviendo en Spokane mientras los fiscales me presionaban para que admitiera esos delitos imaginarios. Todo ese tiempo me sentí *vogelfrei*. Mi padre vino para ayudarme a buscar un piso, pero luego tuvo que irse porque debía volver al trabajo. Los primeros meses no podíamos permitirnos ni un colchón; dormía en una toalla extendida sobre la moqueta. Vivía a base de ramen de sobre y galletas de supermercado. En las primeras semanas me rompí el pie intentando bailar en el aparcamiento y tuve una crisis nerviosa en urgencias cuando me comunicaron que requería cirugía; me puse a llorar diciendo que no podía permitírmelo, hasta que me mandaron de vuelta a casa con el pie inmovilizado por una bota. Como delincuente sexual que era, no podía asistir a ninguna institución educativa. El agente de la condicional me dijo que tenía que conseguir un trabajo, pero no me dio ningún consejo útil sobre cómo hacerlo cuando eres una famosa pedófila sin el título del instituto y con un pie roto. Pasaba la mayor parte de los días delante del portátil, leyendo compulsivamente los comentarios obscenos y las amenazas de muerte y de violación que recibía a todas horas en la cuenta de Facebook que todavía no había borrado. Gracias al registro de delincuentes sexuales, toda la gente que me mandaba estas cosas sabía mi paradero. También en la propia Spokane me reconocían por la calle. El día que me presenté por libre a los exámenes finales de secundaria, un grupo de chavales me siguieron hasta la puerta del edificio y arrancaron una papelera para tirármela encima. La mayoría de los días tenía que ir al supermercado andando por el arcén de la carretera, una tarea muy costosa entre la bota y el bastón, y si bien el miedo a que la gente me tirara botellas desde los coches no llegó a materializarse, los hombres sí que me seguían

por la calle. Casi todos conocían mi nombre y lo utilizaban, intercalado con «puta zorra asquerosa». Una vez que fui al cine, en plena oscuridad, dos hombres se cambiaron de sitio para ponerse a mi lado y me susurraron: «Tú eres Jane Pearson, ¿verdad? ¿Por qué no te vienes conmigo a casa y me follas delante de él? ¿Jane?». En otra ocasión, un hombre me siguió por una farmacia y fue tocándome el culo a cada tanto: «Jane, ¿por qué no quieres hablar conmigo, Jane? No seas así. ¿Qué te pasa? Será zorra». Yo me había echado a llorar en el pasillo de los cepillos de dientes y otro cliente, un hombre mayor, se acercó y le dijo que me dejara en paz. El primer hombre se empeñó en intentar explicarle al otro quién era yo, pero se quedó frustrado al ver que no servía de nada. «Usted no lo entiende —decía—. Yo no soy aquí el malo de la película.»

Las veces que tenía que comparecer ante el tribunal, solía escoltarme la policía local. Eran agentes a menudo amables. Me dejaban montarme en la parte de delante de los coches patrulla y, de vez en cuando, incluso elegir la música. En una ocasión, un agente tuvo que hacer maniobras evasivas para dar esquinazo a un periodista que nos seguía, y yo no podía parar de reír, no quería que terminara la persecución. Durante un tiempo, un coche patrulla fue el único lugar donde me sentía segura. Eso se terminó de golpe el primer día que testifiqué contra Alain.

La declaración en sí fue aburrida. Solo me preguntaron por delitos reales y la mayor parte del interrogatorio se centró en una serie tediosa de mensajes que evidenciaban el papel director de Alain en toda la intriga. Lo único destacable fue que lo vi por primera vez en persona desde que estalló todo. Tenía la cara pálida, estaba más gordo y vestía un traje gris anodino que antes no se habría puesto ni en pintura. Se le notaban las canas por las raíces y, aunque yo sabía que se teñía el pelo, vérselo así me impresionó. Con todo, cuando algo le divertía, sus extraños ojos verdes adquirían un brillo depredador, y se convertía de pronto en un príncipe elfo disfrazado que nos convertiría a todos en piedra si los hechizos de los fiscales resultaban demasiado débiles..., tal era la impresión que daba. De vez en cuando cruzaba la mirada

conmigo y me sonreía sutilmente, y yo tenía que contenerme para no devolverle el gesto. Nunca dijo una palabra, pero ese día me pasé el rato oyendo su voz por dentro:

«Jane es la única bailarina que tengo.»

«Vaya, vaya, alguien me recuerda al Gigante Verde.»

«Jane tiene una belleza natural. Ponerle maquillaje es un acto de vandalismo.»

«¡Sujetadores deportivos, sujetadores deportivos, sujetadores deportivos! No quiero ver nada que se parezca a una teta sobre este escenario.»

«Nadie se mueve como tú. Haces que la respiración sea musical.»

«Y ¡esa! Baila como si tuviera jamones en vez de extremidades.»

«¡Aquí está mi Grace Kelly!»

«Bigfoot en persona.»

«Un encanto de chica. Una sílfide.»

Fue un día extraño, que sentí como desde fuera de mi cuerpo, y cuando por fin salí del juzgado agradecí encontrar a un agente esperándome para llevarme a casa. A aquel era la primera vez que lo veía. Era joven y tenía una cara de bobalicón muy llamativa, con rasgos pequeños y la tez rosada, así como un prematuro pelo cano. Sonreía mucho mientras conducía y aquello me incomodó, pero no me asustó. Por entonces todavía identificaba a la policía con las normas y creía conocer las que gobernaban aquel espacio. Cuando empezó a hacerme preguntas sobre Alain, seguí sintiéndome incómoda, pero todavía no me asusté.

Las primeras preguntas parecieron inofensivas. ¿Era Alain mala persona en otros sentidos? ¿Creía yo que él era así porque provenía de una familia rica? ¿Diría yo que era un sociópata? Eran preguntas que yo me había hecho en más de una ocasión, y al final acabé hablando a borbotones, con el alivio que se siente cuando te sinceras después de un largo aislamiento.

Pero entonces las preguntas cambiaron de tercio. ¿Habría hecho yo cualquier cosa que me hubiese pedido Alain o había límites? ¿Alguna vez me ató? ¿Me obligó a hacerlo con dos tíos a la

vez? ¿Llegaba a correrme?

Contesté dejándome llevar por la inercia. Yo era ya cautelosamente sincera por el hábito recién adquirido de evitar incurrir en perjurio, y, mientras contestaba a la última pregunta —«Era sexo. Yo lo disfrutaba como tal, algunas veces»—, le vi la cara, flácida y satisfecha, y lo supe. Cogió la siguiente salida, que no era la de mi casa, y al poco estábamos atravesando un bosque. Él sabía adónde iba, a un apartadero para los camiones de la serrería, donde podía aparcar sin que nos vieran desde la carretera. Cabía suponer que no era la primera vez que llevaba mujeres allí. No intentó disimular. Se desabrochó el cinturón y dijo: «Quiero que me chupes la polla, ¿te importa?». Cuando le grité, me dijo: «No me digas que no quieres. Créeme, mejor no me lo digas».

Al día siguiente, me llevó al tribunal un abogado. Aun así, para cuando llegué tenía la ropa empapada en un sudor con un distintivo hedor acre que olía a arenero de gato. Presté testimonio sin expresión alguna, medio desmayada, varias veces tuvieron que repetirme la pregunta para que me enterase. Estaba pensando en cuando saliera de allí, convencida de que me encontraría al mismo poli. Me preocupaba que fueran más de uno. Me los imaginaba riéndose todos de mí, haciendo bromas sobre qué harían conmigo. Pensaba en mi pie roto y me preguntaba si conseguiría llegar a la parada del autobús, o si algún periodista podría llevarme a casa. Por momentos perdía la noción de la realidad y creía que la fiscalía estaba también en el ajo, que me dejarían indefinidamente en Spokane para que los polis, los fiscales y sus compinches hicieran conmigo lo que les viniera en gana. Mientras tanto, iba respondiendo a las preguntas sobre los chicos que me había follado para Alain, con él mirando, como siempre hacía.

Pero cuando acabó la jornada vino a recogerme un anciano policía jubilado, un hombre frágil y diminuto que me explicó quién era sin mirarme a los ojos. Me dijo que le habían pedido que me acompañara a casa. Cuando íbamos camino del coche, mantuvo una distancia cautelosa, moviéndose con cierto remilgo, y poco a poco comprendí que lo sabía. El poli de la mamada debía de haber

presumido de lo ocurrido con algún compañero del cuerpo y la noticia habría llegado a oídos de todos. Seguramente ese hombre mayor estaba llevándome a casa porque podían confiar en que él no me tocaría: seguía habiendo una raya y el poli de la mamada la había traspasado. Me eché a llorar y me pasé todo el trayecto hasta casa sollozando en silencio, embotada por la calefacción del coche, con demasiada furia y compasión por mí misma para disimularlo. A mi lado, el policía fue cambiando lentamente la actitud, la cara se le fue abriendo con la compasión, como una flor, sufriendo. Cuando me bajé del coche, me dijo: «Cuídate, hija. Eres un encanto de chica».

En Spokane condenaron a Alain por dos delitos de conspiración criminal y por contribuir a la delincuencia de una menor, y fue sentenciado a tres años de prisión. En Baltimore lo condenaron por ocho delitos de contribución a la delincuencia de una menor y seis delitos de comunicación con un menor con fines inmorales, y le cayeron doce años. En Montana lo absolvieron, pero lo condenarían más adelante en otros tres estados por delitos que había cometido antes de mi época. Cuando desapareció el 26 de agosto, se encontraba en el centro penitenciario Shawnee, de Vienna, en el estado de Illinois.

Me fui a vivir a California dos meses después de que terminara el último juicio. Me volví con mi padre a aquella casa portátil, al dormitorio al que me había mudado el año que mi madre murió de cáncer. Tuve que registrarme como agresora sexual en la lista del estado, y por ello, para colmo, mi padre debió pagar una tasa. Se levantaba todas las mañanas muy temprano para ser el primero en llegar al buzón, que siempre contenía al menos una carta obscena y amenazadora contra mí. Compró una trituradora de papel solo para acabar con ellas, y solía despertarme con su sonido. En esos meses, mi padre me dejaba ayudarlo con los coches y nunca me dio la lata sobre mis planes de futuro. Me llevaba a mis citas con el agente de la condicional y nunca me interrogó sobre ellas, ni siquiera cuando me veía salir llorando. Aunque seguía yendo a la iglesia dos veces por semana, nunca me

pidió que lo acompañara. Cenábamos juntos delante de la tele y, a veces, cuando se levantaba para quitar la mesa, se paraba al lado de mi sillón y me ponía la mano en la cabeza, sin decir nada. Así vivimos hasta que apareció Leo.

El día que Luli y yo nos dedicamos a seguir el rastro de Evangelyne, le hablé de Spokane. Fue ella quien sacó el tema —las pacomitas siempre acaban preguntando por eso—, y yo venía de pasar la noche en vela mientras Maya y Micah me contaban su vida y yo reflexionaba sobre la mía. La historia me salió por tanto a borbotones durante el tiempo que atravesamos en coche la periferia de San Francisco, rodeadas en muchos tramos por las hordas de bicicletas, motos e incluso peatones, pues seguía escaseando la gasolina, y yo venga a hablar, hasta el punto de que una transeúnte que iba al mismo paso que el coche miraba a veces con elocuencia hacia la ventanilla al captar un fragmento de historia. En otros momentos, sin que hubiera explicación alguna, la carretera se despejaba y nos liberábamos y subíamos y bajábamos las cuestas casi verticales y hasta el delicado dobladillo de tierra, con sus vistas a las casas apiñadas en pendientes y en una disposición que parecía bidimensional, como las ciudades de los dibujos medievales, siempre un paso por detrás de Evangelyne. Yo seguía hablando, pero eso no impidió que, a la vez, a cada tanto, me sintiera mortificada por ese extraño estado emocional en el que me encontraba: la fría voz objetiva que se quebraba cuando me venía inesperadamente el llanto, o la risa inapropiada que rayaba en carcajada cuando los nervios me podían. Siempre me ha costado mucho transmitir lo que viví en Spokane, pero, una vez que empiezo, no puedo parar. Como voy creando impresiones equivocadas, me siento impulsada a corregirlas, lo que hace que cree más impresiones equivocadas y falsas..., y entretanto, en esa ocasión, el coche iba abriéndose camino como si tal cosa por el día soleado. Por fin, en un intento desesperado por conseguir congraciarme con Luli —o que se sintiera mal por lo contrario—, dije que en la universidad a Evangelyne y a mí nos había unido

nuestro estatus común de inefables. «Sí, *inefables*», repetí cuando mi interlocutora puso cara de escepticismo; ambas nos veíamos obligadas a mentir sobre nuestro pasado para ahorrarnos la reacción de los demás. Bien era cierto que yo acababa de hablar como una cotorra sobre mi pasado, y Luli parecía reticente, pero yo insistí en que Evangelyne y yo solíamos silenciarnos, tendíamos a cortar secuencias enteras de nuestra vida; nos suprimíamos. En la mayoría de las situaciones sociales, nuestro pasado no era algo con lo que los demás pudieran identificarse o provocaba demasiadas reacciones. No podíamos responder a una pregunta biográfica normal sin fastidiarle el almuerzo a alguien.

Luli se ablandó entonces y dijo que lo comprendía porque a su padre le había dado por acumular cosas. Yo asentí como si creyera que era un buen equivalente, al tiempo que trataba de imaginar cómo podía tener complejo de Diógenes un millonario de la electrónica. Estuvimos un rato conduciendo en silencio, ambas pensando en aquella acumulación de cosas, para ella un recuerdo real y doloroso y para mí un fabuloso tesoro de dragón. Luego el silencio empezó a pesar demasiado; yo me quedé en las nubes y comprendí con horror que ella estaba viéndome en relación con Alain, como una inutilidad humana, como...

Por suerte, se apiadó de mí e interrumpió mis pensamientos para pedirme que volviera a llamar a Evangelyne. Lo hice agradecida, con el teléfono de Luli, un móvil barato normal, aunque yo sabía perfectamente que tenía uno así para quedar bien. También supe que estábamos perdiendo el tiempo. Evangelyne nunca encendía el teléfono y no te respondía ni a los mensajes de texto ni a los de voz, a no ser que fuera contigo con quien anduviera follando en esa época o que quisiera follarte. El teléfono era solo para el polvo del momento; para el resto de los propósitos había que escribirles a sus acólitas. Aun así, daba su número y la gente no podía evitar probar a llamar, para luego sentirse dolida cuando ella no daba señales de vida. Ahora le mandé un mensaje dictado por la heredera: «Sigo en coche con Jane, te seguimos de cerca, ¿has llegado ya al club?».

Luego les escribí a algunas acólitas, ya sin que me dictaran

nada, y estas respondieron diciendo que no habían podido hablar con E., pero que estaría en el club y el acto duraría una hora.

El club era un antiguo local de jazz que se llamaba Don't Cry y a las puertas del cual esperaba una larga cola de mujeres que habían estado disfrutando ociosas de la melosa puesta de sol, muchas con los brazos echados sobre las de al lado, algunas fumando hierba: una pacífica reunión de mujeres felices y de un sexy insoportable vestidas con pareos, camisetas del Pacom, ropa de fiesta. Entre ellas había un hombre trans, o lo que decidí que debía de ser un hombre trans. Iba con unos pantalones chinos cortos y de la mano de una chica algo más alta, que parecía adormilada, nada asombrada por estar al lado del último hombre del planeta Tierra. La pared de detrás estaba llena de carteles con el eslogan de XI VERSUS LA HUMANIDAD en los que aparecía una fotografía de la directora ejecutiva de una empresa de biotecnología, Karen Xi, que estaba claramente pensada para parecer amenazadora, pero en la que más bien parecía confundida. Había algunos carteles medio arrancados. En uno alguien había discrepado: ¡LA REINA XI ES LA AMA! ¡QUE OS DEN, ENVIDIOSAS!

Cuando aparcamos, todas las de la cola levantaron la vista y nos siguieron con una mirada de curiosidad. Luli al instante asumió una actitud defensiva y aparcó el Tesla con la autoridad de «que os jodan» de una heredera injustamente vilipendiada que en realidad se ha ganado ese coche. Nos bajamos y vi que, por desgracia, le sacaba una cabeza, como me pasa con la mayoría de las mujeres. Me condujo hasta el principio de la cola, donde enseñó el carné del Pacom y dijo que tenía que tratar unos asuntos con Evangelyne. La gente se vino arriba, indignada y divertida a partes iguales. Luli y la de la puerta tuvieron un largo intercambio de palabras, mientras la gorila le decía tercamente «y a mí qué», y Luli, sin querer revelar mi nombre, poniendo mala cara sin más y alegando «un asunto personal», con la idea de que respetasen también su intimidad. Por fin una mujer de la cola me reconoció. Hubo un runrún de emoción y cuchicheos. Me eché a reír. Cualquier atención positiva me emociona como a una cría pequeña. Pero estaba todo el mundo de buen humor, riendo.

Incluso Luli se liberó de su susceptible inseguridad y soltó una bonita risa. La de la puerta anunció una pequeña «exacción» y dejó que otras doce mujeres nos siguieran al interior, a pesar de que el local ya había superado el aforo máximo e iba en contra de la normativa antiincendios. Luli, las doce «exaccionadas» y yo nos abrimos paso como pudimos entre la muchedumbre cerrada con la alegre confianza de una tribu.

Me entró entonces el vértigo al comprender que mi trayectoria apuntaba directamente a Evangelyne, que estaba escorándome sin remisión hacia ella, como quien salta por la ventana de un rascacielos riendo, riendo como una auténtica imbécil mientras agita las manos y cae en picado. Había conducido toda la noche después de diez días de vagar por el monte, llena de mugre y medio desquiciada. No había dormido. No había comido desde aquel trozo de pizza en el local de Holly y seguía llevando la ropa donada que había conseguido allí, un pantalón de chándal y un polo. Pero Evangelyne no era una persona cruel; y no tenía razón alguna para estar tan asustada. Aun así, no podía dejar de sonreír y de temblar ante todo: ante la mujer que bromeó sobre el riesgo de incendio; ante la otra mujer que le explicaba lo de la «exacción» a una amiga que había traído con ella y que no era del Pacom; ante Luli, a la que una compañera irritada había enganchado para intentar que le concertara una reunión. Yo necesitaba a Evangelyne ya allí conmigo, pero al mismo tiempo no me veía capaz de mirarla a la cara. Si quería verla era solo para encontrar a Leo y a Benjamin. Tuve que recordarme que ese era el motivo de mi presencia allí.

En el pequeño escenario elevado donde tocaban antes las bandas de jazz, acababa de aparecer una mujer en hiyab que estaba ahora presentando tímidamente a Evangelyne, con la voz ganando en volumen conforme el público fue percatándose de su presencia y callándose. Cuando terminó, se hizo un silencio real, todo el mundo concentrado a más no poder en el escenario mientras la mujer se volvía, parpadeando rápidamente, y se abría una puerta a sus espaldas. No me dio tiempo a hacerme a la idea cuando ya estaba allí Evangelyne.

Llevaba un vaporoso vestido de corte *halter* que le llegaba hasta los pies; parecía una nominada a los Oscar, aunque iba descalza. Ahogué un grito por la emoción, pero no se oyó entre aquella multitud vociferante. Sentí un vahído por todo el cuerpo; hacía tanto que no estaba cerca de ella, cerca de esa absurda esperanza en el mundo... El corazón me palpitaba por la importancia del momento, si bien era consciente de que a todo el mundo debía de estar latiéndole con fuerza. Respiré hondo y contuve la respiración mientras toda la sala gritaba su nombre.

Evangelyne no gozaba de un físico llamativo. Tenía las mejillas gorditas y la frente estrecha, una naricilla chata que le habían partido dos veces y una paleta torcida. En el mundo de antes se la habría considerado obesa. No se hacía nada en el pelo, ni siquiera se lo peinaba; normalmente podías ver de qué lado había dormido. Algunas mujeres se empeñaban en decir que era hermosa, pero nadie habría dicho de ella que era guapa. Tenía un porte militar muy recto, lo que, combinado con su corpulencia, componía un perfil interesante que atraía la mirada. En reposo sus labios siempre sonreían, con una boca sutilmente desparejada, el labio superior más grande que el inferior. Era la mujer con el aspecto más inolvidable que conocía, por mucho que los hombres nunca la llegaran a ver así. Lo único que veían ellos era su culo. Era alta, aunque no tanto como yo. Desde lejos podía parecer de estatura normal, pero cuando se te acercaba te impactaba su altura.

Ya era una gurú cuando yo la conocí. Había plantillas de su cara pintadas a espray por las paredes de decenas de ciudades. No me he encontrado con nadie más inteligente que ella, tanto es así que conocerla me hizo tener más respeto por las capacidades de los seres humanos. La gente se ponía a hablar con ella y acababa buscando un boli para tomar notas. Cuando no podía hacer algo, resultaba desconcertante, a pesar de que había muchas cosas que no sabía hacer. Combinaba la personalidad poco práctica de una estudiosa con la de alguien que había empezado a cumplir una larga pena de prisión siendo muy joven. Se le daban fatal los móviles; lo más que podía hacer era responder a una llamada. Yo

misma le enseñé a utilizar cosas como un sacacorchos, una tarjeta de hotel o Google Maps. Le expliqué quién era Harry Potter y la inicié en la idea de que los bolsos de mujer son un complemento de moda. Todas sus amigas tenían una lista de cosas parecidas. Aun así, una tendía a sospechar que si Evangelyne no sabía algo sería porque era una trivialidad, que saber esas cosas era síntoma de frivolidad.

Cuando se dirigía a una multitud, era como escuchar a una gran cantante. Podías no prestar atención a las palabras y que pese a todo te diera el subidón solo de percibir el timbre, la melodía, las subidas y bajadas. Era siempre directa y emocional. Incluso cuando leía de una octavilla, parecía que estuviera confesando su yo más íntimo a una hermana querida. Creía cada palabra que decía. Movía el brazo de arriba abajo en el aire, y se veía bonito, su voz también hermosa. El cuerpo se le revestía de gracia por unos segundos para luego volver a ser anodino y convertirse solo en esa voz. Se detenía, cargaba el peso en los talones, remetía la barbilla y cerraba los ojos, alienada en su propio pensamiento. Luego, cuando alzaba los brazos y hablaba, el público caía rendido. Las chicas lloraban y se desmayaban. El mundo se quedaba inmóvil y la gente cambiaba.

Mientras la veía hablar en el Don't Cry, haciendo planes para ampliar el servicio de autobuses, parecía el Segundo Advenimiento de Cristo, y me reí mientras las demás mujeres gritaban. Me empecé a marear en medio de aquella multitud acalorada e incoherente, y de pronto me sentí insegura y agradecida de que Evangelyne fuese miope y no hubiera muchas probabilidades de que me viera. Porque ella me había querido, con un amor verdadero por encima de todas las demás, pero la última vez que nos habíamos visto ella me había llamado cobarde y me había dicho que había escogido una vida rastrera; me dijo que era una puta nimiedad y que saliera de su puta vida. Lo peor es que yo no intenté hacerla cambiar de parecer. Nunca le mandé un correo ni fui a aporrear su puerta. Como una cobarde, como una rastrera, la había dejado marchar.

Cuando terminó su discurso sobre los autobuses, hizo una

pausa, un silencio que aprovechó para sonreír. Todas sentimos que ahora venía lo bueno. Era el final del preámbulo, cuando el grupo cede a la presión y empieza a tocar los grandes éxitos. Todavía no levantó los brazos y en cambio los cruzó por delante, mientras nos dejaba adivinar qué discurso vendría. Luego, en cuanto empezó, sentí el subidón. Hasta yo, que nunca había escuchado aquel discurso, pues llevaba mucho tiempo apartada de todo, lo sentí.

—Bueno, ya sabéis que hay muchas compatriotas que consideran la Historia, con mayúsculas, como una historia sacada de un libro. Solo hay que cerrar el libro para que desaparezca. Es solo una historia, así que, si no os interesa, no pasa nada. No va a salir de las páginas para molestarte. Quién necesita saber historia...

—¡Nosotras, nosotras lo necesitamos! —gritaron las mujeres a mi alrededor, que acto seguido aplaudieron, pues se sabían su papel.

Evangelyne aprovechó el fervor y dijo con más fuerza:

—Lo cierto es que la historia se parece más a la física. Es el material con el que se construye el mundo. Nosotras mismas estamos hechas de ella. La ciudad que hay ahí fuera y el idioma que hablamos y la ropa que llevamos y lo que os hace sentir todo esto. Así que si nosotras somos las que en teoría debemos cambiar la historia... ¿qué hace falta para hacerlo?

Asintió con la cabeza mientras las miembros más veteranas del público gritaban en un canto antifonal ensayado:

—¡Tenemos que cambiar nosotras!

—Exacto. Antes de nada, tenemos que cambiar nosotras. Y eso será lo más duro que hagáis en vuestra vida, porque estáis hechas de pasado. No estáis hechas de futuro y no hay ningún futuro del que partir. Tenéis que construirlo de la nada, a fuerza de trabajo y sueños.

»Pero os voy a decir una cosa..., algo que quizá algunas no estén preparadas para escuchar. Porque todas acabamos de cambiar. El mundo entero ha cambiado. No tuvimos que hacer nada y ha cambiado. Y a eso es a lo que se le llama ¡un milagro!

Hizo una pausa para que comprendiésemos que estaba hablando de la Desaparición. Todas, por supuesto, habíamos estado

esperándolo. Yo lo había estado esperando y —como la mayoría de la gente— debería haber sabido qué iba a encontrarme. Aun así, me sobrevino una fuerte indignación. Ella dejó que se desatara, sonriendo al ver cómo se tensaba la multitud, ante los murmullos, por cómo nos habíamos vuelto en su contra.

Luego vimos que se le habían saltado las lágrimas. En ese momento estaba llorando abiertamente; yo lo sentí como un cambio de temperatura, la gente se relajó y se serenó como si una brisa fresca hubiera soplado entre medias. Yo ya estaba llorando —todas llorábamos— cuando dijo con la voz sobrecogida y ahogada:

—Algunas de vosotras sabéis que yo quise a un hombre. Sabéis que yo sé lo que se siente. No he venido aquí a contar otra vez esa historia, así que, si no la conocéis, preguntadle a la que tengáis al lado.

Una mujer entre el público pegó un grito histérico:

—¡Cuéntalo!

Evangelyne rio y levantó la palma de la mano para pedir silencio, mientras las lágrimas le brillaban teatralmente en las mejillas.

—No, no voy a contar la historia porque aquí hay gente que sabe que yo quise de verdad a un hombre. Estuve siempre dispuesta a morir por los hombres a los que quería, y creo que habría merecido la pena hacerlo. Ya no están. Mis hermanos ya no están, y todos mis hermanos del Pacom tampoco, todos los hombres a los que quise. Pero seguimos teniendo que vivir en este mundo. Por eso estoy aquí hoy, para hablar de esperanza.

Nos contó entonces cómo vivir en este nuevo mundo y todas inspiramos y nos cantamos esa canción en la cabeza. En nuestras mejillas también brillaban las lágrimas y nos inclinamos hacia delante como para apoyarnos en ella. Las mujeres se miraban de reojo —«¿Lo sientes tú también?»— y se sonreían en respuesta —«Sí, sí. Es real»—. Y se extendió sobre el tema, todavía llorando mientras nos hablaba de su 26 de agosto, una noche en que la policía había ido a su casa —acudieron varios coches patrulla a raíz de una discusión trivial con una vecina blanca— y ella se

había quedado petrificada, aterrada. Pero no se oía nada en la noche. Nada se movía salvo las luciérnagas que iluminaban los setos. Había armas en el césped que nunca más se utilizarían. Las recolectó a la mañana siguiente como si fueran huevos de Pascua. Y pasó entonces a comparar nuestra situación con los años de jubileo de los antiguos imperios, cuando se perdonaban las deudas y se liberaba a los esclavos. Citó a la poeta Marie Kourouma:

—«Y de nuestro duelo surgió agua, y de esa agua nació un bosque, y ese bosque era un mundo redimido.»

Levantó los brazos y echó el peso sobre los talones y habló de Dios de esa manera tan suya, sin cortarse, desafiando a todas a pensar que un discurso así era de ignorantes, porque ¿no había enseñado ya Dios su mano? ¿No estábamos ya todas marcadas por Dios? ¿Impactadas por Dios? ¿Robadas por Dios? Por fin le devolvió la palabra a la sala, como siempre hacía. Empezó a cantar el *Yo soy yo*.

Empezó con una demostración, echando mano del dulce río de voz que tenía:

—¡Yo soy yo, Evangelyne Moreau! ¡De todas las personas del mundo yo soy la mejor! —Luego añadió—: Ahora gritadlo con vuestro nombre porque es verdad. Necesito que lo digáis, una y otra vez, hasta que sintáis esa verdad.

A continuación, levantó una mano para aplacarnos. Surgió entonces música de los altavoces, una melosa canción de R&B que nos dio un compás que seguir, y Evangelyne contó tres, dos, uno, y luego levantó ambos brazos y toda la sala aulló y chilló, con su gran voz conduciéndonos a la música hasta hacernos salmodiar a todas con ella, todas codo con codo, de modo que podías sentir cómo la persona que tenías al lado crecía al coger aire mientras notabas la voz cálida de otra persona en la nuca. Chocábamos las unas contra las otras por la fuerza del canto, aturdidas por nuestro olor, inhalando cuerpos llenos de perfume, sudor, alcohol y una pizca de chichi —«Yo soy yo, Jane Pearson. De todas las personas del mundo...»—, los ojos clavados en la bondad de ella, de Evangelyne entre todas las personas del mundo, cuando de pronto su cara perdió la concentración. Todo su cuerpo la perdió. Se

adelantó hasta el borde del escenario con cara de estar teniendo un infarto. Me había visto.

¿Qué opinión te merece la teoría conspirativa de las Chicas en Llamas?

Principales respuestas:

Jarray Montez, exnovata; en la actualidad, usuaria perpleja de Quora (insignia de dos años obtenida).

Respuesta del 15 de octubre.

Para quien no sepa nada de esta historia, las Chicas en Llamas es una conspiración que asegura que la Desaparición provocó que un puñado de mujeres de todo el mundo se prendieran fuego y se inmolaran. Hay quienes creen que las Chicas en Llamas salvaron al mundo de la sobrepoblación o de una guerra nuclear. Para otros, es algo demoniaco y estas chicas murieron víctimas de un sacrificio satánico. Sea como sea, la conspiración propugna una ficción y reviste de glamur la cuestión del suicidio.

Lo que es verdad: al menos doscientas mujeres murieron quemadas entre el 26 y el 27 de agosto. Pero ¿es esto algo tan poco común? Cuesta hallar cifras de cuántas mujeres mueren quemadas en un día normal, pero si tenemos en cuenta que al día se suicidan 2.200 personas, no es tan disparatado verlo como una coincidencia. También es probable que muchas de estas mujeres murieran asesinadas. Dada la ausencia de investigaciones policiales durante el caos que siguió a la Desaparición, no sabemos si todos esos casos de inmolación fueron suicidios, o siquiera si esta fue la causa de la muerte, pues también podría ser un modo homicida de deshacerse de un cadáver. Estas son tan solo algunas de las consideraciones que explican que la teoría de las Chicas en Llamas no se basa en hechos probados.

Nimrat Singh, posgraduada, Escuela de Análisis y Resolución de Conflictos, Universidad George Mason.

Respuesta del 23 de noviembre.

Hay mucha gente que se ríe de quienes se interesan por el fenómeno de las Chicas en Llamas, pero hay buenas razones para pensar que merece ser analizado con mayor detenimiento.

1. 271 mujeres se prendieron fuego el mismo día de la Desaparición, más posiblemente muchas otras que lo hicieron pero no quedaron registradas.

2. Algunas Chicas en Llamas estaban relacionadas con figuras eminentes (por ejemplo, la sobrina de Mette Frederiksen, que es la primera ministra danesa, o la hija de Karen Xi, la fundadora de GenPro, y no son los únicos casos). No comparto la opinión de quienes ven en esto una prueba de la conspiración, pero aun así es una razón para pararse a pensar.

3. Varias Chicas en Llamas dejaron escritos que parecen indicar un conocimiento previo de la Desaparición o de otros acontecimientos. Estos escritos no son la típica nota de suicidio, como muchos profesionales de la salud mental han atestiguado.

4. Tres de las chicas que escribieron estos textos (Adelgonda Tozzi, Maria Dietrich, Anónima#2) hablaron de que habría otras mujeres que se inmolarían y consideraban el acto como un «sacrificio». Evidentemente, escribieron en distintos idiomas, pero la traducción es muy fiable.

5. La hora a la que murieron todas las Chicas en Llamas (en los casos en que se conoce) no supera una hora desde la Desaparición, con tan solo un par de excepciones. Estas excepciones también podrían ser personas que decidieron prenderse fuego casualmente ese día sin ser verdaderas Chicas en Llamas.

6. El encubrimiento a escala internacional, como cuando el Partido Comunista de China prohibió toda mención de las Chicas en Llamas por internet, o lo que ha supuesto casi un vacío mediático en muchos países occidentales. Asimismo, si bien yo no apruebo todas las acciones de las manifestantes en pro de las Chicas en Llamas, muchas han sido arrestadas sin haber prendido fuego a nada ni haber amenazado a nadie cuando estaban haciendo una simple sentada en un parque. Es inevitable que surjan las sospechas ante esta virulenta campaña desde tantos frentes a raíz de algo que es solo una idea.

Rhiannon Bourghetti, bloqueada por Condoleezza Rice en LinkedIn.

Actualizado el 21 de octubre.

Yo creo que el rollo este de las Chicas en Llamas está haciéndole un favor a la sociedad al revelar la cantidad de gente irracional que nos rodea. El caso es que hay quienes, como yo, ya sabíamos que la mayoría de la peña es peligrosamente irracional y no vale para nada, pero ahora ya tenemos la prueba definitiva.

La idea es la siguiente: sucede un acontecimiento sin explicación (la Desaparición), de modo que el mundo ya no se rige por la causa-efecto y

reina la fabulación. Y, por supuesto, la fabulación trata sobre rituales satánicos, porque, cómo no, todo en la vida es satánico, desde los míticos escándalos de los abusos infantiles de los noventa hasta el muy sospechoso hecho de que algunos demócratas pidieran pizza durante el Pizzagate.

Resumen resumido: la peña está fatal de lo suyo.

8

La primera vez que Ji-Won oyó hablar de *Los hombres* fue en un área de descanso para camiones de Battle Mountain, en Nevada. Era octubre y estaba haciendo la ruta de correo de Kansas City a Los Ángeles, con un camión que le dieron en esos primeros meses en que camionera era toda aquella que se ofrecía voluntaria, cuando te enseñaban a conducir en un único día muy largo y fatigoso, te asignaban acto seguido una ruta de reparto y salías a la mañana siguiente. Las carreteras seguían siendo peligrosas en esa época. Había poblaciones por toda Nevada y el este de California a las que no habían llegado provisiones de comida o agua, y hubo camioneras que sufrieron emboscadas y acabaron muertas. Ahora iban todas armadas y viajaban en convoyes de doce o más. Las áreas de descanso y de camiones estaban custodiadas por el ejército.

El área donde ocurrió era también un punto de distribución de alimentos al que los lugareños iban para recibir patatas, cebollas, ruedas de queso producido por el gobierno. Cuando había queso, aparecía gente de muchos kilómetros a la redonda. Aquel era un día de queso, y Ji-Won y muchas otras camioneras estaban también haciendo cola. Era primera hora de la mañana y seguía haciendo ese fresco seco y marciano del desierto de altura. Los montes bajos se perfilaban en el horizonte, negros contra el sol, que estaba elevándose en su sencillez y su luz cegadora en un cielo sin nubes. Se había puesto el abrigo gordo de Henry, un chaquetón de pana con forro de borreguito. Llevaba seis horas conduciendo, tanto tiempo seguido que se le hacía antinatural estar fuera del camión. Cuando aceptó el trabajo de camionera, se afeitó la cabeza por cuestiones prácticas, y ahora tenía el cuero cabelludo helado. Se sentía como una tortuga a la que hubieran engatusado para salir

de su caparazón, o quizá como un corazón desnudo que se hubiera atrevido a una tímida incursión fuera del cuerpo.

La cola era la típica variopinta de esos días: algunas mujeres iban en pijama con un abrigo encima, el pelo sin lavar y la cara desfigurada por el duelo; otras iban muy bien vestidas y maquilladas, algo que se le antojaba ya una costumbre retro. Ahora todo el mundo se tocaba más, de modo que costaba saber quiénes eran pareja y quiénes no. Y, por supuesto, estaban las manadas de lobatas, niñas pequeñas que no parecían relacionadas con ningún adulto y que se perseguían por los surtidores de gasolina y se metían por debajo de los camiones. La mitad del aparcamiento estaba llena de dibujos a tiza de caballos, princesas, arcoíris y monstruos. Había unas cuantas merodeando en torno a la patrulla del Pacom que había al lado de la gasolinera; una pacomita estaba sosteniendo la escopeta a un lado para dejar que una niña le atara una cinta de satén rojo por la cintura. Era la primera vez que Ji-Won veía presencia del Pacom tan al este, y sus guardias parecían haber desplazado a las soldados del ejército regular. Allí solo había una soldado, una chica negra con un aspecto conmovedoramente aniñado y enfundada en un abultado traje de camuflaje, con cara de aburrimiento y de tener los pies reventados, que estaba apoyada contra los contenedores del queso. A veces sonreía nostálgica a las pacomitas, que no le hacían ningún caso.

No hubo un momento en concreto en que Ji-Won reparara en la chica que estaba repartiendo las octavillas. La consciencia debió de ir formándosele en la trastienda de la mente; luego se vio de pronto prestando atención, nerviosa, mientras las demás ignoraban adrede a la chica, con algunas incluso dándole la espalda de malas maneras. La chica, sin embargo, no cejó en su empeño, logrando que cada rechazo durara lo suficiente para resultar incómodo. Era una niña blanca obesa, con cara seria y las mejillas coloradas por el frío de la mañana. Al principio Ji-Won creyó que estaba pidiendo limosna; era común que merodearan mendigas entre las colas. Pero la ropa que llevaba parecía demasiado cara, y las mujeres de la cola la trataban con demasiada descortesía. Todo el mundo parecía saber de qué hablaba la octavilla y haber llegado a

un consenso de que era ofensivo. Era la clase de cosas que ella no sabía porque no hablaba nunca con nadie, y cuando la chica de los papeles se le acercó aceptó una por pura curiosidad. Las que la rodeaban se apartaron de ella sutilmente. La chica misma se sorprendió tanto que hizo una pausa antes de sonreírle radiante y agradecida. Ji-Won se preparó para tener que conversar, pero la otra se limitó a decirle:

—No decidas nada hasta que lo veas. Tienes que verlo con tus propios ojos. —Luego siguió recorriendo la cola.

En la octavilla se leía:

¡VE LOS HOMBRES!
¡VER ES CREER!
¡SIGUEN VIVOS Y TÚ PUEDES AYUDAR A ENCONTRARLOS!
¡MUCHAS YA HAN ENCONTRADO A SUS SERES QUERIDOS!
HIJOS, PADRES, MARIDOS, HERMANOS...
¡PODEMOS AYUDAR!

VER PARA CREER: www.loshombres82019231.com
BUSCA TU GRUPO DE AYUDA: www.encuentralos.com

Ji-Won lo leyó dos veces y la embargó una debilidad repentina, tiritando en el frío sol del desierto. Respiró hondo, pero aun así siguió faltándole el aire. Respiró una vez más.

De pronto empezó a dispersarse la cola ante ella. Se había acabado el queso. Una mujer se paró al lado de Ji-Won y le dijo:

—Debería tirar eso. Se lo digo en serio. ¿Sabe lo que es esa basura, esa chaladura? ¿Lo ha visto? Se dedican a explotar el dolor de la gente que ha perdido a sus seres queridos. Es de locos.

La mujer se quedó allí con actitud cívica. Llevaba un chándal y unas zapatillas de pelito que en otros tiempos habían sido blancas, y tenía la piel exageradamente cuarteada y enrojecida de las personas blancas de mediana edad que trabajan al aire libre. El aliento le olía a vino y a pasta de dientes.

—Vale —se limitó a decir Ji-Won.

—No, en serio. ¿No me cree? —La mujer se sacó el teléfono

del bolsillo como si Ji-Won y ella hubieran acordado que debía ser así; mientras pulsaba por la pantalla, dijo—: Hay gente que dice que lo hacen en Rusia. Hay muchas teorías de la conspiración, pero de lo que estoy segura es de que es un fraude. Si el gobierno no estuviera tan fastidiado, encontrarían a las que lo hacen y les cortarían el rollo. Es maligno. Yo perdí a mis dos hijos y, si creyese que puedo volver a verlos, ¿qué?... Así es como atraen a la gente. Y los que salen en los vídeos parecen como hipnotizados. Es como una secta de los viejos tiempos.

Ji-Won debería haberse disculpado con cualquier pretexto y haberse ido, pero en lugar de eso se quedó a la espera, impactada por la extraña convicción de que esa era la solución al misterio de por qué había ido a ese sitio, aunque en realidad su presencia allí no tenía ningún misterio. Había ido por trabajo y había estado haciendo cola para conseguir queso.

—Vale —dijo la mujer—, disfrute de las vistas. Se supone que es un vídeo de donde están ahora los hombres, pero no son más que actrices que no hacen nada, con un puñado de animales generados por ordenador. O por lo menos yo creo que son actrices. Hay quienes creen que son hombres reales. Yo desde luego no.

La mujer fue a colocarse hombro con hombro con Ji-Won, que por un momento se distrajo con el movimiento; era lo más cerca de una persona que había estado en semanas. Luego se fijó en lo que aparecía en la pantalla.

Se veía a varios hombres arrodillándose en un soto de árboles, todos con la vista clavada hacia delante. Las bocas se les movían de manera descoordinada, como enseñándole los dientes al aire. En la esquina izquierda del encuadre había una bestia pantagruélica con, en general, aspecto de elefante, salvo porque tenía una cabeza redondeada y los ojos muy azules. Era tan corpulenta que Ji-Won pensó que se trataba de una estatua pintada, hasta que de pronto cambió el peso de pata y emitió un suspiro que le estremeció el cuerpo entero.

Lo que más le llamó la atención no fue la imagen en sí —en el videoarte había cosas igual de extrañas—, sino la calidad. Estaba borrosa, pero solo a parches, como si lo hubieran grabado a través

de un cristal sucio. La criatura elefantina era muy grande, mientras que todo lo demás era de tamaño natural. No cuadraba ningún color. Tanto la ropa de los hombres como el cielo tenían una estridencia tecnicolor, con la extravagante paleta de ciertos tipos de artes populares —pistacho, turquesa, blanco tiza— y la viva melancolía que destilaban estas. Ji-Won debería haber sabido qué clase de proceso fotográfico tenía delante. Toda su vida adulta había vivido con artistas y estaba familiarizada con todo tipo de aparatos y equipos de grabación. Incluso había ayudado a un hombre a convertir una furgoneta en una cámara estenopeica. Había trabajado en cuartos oscuros y había tratado fotografías tanto manual como digitalmente.

No conseguía verle el sentido a aquella imagen. Lo más que se le ocurrió fue que alguien la había alterado por fragmentos, la había pintado en algunos puntos y luego había creado el elefante por separado con programas de animación. Pero los hombres eran hombres, no eran ni mujeres ni imágenes generadas por ordenador. No podía verlos como otra cosa que no fueran hombres.

Luego, de pronto, el vídeo cambiaba y aparecía un hombre solo caminando hacia las espectadoras por un césped verde radiactivo que parecía inflado por la luz. Conforme se acercaba, la cara se le enfocaba brevemente. Ji-Won se llevó tal sorpresa que no pudo evitar decir:

—Yo a ese hombre lo conozco.

La mujer se sobresaltó en el sitio y se inclinó sobre la pantalla con los ojos entornados. Luego resopló y dijo:

—No puede ser. Piénselo. ¿Cuántos chinos hay en el mundo? ¿Mil millones o así? Como para que pase algo así... Además, se ve que es una chica vestida de hombre. Mire qué rasgos más delicados.

El hombre era vietnamita. Había vivido en el mismo bloque de pisos que ella en Nuevo Hampshire.

La mujer debió de ver la renuencia en la cara de Ji-Won, porque dijo:

—¡Ea, pues supongo que va a unirse usted a esa gente! ¡Otra paleta y orgullosa de serlo! —Rio furiosa y luego volvió a mirar el

móvil como si este le hubiera llevado la contraria.

El vídeo había vuelto a cambiar: dos niños pequeños que se alejaban trabajosamente de la cámara, con las piernas metidas hasta las rodillas en un pantano.

—Vale —respondió Ji-Won.

La mujer apagó la pantalla y dijo:

—No puedo despistarme con la batería. No siempre tenemos electricidad por aquí. Perdone por haberla llamado paleta. Aunque sí que le aconsejo que mejor que no se mezcle con esa gente.

A continuación, le repitió todas las cosas que ya había dicho sobre *Los hombres*, mirando con recelo ofendido a Ji-Won. Esta asentía, fingiendo escucharla. No recordaba el nombre del vietnamita, que solo había visto en el buzón. Sí sabía que trabajaba en UPS y, de hecho, en la grabación todavía tenía puesta la camisa marrón y amarilla de la empresa de mensajería.

Por otra parte, lo de «paleta» seguía repitiéndosele en la cabeza. La mujer de las pantuflas sí que era una paleta, no Ji-Won. En la nacional 10 había un restaurante que se llamaba Orgullo Paleto y que seguía abierto, aunque normalmente no tenía comida. A veces servían agua caliente sin más y la llamaban «agua de Venus». Todas las camioneras paraban allí porque por las noches el personal colgaba una sábana en la pared y ponían *Mad Max: Furia en la carretera*. Un día Ji-Won llegó demasiado temprano para verla y se encontró con que estaban poniendo *Abbott y Costello van a Marte*, en la que, por una serie de desventuras, Abbott y Costello realmente van a Venus, que resulta estar poblado por chicas con escasa ropa que nunca han visto un hombre y que se vuelven locas de lujuria cuando los ven. Todas las camioneras se partían de risa. Una gritó: «¡Es verdad! ¡Ahora no me parece nada mal Costello!», y otra soltó: «¡Es una peli putoprofética!». La reina de Venus se llamaba Allura.

Ji-Won se habría pasado horas hablando de la película con Henry. A él le habría encantado aquella escena en el Orgullo Paleto. Él también habría creído lo del vecino.

Cuando la mujer se hubo ido, Ji-Won fue a su camión, sacó el teléfono y se puso a ver *Los hombres*. Se perdió los dos siguientes

convoyes por verlo. Luego se metió en la página de Encuéntralos y se pasó otra hora mirando los anuncios clasificados. En la sección de compartir vivienda, había una única habitación disponible en la ruta de Ji-Won. Fueron las fotos de la mansión lo que la decidió. Nunca había vivido en una casa bonita.

Se hizo un selfi con el camión y añadió una fotografía de su permiso de gasolina ilimitada. El asunto que puso en el correo fue: «Soy bastante manitas, nunca paro en casa».

Ruth se pasó otras dos semanas sin ver *Los hombres*. Para entonces, estaba viviendo en Los Ángeles en casa de su hija Candy, con pelea incluida todas las noches. El día que sucedió, Ruth había cogido un autobús para ir a una entrevista de trabajo en Santa Mónica. Se pasó la parada, se bajó en un sitio desconocido y luego no supo encontrar la parada de vuelta. Acabó llorando en medio de una calle residencial mientras le asaltaban malos pensamientos. No había nadie alrededor. Los únicos sonidos eran de sus pisadas y del viento. El sol estaba poniéndose, pintando de sombra las fachadas, pero los jardines que daban al este seguían deslumbrantes y dorados. Estaba caminando hacia ninguna parte, en una extraña desolación angelina de bloques de pisos por doquier y ni un alma.

Escuchó llegar a las pacomitas desde lejos. Se oía que estaban marchando al paso, pero no se le ocurrió pensar que fuesen soldados hasta que las vio aparecer por una esquina, nueve mujeres con uniformes rojo cardenal, avanzando por en medio de la calle vacía. Ruth sabía quiénes eran las pacomitas por las noticias, pero era la primera vez que las veía en carne y hueso. Marchaban en una formación solemne, mirando al frente, pasando de largo a Ruth como si fuera invisible. Casi todas iban con escopetas, cada una distinta, salvo por una que llevaba en cambio una trompeta y otra, un guitarrón mexicano. Cuando llegaron al cruce que había a media manzana, la líder ladró una orden y todas se detuvieron.

La de la trompeta se llevó entonces el instrumento a la boca. Sopló una larga y trémula nota aguda, en medio de la cual la

guitarrista empezó a rasguear las cuerdas. Las otras levantaron la cabeza y cantaron y, por todo alrededor, fuera de la vista, se les unieron otras voces, incontables voces femeninas como flores que se abrían en un paisaje desierto. Era una canción que Ruth no había oído antes, la clase de balada sentimental mexicana que normalmente ignoraría por no tener nada que ver con ella. Se abrieron entonces puertas y ventanas por toda la calle, y empezaron a salir mujeres, a aparecer por los balcones de los pisos y los porches y a brotar cantando hasta la acera. Quedó claro que estaban en un barrio hispano. Por un momento Ruth pensó que era la única blanca y sintió un sobresalto avergonzado de paranoia racial. Y quizá el cántico fuera obligatorio, pensó Ruth, y, además, ¿y si las escopetas no eran solo para darse aires?

Pero entonces tres jóvenes blancas llegaron caminando tranquilamente por la acera a la derecha de Ruth. Iban mirando los móviles y no cantaban. Se fue hacia ellas, abochornada por sentirse tan aliviada ante aquella presencia, mientras la canción llegaba a su fin. Toda la gente se quedó un minuto parada, en silencio, observando una pausa sombría en la que se oyó una vez más el viento. Luego, de pronto, el gentío perdió la cohesión. Algunas mujeres se pusieron a hablar entre sí; otras simplemente volvieron a su casa. A la orden gritada de su líder, las pacomitas cargaron al hombro las escopetas y reanudaron la marcha hasta perderse al fondo de la calle.

Las chicas del móvil levantaron la vista por un momento para mirar a Ruth y luego volvieron la mirada a la pantalla.

—Perdonad, no soy de aquí. ¿Me podríais decir de qué iba esa canción?

Sin apartar aún los ojos del móvil, una chica le explicó que la canción se llamaba *Amor eterno* y que solía cantarse en los funerales mexicanos. La cantante estaba llorando a un amor perdido y vivía en una soledad que era como una tumba, pensando tan solo en morir y en volver a estar con la persona que perdió. Las patrullas del Pacom la cantaban a diario cuando se ponía el sol, en homenaje a los hombres.

Luego, al ver que a Ruth se le habían ido los ojos hacia la

pantalla, la chica movió el teléfono para que ambas pudieran verlo.

—Y aquí están los hombres —dijo.

Los hombres (12-12 8.01.35 GMT)

1. Este es el último de los vídeos de «vista cenital». Empezamos con un plano aéreo del río, con sus aguas amarillo mostaza abultándose contra las orillas poco profundas. Hay un lado lleno de hombres en pie, todos inmóviles y con la mirada puesta en la otra orilla. Solo queda una franja vacía en el borde izquierdo más al fondo de la pantalla.

Desde nuestra privilegiada visión aérea, se ve claramente que los hombres están reunidos en grupos diferenciados. Cada grupo, sea de cuatro o de veinte, rodea a un niño. Los hombres están espaciados a intervalos regulares, en corros de unos tres metros de diámetro, rodeando a un crío, pero siempre con la vista puesta en el río.

Entre los hombres se cuelan animales: elefantes tambaleantes, gatos rampantes. Un remolino de pájaros blancos da vueltas por el aire. Del agua sale de vez en cuando a la superficie una criatura, un bicho pálido de forma indeterminada cuyo volumen se extiende enormemente, deformando el agua.

Esta escena sigue sin cambios durante varios minutos. Al final otro grupo de hombres llega corriendo a la última franja vacía y se detiene, ya posicionados en forma de diana.

2. Estamos en la ribera entre los hombres, en una parte donde todo el mundo está desnudo. Se hallan orientados hacia la orilla opuesta, que miran fijamente. Un niño muy pequeño, rodeado por cuatro hombres en un quincunce bien definido, está a cuatro patas y con la cabeza alzada, pero se mantiene inquietamente inmóvil. Entre los humanos congelados, merodean infatigables felinos del tamaño de un caballo. Un monstruo elefantino remueve la cola y gira la cabeza mientras va abriéndose camino con delicadeza. Incluso cuando la ribera parece más poblada, los animales se mueven sin encontrar obstáculos, inspeccionando a los hombres con aire de laboriosidad inquieta. Las sombras de los pájaros deformes atraviesan una y otra vez la imagen desde arriba.

Para cuando se publica esta serie de vídeos, la secuencia de la orilla ha estado emitiéndose sin interrupción durante semanas, y la sensación de

tedio y parálisis resulta abrumadora. El único desarrollo aparente es que a los hombres se los ve cada vez más delgados. Cuando van vestidos, las ropas les cuelgan, mientras que en los fragmentos en que, como este, van desnudos, se les pueden contar las costillas y les sobresalen los huesos de la pelvis. En contraste con las personas esqueléticas, la salud y la elegancia de los animales resulta ominosa para la espectadora. Da la impresión de que de algún modo los animales están alimentándose de hombres.

3. Al inicio del vídeo, surge de la superficie del agua un objeto grisáceo. Al principio parece una roca que hubiera subido de pronto, misteriosamente; vemos entonces dos bultos en su superficie que se mueven al mismo tiempo y que pueden distinguirse como ojos. El objeto es una cara, coronada con ojos saltones, pero por lo demás sin rasgo alguno.

Al cabo de un momento, surge una nueva cabeza junto a la primera. Luego otra y otra, hasta que el río aparece plagado de cabezas flotantes. En la orilla, los gatos, las aves y los elefantes se han quedado inmóviles. Están mirando a un punto en el aire, el mismo hacia el que los ojos acuáticos han vuelto sus pupilas ranuradas. Los hombres están ladeados, con la misma rigidez, hacia otro punto distinto.

Una vez que todos se han quedado quietos, la imagen se oscurece rápidamente hasta que la pantalla parece casi negra. Vuelve a iluminarse como en un barrido y a oscurecerse de nuevo. Esto se repite por fases que duran dos minutos. Cuando está oscuro, una pálida luna aletea por el cielo; por su aspecto se diría que es nuestra luna. Cuando hay luz, vemos las sombras de los hombres y de los animales volviéndose, alargándose y acortándose. Al final del vídeo, los hombres están visiblemente más delgados que cuando empezó.

4. Este es el primero de los vídeos del tsunami. Empieza como un vídeo cualquiera. Estamos entre los hombres y los animales, que están todos prestando atención, muy tensos. El vaivén de luz y oscuridad ha parado y ha pasado un minuto sin cambios. El único movimiento es el trivial bamboleo de la hierba en el viento, los leves cambios de la luz en el agua que corre.

El grupo se rompe entonces y adquiere un movimiento frenético. Sucede de forma tan abrupta que cuesta unos segundos ver que no afecta a los seres humanos. Los hombres se quedan quietos como muebles. Son solo los animales los que se han puesto en movimiento: los gatos saltan y brincan hasta que desaparecen del encuadre, los pájaros remontan el

vuelo, un elefante carga hacia delante con un aspaviento apresurado, el agua se agita cuando las criaturas acuáticas se zambullen.

Al cabo de treinta segundos han desaparecido todos los animales. Los hombres siguen igual de rígidos que antes, mirando todos hacia la orilla opuesta.

En la serie de la ribera, van apareciendo cada vez menos personas por vídeo. Los créditos, en consecuencia, también son más cortos: entre cincuenta y cien nombres. En torno a una quinta parte de los nombres va seguida de asterisco. Para cuando llega el primer vídeo del tsunami, ha quedado claro que los nombres con asterisco son de niños.

9

Cuando me casé con Leo, estuve cuatro años en que no hice otra cosa que jugar a las casitas: cocinaba, limpiaba, soñaba despierta y todo giraba en torno al sexo sanador del amor. Nunca veía el telediario. No miraba nunca internet. Me pasaba el día horneando pasteles, con la casa siempre llena de ese olor narcotizante. Esperaba a Leo en la puerta con ropa interior de encaje. Hacíamos el amor y nos atiborrábamos de tartas y veíamos todas sus películas favoritas. Durante el día yo leía libros difíciles para ser lo suficientemente intelectual para Leo, hacía calistenia en el suelo del salón para resultarle lo bastante atractiva y planeaba cosas que decirle. Me apunté a varias asignaturas en un centro de estudios superiores que tenía cerca de casa y tomaba apuntes que luego coloreaba y adornaba con dibujitos para divertirle. Estaba convencida de que mi vida había sido un tormento que me había templado el carácter y me había librado del ego para poder llegar a ser una santa del amor. No ha habido otra cosa en mi vida que me haya hecho más feliz que esos días vacíos.

Leo también me quería, a su manera, más diluida o reposada, una luna tenue para mi sol. Era un hombre que se contentaba fácilmente, quizá algo superficial en lo emocional, pero en la medida en que todos los hombres lo son. Siempre estuvo de mi parte, si bien nunca llegó a comprender del todo mis problemas, que sí, eran bastante «especializados» y difícilmente podía identificarse con ellos. No tenía duda de que yo había sido víctima de Alain y le parecía imposible que alguien pensara seriamente que yo era una violadora. ¿Quién podía creer que había abuso en que una chica adolescente follara con otros adolescentes? La gente podía decir cosas feas de mí por internet, pero si me limitaba a ignorarlas, pasarían a otra cosa. Tampoco creía posible que a

alguien le importase que él me doblara la edad. Todo el que chismorreara sobre algo así era porque estaba muy aburrido, decía Leo. Hasta que su familia no llegó desde Madrid para la boda, tuve la esperanza de que ese idealismo suyo fuera una cualidad común a todos los españoles. Pero resultó que sus padres me consideraban un parásito criminal y hubo más de una escena fea cuando me insultaron a gritos llamándome *pedófila*[1]e intentaron que su hijo cancelara la boda. Leo me dijo, en un arranque de palabrería poco realista, que acabarían queriéndome con el tiempo.

Mi plan siempre había sido hacer un grado de cuatro años una vez que hubiera cursado las suficientes asignaturas en el centro de formación superior. Quería ir a la sede de la Universidad de California en Santa Cruz, donde daba clases Leo y donde podía pagar menos por la matrícula por estar casada con alguien del personal. Había adoptado el apellido de Leo, Casares. En las clases del centro de formación, eso y un buen corte de pelo habían impedido que me reconocieran. Pero en Santa Cruz todo el mundo estaba al tanto de que el doctor Casares se había casado con la bailarina del escándalo de los abusos a menores, de modo que hasta ahí llegó mi anonimato. Por esa misma época me topé casualmente con un montón de historias de mujeres indeseables a las que desenmascaraban: una encantadora inmortal que, al salir de Shangri-La, se arruga como una pasa y se convierte en una arpía senil; un caballero andante que se enamora de una lamia, cuya verdadera forma reptiliana se descubre en plena boda; Caprica-Seis revela que es una *cylon* justo antes de que su raza de ciborgs extermine a la humanidad. Pero la historia que más me mortificó fue el romance medieval de Tristán e Isolda. Leí la parte en que los destierran y tienen que ocultarse en el bosque y acaban viviendo en una cueva mágica que unos gigantes primigenios horadaron en la falda de la montaña, una de las muchas que los gigantes utilizaban para tener intimidad cuando hacían el amor. Las paredes de la cueva son redondeadas, suaves y de un blanco nieve. En el centro hay una cama de cristal y la entrada está custodiada por unas verjas de bronce que excluyen a todo aquel que no vaya allí por puro amor. Ahí los amantes no necesitan sustento alguno; se

nutren mágicamente del propio amor. Pero al final el rey los obliga a regresar a la corte, donde no volverán a estar solos juntos los dos, y, por increíble que parezca, la pareja vuelve obedientemente. Regresan a sus honores terrenales, pero sacrifican para siempre su amor mágico, de ahí que yo estuviera convencida de que, si iba a Santa Cruz, perdería para siempre a Leo.

Yo no dormía pensando en cómo sería mi primer día de clase. Al entrar en el cuidado campus ajardinado que llevaba tanto tiempo imaginando, con sus árboles y sus galantes parterres de flores, así como sus rebaños de alumnos bien intencionados y adinerados, sudaba ya por todos los poros. Estaba deseando perderme y llegar tarde para no poder entrar en clase, postergar mi destino un día más. Pero mi eficiencia es compulsiva. Llegué temprano y tuve que estar diez minutos dando vueltas para no ser la primera. Cuando entré, a la hora en punto, ya estaba todo el mundo sentado. Era una asignatura llamada Introducción a los Estudios Negros, una de las tres que tenía que hacer obligatoriamente para cumplir el cupo de créditos de Raza y Etnicidad que exigía la universidad. Aun así, me sorprendió ver que todas las alumnas y la profesora eran mujeres negras. Me quedé vacilante en el umbral. Todas levantaron la vista. Al verme, se les cambió la cara e intercambiaron miradas elocuentes. Al principio creí haber traicionado mi perplejidad y haber resultado racista. Luego comprendí que era yo, Jane Pearson. Me choqué contra el marco de la puerta al entrar y me abrí camino hasta la última silla libre, medio aturdida. Las demás ya habían apartado la vista, con lo que me pareció que era enfado. La mayoría tenía el móvil en la mano. En la sala irrumpió un runrún de mensajes de texto.

Pasaron tres minutos enteros de silencio pernicioso antes de que empezara la clase. En esa época, yo sudaba aunque me echara antitranspirante y notaba la ropa interior que llevaba, ya empapada de sudor. Por fin la profesora nos repartió la programación y empezó a comentarla, pero yo era incapaz de concentrarme con tanta hostilidad a mi alrededor, con la certeza de que me detestaban y de que en todas las asignaturas serían así.

En cuanto acabó la clase, me levanté como un rayo de la silla, pero, mientras bajaba a toda prisa las escaleras, me di cuenta de que había otra estudiante que me perseguía. En el rellano a mitad de las escaleras miré hacia arriba: era una mujer grande y recia de unos treinta años que me miraba fijamente. Sentirme perseguida me debilitó de golpe —«Jane, ¿por qué no quieres hablar conmigo, Jane?»—, y, en cuanto salí al exterior, eché a correr abiertamente. Por increíble que parezca, ella también echó a correr detrás de mí. Se convirtió en una verdadera persecución, con ambas corriendo y esquivando gente por la acera. Había cierta satisfacción en correr a todo trapo como no había podido hacer en Spokane, cuando me lo impedía la lesión del pie. Aun así, vi una cafetería y allá que me metí. Era un truco que había utilizado en muchas ocasiones; si me quedaba cerca de la barra, los acosadores desistían o enmudecían en presencia de los camareros. Para lo que valía un café, podía esperar a que se fueran con relativa seguridad.

Me puse por tanto en la cola del café, con el sudor bajándome por los costados, apestando, mi vida con Leo evaporada y toda la cafetería con los ojos clavados en mí, en la rara apestosa, la pedófila, la violadora. Tenía que dejar a Leo. Jamás saldría bien. Nunca conseguiría terminar la facultad ni tener un trabajo. Él tendría que mantenerme toda la vida y perdería su trabajo en cuanto el primer padre rico del campus se enterara de mi presencia allí. No podríamos tener hijos, pues el gobierno nos los quitaría con cualquier pretexto o ninguno, y además yo no podía acercarme a un radio de quinientos metros de una escuela, y había estado engañándome. Debería haberlo sabido. ¿Por qué, si no, corría siempre a coger el teléfono para que Leo no tuviera que oír las obscenidades y las amenazas de muerte? ¿Por qué, si no, vigilaba el buzón y destruía clandestinamente las cartas que recibía de hombres que peinaban los registros de delincuentes sexuales en busca de nombres de mujeres, cartas llenas de obscenidad, violencia y, en ocasiones, planes concretos que pasaban por entrar en mi casa cuando estuviese yo sola? Leo no había hecho nada para merecer esa vida. Nunca podríamos tener un hijo...

... y entonces la otra estudiante entró en la cafetería, con cara

sudorosa y gesto fastidiado, vino directa hacia mí y me dijo:

—Perdona, pero estás en mi clase, ¿verdad? ¿Te importa que hablemos un segundo? No quiero agobiarte, pero si tienes un momento...

—Vale —respondí con apenas un hilo de voz y sin dejar de mirar a los camareros.

El favor que iba a pedirme era que no violara niños. El favor que iba a pedirme era que me ahorcara de una vez por todas.

Pero entonces me contó, en el tono de una persona que mantiene la calma para conseguir algo práctico, que unas amigas y ella habían planeado que aquella fuera una asignatura con solo mujeres negras. Habían querido tener una única clase así, y no había sido fácil encontrar una asignatura troncal con una profesora negra. Así que se habían juntado y lo habían planeado entre todas para apuntarse a la asignatura en el segundo plazo de matrícula, pero resultaba que yo me había colado. Y se hacía cargo de que no era en absoluto culpa mía. Nadie lo pensaba. Pero si pudiera, a lo mejor, coger otra asignatura..., era importante para ellas. Me lo podía explicar si yo quería. No me lo pediría si no fuese importante.

Al principio me costó cambiar de tercio. Seguía mirando al camarero como salvaguardia, embotada de adrenalina, muriendo en público. Luego todo se pasó. La chica siguió hablando y explicándome mientras yo la miraba fijamente, casi llorando. Tenía el cuerpo empapado en sudor frío, y la idea de la asignatura de chicas negras me conmovió tanto que me dieron ganas de ponerme de rodillas para darle las gracias. ¡Hasta yo podía hacerle un favor a alguien! Y ayudar en algo tan puro. Era como si estuviera tendiéndome una estrella. En cuanto terminó, le dije:

—Por supuesto.

Soy una persona práctica (había sido una Cleopatra), así que saqué el móvil y tardé poco más de un minuto en cambiarme de asignatura.

Cuando terminé, la chica estaba visiblemente desconcertada. Se había estado preparando para que le echara mi rollo de niñata blanca, para algo había salido corriendo al verla.

—Oye, ¿te conozco de algo? —me preguntó entonces—. Es que me presentan a mucha gente, pero me da la sensación de que a ti te conozco.

—No, nunca nos hemos visto.

—¿Ni en algún acto político? ¿Vives en Santa Cruz? Me suena un montón tu cara.

—Vivir vivo aquí, pero no salgo mucho.

—Ah, vale. Me habré equivocado.

La mirada se le había enfriado y había adquirido un sutil sarcasmo. De pronto pensé que quizá me creía incapaz de diferenciar a una mujer negra de otra.

—O a lo mejor me reconoces porque... he sido noticia... —solté.

Me escrutó entonces la cara mientras yo me ponía cada vez más colorada. La cola del café avanzó otro paso y aproveché para mirar para otro lado. Cuando, temerosa, volví a posar los ojos en ella, vi que tenía el ceño fruncido.

—No puede ser. No me digas que eres Jane Pearson...

Por un segundo se me pasó por la cabeza la locura de negarlo. Pero luego dije, casi en un susurro:

—Sí, lo soy, pero...

Me interrumpió la carcajada que soltó.

—¡Noo! ¡No me jodas! ¿En serio eres Jane Pearson? ¿Por eso corrías? ¿Eres la puta Jane Pearson? Sabía que estabas en la universidad, pero ¡venga ya!

Me tendió la mano. Yo me retraje y tardé un momento en comprender que estaba invitándome a estrechársela. Se la di tímidamente mientras me decía:

—Evangelyne Moreau. Y si tú me reconoces a mí, es porque maté a dos polis cuando tenía dieciséis años. ¡Tía, somos iguales! Da igual que mañana cure el cáncer, siempre seré la niña negra que se cargó a unos polis. ¡Vamos, que por una cabra que me follé...!

Llenó el bar con su risa. Después de una pausa, como si hubiera *delay* en la transmisión, estallé yo también en una carcajada. Toda la cafetería se nos quedó mirando para luego

apartar rápidamente la vista. Me di cuenta de que habían estado pegando la oreja desde el principio. No había nadie ni escribiendo por el móvil ni hablando. Estaban todos pendientes de nosotras dos.

Pero, por primera vez en seis años, no tuve miedo. Salimos juntas de la cafetería, charlando, y a partir de ese momento todo cambió.

Por supuesto, son muchas las ocasiones en que he contado la historia de ese encuentro. Cuando lo hago, puedo predecir que ocurrirán dos cosas: por lo pronto, la persona con la que estoy hablando, para mi sorpresa, no conoce la gracia de «por una cabra que me follé». (En el chiste, un escocés está guiando a un visitante por su pueblo, indicándole los monumentos que él ha construido con sus propias manos: el muelle, el puente, la taberna. Después de señalar cada uno de ellos, dice: «Pero ¿me llaman MacGregor, el constructor de muelles? ¡No! ¿Me llaman MacGregor, el constructor de puentes? ¡No!». Hasta que al final exclama amargamente: «¡Me llaman MacGregor, el que se folló a *una* cabra!».) Lo segundo que pasa es que la gente no cree que Evangelyne hiciera ese chiste. Una cosa es matar a dos polis y otra bien distinta reírse del tema y compararlo con follarse a una cabra. Ella nunca se mostraba irrespetuosa con las vidas que había quitado, me decían los más estirados, culpándome a mí.

Pero cuando yo la conocí hacía poco que ella había salido de la cárcel, donde había conocido a un grupo de mujeres que habían sido casi todas violadas o maltratadas, que habían perdido a seres queridos por suicidios o asesinatos, y estaban cambiadas, trastornadas por el dolor y el horror, hasta el punto de que había noches en que la cárcel parecía más bien un campo de refugiados en el que todas se hubieran guarecido de una horrible guerra. La gente de fuera no respetaba ese dolor. La gente de fuera seguía votando para que esas mujeres siguieran sufriendo, ellas y sus hijos, a los que habían dejado huérfanos en el mundo exterior. Aun así, nadie esperaba de los de fuera que mostraran arrepentimiento. Si sumamos a eso que los dos polis en cuestión habían disparado a

la familia de Evangelyne delante de sus ojos, en mi opinión ella se había ganado el derecho a soltar esa gracia.

Durante mucho tiempo fue una figura más presente en mi cabeza que en la vida real. No sé por qué, pero yo había asumido que nos haríamos amigas al momento, y resultó sin embargo que Evangelyne estaba siempre acosada por numerosas personas, todas embelesadas por ella como lo estaba yo. Seguí el ascenso de su fama por internet. Pensaba en ella cuando iba en coche. Yo por entonces estaba sacándome un grado en Estudios Asiáticos y, una vez que me borré de Introducción a los Estudios Negros, ella y yo no coincidíamos en más asignaturas. A veces la veía de lejos y sentía un vuelco en la barriga, como si hubiera sucedido algo importante y peligroso. Una o dos veces me uní a algún corrillo a su alrededor, pero al poco me sentía incómoda y me iba sin hablar. Su personalidad me perseguía como una fragancia; a la persona de carne y hueso la creía ya perdida.

Luego, un día, la vi en uno de los aparcamientos para estudiantes con su inevitable séquito. Esa vez ella me hizo señas para que me acercase. Estaban hablando de su libro, que acababa de salir. Se volvió y me prometió darme un ejemplar, pero la conversación siguió por su propio cauce, y empezó a darme corte estar allí. Por supuesto, en realidad no quería darme un ejemplar; no sé cómo, pero había conseguido que se sintiera obligada a dármelo. Mientras pensaba en irme disimuladamente, una chica se encendió un porro como si tal cosa y le ofreció una calada a Evangelyne, que en un principio se mostró reacia, pero luego lo aceptó con timidez, cogiéndolo como si fuera un insecto peligroso. Le dio una calada vacilante. Yo ya estaba presa del pánico, igual que si hubieran levantado el cielo como si fuera una tapa. Llevaba ya un año sin estar en libertad condicional, pero todavía no había abandonado el terror a transgredir cualquier norma. Con veintitrés años seguía sin haber bebido nunca en público. Llevaba siete años sin fumar maría. Pese a todo, cuando Evangelyne me pasó el porro, lo cogí. Mientras me lo acercaba a la boca, entró un coche en el aparcamiento y Evangelyne y yo nos quedamos las dos paralizadas,

acobardadas, y nos fuimos como un resorte hacia un contenedor cercano, para ponernos a cubierto. Dejé caer el porro al suelo mientras la chica que nos lo había pasado me decía:

—¿De qué vas? —Y se agachó en el acto para recogerlo.

Por supuesto, lo del coche no era nada. Un estudiante. Me volví entonces, obligándome a levantarme, y vi la cara de Evangelyne, muy cabreada y suspicaz. Aquello me desarmó y me eché a llorar.

La chica del porro me vio llorando y me dijo:

—Ostras, perdona. ¿Qué pasa?

—Nada, que no puedo hacer nada ilegal, ni siquiera nada que raye en lo ilegal —dije con voz tensa de estirada.

—Aquí en California no es ilegal —dijo otra chica.

—Las cosas no funcionan así. No para... Hay personas que somos más vulnerables.

—No, pero, un momento, ¿en qué sentido dices lo de vulnerable? —me preguntó la del porro—. A ver, ¿vulnerable tú? ¿Cómo? —Miró a Evangelyne, para buscar su apoyo.

—Jane, oye, vente y te doy el libro —dijo en cambio esta.

Mientras nos alejábamos del grupo, yo iba retorciéndome de la vergüenza, todavía con las lágrimas saltadas. Lo que había dicho había sonado a locura, y más dicho así, en ese tono estirado y frío. Y encima mis temores se debían a que yo era una delincuente sexual, algo que no podía decir, aunque probablemente ya lo supieran. Evangelyne era bien consciente, y debía de estar a punto de mandarme a paseo, de decirme que dejara de comportarme como si fuésemos amigas. Yo era una violadora, una pedófila, peor que una asesina. Estaba a punto de decírmelo.

Para entonces habíamos llegado a su coche, un Miata nuevo que era su amor terrenal, a pesar de que todavía tenía el carné de conductor novel y no podía circular sola. Por supuesto, aquello no era para ella ningún obstáculo real. Abrió el maletero, que estaba lleno de ejemplares firmados de *Sobre el comensalismo*. Era la primera edición, en cuya cubierta aparecía una fotografía de un arrecife de coral. Tenía unos veinte iguales desperdigados por el maletero, en lo que formaba una disposición impactante y

psicodélica. Sonreí espontáneamente y quise felicitarla, aunque todavía no había dejado de llorar del todo.

Hizo ademán de ir a coger un libro, pero se detuvo en el último momento. Estaba pasándolo mal, como le sucedía con todas las cosas personales. Por fin dijo:

—Tenías razón. No puedes fumar mierda de esa en el recinto de la universidad. Ni siquiera puedes fumarla en público. Es un delito. Y menos aún pasárselo a un menor. ¿Cómo se me ha ocurrido hacerlo, sabiendo que tienes menos de veintiuno?

El llanto me vino con más fuerza.

—Ya... —murmuré.

—No, de verdad, yo tengo que saberlo. Debo tenerlo en cuenta siempre. Ellas no. Imagínate que viene un poli y me ve a mí con un porro... ¿Qué crees que pasaría? Tenías razón.

—¿Por qué no has dicho nada?

—No sé, ¿por vergüenza?

—Ya.

—Es como si me preguntaras por qué soy tan tonta. Ahora estoy intentando darte las gracias.

Luego se agachó y cogió un libro. La sobrecubierta estaba ya arrugada por los bordes; no había objeto físico que pasara por las manos de Evangelyne sin sufrir daños. En esa época llevaba siempre un boli en el bolsillo de la camisa, así que, mientras me tendía el libro, se llevó la mano al corazón. Cruzamos la mirada.

—¿Quieres que te lo firme? —me preguntó.

—No —dije—, lo que quiero es ser tu amiga.

Sonrió. Yo llevaba ya un rato sonriendo. Aun así, sacó el boli y, en lugar de su nombre, me escribió su número de teléfono.

Sobre el comensalismo, el primer libro de Evangelyne y el más famoso, lo escribió en el correccional regional de Chittenden, una cárcel de mediana seguridad de Vermont. Empezó a escribirlo cuando tenía solo diecisiete años y lo terminó catorce años después, apenas unas semanas antes de su puesta en libertad. Se benefició de todo lo que pudo leer gracias a ser una presa famosa con contactos en las universidades que le fotocopiaban artículos y

se los mandaban; al mismo tiempo, sin embargo, gozaba de esa potente voz de poder hablar en plata de una narradora que está en prisión. Como mucha gente, yo lo leí de una sentada y me cambió para siempre como persona.

En biología, el término *comensalismo* alude a cualquier relación entre dos organismos en los que uno obtiene beneficios mientras que el otro no se ve en absoluto afectado. Un ejemplo del reino animal es el de la garza bueyera, que se alimenta de los insectos que salen volando mientras pasta el ganado, sin que tal cosa afecte en absoluto a este último. Otro son las distintas especies que se refugian en los termiteros sin por ello dañar o molestar a las termitas. En la filosofía política que propugna Evangelyne, muchas relaciones económicas que consideramos parasitarias deberían verse más bien como comensalistas. El ejemplo más importante es el principio de progresividad tributaria. Los ricos pueden quejarse de que les graven para ayudar a los pobres, pero viven tanto e igual de felices con tasas impositivas marginales del 95 por ciento que con tasas marginales del 0 por ciento. Otros ejemplos son la ocupación de edificios, la recogida de basuras y ciertas modalidades de robo. Siempre que el valor fluya de los ricos a los pobres es comensalismo. Cuando el valor fluye de los pobres a los ricos, no es siquiera parasitismo sino amensalismo, una relación en la que un organismo daña a otro sin beneficio propio. Esto puede parecer un contrasentido. ¿Seguro que los ricos se benefician de tales relaciones? ¿Acaso el mafioso de los barrios bajos que se hace rico no obtiene algún beneficio de esa riqueza? La respuesta de Evangelyne es que no. Aunque tomáramos como medida relatos subjetivos de felicidad, los ricos no obtienen beneficio alguno de su riqueza. Debemos recordar que los ricos son meros organismos y solo pueden beneficiarse como organismos. Ellos no son sus fortunas, que son inanimadas y no sienten, y tampoco generan intereses.

El libro, por supuesto, profundiza mucho más allá y, de hecho, en el último capítulo se hace un repaso comensalista del capital y los mercados, se reinterpretan varias prácticas históricas bajo la lente de la teoría que propugna y se introducen conceptos

clave como *exacción*, *jubileo* o *relación de desamparo*. Con todo, esa simple noción de comensalismo, según la cual comerse al rico es un proceso natural, garantizó la notoriedad del libro por la indignación que provocó en sus detractores y por las cuarenta y ocho semanas que estuvo en la lista de más vendidos del *New York Times*.

Esas cuarenta y ocho semanas fueron las de la primera vida, corta y brillante, del Partido Comensalista, más conocido como el Pacom. Fueron también las semanas en que nació realmente nuestra amistad, cuando mientras ella hacía historia yo estaba a su lado y llevaba mi ejemplar manoseado de *Sobre el comensalismo* a las reuniones de sección —en una época en que había una única sección—, diseñaba las octavillas del Pacom, hacía carnés con la plastificadora, atendía teléfonos... Descuidé los estudios para ser su musa o su amanuense, o lo que quiera que fuese. También descuidé mi matrimonio por ella, aunque este resultó ser una relación que no necesitaba mucho, que se las arreglaba bien sin mí. Las dos sintonizamos desde el principio; podíamos pasarnos largas jornadas juntas y actuar en un tándem mudo. Hablábamos las cosas sin fricciones, como una única persona que pensara en voz alta, o, en el coche, nos quedábamos calladas y parecía que estuviésemos en una soledad fortificada. Sin embargo, en la mayoría de mis recuerdos, nos veo rodeadas de una muchedumbre. Ella rara vez estaba sola, quizá no fuera capaz. Criada en una secta y más tarde encarcelada, había vivido entre multitudes ruidosas y había dormido en un dormitorio colectivo gran parte de su vida. En esa época vivía en medio de una nube de acólitos, hablando constantemente, escuchando y tomando notas, hasta que empecé a tomarlas yo por ella. Nunca estaba tan ocupada como para no invitar a un montón de desconocidos a su casa, donde siempre tenía alojado a alguien del Pacom sin blanca, con colchones inflables que aparecían en los sitios más inesperados, como si los hubiera arrastrado allí la marea; salían a recibirla como cachorrillos a la puerta, brincando y riendo por el placer de verla, mirando recelosos a sus nuevos rivales. Luego hacía una olla de pasta cutre para todos, llevaba a todo el mundo a casa cuando se

iban y los dejaba cambiados para siempre. Cuando mi primer año de universidad tocaba a su fin, ella ya había conocido a toda Santa Cruz, de modo que yo conocía también a toda Santa Cruz. Y la gente me conocía y, gracias a ella, dejé de ser la agresora sexual y me convertí en la amiga de Evangelyne a la que habían culpado injustamente por los delitos de un hombre poderoso. Una noche que quedará para el recuerdo nos invitaron a una fiesta que daba un escritor al que Evangelyne había conocido por internet, una fiesta de en su mayoría gente de mediana edad a la que no conocíamos de nada. Cuando llegué yo, una hora después que ella, me fue presentando y ya estaba todo el mundo indignadísimo por que me hubieran cargado con los crímenes de un hombre poderoso.

Su historia la había dejado con extrañas parcelas secretas, que eran para mí totalmente impredecibles. Incluso siendo como era su mejor amiga, a menudo no me enteraba de cosas que la habían molestado hasta que leía alguno de los artículos que publicaba en *Jacobin*. Una vez fue a Sacramento y volvió con un ojo morado y la muñeca rota; la habían atacado unos matones racistas y había tenido que pasar la noche en el hospital. Ese misma noche me había llamado y había estado una hora contándome cosas del Pacom, sin mencionar en ningún momento que se encontraba en un hospital, ni a los hombres con los bates de béisbol. Cuando le pregunté por qué no me lo había dicho, me respondió: «Ni se me pasó por la cabeza». Podía divertir a grandes grupos con anécdotas de la cárcel, pero se molestaba si yo le preguntaba por sus años como presa. Tampoco hablaba nunca del asesinato de su familia; la primera vez que la oí hablar del tema no fue en una conversación a corazón abierto, sino en un discurso en la Convención Demócrata de California.

La peor fue la vez que estaba hablándonos de su primera novia de la cárcel, que se empeñaba en llamarla Angie y que se hizo un tatuaje en el culo con ese nombre. A mí se me ocurrió preguntarle inocentemente si había tenido alguna novia antes de entrar en la cárcel. Por toda respuesta, me echó una mirada de odio terrible y se hizo un silencio gélido durante el cual, para mi

horror, se le saltaron las lágrimas. Cuando alguien le preguntó si estaba bien, ella lo miró también con odio. Otra mujer se apresuró a cambiar de tema..., y esa fue la última vez que le hice a Evangelyne una pregunta personal.

Tendría que haberme dado cuenta de que estaba enamorada de mí, aunque yo siempre descarté esa idea para mis adentros, en gran medida como se rechaza una superstición común. Saltaba a la vista y era a la vez muy fácil de ignorar porque no debería ser verdad. Por ofrecer un poco de contexto, puedo decir que soy una guapa del montón. Tengo una altura poco habitual, como ya he dicho antes, y cuando cojo algo de peso, directamente parezco titánica. Por supuesto, eso puede resultar atractivo; para mí no es un problema rellenar una cama. Tengo el pelo de color rubio ceniza, un tono que, aunque durante años estuve aclarándomelo, ahora me gusta. Lo llevo por los hombros. Lo tengo liso, con una caída bonita y ninguna forma predefinida, lo que está muy bien. Tengo los ojos azules, un color que me he fijado que solo tienen las mujeres tontas de los libros. Mi cara es tirando a simplona. La persona famosa a la que más me parezco es Evita Perón, que tenía una cara de persona simple y de buen corazón, lo que no cuadraba mucho con ser una fascista. Cuando me esmero vistiéndome, se me ve buen cuerpo, pero desnuda no tanto, porque tengo las caderas estrechas y unos pechos grandes y colgantes que parecen fijados con chinchetas. Cuando tenía trece años, leí una novela popular de ciencia ficción que se titulaba *La esclava de Gor*, en la que una modelo es abducida y llevada a un planeta donde todas las mujeres son esclavas sexuales. Pero resulta que estas son tan tremendamente imponentes que la modelo allí no sobresale nada y, como tal, se la marca con el distintivo de la esclava común, una *dina*, una simple flor que identifica a las esclavas sexuales corrientes y molientes y de tres al cuarto, y a las chicas con esa marca de fuego las llaman *dinas*. Es la historia que me viene a la cabeza cada vez que me miro en un espejo de cuerpo entero.

No tengo ni idea de por qué inspiro devoción erótica en nadie. Pero es así; por inquietante y predecible que sea, es así. Muchos de los chicos de mi época con Alain se encaprichaban

perdidamente de mí, una parte de la historia que no suelo contar. El chico brasileño que he mencionado varias veces estaba loquito por mí y tampoco lo digo mucho. Siguió escribiéndome desde São Paulo incluso después de casarme con Leo, un detalle que tiendo a olvidar, por la cuenta que me trae. También hubo un solitario repartidor de Spokane que me perseguía por todo el pueblo para intentar explicarme el amor que sentía por mí. Yo lo ignoré sin más y lo metí en el mismo saco de los hombres que me acosaban. Sigo sin saber si hice bien o mal. Y Leo, y Evangelyne, y un amigo de Leo que quiso dejar a su mujer por mí y al que tuve que rechazar entre susurros en la sala de fiestas de la universidad. Para mí siempre ha sido fácil atraer el amor romántico, no así la amistad. Desde que tenía dieciséis años, mis principales relaciones han sido siempre sexuales. Es algo que no puedo cambiar. En esa época, sin embargo, intenté negarlo y creí que podía ser otra cosa para Evangelyne, ignorando los muchos momentos en que ella se quedaba callada, mirándome a la cara y sonriendo melancólicamente o sin sonreír, y lo que eso me hacía sentir. Yo estaba muy necesitada de una amiga.

La siguiente etapa de nuestra relación empezó con Lucinda Gar, que era una profesora blanca de estudios de etnicidad, una de las primeras académicas que respondieron a las cartas que escribió Evangelyne desde la cárcel. Al final fueron más de doscientos los académicos que le respondieron, incluidos algunos de mucho renombre, y Gar fue una de las decenas que le mandaban libros y artículos. Ella fue la única, sin embargo, que recaudó fondos para pagar las costas legales de Evangelyne, que mandó comunicados a la prensa para reivindicar su inocencia, que le presentó al redactor de una revista que acabaría publicando una selección de sus cartas desde la cárcel. También voló a Vermont para visitarla en el penal de Chittenden y le llevó montañas de cartas de sus alumnos, que estaban todos estudiando el caso de Evangelyne. Cuando se dictaminó la fecha de salida, Gar peleó para que la aceptaran como alumna en Santa Cruz a pesar de que carecía de títulos convencionales. Gran parte de la actual buena fortuna de

Evangelyne la propició Lucinda Gar.

Pero en cuanto *Sobre el comensalismo* entró en la lista de más vendidos del *New York Times*, Lucinda cambió. De pronto reaccionaba a todo lo que decía Evangelyne con condescendencia u hostilidad velada. Incluso le sugirió que fuera a una psiquiatra para que se mirara «lo suyo», y cuando Evangelyne se opuso, no paró de mandarle nombres de psiquiatras por teléfono. Iba a todos los actos comensalistas y siempre enviaba un correo de seguimiento para sugerirle cómo mejorar sus ideas, su presentación e incluso su aspecto. Podía darse el caso de que Lucinda la invitara a comer y luego se pusiera a hablar por teléfono en medio de la comida, y si Evangelyne le preguntaba qué pasaba, esta suspiraba y hacía como si se armase de paciencia, dando a entender que Evangelyne era una *prima donna* y que había que andarse con pies de plomo con ella. Una vez que mencionó que estaba saliendo con una chica, la académica hizo una mueca sarcástica y dijo: «Te olvidas de que sé que antes de entrar en Chittenden eras hetero». Aquello era una mentira absoluta, y Evangelyne le preguntó de dónde se había sacado esa idea, a lo que le respondió que era normal estar confundida un tiempo cuando una sale de prisión. Después de eso Evangelyne dejó de quedar con ella.

Pero Lucinda no había hecho más que calentar motores. Fue entonces cuando publicó un largo post en la página de Medium reivindicando la autoría de *Sobre el comensalismo*. Según su versión de los hechos, el libro se basaba en una serie de cartas que ella le había escrito a Evangelyne cuando estaba en la cárcel, con unas cuantas interpolaciones de cartas que había recibido de «otros estudiosos prominentes». Para cualquier especialista, resultaba evidente que alguien con los escasos estudios de Evangelyne no podía haber escrito un libro así, «por mucho que esa narrativa inspiracional haya estimulado su popularidad». A continuación, hacía un repaso del texto del libro e iba localizando referencias que, según ella, estaban fuera del alcance de Evangelyne, artículos de los que aseguraba que no había podido tener acceso desde la cárcel. Muchos de esos artículos se los había impreso la propia Lucinda y se los había mandado por correo.

Nada en las vivencias de Evangelyne la había preparado para esta traición en particular. Me llamaba por teléfono, presa de una rabia histérica, cada vez que había novedades: una entrevista que le había concedido Lucinda a un periodista, un correo del abogado que Evangelyne había contratado para denunciarla por difamación, un artículo de opinión de algún conservador que se regodeaba sobre cómo la izquierda una vez más devoraba a sus hijos. Y yo tenía que disuadir a Evangelyne para que no se plantara en casa de Lucinda y le rompiera las ventanas. Una vez me hizo quedar con ella a la una de la mañana en la cafetería La Tartería, de Santa Cruz, y tuve que escucharla mientras bebía un café tras otro y lloraba por Lucinda Gar y se negaba a tomarse un Ativan de Leo que yo le había llevado porque temía que la parase la poli y le hiciera un análisis de orina.

Luego volvía a casa con Leo. O sé que debía de volver, aunque parezca ilógico y no tenga recuerdos conscientes de él durante esa época. Supongo que también limpiaba la casa y ponía lavadoras, pero no lo recuerdo y más bien tengo una fuerte sensación de lo contrario. Seguíamos acostándonos y hablábamos a diario, eso sí lo sé, pero tengo la impresión de que el periodo Evangelyne le sucedió a otra persona en una ciudad distinta, a Jane Pearson y no a Jane Casares, a la Jane Pearson que jamás se habría convertido en una mujer de su casa.

Después siguió una mala racha. Evangelyne tuvo que mudarse de la casa donde vivía porque al casero no le hacía gracia que alojara a tanto pacomita. Las dos candidatas que habíamos presentado a las locales perdieron sus primarias por un margen amplio. Todos los grandes premios literarios se habían anunciado y *Sobre el comensalismo* ni siquiera había estado entre las obras finalistas. Todo eso hizo que Evangelyne se volviera irascible, volátil y paranoica, características muy poco propias de ella. A veces se comportaba como una borde con desconocidos, lo que empañaba todo el proceso organizativo que tan bien había gestionado. El Pacom empezó de pronto a perder afiliados. Trece meses después de su concepción, daba la impresión de que el

comensalismo había perdido fuelle.

Un día Evangelyne y yo nos fuimos a airearnos al Wunderlich Park, una pequeña zona del bosque de las secuoyas con senderos y un picadero de caballos. Habíamos reservado un paseo en caballo; para las dos era la primera vez que montábamos. Llevábamos semanas planeándolo, con mucha ilusión, pero ese día, yendo en coche de camino, parecíamos desincronizadas: ella perdía los nervios con cualquier cosa; yo tenía un ánimo conciliador y alegre. Luego, al llegar, el caballo que Evangelyne había reservado, Dingo, estaba resfriado y no podía salir. El personal se deshizo en disculpas e incluso le había hecho ya la devolución de la reserva. Pero Evangelyne estaba de un talante tal que acabé buscando en internet «resfriado en caballos» para asegurarle que no era mentira y que no estaban discriminándola por haber matado a unos polis. De hecho, los caballos se resfrían mucho y necesitan descansar para recuperarse, como los humanos. Por supuesto, aun así, era posible que la gente del picadero mintiera o (como bromeé yo) Dingo podía estar fingiendo. Evangelyne no me rio la gracia. Sugirió que hiciéramos una de las vías a pie. Fuimos todo el camino en silencio e incluso vimos una bandada de pavos salvajes y ni lo comentamos. Ambas nos detuvimos y nos quedamos observando a los animales mientras los pavos atravesaban lentamente los árboles.

Pero el día que ocurrió lo que ocurrió, el día que me llamó rastrera y puta nimiedad humana y me borró de su vida, fue el día que quedó con el hombre del pueblo donde se había criado. En esa pequeña población de Vermont, la familia de Evangelyne había compartido una casa con otras treinta o cincuenta personas negras, una cifra que variaba según la época del año. Eran todas miembros del Instituto de Estudios de las Religiones Africanas, la secta con la que se había criado ella. Un equipo de las Fuerzas Especiales había disparado a veintisiete de sus miembros, incluidos su madre y sus dos hermanos, después de que unos vecinos blancos le dijeran a la policía que eran terroristas musulmanes. El hombre con el que iba a encontrarse era uno de esos vecinos.

Este estaba tan deseoso de reparar el daño que había volado

desde Vermont para verla. Por razones que no me explicó, Evangelyne accedió al encuentro y yo supe que era mejor no preguntar. Pero tenía que estar allí para cogerla de la mano, para ser (en palabras de ella) su «chica blanca parachoques». Ella no solía sacar el tema de la raza conmigo, pero aquel vecino había sentenciado a muerte a su familia por ser demasiado negra en un barrio blanco, por rendir culto a dioses negros de una manera negra, y ella había sido la que había ido a la cárcel, de modo que en las cuarenta y ocho horas previas a ese encuentro, que básicamente pasamos juntas, no paró de hablar de cuestiones raciales. Yo me andaba con pies de plomo y temía abrir la boca. Por lo demás, cuando lo hacía, la voz me sonaba chirriantemente blanca, como si desentonara por ser blanca. Empecé a comprender por qué algunos del Pacom me llamaban Becky Ballet. Yo recordé todos los incidentes relacionados con la raza que había vivido como chica blanca en el Pacom: una me había dicho que en mi caso hacer el grado de Estudios Asiáticos era apropiación cultural; otra me dijo que Alain era un hombre de color al que habían encarcelado por mis crímenes; en otra ocasión, en una fiesta un tipo negro dijo que acababa de adoptar un gatito y, cuando yo expresé mi sorpresa, el tipo puso mala cara y dijo: «Se ve que aquí Becky no sabía que los negros podemos tener gatos», y los demás rieron, y yo no sabía por qué me había sorprendido tanto, de modo que sí que pudo haber habido cierto racismo en mi sorpresa. Todas estas cosas me iban volviendo a la mente e hicieron que me pusiera a la defensiva. Cada vez que Evangelyne hablaba de raza, yo me paralizaba, luego decía lo que no tenía que decir y ella apartaba la vista, desdichada y distante, como si yo estuviera matándola con mis propias manos.

Cuando llegó el día del encuentro, la llevé en coche a la cita, a la cafetería de siempre. Al bajar del coche, Evangelyne me dijo en un tono muy hostil y suspicaz:

—Ni se te ocurra dejarme sola.

El hombre había dicho que acudiría a la cita en un SUV plateado y, justo antes de llegar a la puerta del local, apareció uno. El coche fue hasta el otro extremo del aparcamiento y, con mucho

cuidado y muy despacio, aparcó, maniobrando adelante y atrás varias veces hasta cuadrarlo bien. Cuando se abrió la portezuela, Evangelyne alargó la mano como para coger la mía, pero no lo hizo. Un hombre blanco anodino se bajó y levantó con poca energía la mano para saludarnos. Acto seguido se bajaron otros dos hombres blancos. Uno iba cargado con una videocámara; el otro, con un gran micrófono de mano. El vecino había venido con un equipo de rodaje. Evangelyne vio a aquella gente y se encogió en el sitio, retrocedió como un resorte, como para ponerse a cubierto detrás de mí, mientras decía por lo bajo:

—Mierda, mierda, mierda. Sácame de aquí, por favor. Tienes que sacarme de aquí. No puedo, no puedo.

El vecino estaba avanzando hacia nosotras con una gran sonrisa en la cara, saludando con la mano como una buena persona que está segura de que la recibirán calurosamente allá adonde vaya. Los otros dos hombres lo seguían, ellos sin sonreír, mientras ajustaban el equipo. Podían haber sido reporteros locales o de InfoWars; no conseguí distinguir el logo del micrófono. De pronto tomé el control de la situación y me vi poseída por Cleopatra, con mis antiguos poderes. Me adelanté y bloqueé a Evangelyne con el cuerpo, al tiempo que le decía al hombre:

—No es nada considerado traer un equipo de grabación sin avisar de antemano. Esta conversación se ha acabado. Vuelvan a su coche y a su pueblo, que aquí no se les ha perdido nada.

Me volví y vi que mi amiga estaba mirándome fijamente, como si volviera a ver a unos hombres armados rodeando la casa donde se crio. Luego se rindió y se alejó también. Por detrás de nosotras, el vecino nos seguía farfullando, disculpándose. Se notaba que Evangelyne sentía las palabras del hombre como si le llovieran balas. Aun así, llegó al coche y se subió. Yo me monté también y nos pusimos en marcha con Evangelyne llorando, las manos cerradas en puños apretados y doloridos, musitando «gracias, gracias», y luego, como si de pronto cambiara de opinión, enmudeció. Huimos juntas por esos montes de California, todo hierba amodorrada, pajiza y salpicada de florecitas moradas, abundantes y secas, y nos adentramos luego en la oscuridad de las

secuoyas, que nos cubrió como un manto de agua, para al fin alcanzar la playa y salir rápidamente del coche y avanzar laboriosamente por la arena, sin nadie más allí aparte de un latino que corría por la orilla levantando agua y tirando de una cometa. Nos apartamos de él, los greñudos acantilados que teníamos por encima, taciturnos y musgosos, hasta donde se extendían unas enormes franjas de kelp en montones enredados que parecían cúmulos de maromas, mientras que, en un irregular canal de agua de escorrentía, un resto de algas lima limón destacaba por su viveza entre la paleta del día lluvioso. Las gaviotas caminaban por el kelp con las rodillas muy subidas y, de vez en cuando, alguna remontaba bruscamente el vuelo como si le hubiera sobresaltado un recuerdo insoportable y saltara para escapar de él y planeara por un minuto hasta que el mar lo alcanzaba y se lo llevaba.

Evangelyne se detuvo en seco. Esperó a que yo parara, a que me volviese y la mirara y sintiera que se acercaba nuestro apocalipsis particular. Y me pidió que le dijera si podía albergar alguna esperanza, mientras yo mantenía la distancia y evitaba mirarla a los ojos. No podía respirar. Me quedé mirando el mar.

—Sí, pero es que no puedo simplemente… —dije por fin.

—¿El qué?

Como no respondí, ella me dijo que me quería. Me dijo que seguro que me había dado cuenta, que todo el mundo lo había notado, y el rugir del mar hacía que solo le sonara un hilo de voz.

—Jane, por favor…

Cuando miré, había vuelto en sí, se había recuperado de la debilidad del segundo anterior. Yo estaba aterrada.

—Ahora mismo no puedo dejar a Leo —dije con una voz blanca increíblemente tensa—. Estoy embarazada.

De vuelta en el Don’t Cry, en compañía de Luli, estaba en el mundo en el que los hombres se habían evaporado, frente por frente con Evangelyne y sintiéndolo de nuevo. Yo era una rastrera, una nimiedad, una cobarde. Me había escondido tras mi hijo nonato. Ahora estaba a solo tres metros del escenario. Había parado de cantar el *Yo soy yo* con sus incondicionales, que seguían

entonándolo, un cántico ensordecedor y acaparador como un mar proceloso, y el desdén que sentía por mí misma me tenía paralizada, cuando Evangelyne me vio y titubeó. Mientras las mujeres cantaban «Yo soy la mejor», ella se inclinó hacia delante, entornando los ojos. Yo me debatí entre acercarme a ella o alejarme. Era consciente de que Luli estaba mirándonos por turnos a una y a otra, con un interés obsceno, y de que la energía de la multitud estaba atenuándose ante la confusión en la mirada de su líder.

Durante todo un minuto tuve claro que la había fastidiado. Hacía seis años de nuestra amistad. Cualquier sentimiento que hubiera tenido ella por mí ya habría desaparecido. Habría estado con decenas de chicas desde entonces, todas más sexis, más cultas, más simpáticas, más interesantes, menos monstruosamente gigantes, menos famosas por su pedofilia, muy poco Beckys y con unos pechos jóvenes y firmes. Si no me ignoraba sin más, seguramente pediría que me enseñaran la puerta. Yo lo había apostado todo y había perdido. Me merecía perder y perdí.

Pero entonces Evangelyne desencajó los ojos y la cara se le cambió de medio a medio. Todo el cuerpo se le revistió de alegría y a mí se me escapó un pequeño pitido de la garganta. Se me encogió tanto el corazón que se me nubló la visión. Cuando recuperé la vista, la vi alargando la mano hacia mí, con una gran sonrisa en la boca. Estaba justo en el borde del escenario y parecía a punto de saltar, pero no se atrevía por la altura; muy alegre y dispuesta, pero no, estaba demasiado alto. Empecé a abrirme camino hacia ella, con los sentimientos alelados y corriendo como el agua, como una boca de riego que hubieran abierto, anárquica bajo el sol de julio. Cuando llegué casi a su altura, ella se agachó y bajó, y las últimas personas que nos separaban se apartaron, toda la muchedumbre relegándose, deformándose para dejarnos hueco, y allí estaba Evangelyne, grande, real y con olor a sudor de buena vida en su vestido plateado, y yo la tenía entre mis brazos. Me besó en la boca y en el acto salí de mi mente y de mi cuerpo, con las manos en sus omóplatos desnudos, donde la piel era tan fresca y tierna. Sin pensarlo, la besé como habría hecho con Leo, su lengua

en mi boca y el cuerpo reaccionando así sin más, mientras la multitud cantaba a coro: «¡LA MEJOR, EVAN-GE-LYNE! ¡DE TODAS LAS PERSONAS DEL MUNDO TÚ ERES LA MEJOR, LA MEJOR!». Y entonces algunas de las que nos rodeaban me reconocieron y se pusieron a gritar también mi nombre hasta que la sala entera se estremeció con la pasión. Gritaron por el triunfo del amor mientras Evangelyne me besaba por primera vez.

Y yo la deseaba y a la vez... No, sí que la deseaba, con la sensación acolchada de sus pechos contra los míos, y esa tonta voz asustada en mi cabeza, y la piel erizada de deseo reprimido y pasmado, y, por supuesto, toda esa atención positiva a nuestro alrededor, y Evangelyne riéndose muy cerca de mi cara, con su ligero aliento a cerveza, diciendo: «¡Jane! ¡Jane Pearson! ¡No me lo puedo creer! ¿Ahora?». Lo siguiente que recuerdo es que estábamos en la calle, con toda la multitud que había salido en avalancha con nosotras, que nos había llevado con la corriente como un mar, para tomar las calles y beber vino y bailar como brujas. ¡San Francisco! ¡La bondadosa ciudad homosexual! ¡Toda nuestra! Luli había abierto las puertas del coche y salía a todo volumen una alegre canción country mientras empezaba a caer una suave lluvia, y fue ya un no parar de bailar. Yo estaba colgada del cuello de Evangelyne, besándoselo como si estuviera borracha, y lloraba como si hubiera ido allí por ella. Bailaba con ella empapada en mis brazos, la mojada falda de su vestido pegándoseme a las piernas. Bailé bajo una lluvia cada vez más fuerte y, como todas allí sabían quién era yo, podía bailar como una loca, como una antigua bailarina, formando bonitas figuras y girando sobre el dedo gordo del pie, con Evangelyne riendo ante mi elegancia, como si fuera lo más loco que hubiera visto en su vida.

Y lo siguiente que recuerdo es un bonito hotel. No había toallas por ninguna parte, se las habían llevado durante los saqueos. Tendríamos que utilizar el secador después de la ducha, nos explicó apocada la recepcionista, pero aun así aquello eran unas vacaciones, unas vacaciones aterradoras, unas vacaciones de aferrarse a una tabla en medio del mar, porque estaba cerrándose la puerta, y entonces nos quedamos solas en una cama de uno

ochenta de ancho. Estaba pasando.

—¿Seguro que estás preparada para esto? Imagino que estarás de duelo... —me preguntó Evangelyne.

—Sí, sí, sí —le respondí yo en cambio acelerada.

Y estaba ya quitándole la ropa, mareada y asustada, y me sorprendió lo bonitos que tenía los pechos, más redondos que los míos y en cierto modo luminosos. Era la primera vez que tocaba los senos desnudos de otra mujer. Era consciente de que no tenía claro si quería, si eran un juguete fascinante o un problema. Se echó conmigo sobre la colcha y me acarició los míos, con los ojos medio entornados, y vi las desdibujadas estrías luminosas que tenía en la barriga y me sentí fuera de mi terreno, encendida por dentro. En realidad nunca me había planteado seriamente que aquello pudiera pasar. Le cogí los pechos entre las manos y fue algo indescriptible, como cualquier acto sexual. Quería realmente hacerlo con ella, pero esas sensaciones encontradas de tener que hacerlo bien pero estar fuera de mi terreno me recordaron a Alain y a aquella primera vez en el hotel-casino Jokers Wild, cuando creí morir, cuando sentí un miedo que me violentaba.

A punto estuve de echarme a reír cuando alargó una mano y sacó un dildo de debajo de la cama. Lo inclinó a modo interrogativo: «¿Sí o no?». Quise preguntar qué papel iba a asumir yo, a quién estaba esperando ese dildo, pero asentí sin más. No quería reírme. Era uno de esos que te atas a la cintura y que están hechos para parecer una polla, aunque con un realismo de humanoide que daba cierta grima, recubierto de algo parecido y a la vez distinto a una piel (marrón en este caso, un detalle que me avergüenza reconocer que en un primer momento vi como «político»). Luego me abrazó y me besó y yo gemí sin cortarme y dispuesta a dejarme cautivar. No sabía si aquello estaba bien, pero cuando me tocó, cuando me penetró, no me atreví a abrir los ojos y fue una sensación tan buena como el sexo, buena, buenísima, tanto que me corrí. Y me volví a correr una y otra vez. Se repitió durante un rato hasta que la intensidad pareció disminuir y empezó a dolerme un poco. Ella se detuvo entonces y me besó en la cara mientras yo seguía sin atreverme a abrir los ojos.

Cuando se me pasó la ebriedad, me embarqué en la misión de hacer que también ella se corriera, a lo que de entrada me dediqué con la mano, si bien aquejada de demasiada timidez y falta de confianza, asediada por recuerdos horribles de los chicos y de Alain. Me sentí agradecida a la par que molesta por que se hubiera quitado las correas y las hubiera tirado por ahí, de que no esperase que yo me las pusiera, lo que quizá habría sido más fácil pero más raro. Y estaba a punto de sumergirme en el tema oralmente (se me pasó por la cabeza esa palabra, «sumergirme», y me pareció ridícula) cuando Evangelyne me preguntó con palabras reales, como yo no habría podido articular, si quería un vibrador y le dije que «vale». El vibrador que tan solícitamente me pasó casi al instante me durmió la mano mientras yo no paraba de pensar «no llores, no llores», y aquello podía durar horas, y tenía que mirarle la vagina y a mí me daba cosa, pero no tardó en tensarse y en estirar las piernas, y qué sensación la de hacer que una mujer se corra, que era lo mismo, simplemente alivio por haberlo conseguido. Luego no supe si debía repetir. Seguí un poco, con suavidad, a la espera de que me viniera la intuición, pero me volvió en cambio esa horrible sensación: una cama de hotel como la del Jokers Wild; estaba tocándole la vagina a otra mujer... Pero Evangelyne se corrió de nuevo, esta vez con menos dramatismo, casi a regañadientes, y luego me cogió de la muñeca y me apartó la mano. Me besó en la cabeza y entonces todo estuvo bien. Era ella, y pude olvidarlo con los besos, con incluso volver a sentirme excitada. Feliz tan repentinamente... Claro que me resultaba atractiva. Yo la quería. La cabeza empezó a parlotearme, nerviosa, preguntándose cómo era posible siquiera que ella me deseara a mí, enumerando mis atributos físicos y disociándose de una forma que me era familiar y reconfortante. El cuerpo disfrutaba de todo y la quería con euforia, mientras yo estaba en otra parte, con mis preocupaciones. Para mí eso era algo normal.

Y ahí acabó la cosa. A ella le venció el sueño y yo me quedé allí tumbada en la cama, con ella y con mis pensamientos. Pensaba en Leo y en Benjamin. Pensé también en mi coche, donde tanto tiempo había pasado con ellos, un coche que les había dejado tan

alegremente a las gemelas, asumiendo que «tarde o temprano» lo recuperaría. Acabaría oxidándose en casa de Micah cuando se quedaran sin gasolina que echarle. Otra cosa que había perdido. Mi niño perdido. Y mi marido, al que realmente había sentido como carne de mi carne. Lo había traicionado. Y nada volvería a estar bien.

Evangelyne se despertó y me sorprendió llorando. Sonrió y no me hizo sentirme ni mal ni rara. Me acarició el pelo y me arrulló:

—Ya está, ya...

—Perdona. Sé que no mola nada. No es por ti.

—Lo entiendo. —Se me quedó sonriendo un rato.

Nadie tenía una cara tan bondadosa e inteligente como la de ella. Quienes la entrevistaban siempre la describían como «sabia», lo que, en el momento, podía sonar condescendiente, pero era cierto. Era sabia, bondadosa, buena en todos los sentidos. Pero vi entonces que estaba cavilando. Se le arrugó el entrecejo de una manera que habría sido adorable en cualquier otra persona. Yo lo sentí venir y me acobardé.

—Lo siento, pero tengo que preguntarme por qué estás aquí. A ver, te veo venir y te veo venir de lejos... —Todavía me sonreía con indulgencia, como si creyera que mis razones ocultas eran entrañables.

—Sabes que tuve un hijo —dije con cautela.

—Sé que tenías un marido. —Rio para quitarle hierro.

Yo también me reí, pero estaba asustada. Respiré hondo. Luego me quedé sin nada que decir, pero puse cara de estar pensando, de disponerme a hablar.

Volvió a reír cuando lo comprendió todo.

—¿Tú crees que yo puedo arreglar eso? ¡Pero, bueno, Jane! Esto me ha pasado a mí igual que a todo el mundo. Yo no tengo poderes mágicos. ¿De veras piensas que yo puedo hacer que vuelvan los hombres? ¿En serio? Espero que no sea por eso por lo que estás en esta cama conmigo...

—Bueno, tampoco es que no puedas hacer nada nada...

Después de eso me quedé allí, tumbada y rendida, mientras ella lo consideraba en serio, mirándome fijamente como si

estuviera utilizando mi propio cerebro. Yo llevaba un día sin comer. La habitación me daba vueltas. Su intrepidez, su regocijo, esa aura brujil que la rodeaba lo inundaban todo. Sentí como si ella pensara mis pensamientos.

—Ni siquiera hemos llegado todavía al gobierno —dijo por fin —. Ni de lejos. Si quieres que pueda hacer algo, a lo mejor antes tendrás que ayudarme a llegar al poder.

No intenté disimular mi alivio y, cuando ella lo notó, ambas nos reímos. Negó con la cabeza y dijo:

—Jane Pearson... ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—Sí, te ayudaré —le dije—. Sí.

Una evaluación de tres estrategias de reconocimiento de individuos en *Los hombres*

Banu Ghoreishi, Nahida Siddiqui, Caitlin Allbright, A. G. Sanchez

Resumen

La existencia de *Los hombres* constituye un fenómeno sin explicación del que se asume que está relacionado con los acontecimientos del 26 y el 27 de agosto. Para nuestro estudio, se realizó un seguimiento a 366 espectadoras de *Los hombres* originarias de Estados Unidos y de Canadá durante un periodo de catorce días. Las participantes se reclutaron a través de anuncios que se publicaron en la página web de Encuéntralos. Todas se reconocieron en la afirmación «Mi principal objetivo cuando veo *Los hombres* es localizar a algún ser querido». Cada participante entregó a las investigadoras una lista de «objetivos», con los seres queridos que tenían la esperanza de ver. Durante la investigación se fueron registrando las apariciones de estas personas que se dieron en *Los hombres*.

Las investigadoras identificaron tres estrategias de visionado: estrategia espectadora (n = 101), estrategia grupal (n = 44) y estrategia de nombre (n = 221).

Las estrategas espectadoras veían *Los hombres* todas las horas que les era posible.

Las estrategas grupales colaboraban en grupos de cinco o más para localizar en los vídeos a los seres queridos de todas,

manteniendo una vigilancia constante las veinticuatro horas del día.

Las estrategas de nombre no veían *Los hombres* y en cambio confiaban en las listas de nombres que aparecen periódicamente en las grabaciones. Se ha demostrado que las listas de nombres son fiables y realmente se corresponden con las personas que aparecen en los vídeos (Antin *et al.*, 2020; Siddiqui y Antin, 2020). Las dos principales webs de *Los hombres* tienen listas de nombres en las que pueden hacerse búsquedas, con enlaces a las grabaciones correspondientes.

La predicción de partida era que estas tres estrategias tenían la misma efectividad a la hora de encontrar a personas en *Los hombres*. Este estudio ha demostrado por primera vez que esa expectativa lógica es errónea.

En el caso de las estrategas de nombre y las espectadoras, durante las dos semanas que cubrió el estudio no apareció ninguno de sus objetivos en *Los hombres*. Esto no supuso una sorpresa dada la escasa aparición de individuos en ese periodo: 382.201, lo que supone el 0,001 % de las personas con cromosoma Y que estaban vivas el 26 y 27 de agosto.

En el caso de las estrategas grupales, sin embargo, fueron 115 los objetivos que aparecieron. Las investigadoras no han sido capaces de proponer una explicación plausible a esta discrepancia tan notoria.

Las participantes en el estudio se sometieron asimismo a dos exámenes médicos. No se detectaron cambios médicos significativos en las participantes que pudieran atribuirse a los prolongados periodos de inactividad física a los que se exponen algunas espectadoras de *Los hombres*.

10

Ji-Won entregó el camión a finales de noviembre y encontró un trabajo en Los Ángeles como arborista, colgada de ramas con una sierra mecánica en ristre y disfrutando del aire libre y del sol. Trabajaba para el servicio municipal de prevención de incendios. Todas las mañanas pasaban a recogerla con una furgoneta y la llevaban hasta algún cañón perdido, donde la jefa, Nana Pete —una recia mujer de unos cincuenta y pico años que se había criado en una familia de guardabosques y llevaba «los árboles en la sangre»—, inspeccionaba el terreno como si ella fuera un incendio e iba señalando las rutas que cogería y nombrando los barrios que se llevaría por delante. Ji-Won le cayó en gracia y hablaba con ella sobre el Año de Natalidad Cero y el fin de la humanidad, y acababa toda conversación sonriendo arrepentida y con la vista puesta en los árboles, como quien concede la victoria a un digno rival.

Regresaba a la mansión por las noches llena de marcas y magulladuras, apestando a sudor y salvia, y con un ramo de cuatro metros y medio de altura de ramas interesantes. A veces empezaba a trabajar en sus artesanías antes incluso de ducharse. Ponía de fondo *Los hombres* en la biblioteca, y ambas cosas, las artesanías y *Los hombres*, se fundían en un problema con el que se devanaba los sesos durante horas. Estaba abriéndose camino a tientas hasta Henry, o quizá creando una máquina para traerlo de vuelta. Todavía necesitaba una intuición para convertir lo mediocre en poderoso, para hacer que el objeto funcionara. Los hombres estaban ahora muy rígidos en la ribera, como concentrándose con todas sus fuerzas, y tal vez la misión de ellos se pareciera a la de ella, la de buscar una cosa concreta con mucha determinación.

En esa época Ji-Won era un ideal hecho persona para Blanca: la artista que había atravesado desiertos con un camión y un arma

a mano en el asiento del copiloto, que talaba árboles con una sierra mecánica, que nunca se miraba en un espejo, se quejaba de nada ni necesitaba a nadie. Ji-Won aceptaba tácitamente a la chica y le enseñó a bordar y a limpiar un arma y a hacer nudos ornamentales, siempre con *Los hombres* de fondo y sin volumen. Blanca solía hablar de su padre, a lo que Ji-Won no respondía gran cosa. Ella nunca había necesitado a su familia como aquella chica. Ella había ayudado a su familia con dinero; era fuerte. A Blanca le gustaba repetir por dentro: «Aprendí de la maestra Ji-Won Park». Se imaginaba un futuro en el que se convertía en una artista de fama mundial y la suya era una amistad legendaria sobre la que se rodaban documentales.

Cuando Ji-Won se acostaba, en las largas noches en las que Alma salía y tenía la casa solo para ella, Blanca iba al porche de atrás y se fumaba un mentolado de su amiga. A menudo se arrodillaba entonces en la hierba, mientras las colinas iluminadas de los alrededores se llenaban con los desquiciados aullidos de los coyotes y los ciervos salían de puntillas a pastar por los jardines de las casas, con el mundo entero rebobinando a una naturaleza previa a la caída de Adán. Rezaba y algunas noches perdía los nervios y corría por el césped para espantar a los ciervos porque nadie la entendía. Ni siquiera Ji-Won leía el material sobre las Chicas en Llamas. Ni siquiera ella veía en *Los hombres* una puerta a un lugar demoniaco.

A veces Alma sobresaltaba a esos mismos ciervos cuando regresaba descalza de casa de la tía Christine. Otras veces pasaba allí la noche. Fue una chispa lanzada irresponsablemente en esos primeros días malos que tuvieron, cuando Christine se presentaba en la mansión para hacerla volver a la casa a dormir y Blanca le gritaba y la llamaba zorra. Su tía se revolvía nerviosa en el sitio mientras sonreía de soslayo a Alma, que quedaba desarmada. Luego, una noche, esta fue a casa de su tía y se creó un nuevo equilibrio.

A Christine le gustaba quedarse despierta después de hacerlo y se ponía sensiblera y empezaba a hablar de su marido, mirando de reojo a menudo la fotografía enmarcada de Nelson Mandela que

él había puesto en la mesilla de noche, hasta el punto de que Alma había acabado imaginándose siempre al marido con la cara de Mandela, un apuesto hombre mayor con una sorprendente mata de pelo blanca y una sonrisa beatífica. Nunca se le había dado bien hablar de sus sentimientos, pero tenía un gran corazón, y eso era lo más importante, decía Christine. Alma le decía cosas para consolarla, y era una tontería, pero resultaba agradable. Además, le dejaba tener puesto de fondo *Los hombres* todo el tiempo, y sentaba muy bien que le echara siempre un brazo por encima de la cintura cuando dormían, y también que se levantara temprano y le hiciera tortitas con mezcla de sobre mientras canturreaba las letras de un disco de Taylor Swift.

Con todo, a la vez Alma tenía la frenética sensación de estar malgastando el tiempo. Christine le contó en cierta ocasión que había ido a una clínica de donantes de esperma, aunque no porque quisiera una cría *ya ya*, pero temía que a la gente le diera por acudir en masa cuando se dieran cuenta de que era la única forma de hacerlo; resultó, sin embargo, que ella había sido la última en pensarlo. Había mujeres que habían ido a la clínica el 27 de agosto por la mañana. ¡Esa misma mañana! La lista de espera era ya de siete años, y las reservas existentes no durarían más de dos. Después de eso, Alma tuvo que levantarse de la cama e irse corriendo a casa a ver *Los hombres*. Le entraba una sensación como de haberse quedado dormida en el trabajo, de no estar en su puesto, de quedarse atrás.

Así que, cuando trascendió el artículo de Ghoreishi «Una evaluación de tres estrategias de reconocimiento de individuos en *Los hombres*», fue Alma quien vio las noticias con el corazón acelerado, corrió a buscar el artículo por internet y lo leyó tres veces, medio mareada por la emoción. Era retorcido, pero a la vez tenía todo el sentido del mundo: si formabas un grupo para ver la misma pantalla día y noche, al final conseguías encontrar gente. Ella ya percibía claramente que lo que quería *Los hombres* era atención. Buscó artículos que creyeran ver los fallos en la teoría de Ghoreishi y rio aliviada cuando tales «fallos» resultaron ser que la autora era una republicana con carné y que su familia había

trabajado para el sah de Persia. En plan vale, que sí, que los republicanos eran lo peor, pero eso no tenía una mierda que ver con el sah de Persia.

Una vez más, publicó un anuncio en la página de Encuéntralos. En esa ocasión se lo tomó más en serio y limpió las habitaciones más bonitas de la mansión antes de hacerles fotos y redactar la descripción. Lo enfocó como una jornada de puertas abiertas para buscar compañeras de visionado y la emplazó para una semana después. Hasta que no lo publicó no bajó a la biblioteca, que era ahora donde casi siempre lo veían. Ji-Won había acaparado la habitación con sus cosas, de modo que en esos momentos la basura ocupaba tres cuartos del espacio, creando un caótico marco a la pantalla plana de televisión. La habitación apestaba siempre a tabaco, vegetación, misteriosos productos químicos y sudor. Ji-Won y Blanca no levantaron la vista cuando entró. Se detuvo en el umbral, molesta por el desorden, aunque no era el momento de sacar el tema, y en realidad no tenía ni voz ni voto mientras estuviera tirándose a la tía de la chica.

En ese momento le sonó el móvil. Al mirar el visor, leyó EVANGELYNE.

Ruth tuvo que coger dos autobuses y andar diez minutos para llegar a la jornada de puertas abiertas de la residencia McCormick. Se había imaginado que se encontraría con mucha gente; la casa era una mansión con sus columnas y sus porches abiertos, como la Tara de *Lo que el viento se llevó*. No hacía falta que fueras fan de *Los hombres* para querer vivir en esa casa.

Aun así, cuando unas diez mujeres se bajaron del autobús en su misma parada, Ruth no pensó que fueran todas al mismo sitio. Las demás no tardaron en tomarle la delantera —en Los Ángeles todo el mundo parecía tener veintipocos años—, y ella se quedó caminando sola y vio el avance de la pesadilla: las otras mujeres diseminándose por la ruta que Google Maps estaba marcándoles; cómo, poco a poco, se ponían a hablar entre sí, se apiñaban por grupos y se hacían ya amigas. Conforme la casa entró en el campo

de visión, vio bicicletas y scooters apiñadas ante la verja. Había incluso un par de coches, que debían de estar tirando de gasolina del mercado negro; las restricciones seguían vigentes en todos los estados menos en Texas y Luisiana. Aunque, desde luego, tal vez por aquella casa hubiera acudido incluso gente desde Texas o Luisiana.

Estuvo a punto de dar media vuelta. Había leído el perfil de las tres miembros del grupo y había intentado, armándose de optimismo, imaginar que eran las amigas más simpáticas de Peter. Pero ella tenía cincuenta y tres años, estaba arruinada, padecía de sobrepeso y depresión, y el trabajo más glamuroso que había tenido en su vida había sido como pasante de un médico en Chelsea. Ni en broma esas chicas jóvenes iban a escogerla a ella pudiendo elegir entre decenas de mujeres.

Se detuvo entonces en medio de la calle, sacó el móvil y se pasó un cuarto de hora viendo *Los hombres* para serenarse. Estaban todavía con la serie del tsunami. En un vídeo tras otro, los animales salían despavoridos de la escena, corriendo entre los hombres, y desaparecían. La impresión que daba era la de un proceso de cribado, como si los animales pesaran menos que las personas y estuvieran pasando por el cedazo a fuerza de sacudidas o soplidos. En Ruth tenía el efecto narcotizante de estar jugando a un videojuego muy simple; experimentaba cierta satisfacción cada vez que la imagen se despejaba de animales. Mientras estaba allí, pasó otro grupo de chicas jóvenes, al parecer provenientes de la misma parada, y subieron también por la cuesta hacia la mansión.

Lo que finalmente convenció a Ruth para entrar en la casa fue que necesitaba ir al baño. Eso la llevó hasta la puerta principal, donde había dos adolescentes cotorreando, cuchicheando entre sí y soltando risitas. Mudaron la expresión y enmudecieron cuando ella se acercó. Una se apresuró a abrir la puerta y entraron las dos, aparentemente molestas por que Ruth les hubiera metido prisa.

Las siguió hasta una especie de salón que tenía unos cuatro metros de altura y las dimensiones de una pista de tenis. Habría unas cincuenta mujeres desperdigadas por ella, la mayoría solas y mirando el móvil con el ceño fruncido. Los muebles eran

voluminosos pero sin pretensiones: un sillón de cuero gastado, un gran sofá amarillo con una manta de croché echada por el respaldo... En la otra punta de la sala había una chimenea de piedra enorme, coronada en la pared con una fotografía de dos hombres enchaquetados y abrazados, riendo, con motitas blancas de lo que parecía azahar por el pelo. Estaba ampliada para que fuera del doble del tamaño natural y había algunos detalles borrosos, puede que por la vehemencia del abrazo. Ruth no había traído las gafas y llevaba un rato mirando el cuadro cuando comprendió que era una fotografía de boda. Las motas blancas del pelo eran arroz. Luego, con otro tipo de sobresalto, reconoció a la mujer de carne y hueso que estaba plantada bajo la foto: era la miembro más veterana del grupo de visionado, Alma McCormick. Estaba pontificando ante un grupito de candidatas que la rodeaban con el móvil colgándoles de la mano. Era más guapa que en la foto de perfil y tenía cierto aire de vaquera, con la espalda muy recta y la mandíbula cuadrada. El hueco que tenía entre las paletas le daba un aspecto cómico que la hacía simpática. No paraba de sonreír y de evaluar las caras de sus oyentes mientras hablaba. Despedía cierto aire de vulnerabilidad. Ruth decidió que no podía ser ella la que se había criado en aquella casa enorme.

Cuando se acercó con cautela, la oyó decir:

—¡... llevaba meses! No me cogía el teléfono desde ¡agosto! Se ve que ha decidido venir hoy al azar porque, cómo no, tenía que aparecer hoy mi ex, a la que, se me hace raro, pero ahora todo el mundo conoce, y cargarse esto que he montado yo. A ver, que no es que ella quiera volverme loca ni nada de eso. En realidad no es una capulla. En realidad... Vale, ya sé que no debería decir que sigo tocada, pero está claro que sí lo estoy. No os extrañe si hoy monto un pequeño bollodrama aquí en directo. Aunque está guapo... A ver, que tengo una ex que es superfamosa. ¿Lo habéis flipado cuando os habéis enterado o no?

Las chicas que la rodeaban rieron entrecortadamente y luego fueron reconociendo por turnos que lo habían flipado, hasta que una dijo en un tono más sereno:

—A mí la fama me da igual. Lo importante es la persona.

La sonrisa de Alma cambió sutilmente al oírla, como si estuviera intentando retenerla en el sitio.

—Pues si para ti lo importante es la persona, ya te digo que te va a dejar flipada. Vamos, flipada de cojones.

Las demás chicas rieron. Ruth se había acercado lo suficiente para integrarse en el grupo y estaba reuniendo valor para preguntar como si tal cosa que quién era la ex, cuando Alma miró alrededor, repasando las caras de las oyentes con esa mirada alegre y sensible, y pasó por Ruth sin verla.

No se esperaba que aquello le causara tanto dolor. Se volvió, humillada, y enfiló por un pasillo para ir al baño que había entrado buscando. Cuando lo encontró, cerró con pestillo, sintiendo como si estuviera parapetándose de un agresor, y después se bajó los pantalones con la prisa memorizada de una mujer de mediana edad que ha aprendido a no mirarse los muslos desnudos. Lloró sin refrenarse mientras orinaba. Al mismo tiempo se fijó, desde la distancia, en los sórdidos pelos que había en el desagüe de la ducha; en que Alma sería encantadora, pero era una guarra. Todas las personas encantadoras eran unas guarras, y las personas feas y sin encantos iban limpiando tras ellas. Era una bonita bañera con garras, por supuesto, y Ruth intentó no pensar en el viejo plato de ducha de su hija Candy, con aquel moho imborrable en cada junta. Aunque por lo menos su hija lo frotaba con un cepillo de dientes... Candy, que no era fea, pero sí torpe y brusca, y no podía permitirse ser una guarra.

Alguien llamó a la puerta justo cuando estaba tirando de la cisterna. Ruth se sobresaltó más de lo normal y gritó con voz apurada y asustada:

—¡Un momento!

Apretó la mano en un puño y se quedó así, con ganas de gritarle a alguien. Por fin respiró hondo, abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. No te daban tregua. Te dejaban rendida. Eras fea y vieja y te arrastraban a la luz. Pero se secó la cara con una toalla que estaba mojada e intentó mantener la compostura cuando abrió la puerta. Había tres chicas esperando, bloqueando el paso en la dirección por la que había venido Ruth, que se fue hacia el otro

lado, mareada por el llanto, y caminó con toda la naturalidad con la que pudo hacia el arco que había al final del pasillo.

La habitación al otro lado del arco estaba llena de librerías, aunque, curiosamente, la presidía una gran pantalla plana. En el televisor aparecían los hombres inmóviles en la ribera mientras los animales volaban y salían despedidos. Había dos chicas viéndolo, sentadas sobre una colcha de retales desgastada. Las paredes y el techo estaban llenas de enormes ramas serpenteantes, insertadas sin más o sujetas para que parecieran surgir de entre los libros. Algunas eran de hoja perenne y tenían todavía fronda mientras que otras estaban peladas del todo. Habían decorado las ramas con plumas, pasadores del pelo, trozos de tul, unos cuantos botes de cola Elmer, claveles azules arrugados y ropa hecha jirones, incluidas unas bragas de algodón grises con la parte de delante profusamente llena de sangre. Habían colocado dos sillas de comedor a ambos lados de la entrada arqueada y habían atado un tramo de cuerda azul entre ambas, a la altura de las rodillas, a modo de barrera improvisada contra intrusas, lo que le daba al conjunto un aspecto de instalación artística de museo.

Con una extraña conmoción parecida a un *déjà vu*, Ruth reconoció a ambas chicas como las otras dos miembros del grupo: Ji-Won Park y Blanca Suarez. La primera era justo como se la había imaginado: una mujer regordeta y ceñuda con sudadera y bermudas de baloncesto, cara ancha, triste y sensible. Era la foto de ella la que más le había gustado, con quien se había imaginado preparando comidas. Ji-Won no levantó la vista cuando ella escrutó el interior.

A pesar de que había leído en su perfil que tenía catorce años, Blanca Suarez aparentaba doce. Llevaba una camisa de vestir blanca de hombre y nada debajo, y había pintado unos curiosos símbolos por toda la camisa. En la postura en la que estaba sentada se le veían las bragas rosas. Tenía la cara configurada en modo rabia adulta y llevaba el pelo trenzado en unas complejas *cornrows* entretejidas con lana roja, en dibujos que recordaban al juego de las cunitas, una nota de madurez, aunque solo fuera porque ambas trenzas y el cosido estaban muy bien hechos. El instinto le dijo a

Ruth —y le dijo bien— que se las había hecho Ji-Won Park.

Ambas reaccionaron a su presencia: la primera encogiéndose en sí misma y apretando las mandíbulas, y Blanca suspirando con una teatral mueca de desdén. Ruth volvió a echarse a llorar. Se apoyó en el marco de la puerta y se quedó mirando *Los hombres* entre lágrimas, con un dolor que la superaba. Nada de todo aquello importaba. Esa gente. Toda esa patraña. En la pantalla ocho hombres asiáticos en sucios trajes de marineros rodeaban a un pequeñín negro que llevaba unos vaqueros y una sudadera naranja. Los animales saltaban, corrían en estampida, volaban, se sumergían bajo el agua y desaparecían sin más.

En ese momento, se hizo el silencio en las habitaciones por detrás de ella. El timbre de la puerta, seguido de una conmoción jubilosa de bienvenida. Todas las chicas del pasillo fueron a curiosear y, al cabo de un segundo, la que estaba en el baño salió a toda prisa y siguió a las demás mientras se restregaba las manos mojadas en los vaqueros. Hasta Ji-Won y Blanca susurraron entre sí. La más joven con urgencia, la otra reticente. Ruth las ignoró y siguió viendo *Los hombres*. Se imaginó que habría llegado la famosa ex y, por supuesto, todas habían corrido a recibirla. Era lo que hacía todo el mundo, así eran todas... Pues bien, Ruth había ido a una jornada de puertas abiertas para formar un grupo de visionado de *Los hombres* y eso era lo que pensaba hacer, ver la tele.

Ji-Won y Blanca callaron de pronto, y Ruth vio por los márgenes de su visión que habían cambiado de postura en el sitio.

—¿Perdone? ¿Señora? ¿Reconocería usted a Evangelyne Moreau si la viera?

Cuando Ruth volvió la cabeza, la más joven estaba mirándola solemnemente con la actitud descarada de una cría acostumbrada a la admiración de los adultos. Le llevó un momento comprender. Luego dijo:

—Sí, supongo que sí. Veo el telediario.

—Si viniera por el pasillo, ¿podría usted retenerla? ¿Decirle que es allanamiento?

Ruth miró dudosa hacia el pasillo. Era consciente de que tenía las mejillas mojadas, pero no parecía importar. Quizá ahora era

posible llorar todo lo que quisieras. Podías pegar ramas a las paredes y colgarles basura y llorar.

—Es que nosotras no la hemos invitado. Ha sido Alma por su cuenta, por eso de que es su ex. ¿Y sabe usted que Evangelyne Moreau quiere impedir que vuelvan a abrir las gasolineras? Como si la hubiera elegido alguien o algo... Y va y pretende decirle a la gente que no puede utilizar el coche. No queremos a ninguna comunista en nuestra casa. La mayoría de las estadounidenses no entienden lo que es el comunismo, pero nosotras somos coreanas. ¿Sabe usted lo que pasa en Corea del Norte?

—Por supuesto. Mi primer marido estuvo destinado en Corea.

—Bueno..., el caso es que Alma decidió que Evangelyne Moreau viniera cuando esta ni siquiera es su casa. Es tan suya como nuestra. Legalmente, me refiero.

—No tengo información suficiente como para opinar —comentó Ruth.

Ji-Won rio sin apartar la vista de *Los hombres*.

—Primero decide hacer el rollo este de las puertas abiertas, que a nosotras nos pareció bien porque, a ver, lo pillo y eso, está guay. Pero ¿que ahora venga la pava esta y se lo cargue y todo gire en torno a ella y a su partido? Es que, para eso, ¿qué sentido tiene hacer lo de las puertas abiertas?

—Pero vosotras no habéis salido a conocer a la gente.

—A nosotras no se nos da bien socializar. Sí que queremos formar un grupo en la casa, lo que pasa es que nosotras no sabemos vendernos y eso. Queremos hacer lo que sea justo para todas. Nosotras no necesitamos caerle bien a todo el mundo como le pasa a Alma.

—Eso está bien —comentó Ruth.

—Pero es que en realidad Alma lo decide todo basándose en el sexo. Le hace un montón de putadas a la gente y todo por el sexo. ¿A usted le parece normal? ¿Cree que la mayoría de los adultos se dejan llevar hasta tal punto por el sexo que les da igual hacerles daño a los demás?

—Sí, así lo creo.

Ji-Won volvió a reír, todavía con la vista puesta en *Los*

hombres.

—¡Está claro! —dijo Blanca—. Pero ¿la mayoría? En fin, da igual... Soy tonta, eso es lo que pasa. Me creo que la gente no puede ser tan cabrona. Soy una ingenua por creer algo así.

Ruth estaba pensando en cómo responder a aquello cuando las mujeres del pasillo volvieron, charlando alegremente, y una entró en el baño.

—No es ella, ¿verdad? —preguntó Blanca—. Yo paso de levantarme. No quiero que me vea.

—No es ella, pero ¿no quieres conocer a las demás? Es tu jornada de puertas abiertas.

—No es por lo de las puertas abiertas. Es que esto no es ninguna broma. No entiendo por qué la gente no puede tomárselo más en serio.

Al fondo del pasillo apareció una chica a la que no había visto nunca. Se puso a hablar con las que estaban allí antes y todas le señalaron hacia Ruth en el umbral del salón. Era muy alta y tenía cara amable, de esas que sonríen en reposo. Llevaba un vestido verde vaporoso y tacones; quizá creyera que aquello iba a ser una especie de fiesta. Miró a Ruth a los ojos, le sonrió y entonces avanzó por el pasillo con cautela, sus tacones repicando contra el suelo de mármol.

—No es Evangelyne Moreau —informó Ruth a Blanca.

—Gracias —dijo Blanca más dulcificada.

Ruth se sintió tan aliviada de que la aceptaran que por un momento se quedó encantada con Ji-Won y Blanca. Le sonrió a la chica alta mientras disfrutaba de esa sensación y la otra llegaba a su altura y le preguntaba:

—Hola, buenas... ¿Es aquí donde se puede ver *Los hombres*?

Antes de responder, Ruth miró a Blanca, que se encogió de hombros con un aspaviento.

—Sí, claro, aquí es —le contestó entonces a la chica alta, que entró al cuarto, todavía sonriendo.

Ruth también se volvió hacia la pantalla y hubo un minuto en el que las cuatro se quedaron mirando la tele, en una apacible tregua con el mundo. Los hombres estaban en la ribera; los

animales aparecían volando y salían disparados. Luego la chica alta cambió el peso de pierna; había perdido el interés. Estaba mirando la barrera de cuerda, las ramas de las paredes. Volvió a sonreírle y le dijo:

—Me llamo Jane.

Ruth estaba a punto de presentarse también cuando Ji-Won habló por primera vez:

—Están temblando. Mirad, los hombres están temblando.

Casi no se la oyó, y a Ruth le costó un momento entender a qué se refería. Volvió a mirar la pantalla, pero al principio no lo vio. Los hombres estaban allí como siempre, en círculo. El vídeo, sin embargo, cambió entonces y se vio un corro distinto de hombres, pero ningún animal. Ruth sintió esa ausencia como un traspié en la oscuridad. Y sí, esos hombres estaban temblando y retorciéndose.

Blanca ahogó un grito y se adelantó en el sitio. La chica alta la miró perpleja y luego volvió la vista a la pantalla. Ruth estaba pensando en cómo explicarle por qué era tan sorprendente cuando de pronto todo cambió.

Los hombres saltaron. Se movieron tan rápido que la imagen se volvió borrosa y aterrizaron todos en un montículo, como si un poderoso imán los hubiera succionado hacia un mismo punto. En el suelo, se enredaron, lanzándose zarpazos, con un sinfín de extremidades golpeando a la vez en un amasijo enloquecido. Ruth no veía bien los detalles sin las gafas. Estaba inclinándose hacia delante, con el corazón acelerado, diciéndose que no tenía por qué ser algo malo. Había una zona de la montaña humana que estaba oscureciéndose, como si hubiera surgido una gotera en la imagen, pero siguió diciéndose que podía ser algo bueno.

Luego empezaron los chillidos. Venían de las paredes, como si fuera la casa la que gritara en una decena de voces femeninas. Tanto Ji-Won como Blanca se pusieron de rodillas. Ruth podía haberlo comprendido ya, pero en ese momento irrumpieron en la habitación dos de las chicas del pasillo, que saltaron la cuerda y se quedaron justo delante. Ruth soltó una maldición y se puso de puntillas para intentar ver.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la alta—. ¿Es nuevo esto?

—Sí, claro que es nuevo —replicó de malos modos Blanca—. ¿Estás de coña? Los hombres llevan como un mes sin moverse y ahora están... ¿Qué están haciendo?

—Están atacando al niño —dijo una de las recién llegadas—. ¿Es que no lo veis? ¡Lo están despedazando!

—Entonces ¿no es así siempre? —preguntó con interés la chica alta.

El vídeo cambió y apareció otro grupo de hombres, todavía en su círculo en la ribera. En ese otro tampoco había ya animales y los hombres temblaban de la cabeza a los pies con ligeras sacudidas espasmódicas en los brazos. El único que seguía tan quieto como antes era el niño. En comparación, parecía sereno.

La chica alta pegó un grito entonces. Se adelantó sobresaltada hasta la pantalla, se tropezó con la cuerda y se cayó a cuatro patas. Una silla se volcó también y le dio a Blanca, que soltó un grito airado. Para entonces la chica alta estaba a gatas, con la cara tan alterada que por un momento Ruth creyó estar viendo a una mujer distinta. Cuando volvió la vista a la pantalla, los nuevos hombres estaban metidos en un amasijo de golpes. Solo quedaba uno de pie en primer plano, temblando y con un cielo blanco leche de fondo.

De las profundidades de la casa surgió entonces otro grito, seguido de un portazo. Ruth reconoció la voz poderosa de Evangelyne Moreau, irreal fuera del contexto de las noticias.

—¿Jane? ¿Sigues aquí? ¡Jane!

Mientras tanto la chica alta se agarraba la cara entre las manos y gritaba:

—¿Qué es esto? ¡Por favor! ¿Qué estamos viendo? ¿Me puede decir alguien qué le están haciendo, por favor?

—Creo que ha reconocido a alguien —dijo Ji-Won.

Los hombres (15-2 22.13.00 GMT)

1. Este es el último vídeo del tsunami. Un grupo de quince hombres forma un círculo en la orilla de un río, todos mirando en la misma dirección. Al principio no veo que estén en círculo; el ángulo de la cámara no lo deja claro. Los hombres de este fragmento visten equipación de fútbol, pero el niño es un crío de unos dos años y lleva un body desvaído con un abejorro cosido en el pecho. Lo más antinatural de la imagen es la habilidad del pequeño para mantenerse de pie sin apoyos, totalmente quieto, durante tres minutos de reloj.

Aquí solo aparecen dos animales, dos gatos. Este fue el primer vídeo de *Los hombres* que vi en mi vida y fueron los gatos lo que más me llamó la atención. Quise que el programa fuera sobre sus aventuras. Yo sabía que no trataba sobre eso, pero me preguntaba si los creadores de *Los hombres* estarían dispuestos a hacer un *spin-off.* A esas alturas todavía daba por hecho que el programa lo realizaba un estudio con un objetivo financiero evidente.

2. En este vídeo no aparecen animales. En su momento, no era consciente de que se trataba de algo poco habitual. Me limité a desear que volvieran a salir los gatos.

Se muestran dos círculos contiguos de hombres desde una panorámica del río. Al poco de que empiece, se ponen a temblar violentamente, vibrando como una cuerda percutida. Solo los dos niños del centro de la imagen siguen tan quietos como antes. Da la extraña impresión de que son ellos los que provocan la vibración.

3. Este es el primero de los vídeos de matanzas. Aparece un círculo, cuyos miembros serán más tarde identificados como parisinos, aunque, por etnia, proceden de África Occidental.

Empieza con los hombres vibrando hasta que luego, todos de golpe, se abalanzan sobre el niño. El área alrededor se oscurece, lo que motea y atenúa los colores normalmente luminosos. La primera vez que me fijé pensé: «Eso se supone que representa la sangre». Es demasiado granate

para ser sangre real, y además provoca un efecto de cierto humor negro, puesto que todos los hombres ponen el culo en pompa. Es como una parodia de los documentales de naturaleza en los que los depredadores salvajes se dan un festín con su presa. Esto lo hace más macabro si cabe, no menos.

Aun así, me sorprende la exagerada reacción de las demás mujeres, que ahogan gritos, chillan, se niegan a verlo. Siempre ha habido violencia en televisión, y es extraño reaccionar de forma tan dramática por mucho que en la escena aparezca un bebé. Doy por hecho que está relacionado con algún giro que quiere darse a la trama actual. Quizá han matado a un personaje muy querido; quizá lo haya traicionado alguien del que nadie sospechaba.

4. En este vídeo el crío del centro es mi hijo. Tiene puesto el pijama de manga corta que llevaba el 26 de agosto. Aunque no se distingue en la grabación, yo sé que es un pijama de los Vengadores, y en la parte de delante de la camiseta aparece el eslogan LOS HÉROES MÁS PODEROSOS DE LA TIERRA SON MÁS FUERTES UNIDOS. Leo aparece en primer plano, con los pantalones cortos que se ponía para dormir. En el círculo que rodea a Benjamin hay otros doce hombres. Los reconozco a todos.

Como son tantos, cuando se abalanzan sobre él no se ve nada salvo la sangre. Aquí salta a la vista que la sangre es real, seguramente porque es la de mi hijo.

Leo es el único que no participa. Durante el ataque se queda mirando al vacío, temblando violentamente. Cuando se emitió, nadie sabía que este comportamiento era inusual, que en la mayoría de los vídeos de matanzas en los que hay un padre presente también este participa en devorar al hijo.

Cuando Leo se libera, no se mueve para rescatar a Benjamin y en cambio se lanza al río justo cuando la superficie del agua erupciona y empieza a abultarse y a salpicar. En los últimos segundos del clip, vemos que esto lo provoca la repentina llegada de decenas de criaturas acuáticas enormes. En el último plano el río ha desaparecido por completo y lo ha sustituido un muro de tentáculos soliviantados.

Cuando lo emitieron, no vi los créditos. Más tarde sí que los escruté detenidamente y constaté lo que ya sabía. Tres de los hombres en el vídeo del asesinato de Benjamin eran chicos a los que me follé por Alain, ya adultos. Otro fue jurado del juicio donde declaré contra Alain. Otro era un farmacéutico que me dio una vez una receta, y otro, mi tutor de noveno. Dos más eran camareros de restaurantes en los que había comido en

alguna ocasión, y a tres de ellos me los había cruzado por Santa Cruz, pero no habíamos intercambiado ni una palabra. El duodécimo era mi padre.

11

Os contaré ahora cómo acabé distanciándome de mi padre.

Un año después de que Evangelyne y yo dejáramos de hablarnos —un año en el que estuve embarazada y luego tuve que encargarme de un crío mientras seguía estudiando en la universidad, un año de estar completamente dedicada y sobrepasada—, ella publicó un artículo sobre nuestra amistad.

Apareció primero en el *New Yorker* y se convirtió en la pieza más leída del año. Más tarde se reeditó en varias antologías y en la *Guía de lectura de Evangelyne K. Moreau*. Después de *Sobre el comensalismo*, es el texto por el que más se la conoce, y la Jane Pearson que aparece en ese artículo ha ido eclipsando poco a poco mi mala fama. El artículo se titula «La chica blanca».

Se inicia con la llegada de Evangelyne a Santa Cruz y sus primeros tropiezos con estudiantes blancos, que fueron casi sin falta negativos. Algunos la trataban como si fuera una bomba de relojería; otros le acariciaban la cabeza con familiaridad. Cada dos por tres había quien le preguntaba si sabía dónde pillar droga. Cuando una vez le dijo a un tipo blanco que la habían aceptado en Santa Cruz directamente desde la cárcel, aprobando por libre la secundaria, con la idea de impresionarlo, este le respondió: «Bueno, es que a los blancos nos ponen el listón mucho más alto». La semana que se supo que había firmado el contrato para su primer libro, una chica blanca le dijo que resultaba irónico que su carrera profesional no existiría si no fuese por el racismo, dado que era el tema central de su obra. No era en absoluto el tema central. En esas estaba cuando aparecí yo en la clase de Introducción a los Estudios Negros.

Llegada a ese punto, narra la historia de nuestro primer encuentro: cómo yo salí corriendo por la calle y ella creyó

enloquecer. Me dio caza y me arrinconó como si por fin pudiera acorralar a toda la raza blanca, plantarle cara y enfrentarla a sus mentiras. Cuando accedí a cambiar la matrícula, dio por sentado que yo lo había hecho con tal de escapar de una clase de atemorizantes chicas negras. Por un instante vivió en el mundo distópico de la antigua Nación del Islam, en el que los blancos eran atrocidades, los resultados chapuceros de un experimento maligno, antagonistas eternos de los seres humanos reales.

Luego dije las palabras «Jane Pearson» y la venda se le cayó de los ojos: yo no era nada de eso y ella era una ególatra y una necia. En el acto se enamoró de mí.

En el artículo contaba mi historia en los mismos términos que siempre ha utilizado: yo era una víctima de abusos sexuales a la que habían culpado por los crímenes de un hombre poderoso. Después se extendía sobre nuestra amistad romántica y confesaba que yo le había roto el corazón y la había hecho desdichada. En este pasaje se me describe desde el amor, lo que se me antoja pasteloso y mortificante. Utiliza palabras como «puro» y «noble» y emplea un símil con una vidriera. Nos pinta montando a caballo por Wunderlich Park —en su versión, Dingo no está enfermo—, conmigo irradiando una belleza triste y extraviada mientras galopo en un caballo con la crin al viento y atravesamos juntas un bosque virgen veteado por el sol.

Como cabría esperar, este es el fragmento más citado. Vi una foto en Instagram de alguien que se había tatuado toda la cita de la vidriera en el hombro. Yo no me lo tomé al pie de la letra. Más de una vez había ayudado a Evangelyne cuando escribía artículos para publicaciones convencionales y conocía lo tenue que era el vínculo entre el sentir que se desprendía de un artículo y lo que realmente pensaba la autora. Evangelyne sabía que al público blanco le encanta todo lo que tenga que ver con personas negras que perdonan, y ella podía ser muy diestra a la hora de intercambiar gestos de indulgencia por cosas con un valor económico real; era bien capaz de convertir un símil con una vidriera en un torrente de donaciones en efectivo. La palabra «puro» había que cogerla siempre con pinzas y posiblemente la

había introducido para gastarles una broma a los lectores blancos poco avispados, que no verían nada raro en asociar la raza blanca con la pureza.

Pero el meollo del artículo está en la parte que sigue, donde Evangelyne habla por primera vez del asesinato de su familia. Llegamos entonces a la chica blanca del título, que no soy yo sino una chica del pueblo donde se crio, Barclough, en el estado de Vermont. Es la típica población rural deprimida donde los neoyorquinos ricos compran segundas residencias y padecen el desprecio de los lugareños. La madre de Evangelyne, ya se sabe, pertenecía en cambio a una secta en la que vivían todos juntos en una gran casa, incluidos la propia Evangelyne y sus hermanos. Aun así, sus miembros eran en su gran mayoría gente de la ciudad, profesionales urbanos, tanto en activo como retirados, muchos de ellos con estudios superiores.

La secta se llamaba Instituto de Estudios de las Religiones Africanas, un nombre pomposo que le iba que ni pintado. No había ideación apocalíptica, promiscuidad ni servilismo a un charlatán vociferante. No eran más que frikis de la religión más flipados de la cuenta, siempre dispuestos a discutir sin fin sobre las tradiciones de culto en la Tombuctú medieval o sobre si en la adivinación que los mambilas practican con arañas se requiere una especie de araña concreta o no. Eran adultos que dormían en dormitorios colectivos. Hacían excéntricos rituales y llevaban ropa rara. A los ojos de Evangelyne y sus hermanos, se pasaban el tiempo planeando formas de avergonzar a sus hijos adolescentes. Sus oraciones se centraban en la sanación de esta Tierra —en vencer la guerra, la injusticia, la pobreza— y, poco a poco, cundía en ellos la desesperanza porque nunca conseguían nada. Eran criaturas inocentes de este mundo.

Pero eran negros y eso hizo que los vecinos recelaran de la secta y sospecharan que estaban vinculados con todas las formas de extremismo islámico o brujería vudú..., así como con todos los allanamientos de morada y robos sin esclarecer en cincuenta kilómetros a la redonda. Algunos blancos del lugar espiaban con prismáticos el jardín trasero de la casa y podían ver a gente que

subía y bajaba la cabeza en esterillas de rezo, tocaba tambores y cantaba, bailaba con máscaras o, de vez en cuando, sacrificaba gallinas vivas. A veces uno de los miembros veteranos del IERA sacaba a los niños mayores al jardín para enseñarles a disparar, a hacer diana en botellas o, si estaban de temporada, calabazas. Los paranoicos de los vecinos veían esto claramente como parte de un «adiestramiento militar». La policía ya había recibido varias llamadas y algún agente había visitado la casa, aunque sin llegar nunca a traspasar el umbral. Los lugareños más afectos a las teorías conspiranoides habían acabado convenciéndose de que los del IERA eran una célula durmiente de terrorismo islámico.

Un día Malcolm Sundayate, el líder meramente nominal de la secta, fue al supermercado en compañía de Evangelyne, que tenía por entonces dieciséis años, su madre y su *auntie* Noor. Sundayate tenía sesenta y tres años. Hacía poco que se había sometido a una cirugía cardiaca y tenía además párkinson precoz. Se valía de dos bastones para caminar y llevaba un chaleco desfibrilador bajo el desvaído *dashiki*. Ese día fue a la compra porque nadie sabía elegir la fruta como él y estaban en temporada de melocotones. Era un hombre que nunca había encajado con la imagen que suele tenerse de los líderes de las sectas; por el contrario, era una persona muy leída y cordial, un estudioso por libre y, en ocasiones, asesor fiscal. Lo que más echaba de menos de Brooklyn era su afición por salir de noche a darles de comer a los gatos callejeros. De hecho, cuando le dispararon, tenía un viejo gato de tres patas en brazos, un detalle al que más tarde se le daría mucho bombo en los reportajes que se escribieron sobre el caso.

No fue ese día cuando le dispararon. Ese día estaba en el aparcamiento del supermercado mientras las mujeres metían las compras en el maletero, y de pronto una chica blanca que pasaba por allí se agachó, cogió una lata de refresco medio vacía que había en el suelo y se la tiró a Sundayate. La joven salió corriendo, riendo por su atrevimiento, seguida de una amiga que iba pegando chillidos. La lata le impactó en toda la cara, y el golpe le hizo perder el agarre de uno de los bastones, con lo que, haciendo molinillos con las manos, acabó en el suelo. Evangelyne fue

corriendo a ayudarlo. Las demás mujeres se disponían a hacer lo mismo —de entrada todas pensaron que estaba sufriendo un infarto— cuando de repente comprendieron lo que había pasado y echaron a correr y a gritar airadamente detrás de la chica blanca.

Esta y su amiga entraron corriendo en el supermercado. Un hombre blanco que había estado viéndolo todo desde el interior del establecimiento salió entonces y se apostó en la puerta, a modo de barrera, y empezó a gritarles a las mujeres que dejaran en paz a la cría. Estas dieron media vuelta, ayudaron a Sundayate a ponerse en pie, metieron las bolsas que quedaban en el maletero, se subieron al coche y regresaron a la casa.

Cuando la chica blanca volvió a la suya, le contó a su madre que cinco de esas «musulmanas negras» la habían perseguido con bastones, decididas a darle una paliza de muerte. La madre de la joven llamó a todo el que pilló y convocó en su cocina una reunión de vecinos improvisada. Una vez que se bebieron entre todos una caja de 24 cervezas, la madre llamó a la policía estatal.

Al día siguiente dieciocho agentes de policía se personaron en la casa donde vivía Evangelyne junto con su madre y sus dos hermanos. Al cabo de diez minutos habían muerto todos los habitantes de la casa menos ella, quien por su parte había disparado a dos polis desde la ventana de su cuarto, un crimen por el que estuvo los siguientes catorce años en la cárcel.

Evangelyne se había pasado media vida soñando con aquella chica blanca. En algunos de los sueños estaba enamorada de ella. En otros compartían celda y Evangelyne era incapaz de salir. En todos, la chica blanca pretendía asesinarla. Había siempre una parte aparentemente irrelevante en que la chica corría y Evangelyne veía su pelo ondeando al viento, de un naranja poco natural que simbolizaba el veneno. Esa era la parte más aterradora del sueño y venía a expresar la revelación de que la chica blanca estaba en todas partes, era eterna y nadie podía escapar de ella.

Evangelyne proseguía confesando que a mí me veía como a la chica blanca, que me erotizaba y me demonizaba como a ella, y profundizaba luego en lo que esto le había enseñado sobre la naturaleza del odio. Cuando me dio la espalda, escribe, supo que

estaba utilizándome injustamente como chivo expiatorio. Yo tenía derecho a preferir a mi marido. Aun así, cuando vio que me había hecho daño, la inundó la exultante malicia de la víctima que puede por fin ostentar poder.

El texto acaba con un explosivo despliegue de ideas en el que establece analogías entre la violencia policial, la fijación erótica y el miedo al otro. Dice que amar a una blanca siendo negra es un acto sexual que se lleva a cabo sobre una tumba colectiva, una desacralización o un ritual que se ejecuta para casar el cielo con el infierno. Cita a William Blake y el *Paraíso* de Dante. Es un texto brillante en su factura. No sin razón lo calificaron de obra maestra.

Sin embargo, lo principal que yo saqué en limpio del artículo fue que ella había comprendido que había sido injusta conmigo y quizá quisiera volver a ser mi amiga. Al instante le escribí un correo sensiblero, en el que comentaba extensamente el artículo y le contaba mi vida como madre primeriza.

No obtuve respuesta. Ella acababa de mudarse a Princeton, a la otra punta del país, y no cabía esperar una respuesta rápida. Pero pasaron tres meses y nada. Lo sentí como si estirasen el tiempo en un artilugio que no estuviese diseñado para la tirante resistencia de tanta cantidad de tiempo. Fue entonces cuando mi padre leyó «La chica blanca».

Por esa época él tenía novia nueva, una que estaba enseñándole a expresar más sus sentimientos. Tal y como me expuso en una larga y brutal llamada telefónica, sus sentimientos sobre «La chica blanca» eran que no le hacía gracia estar en el punto de mira de una aprovechada profesional del racismo, a pesar de que había intentado ser tolerante porque sabía que yo había pasado lo mío, nadie mejor que él lo sabía, pero había veces en que uno no podía quedarse callado sin más. Probablemente yo me habría dado cuenta de que no era partidario de mi boda con Leo, un viudo que me doblaba la edad, lo que francamente le había parecido otro error más, aunque había mantenido la boca cerrada porque yo parecía contenta. Y estaba orgulloso de que yo hubiera sacado todo el partido posible de esa decisión, de la vida que me había labrado. Pero resultaba que ahora se enteraba —junto con el

resto del país— de que yo estaba pegándosela a mi marido no solo con una mujer, cosa a lo que no le habría dado importancia, sino con una criminal, una chunga que había asesinado a dos representantes de la ley. ¿Por qué? ¿Podía explicárselo? Y que no le viniera con el cuento de que yo no había engañado a nadie. Él conocía mis mentirijillas mejor que nadie. Lo que más le dolía era que yo hubiese dejado que esa mujer escribiera sobre el tema en una revista de tirada nacional, y que quizá lo hubiera hecho incluso sin pedirme siquiera permiso, pero que no le dijera que no habría podido impedírselo. Ahora se le caía la cara de vergüenza y no quería ir ni a la iglesia. Le avergonzaba acudir al trabajo por las mañanas. Con todo lo que él se había sacrificado, yo parecía decidida a compensárselo humillándole en público. Era mi falta de consideración lo que le hervía la sangre, después de todo lo ocurrido con el amigo Cornyn. ¿Cuánto se suponía que debía seguir él tragando? ¿Podía esperar que acabara en algún momento o le tenía reservadas más sorpresas desagradables?

Yo sollocé sin poder abrir la boca en toda la soflama. No lograba verle el sentido a lo que estaba ocurriendo. Gimoteaba, daba hipidos y me restregaba la cara chorreante. Benjamin estaba gritando de fondo y colgué por fin con el pretexto de que tenía que cambiarle el pañal. En cuanto colgué, Benjamin se tranquilizó. Siempre fue un bebé que lo ponía fácil: en ese momento se quedó tendido muy tranquilo con su cara empapada en lágrimas. Lo aupé y di vueltas con él por la casa, lentamente, dándole palmaditas en el culete para calmarme yo.

Cuando se me fueron secando las lágrimas, comprendí que lo que estaba sintiendo era rabia. La reacción de mi padre se debía más que nada a la lesbiana barriobajera que los miembros intolerantes de la iglesia de mi padre veían con malos ojos, unas personas que creían que los homosexuales debían arder en el infierno y que las vaginas habían traído el pecado al mundo. Por no hablar de lo de «criminal» y el hecho de que sus palabras estuvieran impregnadas de racismo. Incluso su forma de aludir a Leo era racista, pues siempre se aseguraba de decirles a todos sus amigos que el apellido de mi marido era «español de España»,

como si para sus adentros temiese que la gente creyera que tenía un yerno latino.

Y en cuanto a lo de mi feliz matrimonio, mi padre lo había entendido todo del revés. Yo nunca le había engañado; había sido Leo quien me había engañado a mí. Es más, me había engañado con una camarera de veinte años de una marisquería que había cerca de donde vivíamos, y una vez incluso había ido a la casa con ella mientras yo estaba allí con Benjamin, ambos riendo sus bromas privadas e intercambiando miraditas en mi cara, al tiempo que yo comprendía que no podía rechistar. Me pasaba las noches en vela con mi retoño, pensando en cómo protestar sin correr riesgos, pero no llegaba a ninguna conclusión. No podía arriesgarme a divorciarme; ningún tribunal le daría la custodia de un bebé a una pedófila condenada por la ley. Así que me esforcé más aún en hacer feliz a Leo, en mantenerme risueña y hacer como si nada, hasta que con el tiempo la camarera acabó desapareciendo del mapa. Y, cuando se terminó, yo seguí queriéndolo y estaba en gran medida satisfecha con mi vida, salvo cuando me quedaba desvelada por las noches con mis verdaderos pensamientos.

Pero yo tenía diecinueve años cuando me casé, y Leo tenía casi cuarenta, y mi padre bien podía haber dicho algo. Pero no, me acompañó hasta el altar y se lavó las manos. No era el padre ideal que yo había imaginado, sino una persona fría y crítica en exceso que nunca había entendido nada sobre mí. No me había protegido de Alain.

Así que me enfadé como no lo había hecho en años, como no me había atrevido desde Spokane. Estaba furiosa y sentí que mi ira era purificadora. Benjamin no tenía ningún problema con ella. Tomaba el pecho y se quedaba dormido, y esa sensación de amamantar a un crío, que en otros momentos había resultado invasiva, como un cosquilleo, o incluso como los chicos de la época de Alain, me atravesaba como un prodigioso cuchillo, y supe que tenía razón. Para variar, esa vez sí que lo supe.

Luego pasó más tiempo, un periodo de poco movimiento. Mi padre siguió viniendo a cuidar a Benjamin, a escuchar el motor del coche de Leo, a cenar en Pascua. Vino al cumpleaños de Leo y

ambos guardamos las apariencias en presencia de mi marido y sus amigos. Esas cosas corrientes siguieron pasando, pero no volví a hablar con él en privado. Él tampoco hizo intento alguno de hablarme. Su novia me miraba rutilante, indignada, qué mujer de rasgos duros, pensaba yo. Qué cabrona.

Luego una tarde, seis meses después de la publicación de «La chica blanca», me dio por volver a leer el correo que le había mandado a Evangelyne: quizá, sin querer, había podido ofenderla sutilmente. Pero cuando lo encontré me di cuenta de que no había llegado a enviarlo. Había estado varios días reescribiéndolo obsesivamente y al final se me había olvidado darle a «Enviar». Al ver aquello, me embargó la paz. Ahora ya no pensaba molestarla. Era lo mejor para ambas. Cada una seguiría con su vida.

Pasaron cuatro años. En su primer año de vida a veces me llevaba a Benjamin conmigo a clase; luego, cuando terminé la carrera, me quedé en casa cuidando de él. Me pasaba el día siguiéndolo por las habitaciones, viendo las cosas a través de su mirada intensa y sin filtros. Fue un estado de trance que nunca llegó a disiparse para mí. Era como ser un monje, retirado del mundo, cada misión íntima, un rito de culto: levantarse para los maitines y estar a solas con Dios mientras el anodino y profano mundo duerme, y la labor insignificante hecha canción gracias a su presencia mientras los años pasan dándose aires o se funden unos con otros en días que se cruzan por las noches, en un ir y venir; y el crío crecía, se mantenía en pie, aprendía a señalar y a decir la palabra «¡Mira!» y el mes del «¡Mira!» convirtiéndose en historias balbuceadas sobre un dragón y un cachorro, y mi Benjamin fue siempre un niño fácil, un niñito dulce, una gran compañía. Le encantaban los libros con osos polares e iglús. Una vez que nevó en la sierra, lo puse en la sillita del coche y conduje 150 kilómetros para que viera por primera vez la nieve. Él siempre llevó muy bien los viajes; le encantaba cantar y hablar consigo mismo, y no necesitaba más distracción. A mí tampoco me ha costado nunca ser feliz si nada más interfiere. Creo que a mi padre le habría resultado fácil ser feliz si nada hubiera interferido.

Luego Benjamin, Leo y mi padre desaparecieron sin más.

Todas las personas con el cromosoma Y desaparecieron sin más. Diez días estuve en el monte buscando a mi familia, febril, enloquecida, medio moribunda, y luego conduje toda la noche para ir en busca de Evangelyne. Cuando bajó del escenario para hacerme suya, me había purificado. Era suya. No sé cómo explicar el poder que puede ejercer. Cuando salimos en tropel de aquel local y nos pusimos a bailar en la calle, bajo la lluvia, una mujer que pasaba con unas bolsas de la compra se acercó a Evangelyne dándose aires e interrumpió la fiesta para informarla de que el socialismo no había ido bien en ninguna parte, y de que Mao había matado a más gente que Hitler, y ella misma tenía parientes en Venezuela que casi habían muerto de hambre durante el mandato de Maduro, y que quienquiera que quisiera llevar aquello a la práctica, pues bien, se iba a enfrentar a muchísima gente. Yo no pude parar de sonreír tontamente, con Evangelyne detrás de mí, encerrándome con un brazo contra ella mientras explicaba por encima de mi hombro que el comensalismo no era exactamente comunismo, aunque sí que tenían bastante terreno en común, y que comprendía las inquietudes de la mujer, pero esperaba que investigara y decidiera una vez que se informara bien. Luego le hizo un resumen de partes de su programa, con la mujer interrumpiéndola para protestar, hasta que Evangelyne pilló la historia de la mujer y le encargó a alguien que le encontrara un piso de entre el stock de viviendas vacías, un bajo o un piso con ascensor, accesible para la hija que tenía con discapacidad. A nuestro alrededor, la gente de la calle enmudeció y se quedó encandilada, de vuelta sana y salva a la Tierra, hechizada por los poderes de bruja buena de Evangelyne, mientras la venezolana sufría: la boca se le movía y se le retorcía como si estuviera masticando un fruto demasiado duro, y parecieron pasar cien años mientras pensaba todo aquello y lo combatía, empeñada en no asimilarlo. Pero el lenguaje corporal la delataba: estaba meciéndose al son de la música, hipnotizada. Enamorada.

Y más tarde, aquella noche en aquel bonito hotel, pasada la medianoche y después de horas follando, Evangelyne se levantó por fin y se acercó desnuda a la ventana. Por supuesto, a esas

alturas todas iban por ahí desnudas; el mundo entero era un vestuario de chicas, y podías pasear al perro en cueros por el centro de la ciudad, aunque a las tiendas no te dejaban entrar de esa guisa. Se quedó así en su desnudo majestuoso ante la ventana abierta, que daba a la noche lluviosa.

—Cualquiera diría que vas a dar un discurso —le dije.

—Antes no podía ponerme así en una ventana, me daba miedo.

—¿Antes cuándo?, ¿cuando había hombres?

Asintió encogiéndose levemente de hombros. Ambas pensamos entonces en cuando la policía sitió la casa de su secta. Los agentes habían disparado casi dos mil balas contra la casa, y la munición había roto todas las ventanas e incluso había penetrado en las paredes, hasta el punto de que la única habitación que quedó intacta fue la del baño de arriba, donde por fin encontraron escondida a Evangelyne. Por suerte la policía no pensó de entrada que pudiera haber sido ella quien había disparado. Llevaba coletas con gomillas rosas y un camisón blanco de franela. Y ni una salpicadura de sangre encima. Yo estaba pensando en eso y en Mussolini, a quien le gustaba dar discursos desde la ventana, o, más concretamente, desde un balcón. Básicamente lo mismo.

—¿Y ya no te da miedo?

—Eso no. —Se volvió—. ¿Sabes que podría llenar esa calle dentro de diez minutos si quisiera? No sería la primera vez. No lo he hecho aquí, pero sí en otros sitios. ¿Lo encuentras raro?

—¿Y tú?

—Pues la verdad es que sí. Es raro, Jane. Es que, no sé..., ¿alguna vez te ha pasado algo tan exactamente parecido a lo que querías que pasara, hasta el punto de que parece que hayas tenido que inventártelo?

—No.

Se rio y vi vacilación en su cara. Es posible que quisiera decirme algo, pero justo en ese momento llamó a la puerta una pacomita que entró con cautela para pasarle la agenda del día. Evangelyne le dijo que yo acompañaría al equipo y estaría en el grupo de trabajo de la Desaparición. La chica se me quedó

mirando, como evaluándome, y luego sonrió como si creyera que podíamos ser amigas.

—Puedo hacer otras cosas también —dije cuando se fue.

—Y las harás —dijo riendo—, tú tranquila, que las harás.

Los siguientes cinco meses discurrieron entre la calma y la dicha. Fue como un campamento de verano, en la medida en que estos suponen unas vacaciones de la vida propia. Cumplí con mi parte del trato, ayudando a Evangelyne a empoderarse en esos mareantes meses de su *annus mirabilis*, cuando era una tarea fácil. Vivimos en un autobús gran parte de ese tiempo, con un grupito de pacomitas, todas muy formadas, muy dependientes, destrozadas por aventuras amorosas, demasiado intensas, siempre una voz alzada mientras otra le decía: «Joder, tía, relájate un poco». Había mítines, entrevistas, ayuntamientos, reuniones que derivaban en vis a vis. Nos pasábamos el día mandando mensajes a cargos públicos, escribiendo correos a las afiliadas, haciendo llamadas, mientras nos picábamos las unas a las otras o nos poníamos caras, con un estado tras otro pasando por la ventanilla. Yo me encargaba de las tareas anodinas: organizar, cumplir con los horarios, hacer reservas. También hacía de la chica blanca simpática que les daba sensación de seguridad a las benefactoras blancas, una chica que irradiaba amabilidad pública como una vidriera de colores, como Eva Perón. En esta función mía, mi estatus de agresora sexual tan solo parecía añadir un punto de picante, como tal vez, en el caso de Eva, lo ponía el fascismo.

Esas mujeres eran una sororidad y una camada de perras alegres: estaba la pelirroja ciega de Alabama, Deakin, que nos amenizaba con su ukelele los largos viajes en autobús; estaban Nell, que hacía punto, y Darrelle, que era una flipada de los pájaros; o Minky, que podía dormirse en cualquier parte. Priya le predecía el horóscopo a todo el mundo y me dijo que las personas sensibles podían malinterpretar mi franqueza de sagitario. La belleza del grupo, Kaitlyn, nos dejaba vestirla y quedarnos boquiabiertas con los increíbles resultados, mientras teníamos largas conversaciones sobre si eso habría ocurrido en el Antes.

Tasha y Yi eran nuestras amantes tempestuosas, que rompían y se reconciliaban en cada escala, Yi, con sus ojos enrojecidos, Tasha con su cara pétrea e impenitente. Con las horas, el autobús iba convirtiéndose en un maloliente terrario, con todas allí apiñadas, concentradas, acaloradas, hasta que salíamos en tropel, débiles como potrillos recién nacidos, en el aparcamiento de algún hotel cuyo silencio nos golpeaba como una sordera, como una caída libre. Todas nos estirábamos y no decíamos nada en el sencillo intervalo en el que nadie más sabía que habíamos llegado. Como en esa época Evangelyne estaba aprendiendo a ir en monopatín, todas se habían pillado una tabla, y a veces en esa primera hora se desplazaban así en tropel por el centro mientras yo me quedaba en el autobús con Deakin, escribiendo o dictando mensajes de «ya hemos llegado».

En esos meses tan cruciales éramos una fuerza tan potente como delicada, diez chicas que entrábamos en las ciudades con la cabeza alta, encandilando al país y conjurando los cielos. Caminábamos por el arcén, cantando en armonía. En esas asustadas ciudades del apagón postagostino, Evangelyne producía el efecto de una droga. Era la profeta de las saturnales que había dado la vuelta al significado de «exacción», al utilizarlo para describir los delitos diarios que son esenciales en cualquier sistema social —el fraude fiscal, los mercados negros, las noches espoleadas por la droga, que era la forma en que un sistema estiraba sus extremidades—, y todo el mundo se volvía loco con ella. En Navidad lideramos una muchedumbre borracha por las calles vacías de Memphis. Nos apiñamos todas en un pequeño restaurante indio y nos dedicamos a beber un bourbon que habíamos comprado por el camino; acabamos consiguiendo que las camareras comieran con nosotras mientras las pacomitas servíamos las mesas y lavábamos los platos. A los pocos días, en una tienda de barrio a la una de la mañana, la alcaldesa recién electa de Galveston mangó con la borrachera un paquete de ipas, con la idea de impresionar a Evangelyne, y nos las bebimos en su coche en el aparcamiento mientras discutíamos sobre si la propiedad era un robo, hasta que llegó la policía y la alcaldesa tuvo que bajar del

coche y dar explicaciones. Nos íbamos de todos lados cargadas de ramos de flores y cartas de amor. Siempre había chicas que se venían con nosotras hasta el autobús; allá adonde íbamos «robábamos» a alguna activista demócrata o a alguna hija de activista que perdía la cabeza. Une chique no binarie de Dallas se metió en el compartimento de los equipajes y lloró con una maleta entre los brazos cuando le dijimos que podía quedarse. El día de Año Nuevo, mucho después del pretexto de las doce, una vocal del partido me acorraló contra una pared y me besó mientras yo me reía en su boca hasta que apareció Evangelyne y le dio una palmada en el culo y dijo: «¡Después de esto más te vale apoyarme!».

El autobús a menudo se convertía en un debate de un día de duración, con gente que se enzarzaba en la discusión durante las pausas y luego volvía a la tarea pero seguía poniendo caras de aprobación o rechazo mientras las demás continuaban a su alrededor. Debatíamos sobre cosas como si el 26 de agosto era una prueba de la existencia de Dios, o si la «raya de los cromosomas» era más bien una demostración de que había sido cosa de los extraterrestres. Debatíamos sobre si había sido una lección, un experimento, un castigo o nada de eso. ¿Estaba pensado como algo para poner trabas al proceso reproductivo y darle así tiempo a la Tierra para revivir? ¿Era obra del Dios genocida que había matado a todos los primogénitos del Egipto de los faraones y había llevado la muerte al mundo como castigo por comerse una única manzana? También debatíamos sobre si era aceptable referirnos a los que habían sido abducidos como «hombres» (algo que hacía el 99 por ciento de la población) cuando así estábamos invisibilizando a las mujeres trans, a las personas intersexuales y a las no binarias que habían desaparecido. Coincidimos en que el término «les desaparecides» (que habían adoptado ahora los medios de izquierdas) también pecaba de falta de sensibilidad, pues era lo mismo que cuando se referían a las personas judías asesinadas en el Holocausto como «las exterminadas». Debatimos sobre si esto nos dejaba sin maneras para expresar nuestro duelo, o incluso para hablar de las personas a las que habíamos perdido, y llorábamos y

nos insultábamos, y nos arrepentíamos y nos abrazábamos, y empezábamos a discutir de nuevo.

Pero llegó un momento en que todas nos callamos. Los teléfonos pararon de sonar y levantamos la vista. Porque nuestra influencia estaba creciendo de manera exponencial. Inauguramos secciones en Atlanta y Chicago, más tarde en Terre Haute y Laramie, y luego ya se abrían solas. Conseguimos cien candidatas para las elecciones anticipadas, recogimos firmas para que pudieran entrar en las papeletas y ganamos la petición, todo en solo tres meses. El *Atlantic* dijo de nosotras: «Las anarquistas le ganan la partida al gobierno en su propio terreno». El *Wall Street Journal* se preguntaba: «¿Puede nuestra democracia sobrevivir al golpe de Estado del Pacom?». Éramos una idea que cada una creía haber tenido ella sola mientras miraba por la puerta de su casa en una mañana posthombres y veía las malas hierbas que surgían en las calles de Estados Unidos, una mañana abrumada por los cánticos cacofónicos de los pájaros mientras una vecina pasaba en pijama, desaliñada y descalza, llorando abiertamente: un mundo de lágrimas y primavera, un mundo hecho real.

Yo era la encargada de escribir sobre la Desaparición en la plataforma del partido. En el autobús me ponía los auriculares y peinaba internet para investigar. Cuando no conseguía información suficiente, me ponía en contacto con universidades para animarlas a que fomentaran más investigaciones. Escribía a ilustres científicas desde la dirección de correo de Evangelyne, azuzando y presionando, afirmando que era una de las prioridades del Pacom. Lo firmaba todo con un «Jane Pearson en nombre de la doctora Evangelyne Moreau».

Los frutos de esta tarea aparecían a veces publicados en nuestro boletín de noticias, pues era popular entre las bases, que no así internamente. En el autobús había una discusión perenne sobre si esa perspectiva rayaba en la «androlatría», el culto religioso a los hombres que tan común se había vuelto en esos meses. Muchas mujeres con conciencia espiritual veían a los esfumados como bodhisattvas que hubieran ascendido, mientras que algunas incluso afirmaban que estos las guiaban o las habían

sanado gracias a su intervención masculina.

Por supuesto, según las pacomitas, el de «hombres» siempre había sido un concepto religioso. A todas las mujeres les habían vendido el mito de que ellos eran seres superiores, más cercanos a Dios que ellas, así como la idea de servirlos como un piadoso deber de todas. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, y a la mujer, como una versión de este suavizada y degradada: una esclava ofrendada a Adán para su cumpleaños. Solo los hombres miraban hacia el cielo y se veían reflejados en un espejo. Las pacomitas sugerían que quizá pudiera existir un mundo de chicas sin jerarquía religiosa alguna, que tal vez no hiciera falta tener dioses por encima. Incluso el amor erótico podía llegar a perder ese tono suyo de culto hacia algo superior. Los hombres trans podían ser masculinos sin tener por qué convertir el sexo en un sistema de doble rasero, como habían hecho siempre los hombres cis. Podíamos amarnos entre todes cara a cara donde antes nos habíamos amado solo a través de un espejo oscurecido..., o al menos eso afirmaban las pacomitas.

En medio de todo este ajetreo, yo cada vez pensaba menos en Leo y Benjamin. Me encontraba siempre rodeada de una multitud y luego, por las noches, en la cama con la líder. Y estaba feliz como un polluelo que no ha salido del cascarón calentito, expectante. Cuando a veces me venían imágenes fugaces de Leo mientras me acostaba con ella y me asaltaba un dolor insoportable, o cuando otras, sin Benjamin, me sentía como el armazón vacío de un organismo otrora vivo, lo colocaba todo entre paréntesis. Seguía adelante, me ponía a trabajar. Y Evangelyne era muy comprensiva con mi dolor, pero ni en su momento le había caído bien Leo ni había conocido a Benjamin. Por supuesto, el dolor me volvía en sueños, en los que aparecía un bebé que yo perdía por un descuido, y luego lo encontraba, mutilado aunque vivo, y sabía que tenía que salvarle la vida, pero volvía a olvidármelo, y lo encontraba de nuevo, cada vez en peores condiciones, y enloquecía por la culpa y lo perdía una vez más y me despertaba llorando. Luego me ponía a trabajar.

Por todo el mundo las mujeres tenían estos sueños y se

despertaban llorando y se ponían a trabajar. Había tanto que hacer... Y no me habría costado ser feliz si nada hubiera interferido. No importaba que Evangelyne me diera órdenes y no tuviera tiempo de estar conmigo cuando lloraba por Benjamin, eso daba igual. Teníamos una relación llena de energía y delicada; una amistad ideal marcada por el fuego. Una vez nos dijo a todas: «Cómo te trata alguien no tiene nada que ver con cómo te ve... hasta que se convierte en cómo te ve». Luego preguntó: «¿Suena bien?», queriendo preguntar que si «¿Podía utilizarse?». Cavilábamos, con el acogedor y a la vez incómodo zumbido del autobús a nuestro alrededor y una gruesa lluvia del este de Texas formando rayas de luz ondulada en las ventanillas, rayas que temblaban y se deformaban con el viento. Eran los primeros días, cuando todavía no estaba restablecido el suministro de agua en muchos sitios, y los tejados de los bloques de pisos se llenaron de cubos, bañeras, piscinas infantiles, cubos de basura, barriles de lluvia improvisados de todos los colores, formas y tamaños. Se veía Houston en el horizonte, con sus bloques de oficinas apagados, que parecían ya los vestigios de una civilización perdida. No había ni un coche por las curvas como espaguetis de las rondas, nada salvo lluvia y relámpagos, y en el autobús la luz era cambiante y extraña, con las luces artificiales achantadas por el albor gris que presionaba contra las ventanillas. No teníamos una cara real; eran máscaras que se prestan y se pasan, que viven durante milenios y son lo que es un humano. Entonces no lo entendíamos así. Yo lo he comprendido ahora. No hay ninguna verdad sobre la vida.

Pero yo la quería. Aunque mi amor fuese una cara que yo ponía, la quería todo el tiempo, y a veces ese sentimiento, y la lluvia y los rayos, me hacían enloquecer. Yo no tenía otra cara.

El día que apareció el artículo de Ghoreishi, Evangelyne no hizo ningún comentario en público. En lugar de eso, organizamos una visita a una casa de visionado de *Los hombres*. La vivienda era de una ex de Evangelyne —una especie muy común entre los círculos lesbianos— y dio la casualidad de que justo había organizado una jornada de puertas abiertas. Nosotras volaríamos a Los Ángeles desde Nueva York —el primer vuelo que hacíamos

juntas desde que me había unido al equipo—, haríamos la visita, veríamos *Los hombres* en la casa y luego tendríamos una reunión para decidir la postura del partido. En su momento entendí la visita como una concesión a las creyentes de *Los hombres*, igual que una política atea se sentiría en la obligación de hacer acto de presencia en una iglesia durante la Pascua; en público Evangelyne se mostraba respetuosa con Ghoreishi, pero en privado solo demostraba hostilidad hacia *Los hombres*. Yo por eso todavía no lo había visto. Sí habíamos visto algunos breves fragmentos en el telediario, pero siempre parecían descaradamente falsos, o al menos así era cuando Evangelyne estaba presente y despotricaba de lo falsos que parecían. A mí me habría gustado verlo con más detenimiento, pero lo postergaba una y otra vez para alguna ocasión en que estuviese sola. Decidí esperar hasta que fuéramos a la jornada de puertas abiertas, cuando Evangelyne no se mostraría contraria.

El día anterior teníamos un congreso en Manhattan sobre la crisis de concepción. Yo no había asistido a ninguno de los actos de la mañana porque me había peleado con Evangelyne después de que —por primera vez— ella mencionara «La chica blanca» y yo le dijera que sabía que no había sido del todo sincera en ese artículo. Su reacción fue de sorpresa absoluta, y a mi vez me sorprendió que se sorprendiera tanto. Nos quedamos calladas un largo minuto, ante un desayuno del servicio de habitaciones en una de esas estancias de hotel beige con fotografías «artísticas» de la ciudad por las paredes. Al otro lado de la ventana teníamos un mareante precipicio de ventanas de oficinas, así como un penetrante clima de febrero que acabaría marcando mis recuerdos de ese día. La pose de Evangelyne era la de una persona que está enfrentándose a un juicio. Aquello me asustó y, con voz entrecortada, le especifiqué que me refería a la parte amorosa, a lo de la vidriera, el caballo con la crin al viento y eso de «puro». Al principio pareció muy aliviada, pero entonces torció el gesto y dijo:

—Un momento... Pero si eso es verdad.

Vacilé, pero le dije que me parecía demasiado sensiblero.

—O sea, ¿que te pareció un mal artículo? —dijo con un

resoplido desdeñoso.

Le expliqué que ese día no habíamos montado porque el caballo estaba enfermo.

—Tenían más caballos. Sí que montamos, Jane.

—Pero, no sé, me da la sensación de que la palabra «puro» juega con estereotipos sobre la raza blanca.

—¿Qué me estás diciendo entonces, que ahora soy racista?

Me eché a llorar, algo que siempre la fastidiaba, pero no lo pude evitar. Intenté explicarle que ella era más lista que yo y que a veces eso hacía que sus motivaciones no me quedaran claras, así que era normal que hubiera acabado montándome películas.

—Eso es una tontería, Jane. Si el artículo lo hubiera escrito un hombre, lo habrías entendido perfectamente. No es física cuántica, es amor.

La cosa no fue a mayores porque cogió la puerta y se fue. Tenía la costumbre de cortar por lo sano y dejarme a solas con mi histeria. Ese día supe que me había equivocado y que ese error me había expuesto como una persona deleznable que se merecía todo el odio, a pesar de que estaba más que convencida de que nunca llegamos a montar en ningún caballo. Yo seguía sin haber cabalgado en la vida. Seguramente ella habría vuelto con otra chica y había mezclado las dos ocasiones. Por sorprendente que parezca, tenía una memoria malísima. Me acerqué al espejo y me vi llorar, con esa cara tan fea que se me ponía. Era una nimiedad. Una esclava para el cumpleaños de Adán. Una *dina*.

Al mismo tiempo, parte de mí sabía que ella era de verdad más inteligente que yo y que simplemente se lo había tomado demasiado a pecho. Se había preparado para verse expuesta y luego se había mostrado aliviada cuando yo había especificado que me refería a la parte del amor. Entonces en el artículo tenía que haber algo no del todo cierto, una mentira que temía encarar... Sospeché al instante que tenía que estar relacionada con la historia de cuando mató a los polis. En el artículo repetía la versión que sus abogados defensores presentaron ante el tribunal: estaba durmiendo y la había despertado el tiroteo; había cogido un arma para defenderse, porque eso es lo que se hace en este país; estaba

oscuro y ella era ingenua y algo miope. Cuando se acercó a gatas hasta la ventana y miró asustada al exterior, no pudo imaginarse que los agresores fueran agentes de la ley. Les disparó aterrada.

Los polis, sin embargo, aseguraron que los primeros tiros surgieron de la casa, que ellos no abrieron fuego hasta que se les disparó, que uno de sus hombres murió antes de que ellos lo hicieran. Afirmaron que Evangelyne había sido la que había provocado la matanza.

A veces, cuando me enfadaba con ella, pensaba que podía ser cierto. En esas ocasiones veía mis sospechas como una corazonada. El resto del tiempo lo veía como una malignidad vergonzante, una idea que solo contemplaba porque sabía que a ella le dolería si se enteraba.

Mientras pensaba esto, me llegó un mensaje de la aerolínea en el que anunciaban que habían cancelado el vuelo a Los Ángeles. Seguidamente me llegó otro de Evangelyne para decirme que debería bajar al vestíbulo. Arreglé el cuarto rápidamente y bajé. Me la encontré con algunas pacomitas del Lower Manhattan y una experta en bioética a la que había conocido en el congreso. Nos presentó a todas, muy amigablemente, como si no pasara nada. Yo me mostré encantadora en mi papel de esposa. Habían parado para ir a comer y hablaban muy emocionadas sobre las charlas de la mañana. Fuimos andando hasta la Zona Cero, a pesar de que hacía demasiado frío para esa excursión a pie. En esa época a la gente le apetecía estar en el exterior, como si necesitara inspeccionar el mundo que le habían legado los hombres, en ese caso en concreto, el distrito financiero de Manhattan. Los mercados bursátiles acababan de ganar su lucha por que los considerasen un sector prioritario en el presupuesto de Navidad, pero la zona seguía pareciendo abandonada. Sin un alma en la calle, tenía un aire muy del mundo de los Terminators, con nuestro grupito minúsculo ante los rascacielos de cristal que parecían construidos para alojar organismos alienígenas de dimensiones pantagruélicas. O quizá los propios edificios fueran gigantes cibernéticos en los que vivíamos como pulgas.

Iba pensando todo esto y caminando un poco rezagada

mientras las demás charlaban acaloradamente sobre Karen Xi, la alta ejecutiva de la biotécnica que había dado la charla principal del congreso. Hacía poco que su empresa, GenPro, había conseguido producir embriones de dos madres con la técnica de la gametogénesis in vitro, un proceso por el cual puede crearse un embrión a partir de cualquier célula. Los primeros fetos humanos que se habían concebido así habían llegado ya al segundo trimestre de gestación, y veintitrés de los noventa y cuatro embriones iniciales estaban desarrollándose en condiciones normales y saludables; el resto no había salido adelante debido a abortos espontáneos, o bien por elección de la madre. El equipo de investigación ya había identificado áreas susceptibles de mejora. Uno de los problemas que estaba dándose era que, por razones aún desconocidas, todos los fetos viables eran femeninos.

Xi había hablado de estos temas en su discurso inaugural antes de entrar en materia y embarcarse en una verborrea cada vez mayor sobre innovación, las libertades estadounidenses y el espíritu pionero y de acabar anunciando que iba a presentarse a la presidencia. Las pacomitas con las que estábamos comentaban ahora, irritadas, que no les extrañaría que ganase. Las votantes eran tan ingenuas que aceptarían tranquilamente a una alta ejecutiva del mundo de la biotécnica como candidata independiente. Y, a sus cincuenta y dos años, Xi poseía una belleza de rasgos afilados que hacía que pareciera la actriz de primera fila que encarnaría a Karen Xi en una película de acción. Tenía cierta experiencia previa en política y, lo mejor de todo, una historia trágica. Su hija pequeña era una de las Chicas en Llamas, las doscientas y pico mujeres que se habían suicidado para horror de todas el 26 de agosto.

En el otro lado de la balanza, el trabajo de Xi en su campo, por necesario que fuese en esos momentos, daba un repelús que no la beneficiaba. Un ejemplo claro era que, debido a juicios celebrados en el pasado, cabía la posibilidad de que Karen Xi fuese «propietaria» de niñas nacidas in vitro. También se la conocía por presionar al gobierno para que relajara las regulaciones contra las «quimeras humano-animales». Según ella, no eran más que

embriones animales con apenas genes humanos, y tenían aplicaciones médicas reales, pero aquello ciertamente no era algo que entusiasmara a las votantes. Imaginaos a un bebé medio humano, medio cerdo, nacido para donar órganos: eso solo podía acabar con sus sueños electorales, concluyeron regocijándose las pacomitas. La experta en bioética apuntó que en Twitter estaban ya bromeando con que, si tanto Evangelyne Moreau como Karen Xi se presentaban, las elecciones iban a decidirse entre una candidata de apellido Moreau y otra que era básicamente la de *La isla del doctor Moreau*.

Todas miraron entonces de reojo a Evangelyne, con la esperanza de que dejara entrever de algún modo si iba a presentarse o no. Sonrió sin traslucir nada y sin apartar la vista de la Zona Cero mientras pasábamos por delante. Comentó en cambio que esa noche tenía que coger un vuelo para California y no podía despistarse con la hora. Habló en singular —«Tengo que volar a...»—, como si yo no estuviera presente. Recordé entonces que el acto de *Los hombres* al que en teoría teníamos que asistir era en casa de una ex suya. Si bien era cierto que se había liado con la mitad de las pacomitas de Los Ángeles, en aquel contexto, tras la pelea, se antojaba distinto.

Sentí entonces cierta satisfacción cuando anuncié que nos habían cancelado el vuelo y que ya daba igual la hora. No salían más vuelos para Los Ángeles en toda la noche.

Sin embargo, en cuanto lo hice, la experta en bioética se emocionó y dijo que creía poder conseguirnos un avión privado, si a Evangelyne le interesaba. Conocía a una mujer que había heredado uno.

—¡Del tirón! —contestó Evangelyne.

Todas rieron por su entusiasmo. Yo también conseguí reírme.

—¿No podría pensar la gente que es hipócrita por tu parte volar en un avión privado? —preguntó tímidamente una pacomita.

—Venga ya —contestó otra con un bufido—. Pero si la llaman hipócrita hasta por respirar...

A esas alturas habíamos llegado a la ribera. Había multitud de personas rezando y meditando, algo muy común ahora en espacios

públicos. Quizá fue ese ambiente el que hizo que enmudeciéramos y que el grupo fuera dispersándose, cada cual con sus cosas en la cabeza. La teórica de la bioética estaba escribiéndole a su amiga para lo del avión mientras las neoyorquinas del partido fingían no estar esperando a saber qué pasaba, si nos íbamos o nos quedábamos, admirando afectadamente el río gris. Nosotras dos nos apartamos de las demás y bajamos hacia un embarcadero. La pelea de la mañana seguía estando latente entre ambas, pero ninguna de las dos la mencionó. Volvimos la vista hacia el muro de rascacielos construidos con el sudor de millones de personas, no solo de personas de aquí, sino de todo el mundo, de allí donde el dinero se hacía con sudor. El cielo se había despejado de nubes. El sol pegaba desde bien alto. El propio día parecía haberse alargado, imponente, y las mujeres que rezaban parecían adorar los edificios aunque estuviesen mirando hacia el otro lado.

—Acabo de darme cuenta de que vas a presentarte —le dije.

Evangelyne sonrió y me echó un brazo por los hombros. El gesto me sorprendió; parecía de pronto animada, o tal vez la palabra fuese inquieta. Extendió una mano y barrió con ella los rascacielos mientras decía:

—Todo esto lo construyó gente que pensaba de una forma... Podríamos librarnos de todo... ¿Tú me crees capaz?

—¿No te quieres quedar con el avión privado?

Ambas reímos.

—Pequeña, no te preocupes por mi honradez, que soy honrada de sobra. Ni te imaginas lo honrada que soy.

—Vale, pero que sepas que el poder corrompe.

—¿No me digas?

Volvimos a reír, tan fuerte que parecía simulado. La pelea de la mañana seguía allí, su fantasma, una tenue telaraña, una provocación, mientras Evangelyne me cogía para acercarme y nos besábamos en el frío de la ribera, conscientes de que las demás estaban esperándonos y viendo seguramente cómo nos besábamos. Y yo, entretanto, pensaba en la gente de la orilla que no éramos nosotras, en toda la gente que vivía sus vidas reales, que nunca llegarían a importar como nosotras. Pensaba en ellas con envidia.

Estaba recordando mi vida.

Esa noche le encontré una piloto para el avión. Durante todo ese tiempo me sentí fuera de mi elemento, sin equilibrio, como una persona que no se ha puesto suficientes capas para el tiempo que hace y a la que se le ha olvidado lo que es entrar en calor. La pelea y la escena de la ribera me habían hecho cambiar de opinión sobre algo, aunque no tenía claro el qué. Pero conseguir quien nos llevara fue solo cuestión de dar la lata hasta lograrlo. La mitad del poder real reside en dar la lata, una técnica que no utilizamos todo lo que deberíamos.

No llevamos a nadie más con nosotras en el avión. Era nuestro avión: una sala de techo bajo y forma oval con una anodina estética a lo hotel Hilton, un recordatorio de la poca imaginación que pueden tener los ricos. Pese a todo, cuando despegó nos reímos como adolescentes triunfantes. ¡Un puto avión propio!

Evangelyne me llevó a la cama y lo hicimos mientras el avión alcanzaba velocidad de crucero. Un par de veces nos lastimamos con las turbulencias ocasionales. Después nos echamos sobre unos cuantos cojines mullidos y contemplamos los kilómetros de montañas rocosas bajo la luz de la luna, con los detalles subrayados por la nieve, valles hondos donde crecían árboles oscuros y una brillante estela de agua que se movía sutilmente. La nota de contraste la ponía el prosaico cilindro del motor, pegado a la ventana, y su sonoro ruido interno.

Fue entonces la primera vez que ella me insinuó la verdad, aunque en ese momento no la reconocí como tal. Estuvimos hablando del avión y de que era como una fantasía, y me contó entonces que llevaba un tiempo persiguiéndole la sensación de que todo lo ocurrido tras lo de agosto era un sueño.

Cuando le pregunté a qué se refería, volvió a embarcarse en el relato de su 26 de agosto, una historia que yo ya había oído muchas veces. Todo partía de una republicana blanca que vivía en su barrio y que había liderado una campaña de acoso contra ella, en gran medida a través de la asociación de propietarios, que no

había parado de multarla por infracciones triviales y, a veces, por cosas que ni siquiera había hecho. En la mañana del 26 de agosto Evangelyne fue a enfrentarse a la mujer y se pelearon en la puerta de la casa de la señora, en el trascurso de la cual Evangelyne perdió los nervios y le dijo que le daban ganas de pegarle un puñetazo en la boca y hacerle tragar los dientes.

A las siete y catorce de esa tarde, estaba sola en casa trabajando. Había apagado el móvil como solía hacer y no notó nada cuando ocurrió la Desaparición. En torno a las ocho salió para sacar el cubo de la basura a la calle. Se encontró entonces con ocho coches patrulla, todos aparcados justo donde no podían verse desde las ventanas de su fachada. Estaban todos con las luces apagadas. Estaban todos vacíos. El silencio reinaba por doquier y no se veía ni a un policía. A sus pies, en el césped, vio un objeto que más tarde identificaría como un ariete de última tecnología. Le costó un tiempo confiar en el instinto que le decía que habían desaparecido todos los policías.

A mí siempre me había parecido un relato demasiado bueno para ser verdad. En esos momentos medio esperé que reconociera que era mentira. Pero me lo contó exactamente igual, con lo que claramente era emoción verdadera, le costaba por momentos seguir, los sentimientos a flor de piel, reviviendo esa noche. Comprendí con un pellizco de odio por mí misma que debía de haber ocurrido exactamente así: ella llevando el cubo de basura hasta la acera, los coches en su visión periférica, cayendo en la cuenta con perplejidad, el terror. Había creído ciegamente que la oscuridad estaba llena de agentes con armas apuntadas contra ella. Se había quedado un cuarto de hora en medio de la calle, paralizada, con las manos en alto, sin entender nada. Para cuando reunió el valor de investigar aquel extraño decorado, tenía la ropa empapada en sudor.

—Pero lo que me viene continuamente a la cabeza son los minutos justo antes de que desaparecieran. Yo sentada a la mesa de la cocina, leyendo una carta y sin saber que tengo la casa rodeada de polis. Sin saber que están a punto de asesinarme. No les habría costado nada decir que había sido yo la que había empezado y me

había abalanzado sobre uno, que este había temido con razón por su vida...

—O sea que tu peor recuerdo no es de cuando te quedaste paralizada en medio de la calle —dije con cautela.

—Para nada —respondió inexpresiva—. Es de la casa.

—¿Por qué lo crees?

—Es por lo que te estoy diciendo, por esa sensación de que es todo un sueño. No paro de pensar que voy a volver a despertarme en esa casa, pero que ahora no desaparecerán los hombres. Los polis se ponen manos a la obra y tiran abajo la puerta y nada se lo impide. Porque, vamos a ver, ¿los hombres desapareciendo? Eso no es la vida real. En cambio, ¿unos polis ejecutando una orden de registro sin llamar siquiera a la puerta contra una chica negra que amenazó a una amable señora blanca? ¿Una chica negra que casualmente es famosa por haber matado a dos polis? Eso sí que es la vida real.

El avión había salido de la zona de turbulencias y daba ahora una extraña sensación de inmovilidad, como si se preparara para algo. Ella también parecía estar preparándose para algo, aunque tenía la voz tranquila y nítida.

—Eso suena a estrés postraumático —le dije—. Vamos, que no deberías ignorarlo...

—Ya. Sí, sé que suena a eso. —Se encogió de hombros como si aquello no tuviera importancia—. Pero también he sabido de gente que tiene sueños así, sueños prolongados cuando están con soporte vital. Conocí a una mujer en la cárcel que me contó que después de recibir siete disparos, durante el tiempo que estuvo en el hospital, alucinó semanas enteras de vida. Como que se levantaba por la mañana, preparaba el desayuno, vestía a su niño para el colegio..., con ese nivel de detalle. Y durante todo ese tiempo está en realidad en coma en una UCI. ¿Has oído hablar de casos así?

—No, no me suena.

—Yo no puedo estar viva. Eso es lo que me atormenta. No pinto nada en el mundo de los vivos. Así que lo de este viaje, *Los hombres*... Mira, nena, yo necesito que esta realidad sea real. No

tengo ganas de enfrentarme a vídeos que no tienen explicación. No quiero ningún cálculo raro que demuestre que están pasando cosas imposibles. ¿Sabes el artículo de Ghoreishi? Pues me ha jodido la vida.

—Entonces ¿por qué vamos a la historia esta de *Los hombres*?

—Porque es mi trabajo. Porque no soy una cría. Joder, Jane...

Se disculpó entonces y dijo que deberíamos dormir un poco. Cambió de postura en la cama y se tumbó bocarriba. Yo seguí un rato pensando en cosas que decir sobre cómo me trataba. Volví a sospechar que sus historias no eran reales, o al menos que estaba guardándose algo. Yo seguía teniendo la pelea de la mañana en la cabeza... Es que yo nunca había montado a caballo. Eso no era verdad. Por fin me distrajo el alba, una luz colosal que apareció sobre un horizonte arqueado de desierto rojo de Nevada. Me acordé de que estaría viendo *Los hombres* dentro de unas horas y se me pasó la rabia.

Aterrizamos en el LAX y alguien nos dejó un coche. Fuimos al hotel para ducharnos y cambiarnos, y luego pusimos rumbo a Benedict Canyon. Condujo Evangelyne porque conocía la ciudad. Mientras iba al volante, fue contándome cómo era vivir allí, aunque parecía algo cohibida, lo que me recordó que había salido con la mujer a la que estábamos yendo a ver. Cuando había estado mirando casas de visionado de *Los hombres*, había reconocido el nombre de su ex y había llamado llevada por un impulso. Alma McCormick. Miré entonces alrededor con inquietud a las mansiones variopintas, la mayoría descuidadas ahora, con los jardines marrones y desmañados. Si rompiésemos alguna vez, era posible que Evangelyne me pidiera un favor y apareciera en mi casa con una novia nueva. En ese momento me señaló la mansión en lo alto de una colina a la que nos dirigíamos.

Íbamos las dos solas y, mientras caminábamos bajo el sol radiante pero fresco, sentí la inseguridad de que no nos iban a recibir simpatizantes, de que no íbamos a una sección del Pacom. ¿Nos apoyaría allí la gente? ¿O nos veríamos rodeadas de demócratas hostiles? Cuando llegamos, la mansión me recordó por

dentro a muchas de las casas donde habíamos organizado actos para recaudar dinero: un recibidor en forma de atrio enorme con muebles bonitos, una chimenea revestida de piedra maciza. El mobiliario estaba muy separado entre sí porque la estancia no tenía dimensiones humanas. Como por instinto, busqué con la mirada un sitio desde donde Evangelyne pudiera dar un discurso en un momento dado.

Una vez allí, me vino la emoción al recordar que pronto vería por fin *Los hombres*. Estaba pensando en esto cuando de repente Evangelyne se separó de mí y fue a abrazar a una mujer de una belleza perturbadora. Por supuesto, tenía que ser Alma McCormick. Ambas rieron emocionadas en el abrazo. Esperé que Evangelyne me buscara con la mirada, pero siguió hablando y sacudiendo suavemente a Alma por los hombros. La gente que las rodeaba sonreía con empatía. Nadie reparó en mi presencia.

Me vino de nuevo la consciencia de no haber dormido nada. Decidí escabullirme antes de que Evangelyne se acordara de presentarme. La conversación no me atraía. Me colé por un pasillo y les pregunté a varias mujeres que estaban al lado de un baño si había algún sitio donde estuvieran viendo *Los hombres*. Me señalaron vagamente hacia Ruth Goldstein, que estaba en la puerta de una habitación. Volví a sentir la misma emoción y me vino un pensamiento absurdo, la canción de *¡Vamos a ver al mago de Oz!* Me acerqué a Ruth y, aunque vi el televisor, le pregunté si era allí donde estaban viendo el programa. Blanca Suarez y Ji-Won Park se me quedaron mirando. Tuve un minuto para pensar «Conque era esto...», aunque también reparé, en un segundo plano, en las ramas que había fijadas a las paredes y en la rudimentaria barrera de cuerda. Lo observé todo con detenimiento para disimular así mi emoción. «Mirad —intentaba decirles—, estoy fijándome en estas cosas raras. Yo no soy lo más raro que hay aquí.»

Después miré la pantalla con *Los hombres*. Me gustaron los gatos. Los hombres me impactaron menos de lo que esperaba. Eran como los de cualquier vídeo previo a agosto. Sus movimientos entrecortados hacían que pareciera evidente que las imágenes estaban manipuladas; costaba creer que pudieran engañar a tanta

gente. Cuando empezó la matanza, mi reacción no fue extrema. Pensé que era una típica escena del programa. Dos desconocidas entraron a toda prisa en la habitación. Hubo gritos por toda la casa. Les pregunté si eso era normal en *Los hombres* y fue la primera vez que Blanca Suarez me respondió de mala manera. Me entraron ganas de reír. Estaba viendo *Los hombres* y no pasaba nada. No me estaba atrapando. ¡Me encontraba perfectamente!

Hasta que cambiaron de escena.

12

La primera vez que vi cómo mataban a Benjamin en pantalla, grité hasta quedarme sin aire, hasta que se me embotó la visión por la falta de oxígeno. Creí que me moría. Evangelyne entró corriendo y, por un momento, se desató el caos, todo el mundo gritando a mi alrededor mientras yo lloraba en los brazos de ella. Fue Blanca la que me hizo preguntas, la que tuvo la necesidad de saber a quién había creído ver. Cuando les supliqué volver a verlo, fue Ji-Won la que cogió un portátil y buscó el vídeo en Encuéntralos.

La segunda vez que lo vi lloré a lágrima viva. Después de eso pude responder a las preguntas de Blanca. Le escribí en un papel el nombre de los hombres a los que había reconocido y los detalles de aquellos cuyo nombre ignoraba. Blanca lo publicó todo en Encuéntralos y tituló el hilo «Reconocimiento putomasivo!!!».

Para entonces, ya tenía miedo de moverme, de apartar la vista de *Los hombres*. Alma me arropó con una colcha. Ji-Won y Ruth fueron a la cocina y prepararon chili. Me comí el guiso y me bebí una cerveza delante de la televisión de pantalla plana, mientras las demás iban marchándose poco a poco. Ruth se quedó. En ese momento yo no era consciente de que fuese raro que se quedara; di por hecho que vivía allí. Hablé mucho con ella durante toda la noche, aunque no recuerdo ni una palabra de lo que dijimos; solo que hablamos, y que de pronto nos quedamos sin nada que decir, y el alivio, como si nos hubiéramos librado de un lastre inservible. Anocheció. Nunca se me pasó por la cabeza la idea de irme. Estaba donde tenía que estar. Vimos *Los hombres*.

Para entonces Evangelyne ya se había ido. Ahora sé que no tardó mucho en dejarme allí. En los cinco minutos que vio el programa la embargó un miedo irracional, un pavor que la mareó, como si alguien con ofidiofobia viera serpientes vivas

revolviéndose en un terrario mal tapado. Se había hecho a la idea de que tendría una reacción parecida, pero no había calculado la fuerza y la tenacidad con que le sobrevino. Ahora vivía en un mundo que incluía a las serpientes. No volvería a sentirse segura.

Consiguió sortear a la muchedumbre por los largos pasillos y los cuartos deshabitados y salir sin que la vieran al jardín de atrás. Se puso a dar vueltas como una loca por detrás de la casa de la piscina, pensando. Al final se tumbó en la hierba y cerró los ojos. Los años que estuvo viviendo en Los Ángeles habían sido para ella una época de crisis y de soledad, y a veces se tumbaba así y eso la ayudaba. Esa vez no sirvió de nada. Al cerrar los ojos, vio a los animales retorcidos y a los hombres ensangrentados de la ribera. Cuando los abrió, el cielo se le antojó quebradizo; la casa de la piscina y las palmeras, enormes, irreales.

Al rato oyó que se estaba yendo la gente: voces en la calle, coches que arrancaban. Luego se levantó, caminó por la carretera y se sentó en el capó del coche que nos habían prestado y que ya se había enfriado. Me llamó, pero le saltó el contestador. Buscó páginas de *Los hombres* y vio qué estaba pasando en esos momentos, aunque tuvo que parar de vez en cuando para hacer unos ejercicios de respiración que le había enseñado hacía años una psicóloga de la cárcel.

Por fin llegó a una conclusión. Volvió al hotel y fue haciendo llamadas durante todo el camino. Esa noche, en el salón de baile de un hotel, dio una rueda de prensa para anunciar la postura del Pacom sobre *Los hombres*: el programa era una farsa perniciosa. Habló de lo ocurrido en la mansión, de cómo justo habían puesto un «vídeo rotundamente falso» en el que aparecían unos hombres asesinando a mi hijo, precisamente el día que era por todas sabido que íbamos a ir a una casa de visionado. A su entender, era evidente que me habían puesto a mí en el punto de mira por ser la novia de una conocida política y un blanco fácil dada mi vulnerabilidad emocional. Concluyó diciendo que esta clase de acoso merecía una investigación criminal. La postura de las comensalistas sería acabar con *Los hombres* por todos los medios no violentos a su disposición.

Al final de la rueda de prensa, casi como si le hubiera venido al pensamiento en ese momento, anunció que se presentaba a la presidencia.

No volvió entonces a la mansión. Yo no la eché en falta ni me preocupé por su ausencia. Yo vivía en ese cuarto. Veíamos *Los hombres*.

Los vídeos de matanzas parecían mostrar los mismos dos minutos en distintos puntos de la ribera; la longitud de las sombras era siempre la misma. El tiempo radiante y despejado era siempre el mismo. Las criaturas acuáticas llegaban exactamente cuarenta y dos segundos después de que los adultos se abalanzaran sobre el niño. En la mayoría de los vídeos todos los adultos participaban en el asesinato, aunque, de vez en cuando, había uno que se abstenía. Después las criaturas acuáticas surgían del agua; el que se abstenía caía presa de los brazos que estas alargaban. Si el vídeo duraba lo suficiente, veíamos cómo los tentáculos se retraían y sujetaban a la pequeña figura humana por encima de las aguas. Se movían de manera coordinada y llevaban al individuo con aparente cuidado.

Yo seguía en la mansión el 18 de febrero, cuando el hombre al que llevaban por encima del agua resultó ser el amigo de Ji-Won, Henry Chin. Dos días después, seguía allí cuando le tocó el turno al padre de Blanca, Alejandro Suarez. Estaba allí cuando un grupo que incluía al marido de Ruth, Tom, despedazaba a su hijo Ethan, mientras su otro hijo, Peter, se quedaba en la orilla, temblando, y luego se acercaba al río con parsimonia y caía directo en el amasijo de tentáculos. Estaba allí el 17 de mayo, cuando Billy McCormick fue al último que portearon por el río, y las imágenes cambiaron y los que habían cruzado las aguas aparecieron entonces corriendo por una llanura yerma de tierra resquebrajada.

Nunca quedó claro cuántos cruzaron el río. Lo que sí estaba claro era que las grabaciones se centraban ahora en los seres queridos de las espectadoras dedicadas. Veíamos a nuestros hombres casi a diario.

Corrían por un paraje en el que no había nada vivo, ni un vilano flotando. El aire estaba cargado de polvo o de lluvia, que

relucían como en una radiación de dibujitos. Había bosques de árboles quebrados y sin hojas, así como eriales desprovistos de vegetación donde la poca agua que había estaba llena de desechos de plástico. En varios vídeos aparecía una especie de ciudad en el horizonte, un perfil de edificios parciales, como roídos por el fuego. Había algunos sitios que habían perdido por completo los contornos de nuestro mundo. Aparecían campos de tierra naranja como cincelados, de los que se levantaban polvaredas a cada paso; había dunas formadas por basura y huesos. En una ocasión, un escollo negro que parecía un palacio se derrumbó y se convirtió en un remolino de hollín mientras un niño pasaba corriendo al lado. Lo comprendimos: aquel era un mundo futuro en el que los hombres no habían desaparecido. Era el infierno al que habríamos estado condenados, la Tierra que habrían creado.

Lo veíamos hasta que se volvía real, hasta que el cuarto que nos rodeaba se disolvía y pasaba a formar parte de nuestra imaginación. Me despertaba del sueño sabiendo que Leo iba a venir, que venía como un siluro que nadara a ciegas hasta el cristal de un acuario, y me levantaba aturullada de la cama, atraída por algo, y bajaba a oscuras las escaleras, que relucían a regañadientes con la luz de la luna, y entraba después de Ji-Won y Alma, que estaban en el sofá con una colcha en el regazo, mientras el vídeo cambiaba y aparecía Leo, que corría entre los troncos delgados y ennegrecidos de un bosque que se había quemado. Los árboles recordaban espantapájaros contra un cielo veteado de amarillo. Leo corría al trote, con un gesto inexpresivo que no parecía de una cara, sino una cabeza de demonio.

El vídeo cambió. Fui a la cocina a preparar unas gachas de avena. Al otro lado del césped vi a las guardias del Pacom que Evangelyne había apostado en la verja; una miró hacia la ventana al notar movimiento, pero no cruzó la mirada conmigo. Volví a la leche hirviendo y a su furtivo aroma a copos de avena. Sentí que iba a aparecer en pantalla Alejandro Suarez, nadando contra corriente, y cerré los ojos y lo vi correr, en el barro y la lluvia, contra el viento que arrastraba el aire caliente y polvoriento, en una oscuridad de ojos cerrados, viniendo hacia nosotros. El vídeo

cambió. Abrí los ojos. Cogí unos cuencos del armario. Por la ventana se atisbaba el amanecer. Se me había ido el santo al cielo, pero al menos no se me habían pegado las gachas. Cuando volví a la biblioteca, Blanca se había unido a las otras dos. Comíamos en una formación escalonada que nos permitía ver a todas. Arriba se oía la ducha de Ruth. Era la única que no renunciaba a la higiene, la que respondía a la puerta cuando llamaban al timbre. Todas despiertas: la sensación de que el tiempo se paraba.

Y, en cierto modo, también nosotras estábamos limitándonos a ver la tele en una época de caída y ascenso de civilizaciones, como hace mucha otra gente. Estábamos viendo *Los hombres* mientras Corea del Norte y Corea del Sur se unificaban y mientras las primeras mujeres cardenales elegían a la primera papisa. El día que Evangelyne se puso por delante por primera vez de la candidata republicana en las encuestas, estábamos viendo *Los hombres*, y estábamos viéndolo igualmente cuando dio el discurso «Por la infancia», que la afianzó en segunda posición. Hubo incendios forestales en Canadá y sequía en Sudamérica. Las refugiadas huían de las ciudades donde la infraestructura no había soportado la falta de mano de obra masculina... mientras nosotras veíamos a hombres corriendo por un erial. En todo el mundo hubo que cerrar centrales eléctricas y refinerías de petróleo por la falta de personal cualificado y por la bajada de la demanda, y se alcanzó un acuerdo sobre el clima que reflejaba esas nuevas realidades más alentadoras. En el Atlántico se dobló la población de peces y aparecieron alces por las calles de Moscú. La gente hablaba sin sarcasmo de Gaia, Temiscira, el Edén. Nosotras cinco mirábamos nuestra pantalla. La primavera dejó paso al verano y ahora nuestras guardas pacomitas campaban libremente por la casa. Preparaban elaborados banquetes en la cocina, follaban en las camas, malcriaban al perro con caprichitos. Las risas estallaban fuera mientras se salpicaban en la piscina o corrían entre los aspersores, jóvenes y sin preocupaciones. Era como si hubiera surgido una nueva generación pura durante los meses que llevábamos viendo el programa. Y estábamos también viéndolo cuando nació una generación que era, objetivamente, distinta, los

primeros seres humanos concebidos sin esperma, sin pecado.

Las últimas semanas se movieron como rocas en el subsuelo, la parrilla tectónica de las cosas invisibles que solo cambian a través de la violencia. Fuera era junio, era julio, y las cortinas se llenaban de molesta luz solar. En *Los hombres*, hollín, polvo y aire abrasador. Y hablábamos a veces en lo más crudo de la noche. Blanca, la que más, nos contaba cosas sobre su padre y la casa que tenían en El Paso, con una valla para perros alrededor de la cocina donde Blanca se quedaba esperando a que su padre volviera a casa a las tantas de la noche, siempre acompañado de alguna mujer. Él la veía enseguida y la mandaba a la cama, pero le dejaba darle la mano a través de los barrotes. Nunca vio a la misma mujer dos veces. Eran mujeres cansadas y molestas que llevaban demasiado maquillaje; mujeres agradables que le hacían preguntas en español, pero miraban con recelo a su padre; adolescentes que soltaban risitas mudas y llevaban sus gastados zapatos en la mano. Una señora blanca pegó un respingo de miedo al ver a Blanca y dijo: «¿Qué es eso?», y su padre se limitó a reírse. Siempre había pensado que su padre era rico, hasta que fue a un colegio católico privado y supo que se equivocaba. Habría sido rico de no haber tenido que pagar las facturas médicas de su hija, le dijo en una ocasión; luego se corrigió y admitió que sí que era rico, porque se podía permitir pagar sus cuidados. Blanca tuvo que estar una temporada con una bolsa de colostomía mientras se recuperaba de una resección del intestino, y su padre no le dio un abrazo en todo ese tiempo. Pero siempre iba al hospital, con su sudadera de la suerte puesta. No era culpa de él que ella hubiese nacido medio mutante. Era normal que ella deseara su regreso.

Y Alma contaba que ahora estaba resentida con su hermano, a pesar de que no era culpa de él que lo trataran como al príncipe de la familia, el elegido incapaz de equivocarse. Tal vez era porque no la defendió, pero eran muy niños cuando la madre la echó a ella de casa, y además la amabilidad de Billy venía de la mano de una especie de debilidad. Él se cimbreaba hacia donde soplaba el viento. Era cierto que, en muchas de las caídas en barrena de Alma, su hermano nunca le había dejado quedarse en su casa; pero

sí que la había llevado a reuniones de Alcohólicos Anónimos y a rehabilitación. Se negaba a prestarle dinero, pero sí que la había convencido para bajarse de más de un alféizar. Era normal que ella deseara su regreso.

Y Ruth hablaba de hasta qué punto Peter le había agotado en vida, que nunca le concedía una tregua del sufrimiento. Ya estaba mayor y tenía un hijo más pequeño, pero aun así él tenía que seguir siendo el centro. Lo echaban del trabajo, de los pisos, siempre encontraba a algún indeseable dispuesto a partirle la nariz para que su madre fuera a hacerle el sana sanita. Y venga llamadas de hospitales, venga amenazas de suicidio... Estaba empeñado en hacer que todo el que lo quería lo odiase. Ella deseaba con hasta el último poro de su cuerpo que Peter estuviese a salvo, pero no deseaba su regreso.

Y Ji-Won recordó una noche que había ido en coche al piso de Henry y, justo cuando estaba aparcando abajo, su amigo la llamó para decirle que mejor quedaran otro día. En ese momento vio a un chico —un chico radiante y bello como un gamo— que se bajó de una camioneta y subió corriendo las escaleras del bloque hasta la galería de la segunda planta. La puerta de Henry se abrió antes de que el chico llegara. En el umbral iluminado, su amigo seguía con el teléfono en la mano. Llevaba una camisa de flores que Ji-Won le había comprado en una tienda de segunda mano y arreglado a su medida, y tenía la cara transida por la alegría. Colgó sin despedirse.

Yo a Leo nunca lo había odiado. Había estado a mi lado cuando yo no tenía a nadie más y esa es una clase de amor que no se olvida. Habíamos follado durante tantas horas, días, semanas... Teníamos un hijo en común, y ese crío era Benjamin, que lloraba cuando Pinocho se convertía en burrito, que tenía miedo de que se le cayeran los árboles encima, pero creía que si alguno de los dos íbamos al lado podíamos impedir que se cayeran. Mi hijo tenía la cara de Leo. Hay algo que ocurre cuando un hombre levanta a un niño en el aire y el niño grita extasiado porque no va a pasarle nada. Leo Casares podía ser ese hombre, no solo para Benjamin, también para mí.

Pero mis sentimientos cambiaron en esas semanas. Fue a partir del vídeo de Benjamin con los hombres cayendo sobre él, teñido de sangre..., y no solo lo de mi hijo, sino tres meses seguidos de hombres despedazando niños, teñidos de sangre. Ni un solo hombre luchó. Ninguno salvó a ningún niño. Puede que fuera compulsión o automatismo, pero ¿qué hay en la vida que no sea compulsión y automatismo? ¿Acaso había estado libre yo de compulsión y automatismo alguna vez? Pero, aun así, sigo siendo mi vida.

Un hombre de verdad habría salvado a su hijo. Era lo que caracterizaba a los hombres. O eso me habían contado a mí... y yo me lo había creído a pies juntillas. Para ellos era una cuestión instintiva defender al débil, proteger a los que querían. Mi padre y Leo me habían mantenido a salvo a mí..., o eso me habían contado. Y yo me lo había creído. Pero vi esos asesinatos y repasé mi vida, y no pude encontrar ni un solo ejemplo de un hombre que me hubiera protegido, tan solo innumerables ejemplos de hombres que habían «hablado» sobre cómo me protegerían: Leo diciendo que le gustaría machacar a Alain y hacerlo puré; mi padre deseando poder estar allí conmigo en Spokane; todos los chicos que habían dicho que pelearían por mí, pero que me habían follado porque Alain se lo había pedido y luego no habían dicho una palabra en mi defensa cuando me juzgaron por violación. El mundo de los hombres era todo un Spokane inmenso donde se abusaba de mujeres y niños, y los hombres o culpaban a las mujeres o se retorcían las manos y decían que lo habrían parado si hubieran... Era una cuestión de poli bueno-poli malo: un poli te obligaba a hacerle una mamada, el otro lo condenaba tras el acto y te decía: «Cuídate, hija. Eres un encanto de chica». Era Alain, que esperaba que lo tratases como un padre bondadoso mientras orquestaba tu violación en serie, y se reía de sí mismo cuando se descubría el fraude que era, pero nunca cambiaba, nunca paraba de devorar niños.

Evangelyne regresó el último día, cuando las grabaciones de los eriales dieron paso a los vídeos de las ciudades. Podían llegar a

identificarse con ciudades geográficas reales, pero con los edificios derruidos y comidos por la maleza, los árboles de los parques muertos y recubiertos de musgo muerto, todas las carreteras asfixiadas por la basura arrastrada por el viento. Aquí los hombres, los chicos adolescentes y las mujeres y las chicas trans parecían estar volviendo a casa: se veía a japoneses andando por calles con desvaídos carteles en japonés, a franceses por París o Ruán y a un hombre mayor de Siberia que caminaba por una carretera abandonada a través del lodazal de una taiga. Teníamos la sensación de estar acercándonos al fin. Los colores eran más suaves y las imágenes más nítidas. Caminaban en lugar de correr y parecían tener extremidades humanas, pesar lo que pesan los humanos. Incluso las fieras parecían estar de despedida y se movían con una solemnidad tierna, como padres que llevan a sus hijos al primer día de colegio, o al matadero.

Fue en esas mismas horas cuando empezaron a evaporarse algunas espectadoras de *Los hombres*. Se fundieron con el aire. Desaparecieron como hombres.

Evangelyne entró en la sala, pero la vi entonces vacilar. En lo primero en lo que me fijé fue en que había estado bebiendo. Llevaba la ropa arrugada típica de estar de campaña, con el pelo asimétrico por haber dormitado en el coche. Se había quitado los zapatos para entrar en la casa y vi los parches en carne viva y levantados que le habían dejado en dos dedos de los pies. Me quedé sin habla. Nunca había querido a nadie más: eso fue lo que sentí. No pensaba decir nada.

Me preguntó cómo estaba, pero lo hizo como ausente, con la cabeza en otra parte. Cuando no le respondí, se sentó en el suelo en una esquina, en un ángulo desde el que no veía la pantalla.

Ya sabíamos, porque vivíamos con pacomitas, que Evangelyne iba primera en las encuestas. Karen Xi lo había tenido todo a su favor para ganar: le habían llovido las donaciones y su liderato era estable. Algunas expertas la daban ya por vencedora. Pero entonces la antigua empresa de Xi reivindicó los derechos de propiedad del material genético de las criaturas fecundadas por gestación in

vitro, o sea, de todas las niñas que estaban naciendo. Xi reaccionó con impaciencia ante el clamor que se desencadenó, diciendo que era un tecnicismo relacionado con las secuencias del ADN y que jamás afectaría a las vidas de esas niñas. Para rematar, se filtró un correo en el que le decía a alguien de su personal que no podía quedarse de brazos cruzados y dejar que unas neandertales quemaran en la hoguera a sus compañeras cuando en realidad acababan de salvar a la raza humana. «Si las votantes son tontas del culo, mejor que voten a Evangelyne Moreau», terminaba diciendo.

Las cifras de Xi se desplomaron estrepitosamente en cuestión de una semana. No quedaba ya ninguna posibilidad realista de que Evangelyne no llegara a la presidencia.

Pero no habló de ello. Se quedó sentada en el suelo, agotada y callada. Bajo la luz del televisor parecía muy dulce: una mujer fornida de casi cuarenta años, con la postura vencida por las preocupaciones, en un traje gris perla *vintage* con las solapas bordadas en hilo negro. Aun así, incluso allí sentada de cualquier manera en el suelo, cada línea de su cuerpo despedía inteligencia. Tenía la majestuosidad que debió de tener Napoleón, con una potencia que provenía de la sangre, de los dioses, de haber nacido para gobernar. Y me vino la idea de que había quemado cada hora de su vida y la había utilizado como combustible para una única misión. Le había exigido al mundo entero que, antes de poder tener ella siquiera un atisbo de paz, primero fuese bueno, y se había empeñado en creer que podía volverlo bueno, ella, una presidiaria negra que no tenía ningún medio imaginable de cambiar el mundo, y menos aún de hacer que un mundo malo fuese bueno. Aun así, solo había que verla ahora...

Pese a todo, no podía girarme por completo para verla; tenía que seguir mirando la pantalla, esa calle por donde iba andando un hombre llamado Yaniel Arias. Era el único con enanismo que había atravesado el río, el marido de una espectadora de La Habana, una nítida figura desnuda que avanzaba en ese momento sin descanso en medio de un aire cargado de ceniza. Evangelyne estaba borrosa en la esquina —se nos veía a todas oscuras y borrosas en esa

habitación con tan solo la luz de la pantalla, y hasta Yaniel Arias era una figura en una penumbra—, pero ella tenía la oscuridad de un camino.

Y dijo que había venido a contarme la verdad. Era una verdad que llevaba tanto tiempo escondiendo que parecía pertenecer al mundo de los muertos y no de los vivos. Pero cuando terminara tendríamos que irnos de la casa. No había tiempo que perder.

Los hombres (26-8 22.41.03 GMT)

1. Este es el primero de los vídeos de vuelta a casa. Para cuando lo vemos, ya se han desvanecido unas cien espectadoras de todo el mundo, suprimidas en cuanto acabaron sus vídeos de vuelta a casa. En algunos casos, entraba una familiar o amiga y se encontraba la sala de visionado vacía. En otros, en ese momento había una visitante en la sala que entraba en un estado de trance en el que las mareaba la euforia. Cuando volvían en sí, estaban solas.

A Henry Chin se le ve al principio muy a lo lejos y se va acercando a la cámara a tiempo real y a un paso tranquilo. En el fondo se ve una calle comercial de Durham, en el estado de Nuevo Hampshire, a pocas calles del piso donde vivía antes. Se reconoce por las señales y los carteles que han sobrevivido pese a que no ha quedado ni un escaparate intacto. La maleza ha tomado la carretera, donde se amontona también la basura, huesos desperdigados y montículos oxidados de vehículos militares.

Henry se abre paso por este terreno con la típica despreocupación inexpresiva de los hombres. Todavía tiene las ropas sucias por el polvo del viaje y una mancha de sangre de niño en un costado.

2. Este es el último vídeo que vi de Leo. Se acerca a la cámara sorteando los mástiles negros de un bosque quemado en un atardecer violeta. La luz es escasa y las criaturas felinas que caminan a su lado se encogen y crecen como sombras. Llegados a un punto, todas las siluetas gatunas se van quedando atrás y lo dejan solo.

Pero el vídeo sigue. Cada vez se acerca más, hasta que se ve su cara mirando de hito en hito a la cámara. Siento la gran necesidad de comprender su expresión; hay algo amenazador en su cara. Cuando termina el fragmento, quiero pensar en eso, pero Evangelyne sigue hablando. Estoy intentando escucharla.

3. En este otro se muestra a Alejandro Suarez en un plano cenital, caminando por unas aguas que le llegan por el tobillo en lo que en otros tiempos fue una carretera de tres carriles. Hay coches desperdigados por

en medio como si los hubieran soltado allí de cualquier manera. Algunos están compactados, otros volcados de lado. Vuelve a ser de noche y Alejandro camina no sin esfuerzo, el paso inseguro, como un borracho que vuelve tambaleándose del bar. De vez en cuando pasa una criatura pájaro, con las alas extendidas y muy rígidas, y atraviesa la pantalla a una velocidad asombrosa.

Poco a poco, vamos fijándonos en algo que surge de esas aguas poco profundas, en unos peculiares impulsos de luz que la cruzan en ondas. Por la calle aparece rodando un gran trozo de metal que recuerda un parachoques. El silencio de la imagen nos ha engañado. No estamos viendo a un hombre borracho, sino a uno que camina contra un viento huracanado. Le pasan pequeños trozos de chatarra a ras de la cabeza, pero Alejandro prosigue impertérrito, sin esquivar ni encogerse ante las embestidas de los residuos. Sus movimientos denotan obstinación. Sentimos que ha recorrido una gran distancia.

4. Este fragmento es muy breve. Muestra a Peter Goldstein nadando en un canal con manchas de petróleo que fluye entre altas montañas de escombros, donde relucen muchas esquirlas de cristal. Su cabeza morena surge por un momento del agua para luego volver a hundirse y desaparecer. A sus espaldas se retira una ola: unos tentáculos que surgen y bullen y luego vuelven a sumergirse y dejan tan solo agua trémula teñida de luna.

La brevedad de este vídeo tiene algo de conmovedor. Y es una emoción que me volverá con los años al pensar en *Los hombres,* cuando ya no sea posible ver los vídeos.

5. Este es el último vídeo que vemos. Nos muestra una franja de tierra marrón llena de residuos quemados. En el centro se ve el nítido contorno de una fogata rectangular, llena de basura y de agua estancada. Los troncos encanijados de tres palmeras quemadas se reconocen por una cuarta sin quemar en la misma hilera que balancea su corona amarillenta, como si el aire nebuloso le hubiera suavizado el color. El fondo de la escena está iluminado con el naranja renegrido del fuego que aún arde. Del aire caen continuamente motas de hollín. Por un momento, la forma de un elefante pantagruélico acapara el encuadre. Tiene la piel tiznada de hollín y su desproporcionado ojo humanoide parece hinchado.

Luego se esfuma. A su paso la tierra es de pronto verde, con hierba sana. Un cambio de luz golpea la fogata. Desaparece toda la basura y el fuego reluce con un bonito azul, como el subacuático de una piscina. En

una esquina, donde antes había un contenedor con restos de madera, hay ahora una primorosa casita blanca: la misma que se ve desde la ventana de la habitación donde estamos. Mientras lo asimilamos, Billy McCormick entra en el encuadre.

13

La chica blanca que le enseñó a Evangelyne lo que significaba «blanco» —y que la perseguiría en pesadillas durante el resto de su vida— fue su primera novia, Poppy Beacham. Por descabellado que parezca, también fue con ella con quien empezó *Los hombres*.

Se conocieron el año que Evangelyne cumplió los dieciséis, en una época en que esta pasaba gran parte del tiempo sola, dando vueltas por la calle, pensando, buscando la que habría de ser su vida. Poppy Beacham tenía veintidós años. Un día se pusieron a charlar en un 7-Eleven y luego se tiraron varias horas paseando por el pueblo, venga a soltar risitas como si fueran niñas pequeñas. Ese mismo día Poppy le confesó que tenía una enfermedad mental y le contó que seguía oyendo voces, pero que en realidad la reconfortaban. Una médium le había dicho que eran como el *daimon* que le hablaba a Sócrates. «Y si quiero que se callen, pues me tomo las pastillas. A mí me funcionan de maravilla.» Después de eso, la llevó hasta un sembrado y se arrodilló en la hierba ante ella; de esa guisa, le dijo que era lesbiana y que ya estaba coladísima por ella. Evangelyne se agachó a su lado entre la hierba alta y allí, donde nadie las veía desde la carretera, se cogieron de la mano. Eso fue todo. Pero esa noche en el IERA Evangelyne recibió una llamada de teléfono. El aparato estaba en la entrada de abajo, donde colgaban los abrigos, una zona común sin puertas, y ella se tapó la cabeza con una parka para amortiguar el sonido de su conversación con Poppy Beacham, la cosa más importante que había hecho en su vida.

Poppy era una lesbiana declarada que llevaba el pelo liso como una tabla y rojo como una cereza, cortado por ella misma, así como piercings en nariz y labios. Tenía una belleza alienígena, con unos ojos claros muy separados, el cuerpo tan delgado que era

como incorpóreo, la piel de un blanco reluciente. Cuando decía que era una niña cambiada en la cuna, como las de los cuentos, lo decía en serio. Creía que estaba en su carta astral. Era cierto que le olía el sudor mejor que a nadie y que tenía un pelo con una sedosidad muy particular, por no hablar de su intensidad física, que era asombrosa, aunque en ocasiones también discordante. Poppy Beacham comía carne con las manos, se bañaba en el lago con la ropa puesta, tocaba a todo el mundo con total familiaridad (le ponía la mano en el hombro al dependiente de la tienda cuando le preguntaba dónde estaba la pasta de dientes). Todos los hombres de Barclough sabían quién era, aunque no conocieran ni su nombre.

Al principio la suya fue simplemente una de esas relaciones lesbianas malavenidas fruto tan solo de la juventud y la falta de compañeras más apropiadas. Con dieciséis años, Evangelyne acababa de descubrir a Foucault y estaba preparándose en casa para que la admitieran como alumna precoz en la Universidad de Cornell. Poppy no había terminado el instituto y los únicos libros que había en su casa eran sobre los signos del zodiaco y macramé para aficionados. Evangelyne soñaba con estudiar en la Sorbona, aunque le preocupaba que esa opción sonara demasiado pedante para los votantes cuando acabara presentándose a la presidencia del país. Poppy trabajaba en una clínica veterinaria y vivía con el miedo a que empezaran a exigir un título para ejercer, lo que supondría tener que hacer un examen escrito. A sus veintidós años seguía viviendo con su madre, que trabajaba en un Safeway metiendo cosas en bolsas y estaba en un programa de desintoxicación por metadona. La madre de Evangelyne, antes de conseguir el trabajo como gestora en el IERA, había sido profesora asociada de la Universidad de Nueva York.

En los primeros tiempos, a Evangelyne le parecía hasta exótico que Poppy perteneciera a la llamada «chusma blanca»: su olor a maría y a la colonia Jean Naté; su forma de cocinar, que siempre partía de una lata de sopa de pollo Campbell; los suelos laminados marrón oscuro de su casa, cubiertos aquí y allá por retales de moqueta combados; que su amiga y su madre, Debbie,

durmieran las dos con camisones de poliéster elásticos y les pareciese, sin ironía alguna, que estaban guapas. Poppy tenía cinco perros de rescate mugrientos que la seguían en manada, enamorados de ella, y que dormían en camas sin miramientos. Cada vez que alguien hacía ademán de ir a la cocina, el dálmata saltaba a la encimera, algo que a Poppy y a Debbie les parecía el colmo de la diversión. Lo más chungo de todo era que la casa pertenecía al tío político de su madre y que, por si fuera poco, ahora esta además salía con él. Poppy lo ponía verde a sus espaldas y siempre lo llamaba «Tío», pero delante de él lo trataba con simpatía y desenfado. Tío tenía reconocida una incapacidad y tomaba lo que Poppy llamaba el «abecé de los analgésicos». Solía estar en la casa, acechando en las sombras de un dormitorio con un fino batín gris que parecía siempre colocado justo para quedarse abierto, pero nunca habló con Evangelyne. Que su amiga aceptase tan alegremente a aquel hombre fue una de las notas discordantes de esas primeras semanas.

Pero en esos momentos lo importante entre ellas era el sexo, ese hecho increíble que eclipsaba todo lo demás. Era tenderse totalmente desnudas, besándose por todas partes, la punta sensible de una lengua donde se concentraba el mundo entero. Podían hablar entretanto, sí, claro, y Poppy fue la primera que le dijo a Evangelyne que tenía una cabeza privilegiada, mientras botaba encima de ella y le gritaba: «Pero ¿cómo puedes ser tan lista, cabrona? ¿Te cayó un rayo encima o algo así?». Y Poppy no era solo una lesbiana auténtica, sino una adulta. Había estado en bares de lesbianas de Nueva York. Había tenido una relación real con una mujer lo bastante mayor para tener casa propia. Evangelyne era todavía una cría y nadie sabía —su madre nunca se había dado cuenta— que era homosexual. La mayoría de los miembros del IERA veían la homosexualidad como una perversión más de la cultura europea. Caminaba en un trance, encendida por dentro, farsante, transfigurada, condenada. Aquello tenía que ser amor.

El primer cambio llegó el día que Evangelyne le habló de los ritos funerarios de los yorubas. A Poppy le fascinaba todo lo que le

contaba sobre las religiones africanas, a las que consideraba previas a otras confesiones y más cercanas a una verdad primigenia. Era el único ámbito por el que parecía tener una curiosidad intelectual real. A pesar de los intentos de Evangelyne, Foucault y Fanon dejaban indiferente a Poppy.

Ese día Evangelyne estaba explicándole que a los reyes yorubas se los enterraba con un montón de personas más, a las que se sacrificaba para que pudieran seguir sirviéndole en el otro mundo. Había muchos títulos en la corte que exigían morir con el rey, y lo extraño era que la gente se peleaba por esos títulos. No tenían problema en pagar su alto estatus con una muerte prematura. Por supuesto, el sacrificio formaba parte de su cultura. Para los rituales importantes, los miembros de la realeza sacrificaban a distintos tipos de criaturas: una vaca, seguida de un perro, de un caracol, de un pájaro y, para rematar, un chico y una chica.

En ese momento, al ver la cara de Poppy, Evangelyne titubeó y dijo que el sacrificio humano era muy inquietante, pero que no era una cosa solo africana. La mayoría de la gente estaba al tanto de lo de los aztecas y los incas o los druidas eslavos y británicos, que también lo practicaban. Incluso lo hacían los antiguos griegos, que tenían una cosa que se llamaba «hecatombe», que significaba matar a cien reses como sacrificio, y había estudiosos que pensaban que estos sacrificios, en su origen, eran de un centenar de personas. A esas alturas de la conversación, Evangelyne no tenía claro si lo que estaba diciendo era verdad; simplemente necesitaba que a la otra se le cambiara la cara.

Todo esto sucedía en el cuarto de Poppy, ambas echadas en un colchón en el suelo, constreñido a ambos lados por jaulas de perros, una de las cuales hacía las veces de mesa y estaba llena de latas vacías de Sprite Diet. Por las ventanas, que tenían cierres de mala calidad, entraban los sonidos del viento, los pájaros cantarines y los coches que pasaban; por la puerta, los sonidos demasiado íntimos de la casa: el runrún del ronquido de Debbie y el ocasional tintineo de la chapa de los perros que se quedaban fuera.

—¿En eso crees tú? —Evangelyne iba a responder, pero Poppy la interrumpió—: Porque no creo que haga falta llegar a eso para que el notas de vuestro rey esté acompañado.

Evangelyne tuvo que reírse, pero la cara de la otra era de seriedad.

—Eso era hace doscientos años —replicó—. No tiene nada que ver conmigo. Venga, tía... Tú eres medio inglesa, así que tu pueblo... A ver, que los druidas también lo hacían.

—Lo peor es lo de los perros. Y lo de las vacas.

—¿Cómo? ¿Qué vacas?

—Ellas no se ofrecían voluntarias para que las sacrificasen. No lo hacían porque fuera su deber. Ni siquiera lo entendían.

Evangelyne quiso volver a reírse, pero la tensión en la cara de su amiga le quitó las ganas.

—Todavía se sacrifican bueyes y vacas. Vamos, que nos comemos su carne. Las vacas no se consagran a ningún dios, pero a la vaca le da igual.

—Creo que me voy a hacer vegetariana —dijo Poppy—. No me mires así. Lo digo en serio.

—Vale.

—¿Hacéis eso ahí en tu casa? ¿Lo de las vacas?

—¿En el IERA? A veces con gallinas. Tú comes pollo, ¿no?

—Pero entonces hacéis eso de la hexa... hexa... ¿Cómo era?

—Hecatombe. No, eso es...

—Siempre había creído que una hecatombe era un cuadrado de seis lados.

Evangelyne se rio y esa vez la otra también. El ambiente se destensó y Poppy enredó las piernas con las suyas.

—Qué tontorrona... Eso es un hexágono.

—¿Hexágono? ¿Eso no es un rollo militar?

—Creo que te refieres al Pentágono.

Poppy asintió, pero ya había dejado de escucharla. Se recostó en la almohada y entornó los ojos pensativa. Evangelyne le escrutó la cara, buscando en ella la belleza que haría que todo volviera a estar bien, cuando de pronto la otra exclamó ahogando un grito:

—¡Hostia! ¿Y si lo único que funciona es el sacrificio

humano? ¿Y si hay que hacer una hecatumba para que Dios responda a nuestras plegarias?

—¿Cómo?

—¡No, te lo digo en serio! ¿Y si las cosas que no están bien en este mundo se deben todas a que no estamos sacrificando gente? —Poppy pegó un chillido ante aquella idea y cogió del brazo a Evangelyne antes de decir—: Te estoy dando miedo, ¿verdad? ¿Da miedo? ¡Me da la sensación de que acabo de tener una revelación y no me gusta!

Trascurrió una semana y no pasó nada peor. Siguió yendo todos los días a casa de Poppy, aunque se iba más temprano. Sentía las extrañezas de su novia con más intensidad, sin por ello comprenderla mejor. Se cuidó de no mencionar nada sobre religiones africanas ni sobre el IERA. Echaron polvos mediocres basados en los buenos polvos que habían echado.

Luego, el domingo, cuando iba andando a su casa, Poppy apareció a toda prisa y la interceptó por el camino de entrada.

—Hoy tenemos que ir a otra parte —le dijo riendo y sin aliento—. ¡Ay, Dios! Mi madre acaba de fliparlo con tu peña. Se te va a ir la olla cuando te lo cuente. —Evangelyne miró hacia la casa y quiso dar media vuelta y regresar a la suya—. No pasa nada. Ya sé adónde podemos ir.

—No sé yo...

—No, no pasa nada. Podemos simplemente...

Pero entonces la puerta de la casa se abrió de golpe y Debbie se plantó en el jardín, con la cara encarnada y gritando:

—Ya estás dejando en paz a mi hija, ¿me oyes? ¡Ella no está bien! ¡Y diles a tus putos africanos que la dejen también en paz!

Poppy soltó un chillido, le pegó un puñetazo en el hombro a Evangelyne y salió corriendo. Esta se quedó un segundo sin saber qué hacer, pero, cuando vio que la madre iba a por ella, le entró el pánico y salió corriendo detrás de su amiga.

Casi al instante, esta se salió del camino y se adentró en el bosque. Evangelyne la siguió, consciente de que iba más lenta. Fue persiguiendo el pelo rojo entre los árboles, sorteando ramas, con

torpeza por lo irregular del terreno. La llamó, pero Poppy no pareció oírla. Para cuando la vio detenerse en un claro, Evangelyne estaba sin aliento. La otra corrió a abrazarla, riendo y encantada. Intentó hacerle dar una vuelta, como bailando, pero Evangelyne se resistió.

—¿Qué está pasando? ¿Qué ha sido eso?

—¡Mira! —Poppy señaló hacia una destartalada casita que había en lo alto de un árbol a pocos metros sobre su cabeza.

—Ya la veo. ¿Qué ha pasado con tu madre?

—Qué movida, ¿verdad? ¡Joder! Y todo porque le he contado lo que me dijiste, lo del hexágono...

—¿El hexágono?

—Tío se ha puesto que no veas. Ha dicho: «Eso es satanismo, adoran al demonio», como si de pronto él fuera cristiano o algo. Venga ya... —Poppy rio—. Y mi madre llorando como una magdalena porque acaba de enterarse de que soy lesbiana, y a lo mejor eso también es satánico... Mira quién fue a hablar, ¡la que se acuesta con su tío! —Evangelyne intentó sonreír, pero le venían las náuseas por la carrera que se había pegado—. Les conté lo que me habías dicho de comer pollo, y Tío se puso en plan: «Te puedes comer todos los pollos del mundo que quieras, pero si los quemas y se los ofreces a un ídolo, eso es ser satánico». Se cree que todas las sectas son para adorar a Satán. Vamos, que le pregunté si creía que los de la secta Moon adoraban también a Satán, y me dijo: «¿Qué te apuestas?».

—¿Estás hablando de...? ¿No les habrás hablado de lo de los sacrificios humanos?

—Les expliqué lo que me habías contado sobre los antiguos griegos, y para mí que ahora creen que los antiguos griegos son otra secta.

—Tú sabes que nosotros no creemos en el sacrificio humano. ¿Se lo has dicho?

—Yo ya sé que no creéis.

—Aparte, el IERA no es ninguna secta.

Al decir aquello, sintió que no estaba siendo del todo sincera. A menudo se había quejado a su madre de que el IERA era una

secta. Eran gente que intentaba cambiar el mundo cantando en idiomas que no hablaban y rezándoles a estatuas que pedían por correo. Siempre le había dado vergüenza llevar a amigos a su casa. Sin embargo, en ese momento repitió lo que su madre siempre le decía:

—Si creer en el poder del ritual significa que el IERA es una secta, entonces la mayoría de las personas del mundo pertenecen a alguna secta. Vamos, solo hay que pensar en el catolicismo...

Poppy se encogió de hombros. Tenía la cabeza ya en otra cosa.

—Le estaba diciendo a mi madre..., y ha sido por eso por lo que se le ha ido la olla, ¿sabes? A ver, entonces ¿en tu religión sacrificáis solo a los vuestros o también sacrificaríais a alguien como yo?

—Mira, yo no sé ya de qué me hablas.

—A ver, que la que está asustada es ella, no yo. Sé que tú me protegerías, pero ella tiene miedo de que me entregues a ellos.

—¿No pensarás que en el IERA se hacen sacrificios humanos?

—Es solo una pregunta. Para que se lo pueda decir a mi madre.

Evangelyne se quedó sin habla unos segundos mientras intentaba sumar todo aquello a Tío, la metadona, el grito de Debbie de «Diles a tus putos africanos que la dejen en paz».

—Vamos a ver, pero que mi gente es... —dijo por fin Evangelyne—. Que sí, que hay algún que otro rarito, pero no nos dedicamos a matar a nadie. Mi madre fue profesora de universidad y sigue escribiendo artículos en revistas. ¿Así es como te imaginas mi casa? —En ese momento sintió que una pieza encajaba en su sitio y añadió—: Que sepas que eso es racismo. —Ante aquello, su amiga le volvió la cara con una sonrisa ofendida—. No, en serio, retira lo que has dicho. Es mi familia.

—Mira, no quiero herir tus sentimientos —contestó Poppy con la voz de alguien que se muestra paciente ante un trato poco razonable—, pero, según Tío (y él tiene algunos amigos que son polis retirados y que opinan lo mismo), en tu casa hay gente que ha venido aquí a aprovecharse de chicas. Porque muchos de

vuestros hombres son delincuentes que vienen de sitios como Baltimore, y allí eso es de lo más normal. Es que hasta reconocen en las canciones que son proxenetas. Y esos hombres se dedican a secuestrar a chicas, niñas incluso, no sé cómo de jóvenes, pero crías. Es lo que dice la poli. Así que podría ser sacrificios humanos o cualquier otro crimen más normal. O las dos cosas podrían estar unidas porque...

Poppy siguió hablando, como si ella, y no Evangelyne, conociera a la gente de Evangelyne, mientras esta se quedaba paralizada por la rabia. Era incapaz de hablar, incapaz siquiera de mudar el rostro. El corazón empezó a latirle a mil por hora y la embargó una sensación como de un ruido penetrante que se hacía cada vez más agudo.

Ahí tendría que haber acabado todo. Había una laguna en el recuerdo de Evangelyne en la que se veía volviendo a casa, cortando por lo sano. No debería haber vuelto a ver a Poppy Beacham. Había un hueco en su memoria donde podía haber pasado eso.

Pero sí que recordaba haberse quedado ahí todo el día mientras Poppy deliraba con ser sacrificada, horas de abrazarla y calmarla, tumbadas en el viejo colchón enmohecido de la casa del árbol. Ese día Evangelyne le explicó una y otra vez por qué no tenía sentido que creyera que había gente sacrificando a sus vecinos en Vermont en 1997, por qué no tenía sentido pensar que los hombres del IERA eran proxenetas de Baltimore, por qué Poppy no debería ir por ahí diciendo esas cosas..., y ese fue solo el primero de los muchos días que Evangelyne se pasó hablando con Poppy Beacham para que recobrara la cordura.

Al echar ahora la vista atrás, podían intuirse dos razones por las que Evangelyne cayó en esa trampa. La primera era que todavía no entendía el racismo; para ella era una entidad incierta, algo exagerado por los adultos para impedir que los niños salieran a la calle e hicieran cosas. En el barrio donde ella y sus hermanos se criaron, había una casa de unos vecinos a la que no podían entrar porque al parecer los padres eran racistas. Una vez Giovanni, su

hermano mayor, y ella se colaron para jugar con los hijos de la familia y descubrieron con emoción que tenían la MTV, una Nintendo, bocadillos de jamón picante en pan Wonder, revistas *Playboy* y un cuadro de Jesús al que se le iluminaba el corazón por detrás de la túnica. Comprendieron entonces que los adultos parecían temer que sus hijos se juntaran con los «paletos del pueblo» y se les pegaran sus costumbres, de modo que se dedicaban a decir que eran «racistas». Era cierto que había niños en el pueblo que les habían soltado insultos racistas, pero los críos siempre andan diciendo cosas feas, incluso aunque no sepan lo que significan. Fue muy gracioso cuando una chica blanca le dijo a Giovanni que su sudadera de la NYU era «muy del gueto». Y puede que eso fuera racista, sí, pero no era racismo real, no de ese que hace daño a la gente.

La segunda razón era que Evangelyne había vivido toda su vida rodeada de enfermedades mentales. Los sitios como el IERA atraían a gente atribulada. Uno que vino de visita se pasó todo el tiempo que estuvo allí moviéndose de cara a la Meca por las habitaciones. Otro construía pequeños altares en el bosque con sus propios zapatos. Era de lo más normal ver cauris por el IERA —si ibas descalza, tarde o temprano te clavabas uno en el pie—, y a una mujer tuvieron que expulsarla porque se dedicaba a comerse las conchitas en secreto, convencida de que eso la curaría del cáncer que padecía. A Evangelyne la educaron en la creencia de que la locura podía ser revelación —la extraña voz de Dios— o una manifestación de dolor. En ambos casos, era algo que podía pasarle a cualquiera, y una de las bondades de las culturas africanas era que no miraban mal a la gente por ser distinta. La mejor cura para las aflicciones del espíritu, le habían enseñado, era el amor incondicional.

Así que Evangelyne siguió yendo a la casa del árbol, llevando hierbas para quemar, vitaminas, libros espirituales para leer en voz alta. Y funcionó, o eso creyó en un principio. Poppy volvió a tomar las pastillas y se apuntó a la lista de espera para recibir terapia. Reconoció que eran sus «demonios» los que la hacían hablar continuamente de sacrificio humano y que tal vez no fueran tan

benignos. A veces incluso hablaba sobre su enfermedad con una desesperanza cómica. En cierta ocasión le contó la historia de un hombre que llegó a la clínica veterinaria con un perro salchicha ya mayor en brazos y le preguntó: «¿Aquí curáis arañas?». Todos los de la sala de espera se quedaron mirando al teckel con cara de asco, convencidos de que tenía arañas, pero en realidad lo que pasaba era que el hombre tenía una tarántula enferma en su casa; lo de llevar al perro era casualidad. «Yo tengo arañas —dijo entonces Poppy—. Arañas *de* cabeza.» Hizo una mueca cómica, con los ojos bizcos, y cuando Evangelyne se rio, Poppy se sintió bien, inocente, y enterró la cabeza en el hombro de la otra, que la quiso entonces, o quiso quererla. Quiso que se pusiera bien.

Pero había días enteros en que Poppy deliraba, y los delirios seguían centrados en el IERA. Preguntaba por ejemplo si los del IERA quemaban a la gente viva o la mataban antes. Una vez que vio un palo en el bosque creyó que era un «hueso de bebé» y se puso a llorar y a temblar. Creía que los hombres del IERA la seguían en coches, esperando la oportunidad para atraparla. Las voces demoniacas le murmuraban que Poppy tenía que arder, que solo su muerte podía salvar la Tierra.

Aun así, en cierto modo, peores eran las cosas que Poppy le contaba a Evangelyne y que podían ser verdad. ¿Estaba delirando cuando le dijo que Tío la engañaba para que se tomara una dosis extra de somníferos y así poder follar con ella? ¿O cuando le contó que se había despertado una vez desnuda y se había visto con Tío y su amigo Roy por encima de ella en calzoncillos? ¿O la vez que no quiso tomarse el somnífero de más y Tío le dijo: «Anda, eres una aburrida», como si pensara que ella también disfrutaba del jueguecito? ¿Era verdad que, cuando Poppy había intentado contárselo a su madre, esta le había dicho que gracias a Tío tenían un techo sobre la cabeza, y ella debía empezar a espabilar y hacerse fuerte? Le hizo prometer a Evangelyne que la salvaría si Tío «volvía a ponerse muy chungo» y ella se lo prometió, no podía hacer otra cosa. Pero quiso decirle: «Soy una cría, esto no es responsabilidad mía, esto me supera».

Evangelyne se fue entonces a casa por una carretera comarcal

desierta y pensó: «Pero es que la quiero...», a la vez que se dio cuenta de que tenía miedo. Habían pasado demasiadas cosas y el mundo se había hecho demasiado grande. Era el mismo año que a Sundayate le había dado el infarto, de modo que se habían cancelado todas las charlas y los talleres, y el silencio se había apoderado de la casa del IERA, medio vacía como estaba. Los adultos se mostraban atribulados, esquivos, con el ánimo de un pueblo cuyo rey ha enfermado y toda su tierra con él. Cuando Evangelyne llegó a casa, nadie había reparado en su ausencia. Fue a acostarse en su litera del dormitorio de seis camas, pasando de puntillas por delante de una mujer ya dormida, y trepó a la cama de arriba, que estaba siempre llena de libros. Ahora también tenía una caja de zapatos con recuerdos de Poppy: un mechero Bic, un bote vacío de Lorazepam, una flor de seda azul, una cinta de las Siouxsie and the Banshees, de la que solo escuchaba algunos compases porque no le gustaba la música. Se tendió con aquellas reliquias a su alrededor y se echó a llorar. Hacía tiempo que había aprendido a llorar sin hacer ruido, pero por primera vez le dio rabia hacerlo tan bien. Quería que la pillasen. Quería escapar de Poppy Beacham y no sabía cómo.

Lo que rompió el conjuro fue que Giovanni, su hermano mayor, volvió a casa de la facultad para pasar el verano. Al instante ella le confió todo, que era lesbiana, lo de la enfermedad mental de Poppy, lo de Tío, todo. Si lo que pretendía era llamar su atención, sin duda lo consiguió. Como decía su madre, ese verano Giovanni y ella fueron «uña, carne y hueso». Su hermano le aseguró que ella no tenía la culpa de nada y que Poppy ya era grandecita y lo mejor que podía hacer era «pasar de esa perra mala». También adoptó ese papel de hermano mayor con dos chicos adolescentes que estaban en el IERA, Jay y Paul, a los que su familia había dejado allí porque en Filadelfia no hacían más que meterse en líos. Ese verano hicieron pandilla los cuatro. Giovanni acababa de comprarse su primer coche, y se pasaban las horas dando vueltas en él, abriéndoles su verdadero yo a los demás, cantando canciones de la radio, riendo con cualquier cosa, Jay

medio tonteando con Evangelyne, y los tres chicos fumando mientras ella estaba allí encantada, respirando el humo y el viento, emocionada y segura. También a ellos les confesó que era lesbiana y al principio se quedaron más impresionados de la cuenta, enmudecieron; como más tarde diría Giovanni: «Parecían conejos ante los faros de un coche». Pero pronto empezaron tímidamente a hacerle bromitas, y Evangelyne, a su vez, pudo contarles anécdotas sobre la loca de su ex, que Giovanni solía interrumpir con gritos en falsete en plan «¡Nooo!». Paul tenía muy buena voz cantando y a veces los otros tres intentaban armonizar con él, pero no lo conseguían y se reían y se echaban la culpa entre sí mientras aceleraban por una nacional desierta. Solo lo lograron una vez, una noche que se adentraron en una niebla cegadora y estaban conduciendo con una lentitud onírica por una carretera muy sinuosa, viendo tan solo las ramas más cercanas y un vago viso de carretera por delante, con las voces mágicamente entrelazadas, girando y girando, cantando lentamente:

If you get there before I do
coming for to carry me home,
tell all my friends I'm coming too
coming for to carry me home...

Hasta que los golpeó una luz repentina, un coche con las largas puestas en su mismo carril. Giovanni frenó y dio un volantazo que hizo que las ruedas abandonaran el asfalto y se cerniera sobre ellos el tronco de un árbol, con la canción quebrándose de cualquier forma: chillidos, gritos, maldiciones. Pero entonces volvieron a la carretera, ya no había luces, ya no había canción. Los cuatro estallaron en risas y se pusieron a pegarse en broma. «Hostia puta. ¡Estamos vivos!», exclamó Evangelyne.

En todo ese tiempo no vio a Poppy. Le pidió (remedando no solo el lenguaje de su hermano sino también su tono de voz) que respetara sus límites. Quedó, eso sí, en llamarla una vez a la

semana, lo que se justificaba a sí misma por el miedo a que su amiga se suicidara.

En esas llamadas semanales, Poppy le juraba que se encontraba mucho mejor, y que las pastillas nuevas funcionaban, y que estaba comiendo e incluso recuperando algunos turnos en el curro. Evangelyne le explicaba por qué no podían estar juntas, y la otra lo entendía, y expresaba su admiración por la madurez de Evangelyne. «Tú eres mi único amor verdadero —le dijo Poppy—, pero sé que si uno quiere algo primero tiene que dejar que sea libre. Así que me estoy conformando con mi llamada semanal y te estoy superagradecida por no haberme mandado a paseo.»

Era un señuelo, y Evangelyne lo sabía. También era consciente de que estaba dando pasitos en secreto para acabar viendo a Poppy, permitiéndose recordar sus suaves manos, su cara de otro mundo, estar todo el día radiante por tener novia. Se sorprendía pensando que todavía podían solucionarlo. El trastorno bipolar era una enfermedad, pero eso no es como para dejar a nadie. Y pronto Giovanni volvería a la facultad, Jay y Paul regresarían a Filadelfia..., y ella se quedaría sola.

Entonces, un sábado por la noche, la llamó Poppy, histérica y llorando, diciendo que Tío había vuelto a «hacerle daño».

—No te lo quería contar, pero es que cada vez es más chungo. Le echa las pastillas a todo. Y Roy, su amigo, se pasa el día en la casa. Han empezado hasta a drogar a los perros. Yo dormía con ellos en el cuarto y anoche no pude despertarlos. ¡No podía despertar a los perros!

Evangelyne estaba en el vestíbulo del IERA. Desde la ventana veía el jardín delantero en penumbra, donde alcanzaba a ver a Giovanni y a Paul fumándose un cigarro en el bordillo de la acera. Mantuvo la mirada en su hermano para que su espíritu la guiara.

—Vale. Entonces ¿no sería mejor que llamaras a la policía? Si pudieras demostrar que...

—No puedo. Es amigo de todos los polis y eso. O por lo menos de unos pocos. Y no sé si es verdad. En plan, ese es el tema, que no lo sé. Y ellos lo único que tendrían que hacer es decir que yo estoy loca.

Evangelyne seguía con la vista fija en su hermano.

—¿Tú crees que puede ser eso?

—No lo sé. Yo me despierto y es como que veo que tengo una camiseta puesta, pero no llevo nada debajo. Y tal vez me había acostado así, pero no tengo la sensación de haberlo hecho. Y ahora son los perros. No puede ser una locura mía cuando no puedo despertar a los perros, ¿verdad?

Llegadas a ese punto, Evangelyne se echó también a llorar.

—Tienes que salir de esa casa. En serio. ¿Hay alguien del trabajo que pueda...? Porque yo no puedo...

—No. Mira, ya lo tengo todo pensado.

—Necesitas un sitio donde quedarte. Una temporada.

—Sí, un sitio donde él no pueda llegar hasta mí. Lo tengo todo pensado: me voy a internar en un hospital.

Al oír aquello, Evangelyne se relajó como si se hubiera liberado una presión agonizante. Incluso sonrió con la mirada fija en el jardín en penumbra.

—Claro que sí. Es que tienes que ir a un hospital.

—Ya, sí, ¿verdad? —Poppy soltó una risita ligeramente nasal —. Es que hay que ser tontas, ¿no? Bueno, tú no, la tonta soy yo.

—Bueno, entonces ¿qué vas a hacer?, ¿llamar a una ambulancia?

Poppy estuvo un buen rato sin responder. Mientras esperaba, Evangelyne sintió un insólito peso en la barriga. Quizá sí que iba a hacer falta que fuera. Si ella la necesitaba, tendría un pretexto para verla. Fuera, Giovanni se había agachado para ver algo en el césped. Podía pedirle que la llevara. Si él le decía que sí, eso significaría que estaba haciendo lo correcto.

—Podría llamar a una ambulancia, sí, pero, como vengan, mi madre va a querer largarla. Se caga de miedo solo de pensar en las facturas médicas y la deuda que se le puede venir encima. Estaba pensando que..., si tú vinieras, podríamos ir andando hasta el Dunkin' Donuts, que tiene una cabina. Y ahí ya sí que me veo capaz de llamar.

Evangelyne agarró con fuerza el teléfono.

—Mi hermano tiene coche. Puedo preguntarle a ver si...

—¡Dios, tía! ¡Eres la mejor! Qué fuerte, muchas gracias. Tú sácame de aquí y yo te juro que no te vuelvo a pedir nada en la vida.

Evangelyne salió corriendo al jardín. Para cuando llegó a la altura de Giovanni y Paul, ya había decidido que tenían que ir. Les contó la historia con ese aplomo. Utilizó la palabra «violación» y les habló de los perros drogados y de que Poppy se despertaba medio desnuda.

Se había preparado para que los chicos pusieran pegas y le quitasen importancia como otra locura más. Pero los dos se lo tomaron muy en serio y demostraron su nobleza. Estuvieron de acuerdo en que, cuanto antes actuaran, mejor. Era perfecto lo de que fuera a un hospital; la mantendría a salvo y lejos de Evangelyne, además de que así podría recibir la ayuda que necesitaba. Paul fue corriendo a la casa a por Jay y, antes de que Evangelyne se hubiera hecho a la idea, iban camino de casa de Poppy, atravesando una noche que ahora sentían salvaje y belicosa. Eran héroes en una misión de rescate. Era real.

Aparcaron a cierta distancia de la casa y, después de debatir un poco sobre cómo proceder, los cuatro bajaron del coche y se reunieron en un soto de árboles para observar desde allí. Era una casa blanca de una planta normal y corriente, rodeada de maleza, hasta el punto de que parecía estar hundiéndose en la tierra. Más tarde todos estuvieron de acuerdo en que se notaba que era un sitio donde pasaban cosas feas. El sombrío y omnipresente olor a mofeta le recordó a Evangelyne que había perros y que era mejor no despertarlos. Se adelantó y dejó atrás los árboles, pero no tanto como para que los chicos la perdieran de vista mientras se abría camino entre la maleza salpicada de basura. Le llevó un tiempo encontrar algo que tirar: el tubo roto de un bolígrafo. Temió que no sonara lo suficiente contra la tela mosquitera, pero, nada más darle, la ventana de Poppy se abrió. Acto seguido, la mosquitera subía y su amiga salía como si lo hubieran organizado todo así de antemano. Incluso en ese movimiento dejó ver su garbo, y quizá había sido su naturaleza atlética lo que en un principio había

encubierto su enfermedad y había hecho que pareciera élfica en lugar de enferma. Poppy saltó con suavidad y volvió la cabeza con una sonrisa amplia y emocionada. Hasta que sintió la presencia de los chicos y se puso tensa.

—No pasa nada, son solo mi hermano y...

Antes de poder terminar, Poppy estaba gritando.

Como eran adolescentes, se rieron. Eran risitas nerviosas que intentaron contener, pero que aterraron a Poppy aún más. Esta saltó hacia atrás para volver a entrar por la ventana y se quedó un momento encaramada al alféizar, gritando «¡Socorro! ¡Socorro!», como un dibujito animado. Las luces se encendieron en la casa. Se oyeron voces y pisadas pesadas, seguidas de una cacofonía de ladridos furiosos. Poppy pasó entonces una pierna por el marco de la ventana, aupándose con una fuerza repentina y asombrosa, y desapareció. Evangelyne seguía sin moverse. Se le pasó por la cabeza hablar con Debbie y Tío para decirles que Poppy debía ir a un hospital. La presencia de los chicos le dio seguridad.

La puerta de la casa se abrió entonces. Giovanni estaba ya tirando del brazo de su hermana cuando Tío apareció en el umbral, con su típico albornoz gris y un revólver en la mano.

Evangelyne no llegó a ver adónde apuntó. Iba ya corriendo con su hermano, toda su piel erizada por el miedo, todo su cuerpo sintiendo lo que dolerían las balas. Cuando sonó el disparo, se tropezó y a punto estuvo de caerse. No le dio. Paul chilló, un sonido anormal que la atravesó como una sierra. Pero tampoco le dieron, solo estaba corriendo. Cuando llegaron a la altura del coche, iban jadeando y mascullando maldiciones mientras se daba cuenta de lo pesada y morosa que puede ser la puerta de un coche, lo que le cuesta volver a cerrarse. Se agacharon en los asientos mientras arrancaban y casi se salieron de la carretera porque Giovanni apenas se atrevía a levantar la cabeza por encima del salpicadero. No se sentaron bien hasta que se incorporaron a la nacional, rumbo a cualquier parte, lejos de allí. Luego estallaron todos en risas, gritándose la historia unos a otros, haciendo preguntas y hablando por encima de las respuestas, pegando puñetazos contra la tapicería, imitando los chillidos de Poppy de

«¡Socorro, socorro!».

Estaban demasiado alterados para volver directamente a la casa, así que estuvieron una hora dando vueltas. Evangelyne lloró un poco y Jay también, o al menos se frotó los ojos. Les habló de una vez que había visto cómo disparaban a un hombre en el norte de Filadelfia. Estuvieron de acuerdo con que eso te dejaba tocado de la cabeza. Había comunidades enteras que estaban tocadas, y no solo en la ciudad. ¿Y qué decir de los colgados esos? Hasta tener un arma era de estar tocado, aunque quizá lo suyo fuese que ellos también llevasen una, por si acaso. Bromearon sobre no querer ni abrir las ventanillas, no fuera a ser que te entrara una bala. ¡Como si una ventana fuera a protegerte!

—Como el que se pone un casco y se cree que ya no va a pasarle nada —dijo Jay.

Se pusieron a imaginar cómo habría sido en la Segunda Guerra Mundial, todos corriendo a esconderse detrás de un tanque. Un árbol. Un casco. «¡Socorro! ¡Socorro!»

Coincidieron en que era mejor no contárselo a nadie. Habían sido unos idiotas de campeonato por creerse las movidas psicóticas de Poppy.

—Dime que no todas las lesbianas son así —dijo Giovanni.

Evangelyne soltó tal carcajada que se desplomó contra Jay, que la apartó riendo y diciéndole:

—¡Yo no quiero lesbianas encima de mí! ¡Que todas tenéis chinches de la locura! ¡Socorro, socorro!

Y otra vez se pusieron los cuatro a chillar «Socorro, socorro», riendo, mientras Giovanni hacía eses sin razón aparente por la carretera vacía y hacía sonar el claxon.

Evangelyne sintió que le habían devuelto la vida. Se había acabado. Lo había intentado y Poppy había salido corriendo y gritando y casi había conseguido que la matasen a ella... ¡y a su hermano! Ahora era una mujer libre. Giovanni se lo perdonaba. Solo le quedaba un año para ir a Cornell.

El incidente en el aparcamiento del supermercado en el que le tiraron una lata de refresco a Sundayate sucedió justo como

aparece en «La chica blanca». Era verdad que la madre de una de las chicas había llamado a la policía y había hecho unas acusaciones absurdas. Pero para entonces ya llevaban semanas investigando al IERA, desde que Tío llamara al 911 el día que Evangelyne intentó rescatar a Poppy. Esa noche la policía la pasó en la cocina de Tío, escuchando sus historietas y las de Debbie sobre sacrificios humanos, secuestro de menores y criminales de Baltimore. Después de eso, otras dos decenas de personas prestaron declaración en un tenor similar, asegurando que habían escuchado gritos provenientes de la casa del IERA o que habían presenciado como descargaban lanzagranadas de unas camionetas. Hubo, claro está, otros vecinos que desmintieron todo esto como chismes absurdos, pero la policía no tardó en dejar de entrevistarlos, al considerar que eran «vías muertas» de información.

Durante las semanas de la investigación, la actitud de los lugareños hacia los del IERA se endureció. Los rumores más siniestros se daban ya por hechos y se corroboraban. Ahora todas las mañanas llegaban amenazas al buzón del IERA, sin importarles depositarlas en persona. En una ocasión encontraron una horca y en otra alguien disparó a la casa desde un coche en marcha. Llamaron a la policía después del incidente, pero estos dijeron que no podían hacer nada. En la última semana, el propio IERA apostó a guardias armados en las puertas delantera y trasera, lo que las fuerzas de seguridad vieron como algo alarmante. Los planes de la policía para hacer una redada en la casa adquirieron proporciones militares.

Entretanto, Poppy Beacham había perdido la capacidad para comunicarse verbalmente y por fin había sido ingresada en un hospital de Burlington. «Mi hija siempre tuvo problemas, pero nada como aquello —aseguró Debbie ante el jurado del juicio contra Evangelyne—. No hasta el punto de no poder hablar. Así que nunca sabré qué le hicieron esos animales, pero no quería que se lo hicieran a nadie más.»

Y una mañana de verano, justo antes del amanecer, a Evangelyne Moreau la despertó el estrépito de un tiroteo. Recordaría bajarse como pudo de la litera a oscuras, el ruido,

cristales que se partían, el aire llenándose de polvo de escayola. No veía nada y jadeaba sin poder respirar, a gatas bajo la escayola que le llovía sobre la cabeza. Después de eso los recuerdos eran fragmentarios. No se acordaba de haberse puesto en pie. Cuando intentaba recordar haber matado a los polis, la imagen que siempre le venía era la de un policía de dibujos animados evaporándose de golpe al impactarle la bala. Pero sí tenía claro que ella no había iniciado el tiroteo porque la pistola que utilizó la cogió del cuerpo sin vida de su hermano Giovanni. Jay estaba a su lado, gritando; le faltaba un ojo y media cara. La ventana que tenían encima había estallado y entraba el aire. Mientras se levantaba para mirar por ella, pensó: «Como si una ventana fuera a protegerte».

Vio a unos desconocidos armados en el jardín. Apuntó. Apretó el gatillo y pasó a ser otra persona.

14

Sobre los años en prisión, había poco que contar. El primer año lo pasó casi comatosa por el duelo, hasta el punto de que hubo que alimentarla a la fuerza. La médica recomendó un tratamiento fuerte y terapia electroconvulsiva, que Evangelyne aceptó, y que probablemente le salvó la vida. Porque si los recuerdos eran un problema, en eso sí que el electrochoque podía ayudarla. También se llevó lo que le quedaba de fe, y eso fue más que nada un alivio. Había padecido las risas y los remedos de las funcionarias de la prisión cuando había intentado cantar en yoruba. También pasó gran parte de ese año llorándoles a otras internas sobre sus problemas, y no le fue nada mal, teniendo en cuenta que el 90 por ciento eran blancas y el cien por cien tenía sus propios problemas. Muchas funcionarias la hostigaban y la pateaban —al fin y al cabo, se había cargado a dos polis—, pero había internas que la trataban como si fuera su hija. Las personas tienen muchas facetas.

Llevaba en esa cárcel cerca de un año cuando recibió una carta con remite de Seattle. El sobre estaba lleno de sellos Forever, a pesar de que solo había cuatro folios dentro.

Poppy escribió:

> *Me mudé a Seattle (¿te parece lo bastante lejos o no? ¡jaja!), pero el correo funciona exactamente igual. Estuve en el hospital mogooollón de tiempo. Luego me llevó mogooollón de tiempo encontrarte porque yo soy medio lenta y nadie quiso ayudarme. Pero he estado escribiéndoles al gobierno y a la prensa para decirles que tú nunca le disparaste a nadie. ¿¿Es que no saben que esos polis son los mismos tontos del culo mentirosos que se creyeron mis chorradas sobre que sacrificabais niños mediante* hoodoo*?? Pero supongo que nadie hace caso cuando ven en el*

remite la dirección de un manicomio. Vamos a ver, ¿qué pasa, que una zorra loca te puede meter en la cárcel, pero la misma zorra loca no te puede sacar? Así que quizá no pueda hacer nada para arreglar lo que pasó, PERO LLORO POR TI A TODAS HORAS.

Los últimos tres folios estaban llenos de lágrimas pintadas a mano por las dos caras.

Poppy seguiría escribiéndole durante trece años.

Los primeros tres Evangelyne leía las cartas, pero nunca respondía. Fue entonces también cuando empezó a trabajar en el embrión de lo que más tarde sería *Sobre el comensalismo*, una tarea ingrata al principio. Las funcionarias se pasaban el tiempo revolviéndole el cuarto y desperdigando las hojas a los cuatro vientos. No tenía dónde investigar; en la biblioteca de la cárcel no había más que unas cuantas enciclopedias y cuatro estanterías llenas de novelas románticas destrozadas. Cuando estaba con las presas comunes, tenía que concentrarse contra el pandemonio de radios, televisores, parloteo, silbidos, ronquidos e incluso el pedo de la compañera de turno que te interrumpía en medio de una disquisición crucial. Cuando la metían en aislamiento, el único artilugio para escribir que le permitían era un lápiz de los pequeños. Pero no cejó en su empeño y así, poco a poco, el trabajo fue convirtiéndose en su salvavidas. Consiguió desengancharse de la medicación y, cuando la madre de otra víctima del IERA le mandó dinero para el economato, pidió una máquina de escribir con la carcasa transparente. En el cuarto año de condena terminó un borrador. Era por entonces un libro Frankenstein, confeccionado con jerga cogida con pinzas, tramos de prosa sentimental sobre «hijas de un mundo en cadenas» y unas cuantas de las ideas que más tarde la harían famosa en estado embrionario. Hizo seis copias con papel de calco y pronto la mitad de las presas estaba leyéndolo con avidez: sus primeros coqueteos con la fama.

Pensó en mandarle un ejemplar de este texto caótico al filósofo y activista Cornel West. Sabía que daba clases en Princeton y creyó que un paquete dirigido a «Cornel West, Universidad de

Princeton, Nueva Jersey» tenía posibilidades de llegar a su destino. Incluso se convenció de que las páginas escritas a máquina lo impresionarían con su autenticidad. Luego lo pensó mejor y se lo mandó a Poppy.

En esa época, esta era ya famosa en la comunidad LGTB del noroeste del país. Era la novia que nadie quería tener, una musa universal y una destrozacorazones que a cada tanto se volvía catastróficamente loca, se comportaba como tal y dejaba un rastro de tierra abrasada a su paso. Salió con una pintora famosa, luego con la dueña de un restaurante, luego con dos poetas seguidas, luego una periodista..., y les arruinó la vida a todas y cada una. Todo el Seattle lésbico tenía alguna historia sobre haber llamado a urgencias para que acudiesen a socorrer a Poppy. Por temporadas le daba por ir vendiendo libros y basura por la calle, y una vez construyó una imponente estructura artística en Discovery Park de la que decía que era una «máquina religiosa». Hubo una breve controversia sobre si quitarla o no hasta que la propia Poppy le prendió fuego y acabó una vez más en la planta de Psiquiatría.

Cuando se tomaba la medicación, intentaba sacarse una diplomatura y trabajaba paseando perros o como ayudante de veterinaria. En esas funciones era bastante operativa, aunque nunca llegaba a estar del todo en sus cabales. Incluso cuando se encontraba mejor que nunca, oía voces, que creía provenían de un reino de demonios. Una típica carta de Poppy podía empezar contándole que había ido al zoológico y las cebras le habían dado un mensaje, pero este estaba incompleto, de modo que había ido al acuario, donde acabaron arrestándola por pelearse con los vigilantes por haberse colado sin pagar. Se disculpaba a menudo por escribir «cosas de chiflados», y una vez se excusó diciendo: «Tengo que volver a tomarme las pastillas, pero es que cuando me las tomo me siento como el culo, como cuando el Coyote se traga una bola de cañón». Debajo de eso había dibujado al Coyote con una bola de cañón gigante dentro de la barriga y la leyenda «¿Esto era la felicidad?». Escribía mucho sobre género, la mayoría de las veces sin ton ni son. En una carta decía que los hombres no tenían alma y que por eso crecían tanto; en otra, que los roles sexuales

eran diabólicos y por lo tanto solo «los animales, las amebas, las plantas y las setas» podían conocer a Dios. Estaba obsesionada con el cambio climático y la contaminación, y creía que escuchaba los gritos doloridos de los árboles porque la Tierra estaba envenenada. El sacrificio humano era otro de sus intereses y a veces hablaba de los preparativos para su propio sacrificio. Empezó a llamarlo «el Milagro» y creía que, cuando ocurriese, el mundo sería «liberado de hombres diabólicos».

Gracias a las cartas, Evangelyne estaba al corriente de que salía con una periodista de la ciudad. Le mandó entonces el manuscrito acompañado de una carta en la que le preguntaba escuetamente si su novia podía leerlo y ayudarla a publicarlo.

Pasaron varias semanas sin respuesta de Poppy. Evangelyne no podía dormir de lo indignada que estaba. En la noche nunca oscura de la prisión, se quedaba mirando el techo de la celda, pensando en todas las muertes del IERA, en el sacrificio y en el sacrificio de qué humanos importaba, en el narcisismo risueño y charlatán de Poppy que no conseguía quitarse de la cabeza. Pensaba en Cornell y en la bonita vida que podía haber tenido si esa persona no se hubiera cruzado en su camino. En lo más profundo de la noche, la indignación se volvía miedo, lo que hacía que la cárcel se le antojara el último puesto de avanzada seguro de una Tierra llena de fantasmas, con Poppy como el demonio que acechaba fuera, uno de un reino infernal. Hasta los abusos de Tío le parecían ahora arte y parte de Poppy, como si hubiera un ente Tío-Poppy que la hubiera confundido con violaciones e incestos para luego coger y masacrar a toda su familia.

Luego, a las tres semanas, llegó un paquete desde Seattle. En él había tres copias del manuscrito que había mandado Evangelyne. En las tres había notas: en una, las de la novia de Poppy, en otra, las de su profesora de literatura, y, en la última, las de Lucinda Gar, a la que Poppy había conocido en una cafetería y a la que había engatusado para que la ayudara. Poppy adjuntaba una carta que decía: «¡Si necesitas más ayuda, dímelo! ¡¡NOS TIENES AQUÍ PARA LO QUE QUIERAS!!».

Desde entonces, la suerte de Evangelyne dio un vuelco. Se

pasó los siguientes diez años de cárcel investigando, completando su formación y escribiendo y reescribiendo *Sobre el comensalismo*, bien abastecida de los recursos que necesitaba gracias a académicos de todo el país.

A Poppy no volvió a escribirle. Destruía todas sus cartas sin leerlas, pese a que las funcionarias de la prisión se empeñaban en dárselas, con el pretexto de que sería ilegal intervenir correo nacional. Cuando salió de la cárcel, cortó el contacto con todo aquel que pudiera tener tratos con Poppy. No llegaron más cartas y, con el tiempo, dejó de temer que apareciera cualquier día en su puerta. Entretanto, fue a la UC de Santa Cruz y luego se trasladó a Princeton. Escribió tres libros y se ganó un generoso segundo sueldo en el circuito de los oradores pagados, y alzó así el vuelo. En todo ese tiempo, no supo nada de Poppy. Incluso halló la forma de contar su historia sin mencionarla. Tan solo una vez, en un intento de escribir sobre el tema para el artículo de la «chica blanca», que en su origen iba a tratar sobre Poppy Beacham, acabó eliminando esos fragmentos antes de pasárselo al editor. Para cuando se publicó, a Evangelyne la aterraba que Poppy surgiera de la nada para decir esta boca es mía. Al ver que no aparecía, se sintió segura por primera vez desde que tenía dieciséis años.

Esa sensación de libertad siguió hasta que, en diciembre de 2018, aceptó un puesto en la UCLA. Albergaba la esperanza de revivir la moribunda organización del Pacom que había en California; tenía la sensación de haber superado los problemas emocionales que habían socavado su primer intento. Fue en Los Ángeles donde se compró su primera casa, una vivienda moderna de mediados de siglo, de una planta, en Santa Mónica, no muy lejos de la mansión donde estábamos en esos momentos. La casa representaba una esperanza de felicidad egoísta, algo que Evangelyne había temido imaginar y nunca había llegado a creer que pudiera existir. De hecho, con el tiempo se confirmaría que sería su error letal.

El problema era la asociación de propietarios del vecindario, que no paraba de sancionarla por infracciones como poner calabazas en los escalones de entrada en Halloween, dejar que una

invitada fumara en el jardín delantero o tener «una pérgola de cochera demasiado inestable». Como nunca le daba tiempo de ir a las reuniones, la asociación siguió siendo un enigma para ella, a pesar de que sabía que la mujer antipática que vivía a su derecha era la presidenta. Le preguntó a su único vecino negro si él pensaba que estaban haciéndole la cama. «Pues ya te digo...», fue su clara respuesta, y luego le contó que esa mujer era una republicana acérrima que había estado investigando si había alguna manera legal de impedir que Evangelyne se mudara al barrio. «Por eso de que eras una criminal, como comprenderás. Por supuesto, a mí no vino a preguntarme.» Lo que colmó el vaso de su paciencia fue cuando la asociación la amonestó por tener un perro no registrado. Evangelyne no tenía ninguna mascota, mientras que el perro de la vecina republicana se pasaba la noche ladrando. Cuando las clases terminaron en verano y tuvo tiempo libre, contrató a una abogada para denunciar a la asociación por hostigamiento.

La asociación recibió la notificación el 25 de agosto. En la mañana del 26, la policía se presentó en la puerta de Evangelyne para decirle que había recibido una llamada avisando de que una mujer afroamericana había allanado una morada. Aunque la pillaron en albornoz, insistieron en que se identificase y les enseñara también la escritura de la propiedad antes de acceder a irse. Una vez que se fueron, Evangelyne se vistió y fue a llamar a la puerta de la vecina republicana, que reconoció haber llamado al 911, pero no veía por qué tenía que formar tanto alboroto por un simple malentendido. La mujer era tan bajita que daba cosa y parecía alarmada por su presencia. Evangelyne empezó a explicarle por qué no debía llamar a la policía para denunciar a sus vecinos negros, pero, cuando se dejó llevar por las emociones, la mujer entró en pánico y le cerró la puerta en la cara. La escuchó entonces, o eso le pareció, llamando otra vez al 911.

Evangelyne solo perdió los papeles unos segundos..., aunque le dio tiempo a aporrear la puerta, dejar marcas en la pintura con los puntapiés y gritar amenazas. Luego recobró la compostura. Era una mujer negra en un barrio blanco de ricos que estaba gritando

que iba a hacerle tragar los dientes a una cabrona mientras la cabrona en cuestión llamaba al 911. Cuando dio media vuelta para irse, se tropezó en el escalón y a punto estuvo de caerse. En ese sobresalto de equilibrio perdido, lo supo.

Ni siquiera regresó a su casa. Se montó en el coche y arrancó. Cuando se encontró con un atasco aprovechó para llamar a una amiga pacomita, que se ofreció a quedar con ella en Bed, Bath & Beyond para ayudarla a escoger una cámara de seguridad. Para cuando llegó a la tienda, ya había tres pacomitas esperándola. Había recobrado la calma suficiente para bromear sobre la pataleta que le había entrado en la puerta de la amable señora blanca y se remedó a sí misma haciendo muecas graciosas, consiguiendo que las otras chillaran de la risa. Las chicas consultaron por internet y llegaron a la conclusión de que, por lo que había hecho, en California solo era culpable de vandalismo, aunque en Florida la mujer habría estado en su derecho de dispararle. Luego vagaron por la tienda durante casi una hora, enfrascadas en una conversación emocional sobre polis que asesinan, el Estado penitenciario y mujeres blancas que llaman al 911 en cuanto ven a una persona negra con cara de ser feliz. Intercambiaron historias de encontronazos con la policía, todo en tono de sororidad, aunque, poco a poco, Evangelyne empezó a distanciarse mentalmente de ellas. El racismo policial era una realidad —nadie mejor que ella lo sabía—, pero esas chicas no estaban enfrentándose a lo que ella se había enfrentado. No era solo negra. Había matado a dos policías. Sabía cómo iba a morir.

En lugar de expresar esos sentimientos, acabó comprando un sistema de seguridad doméstico, así como dos cámaras de vigilancia para exterior. Luego se quedó un rato más en la tienda con las pacomitas mientras una de ellas decidía si comprarse unas persianas venecianas o no. Para entonces estaba medio grogui y se unió a las demás en sus chistes tontos sobre tratamientos para ventanas comensalistas, riendo con fuerza y afectación. Cuando una dependienta blanca se les acercó apresuradamente, sacaron las uñas, creyendo que iba a pedirles que se fueran, pero resultó que había reconocido a Evangelyne y quería hacerse un selfi con ella.

Mientras posaba con la chica, sintiéndose ya mejor (quizá ser famosa la protegería de lo peor), le sonó el teléfono con un número de Reno. No lo cogió porque no lo reconoció. Al cabo de un minuto, le vibró el móvil al recibir un mensaje en el buzón de voz, que también ignoró.

Volvió a casa sola y se pasó el resto del día escribiendo. Se había desquitado del miedo que había pasado y luego incluso le cundió el trabajo. Sobre las cinco y media se tomó un descanso para instalar su nuevo equipo de seguridad. Le llevó casi dos horas porque nunca había conseguido aprender a hacer nada que requiriera maña; uno de los conocidos defectos de las cárceles de mujeres es la falta de programas educativos. Para cuando terminó, estaba físicamente agotada. Se podría haber ido a la cama sin saber lo que había pasado si no hubiera sido porque se acordó de que, con todo el jaleo, ese día no había mirado el correo.

En el buzón encontró las típicas revistas y un libro de un compañero que tenía que reseñar. Había también un grueso sobre amarillo con matasellos de Reno que le habían remitido desde su antiguo piso de Princeton. Por la letra del sobre, supo al instante que era de Poppy.

Se quedó un minuto paralizada, sudando junto al buzón, iluminada por el foco de su nueva luz con sensor. Cuando se apagó, movió la mano como por instinto para volver a encenderlo y luego sintió más miedo aún al ver que funcionaba. De vuelta a la casa, notó la presencia de sus propias cámaras grabándola. Miró de reojo a la casa de la vecina republicana, de la que solo se veía el largo camino de entrada. Agarraba el sobre amarillo con tanta fuerza que le dolían los dedos. Se dijo que iba a tirarlo sin leer siquiera el contenido. Iba pensando esto mismo incluso mientras entraba, cerraba de golpe la puerta, dejaba el resto del correo en el suelo y desgarraba el sobre para abrirlo.

Contenía básicamente cincuenta páginas de paranoias. En un primer vistazo, no distaban mucho de las cartas que le escribía cuando estaba en la cárcel. Se puso a hojearlas por encima, pero casi al momento se detuvo en un dibujo de unos pájaros sin pico con la leyenda AMIGOS DEMONIOS escrita por debajo. Como nunca

había visto pintado ninguno de los demonios de Poppy, se puso a leer lo que había escrito debajo. Hablaba de cómo estaba destinada a arder para salvar a la Tierra moribunda. Era el primer sacrificio que exigían los demonios de la tierra y del cielo. Otras mil mujeres más arderían con ella; sus nombres estaban escritos con luz. El sacrificio de las Mil abriría una puerta al reino de los demonios. «Y entonces arrastrarán el Mal hasta esa puerta y los demonios se lo llevarán y lo custodiarán. Este es el Segundo Sacrificio, uno tan asombroso como el de los tiempos de Noé.»

A punto estuvo de dejar de leer llegada a ese pasaje. Estaba ya en la cocina y miraba de reojo el cubo de la basura. Siguió sin tirar la carta y, en cambio, se sentó a la mesa y encendió una lámpara. Continuó leyendo sobre cómo, mediante la gracia de los demonios, el mundo se convertiría en un refugio de paz, gobernado por reinas sabias. La contaminación se despejaría y el «genocidio contra la Tierra» llegaría a su fin. Pero la Puerta se quedaría abierta, y algunas «esposas de Lot» mirarían por la rendija, compadeciéndose de aquellos Hombres Malvados. El Mal las sentiría allí y empezaría a caminar hacia la Puerta, «como perros que persiguen un rastro». Si la Puerta no se cerraba, esos Hombres encontrarían la apertura de vuelta al mundo y volverían como una avalancha. Luego todo volvería a ser como antes. Las Mil habrían ardido en vano.

Poppy le escribía a Evangelyne para pedirle que recordara esta carta en el futuro y cerrara la Puerta. Le diría cómo hacerlo y, siendo como era tan inteligente, seguro que no le costaría mucho. Todavía no había llegado la hora; lo único que le pedía Poppy era que lo leyera y lo recordara. El resto de las personas pensaban que estaba loca, pero a Evangelyne la habían criado en la fe de la Antigua Sabiduría. Sabía que el sacrificio era real. Su gente había...

En ese punto Evangelyne volvió la hoja y se encontró con un macabro dibujo de un grupo de hombres a cuatro patas: parecían estar desmembrando a un niño, que tenía un brazo arrancado, con los chorros de sangre subrayados en boli rojo.

Aquella imagen le provocó un ataque de nervios y empezó a hojear de nuevo la carta apresuradamente, en busca de cualquier indicio que sugiriera que Poppy sabía dónde vivía. Que lo hubiera

enviado a la dirección de Princeton era tranquilizador. Pero aun así se preguntó si no debería avisar al servicio de seguridad de la UCLA. Miró de nuevo el matasellos de Reno y estaba a punto de comprobar por Google Maps qué distancia las separaba cuando se acordó, con un sobresalto impactante y frío, de la llamada que había recibido desde Reno.

Buscó el mensaje de voz y lo escuchó. Era de la oficina del sheriff del condado de Washoe: llamaban para hablar de Poppy Beacham.

Abrió una botella de vino y se tomó una copa colmada. Cuando llamó al número, dio señal, pero no contestaron. Estaba pensando en colgar justo cuando oyó la voz de su vecina republicana fuera y se quedó helada. La mujer estaba chillando, parecía histérica. En un principio intentó recordar dónde había puesto la escritura de la casa, pero se dio cuenta entonces de que la mujer estaba gritando un nombre. Estaba gritándole a su hijo que entrara en la casa.

En ese momento respondieron al teléfono, una chica con un tono brusco y a la defensiva. Lo suavizó, sin embargo, en cuanto Evangelyne se identificó, y le explicó que no era más que una voluntaria y que iba a ir a buscar a una agente. Preocupada, Evangelyne se sirvió otra copa de vino y acabó escupiendo un trago de vuelta a la copa cuando otra mujer se puso al teléfono. Esta se presentó como la agente Meg Herrera y le preguntó si estaba acompañada en esos momentos. Evangelyne se puso a llorar al instante porque supo que Poppy debía de haber muerto.

Cuando pudo controlar la voz, le mintió a la agente y le aseguró que tenía al lado a su compañera de piso. Herrera le dijo entonces que sentía mucho tener que darle una noticia tan horrible en una noche así, pero que Poppy Beacham había fallecido. La habían encontrado esa misma tarde unos senderistas en pleno desierto, al norte de Reno, donde al parecer la señorita Beacham se había empapado de gasolina y se había prendido fuego. Seguía con vida cuando la encontraron y los senderistas habían conseguido llevarla hasta el hospital de Gerlach. Desde allí la habían trasladado en helicóptero hasta Reno para que la trataran de

urgencia, pero las heridas resultaron demasiado graves. Hacía una hora que la habían declarado muerta.

—Por supuesto, desde entonces han ocurrido muchas cosas, y esto ha sido un auténtico caos con lo de... con lo que ha pasado con los hombres. Supongo que lo entenderá. Es que teníamos aquí su nombre apuntado como la pariente más cercana de la señorita Beacham, eso es todo lo que sé. Estamos solo cuatro en la comisaría, y eso incluyendo a las voluntarias, pero si hay algo que podamos hacer por usted... Esta noche no hay mucho que pueda hacer realmente por nadie.

Mientras la agente Herrera hablaba, Evangelyne iba de un lado para otro con el teléfono, parando de vez en cuando ante la copa y bebiendo otro trago. No entendía todo lo que estaba escuchando. Comprendía que Poppy la había nombrado su pariente más próxima, y que, por lo tanto, también tenía su teléfono. Cuando la agente terminó de hablar, Evangelyne se detuvo y se quedó mirando por la puerta cristalera del jardín trasero. De pronto pasó un animal corriendo que, en un principio, le pareció un coyote, pero vio que iba arrastrando una correa: era un perro. La vecina seguía gritando en la noche, ya sin expresión en el tono. El nombre que gritaba era «Thomas».

Sin pensarlo, Evangelyne colgó. Se pasó un minuto intentando ver cómo bloquear el número de la comisaría y luego decidió apagar el móvil sin más. La voz de la vecina republicana sonó con más fuerza, luego bajó de volumen y después paró del todo. Se oyó un portazo; se había metido en su casa. Entretanto, Evangelyne fue al cubo de la basura, rompió los folios que le había mandado Poppy Beacham y los entremetió en la orgánica con los dedos. Acto seguido se lavó las manos, ató la bolsa de la basura, la llevó al cubo que tenía en la cochera e incluso lo sacó a la acera, aunque en teoría el camión no pasaba hasta el día siguiente. Resultó que tardarían una semana en recogerla. Y cuando lo hicieron fue porque la propia Evangelyne había reorganizado la recogida de basuras de Los Ángeles.

Cuando dejó el cubo en la acera, le preocupó no poder dormir esa noche y se preguntó si otra copa de vino la ayudaría o sería

peor. Le costó un rato notar el cambio en el paisaje, que poco a poco comprendió que era por los coches aparcados en la calle, no delante de su casa, sino a cierta distancia en ambos sentidos de la marcha. El automóvil más cercano tenía una luz encendida por dentro y las dos puertas delanteras abiertas. Le pareció tan raro que fue hasta la calzada para verlo más de cerca. Mientras avanzaba, se le acostumbró la vista a la oscuridad y vio de pronto que se trataba de un coche patrulla. En total había ocho coches patrulla aparcados en la carretera en ambos sentidos, justo fuera del alcance de la vista desde sus ventanas.

Yo esa parte de la historia, por supuesto, ya la conocía. Evangelyne la había contado infinidad de veces: que había visto los coches patrulla y había encontrado el ariete en el césped; que había sido el blanco de una redada que se había evaporado, volatilizado, abducida. La había contado cientos de veces. La había contado en mítines ante miles de personas.

Pero, desde luego, no había mencionado a Poppy. Se había pasado toda la vida mintiendo sobre ella, confesó Evangelyne, cansada y con la voz ronca. Estaba sentada en la penumbra, con la espalda apoyada contra la única parte de pared vacía, mientras las ramas de Ji-Won se proyectaban por todo alrededor y por encima de ella, como protegiéndola, como el bosque alrededor de la Bella Durmiente. No nos habíamos movido del sitio. No habíamos reaccionado físicamente. Veíamos a hombres que caminaban, casi invisibles en medio de la polvareda, y Evangelyne brillaba entre nosotras, frágil.

—Tú sabes que yo me he resistido a creer esto —dijo entonces —. Incluso después de ver esos vídeos que son idénticos a los dibujos de Poppy... Ni por esas dije: «Ah, vale, *Los hombres* es la Puerta. Poppy tenía razón. Es todo cierto». Así que incluso cuando estaba intentando detener la emisión de *Los hombres* seguía haciendo como si lo combatiera racionalmente. Como que vale, puede que hubiera habido una Desaparición y que *Los hombres* se pareciera a los dibujos de Poppy, pero esta sigue siendo la realidad. Sigue habiendo límites. Si me tiro de un tejado, me parto

la espalda. El sol sigue saliendo por la mañana. Y si es el mundo real, hay alguien haciendo esos vídeos, y podemos encontrar sus ordenadores y clausurarlo todo.

»Pero todo este tiempo yo lo sabía: no es real en ese sentido. Es la realidad que yo aprendí cuando era pequeña, esa en que consigues las cosas a fuerza de plegarias y rituales y, sí, puto sacrificio. Así que finjo que soy racional, pero en realidad lo único que quiero es recuperar la carta de Poppy Beacham, leerla hasta el final y averiguar cómo cerrar esa Puerta. Porque creo que si no soy capaz de cerrarla me voy a despertar de vuelta en esa casa y los polis van a aparecer y van a matarme a tiros.

»Así que me digo: ¿qué haría Sundayate? ¿Qué creería él? ¿Qué creía yo antes de que me metieran presa y prendieran fuego a todo lo que tenía en la cabeza? Y si estoy aquí es porque antes creía en el amor como algo sagrado, como un poder que fue quizá lo que creó el mundo. Y si siguiera siendo tan pura y estúpida, sabría que la respuesta es el amor. Si pudiera convencerte de que yo soy suficiente, de que este mundo es suficiente, creo que la Puerta se cerraría.

»No sé siquiera si me estás escuchando. Si es así, no sé cómo convencerte. Entiendo que has perdido a toda tu familia. Que tú no eres Poppy Beacham y no me debes nada. Pero si tengo razón, no solo estarías matándome a mí, sino que te estarías cargando también todo el trabajo que hemos hecho. Estamos tan cerca de conseguirlo, Jane... Podemos hacer de este mundo todo con lo que la humanidad ha soñado siempre, los sueños más alocados que haya tenido nadie, todo lo que está a nuestro alcance. Te quiero más de lo que te quiere Leo y además voy a ser presidenta. ¿Qué es él? ¿Qué te ha dado él en esta vida? No quiero ofenderte, pero en este mundo tú eres un ama de casa sin experiencia laboral ni opciones. Piensa en lo que podrías hacer aquí. Piensa en lo que puedes ser. No seas tonta, joder. Elígeme a mí.

Por supuesto, mientras estuvo hablando, nosotras mirábamos la tele. Vimos a desconocidos llegando a casas destartaladas, bosques muertos, calles anegadas. Vimos a un hombre que llegaba

a su casa y cómo la tierra cobraba vida a su alrededor y el cielo se volvía azul. Vimos a Henry Chin en la calle a las puertas de su bloque de pisos de Durham. Vimos a Leo volviendo de la acampada y a Alejandro Suarez arrastrándose hasta el complejo hospitalario donde habían operado a Blanca. Vimos a Peter Goldstein nadando por una calle anegada de una Nueva York arrasada.

Y, mientras Evangelyne me pedía que la eligiera, Billy McCormick aparecía en la tierra muerta al otro lado de nuestra ventana y relucía con un verde muy vivo. El agua de la piscina se aclaró y se volvió de un azul intenso. Pasó un coyote corriendo.

Detrás de mí, Blanca se puso de pie. Los colores de la pantalla plana se tornaron plateados. Veía todo esto aun sin apartar la vista del televisor. Eran los colores de la habitación, donde la luz había cambiado. Estaba anocheciendo. A Evangelyne no la veía.

Puede que pasara algo de tiempo. Nunca lo sabré. Nunca sabré más de aquel mundo.

Ji-Won se había puesto en pie.

Yo me levanté entonces.

Ruth y Alma hicieron otro tanto.

La pantalla se volvió diminuta a mis espaldas y por todo alrededor el bosque se había vuelto de un verde desconcertante, salpicado de rocío y luz de luna, con los susurros de los árboles solapándose con los gritos de los insectos.

Di el primer paso. Vi el lateral de la tienda de campaña, con un puntito desvaído de luz electrónica en la mosquitera de la ventanita. Las demás estaban allí y ya se habían ido. Me vi tendida en una hamaca todavía con las botas puestas, la piel pegajosa por el repelente de mosquitos y el sudor sin lavar de una caminata de todo un día. La amplitud de la noche que me rodeaba me hacía sentir limpia. Lo recordé todo, hasta la última molécula y temblor de aire: me habían entrado ganas de quedarme a ver cómo salían las estrellas y sentirme indómita y solitaria, sin ataduras. Había querido recrearme en mis fantasías, en las que no me había casado y lo de Alain no había ocurrido, en las que tenía toda mi vida para mí. Anochecía y el cielo estaba de un solo color: violeta grisáceo, sedoso, oscuro. Había habido épocas en que había sentido miedo

en este mundo, malas épocas. Esta no era una de ellas y me sentía feliz.

Abrí los ojos. Las hojas color lima limón del aliso que tenía por encima temblaban en su luminosidad, con un tono más vivo que el cielo. Veía la tienda de campaña. Mi hijo y mi marido estaban allí.

15

Sentí la pulsión desde el primer momento, pero me quedé un buen rato mirando la tienda. La débil luz de la tablet de Leo se apagó. El brillo de las hojas, que yo había achacado a la luna, resultó ser lo que quedaba de atardecer. Se hizo la oscuridad real. Cuando por fin me levanté, se me cayó el móvil de la hamaca. Había olvidado que lo tenía allí al lado. Pensé entonces en comprobar por internet en qué mundo estaba. Cogí el móvil, pero no consulté todavía nada.

La mosquitera de la tienda estaba cerrada hasta abajo para que no entrara ni un bicho. Me agaché al lado y pegué la oreja. Daba la impresión de que los dos dormían. Bajé la cremallera muy lentamente, con todo el sigilo que pude. Cuando por fin los vi, tuve que apretar los dientes. Me llevé la mano a la garganta como para ahogar el sonido que iba a hacer.

Benjamin tenía la cabeza remetida en el costado de Leo, con su pelo claro, limpio e intacto, las piernas separadas de cualquier manera. Llevaba el pijama rojo de los Vengadores, que estaba arrugado, pero también intacto. Parecían mullidos. Me maravilló su cuerpo menudo, como si fuera el primer crío que veía en mi vida. Era de una belleza asombrosa... y estaba vivo. Mi hijo estaba vivo. Yo había salvado el mundo.

Leo de entrada me impresionó. Llevaba meses viendo una versión de él, y físicamente eran iguales. Pero, incluso dormido, saltaba a la vista que ese Leo tenía sentimientos. Le daba una apariencia extraña; era como si un zapato, al mirarlo de cerca, no estuviese inanimado sino dormitando, como si un sillón respirara suavemente. No me gustaba mirarlo. Me sorprendió tener miedo de que fuera a alargar la mano y a tocarme.

Esa sensación se extendió a Benjamin. Me entró una náusea

por dentro, como un calor, más intenso por la cabeza. Me encogí en el sitio y retrocedí.

Estuve un rato sentada sobre los talones. La náusea remitió, pero no así la inquietud. Sabía que debía subir la cremallera, pero no conseguía reunir las fuerzas. Por fin dejé de intentarlo y me puse en pie algo desorientada.

Hay sensaciones tan dolorosas que te hacen más grande. Creces para dejar espacio al dolor. Bajé por el camino que conocía de memoria después de mis diez días buscándolos a ellos dos, un sendero que podía atravesar perfectamente a oscuras. A pesar de todo, sentaba bien estar fuera después de todos esos meses confinada en la casa. Conforme avancé, el viento amainó y, en el silencio recién ganado, las pisadas resonaron amplificadas, demasiado cerca, como cuando se respira dentro de un casco. El coche estaba donde siempre. Cuando lo abrí con el mando, emitió un pitido penetrante. Me subí y sentí el frescor y el aire cerrado de un coche que ha pasado la noche fuera, como la atmósfera de una casa abandonada. Me acordé de cuando fui a San Francisco con Maya y Micah, y del perfume almizclado de la primera, que me parecía demasiado fuerte, pero aun así le dije lo contrario llevada por las ganas de agradar. El coche olía ahora a los cigarros que de vez en cuando fumaba Leo, sumado a una nota amarga de un tetrabrik de zumo roto. Esos olores en concreto me transportaron de vuelta a un momento del tiempo, un momento que debía ser ahora.

Dejé el móvil en el asiento del copiloto para tenerlo a mano por si me llamaba alguien. Le di un trago a la botella de agua que estaba en el reposavasos. Bajé la ventanilla y arranqué el coche.

En ese tramo de carretera, recordé la historia de Evangelyne de cuando iba cantando en el coche con Giovanni, Paul y Jay. Pensé en cantar, pero me pareció triste hacerlo sola. Era una carretera con curvas que daba la impresión de avanzar hacia la oscuridad, por un bosque cada vez más cerrado y, en ocasiones, un fugaz destello de cielo abierto. En mi fuero interno, mi marido y mi hijo seguían pareciéndome terribles. Los había dejado en aquel monte. Esa era yo. Había desgraciado el mundo.

Tal vez, como para mí había pasado un año, había asumido que era muy de noche. Pero cuando entré con el coche en el pueblo donde había conocido a Holly, la pizzería seguía abierta. Me fijé en que se llamaba El Reino de la Pizza, un detalle en el que no me había fijado antes. Me pareció que tenía ecos cristianos, hasta que recordé el nombre del pueblo, Redwood Kingdom, el reino de las secuoyas. Pude aparcar justo delante, desde donde veía la zona de mesas. No había, claro está, grupitos de mujeres fuera, ni cajas de provisiones, ni enredos de cables. Holly no estaba y no había nadie en el local salvo una mujer que estaba comiendo con un niño pequeño en un reservado. En lugar preferente, dos pantallas de televisión dominaban la pizzería y en ambas se veía la Fox News. Seguramente antes también estaban, solo que apagadas. La otra vez no me había fijado en ellas.

La mujer y el niño estaban mirando sus móviles mientras comían mecánicamente la pizza. Un presentador de la Fox News al que no reconocí sonreía de oreja a oreja ante los comentarios de un invitado... Ambos, hombres. Quise que la mujer levantase la vista y mirara la pantalla fascinada y conmocionada, o a su hijo con embeleso. Pero siguió ojeando algo en el móvil. El niño habló y ella le respondió sin levantar la vista. Cogió una servilleta arrugada y se limpió las manos.

En aquel mundo nada había pasado. Dentro de un minuto iría a comprar una Coca-Cola Light para el camino y sería como si nada hubiese ocurrido. Compraría un refresco en un mundo con hombres.

Estaba pensando esto cuando un tipo se bajó de un coche detrás del mío y entró en la pizzería. Nada más cerrarse la puerta, me vino de pronto olor a pizza. Holly salió por una puerta trasera para atenderlo y yo tuve una reacción física al verla. Después tuve otra, retardada, al ver al hombre. Más en concreto sentí una ola de atracción sexual, ridícula dadas las circunstancias. Me reí para mis adentros en la penumbra del coche. Cogí el móvil.

Seguía teniendo el número de Evangelyne entre los contactos, aunque también me lo sabía de memoria. En nuestros días en Santa Cruz, siempre lo marcaba en el teclado, pues sentía que eso me

daba poder. Si recordaba el número, ella contestaría el teléfono. Ahora significaría que seguía viva.

Lo marqué lentamente, consciente de los movimientos minuciosos de los dedos. Cuando pulsé el icono de «Llamar», me entró un escalofrío a pesar de que era una noche cálida. En cuanto dio tono, me eché a llorar. Era tal mi necesidad de hablar con ella que parecía inconcebible que no contestara, aunque también inevitable. Al saltar el contestador, no pude hablar. Colgué y volví a marcar. Esa vez recé en silencio, moviendo los labios. Estaba prometiendo que trabajaría en este mundo, como lo había hecho en el otro, para ayudar a Evangelyne a llegar al poder. Si salía ya, estaría con ella por la mañana. Hay gente brillante que necesita esposas; a lo mejor todo el mundo, para poder funcionar óptimamente, necesita una esposa. Yo podía acabar en un día con sus problemas con la asociación de propietarios. Podía abrir la puerta cuando llegara la poli. Estaba pensando en los eriales que aparecían en *Los hombres*. Teníamos que actuar o los océanos y los mares morirían, las temperaturas subirían hasta que la vida en la Tierra fuese imposible, los plásticos se nos acumularían en los pulmones y la sangre hasta que desapareciera toda vida. Había vuelto por la gracia de dioses reales; eso tenía que significar algo, sí o sí. Toda resistencia a nosotras debía caer como una ola que cae y se arruga contra una orilla. Ella tenía que estar allí. Todavía podíamos salvar este mundo.

Volvió a saltarme el buzón de voz y la mente se me disparó. Eso no tenía por qué significar que estaba muerta. Ella solo le cogía el teléfono a la chica que se estaba follando en esos días. En este mundo llevábamos seis años sin hablar, y era posible que mi número le apareciera como «Desconocido». Los asesinatos perpetrados por policías, a pesar de tener unas cifras altas, no eran tan comunes como resultado de un arresto cualquiera. Era demasiado conocida para que la asesinaran de esa manera. Era normal que tuviese miedo, pero no era probable que la matara la poli, al menos no por pegarle patadas a la puerta de una vecina y gritarle. No estaban disparándole ni asfixiándola en esos momentos. Evangelyne nunca cogía el móvil.

Todavía llorando, colgué y le escribí un mensaje: «Soy Jane Pearson. Respóndeme, por favor. Es importante». Lo mandé y me quedé mirando la pantalla. No pasó nada. Escribí: «Solo dime que estás bien». Luego lo borré sin enviarlo. No estaba muerta, pero me consumía la rabia y me hacía vibrar por dentro. Tenía los sentimientos concentrados en el teléfono, en aquel cacharro que se negaba a hacer su trabajo. Debía encontrarla ya y no estaba consiguiéndolo. Estaba matándola.

Llamé una vez más antes de probar con el navegador. En el estado en que me encontraba me costó teclear su nombre en la barra de búsqueda. Al principio me equivoqué tantas veces que no paraba de sugerirme autocompletarlo con «Elvis Presley». Después tuve que añadir unas palabras; con solo el nombre no me aparecían más que portadas de revistas de los últimos diez años. La búsqueda que por fin funcionó fue: «Evangelyne Moreau Santa Mónica tiroteo LAPD».

En el vídeo se ve una calle residencial de Santa Mónica. Es de noche. La luz y los colores son inestables por la intermitencia de las luces de los coches patrulla. El precinto policial mantiene la cámara a raya. Hay unos doce coches de policía acaparando la calle sin ton ni son, apuntando a cualquier parte, como si la marea los hubiera dejado allí. Hay incluso algunos aparcados directamente en un jardín vecino, con corrillos de agentes al lado. Hay más policías formando un segundo precinto de seguridad, mirando a la cámara. Llevan escudos y cascos con aparatosas máscaras de plástico que les oscurecen la cara. Algunos llevan escopetas; uno tiene un ramillete de bridas blancas en el cinturón. Todos llevan tanto equipo y protección corporal que sus siluetas negras están distorsionadas. Son criaturas más grandes de lo normal que no parecen hombres. No hacen ni dicen nada. Están allí apostados sin más. También esto hace que no parezcan humanos.

En nuestro lado del precinto se ha reunido una pequeña multitud. Hay una mujer mayor con las manos entrelazadas y pegadas a la nariz; está rezando. Los demás están en movimiento constante, pululando y gritando, por momentos uniendo sus voces

en un cántico. El centro de atención es el césped y, al fondo, una casa de una planta de construcción moderna. Esa casa tiene una luz espectral, posiblemente porque cuenta con sensores de movimiento. Hay una ventana rota. La puerta de la calle ha desaparecido por completo y el hueco está tapado por una cruz de cinta policial. En el umbral hay algo tapado de cualquier manera con un plástico blanco: un cadáver. Ha quedado fuera un pie descalzo, de lado. Bajo aquella luz extraña, la planta del pie de Evangelyne parece roja. No distingo si es sangre o un efecto lumínico.

Nadie se le acerca. Pasan los minutos y el plástico no se mueve.

Apagué el móvil y me quedé un rato mirando fijamente la pizzería. La Fox News estaba mostrando ahora una grabación de un incendio forestal: una imponente mole de humo con un borde anterior de color naranja. El pequeño del reservado seguía obedientemente quieto mientras su madre le limpiaba la cara con una servilleta. Para entonces, yo estaba muy en mi mundo y no paraba de pensar en bromas sobre optimización de los motores de búsqueda en casos de tiroteos policiales. Estaba llorando. Como muchas personas con un buen historial de traumas, lloro cantidad. Puedo llorar sin sentir nada. Hace que la experiencia se devalúe. La vuelve confusa.

El hombre que entró en la pizzería volvió a salir y abrió la puerta con el hombro, deslizando el cristal para poder hacerlo con la caja de pizza tamaño familiar. Atravesó el aparcamiento, en dirección a mi coche. Estaba mirándome directamente, y la mano se me fue como un resorte al arranque. Todavía había desconocidos que me encaraban, que me llamaban pederasta o me grababan con el móvil mientras me pedían que me suicidara. Pero, conforme se acercó, el hombre puso una cara de preocupación muy marcada y ladeó la cabeza. Quería saber si me encontraba bien.

Sonreí y levanté el móvil para transmitirle: «Estoy hablando por teléfono». Pareció bastarle. Me devolvió la sonrisa, con cara de haberse quitado un peso de encima, y dio media vuelta. Hay

hombres que son compasivos por instinto, como las mujeres; era algo que había olvidado y que me dejó sin aliento. Volví a arrancar el coche.

Cuando regresé al inicio de la ruta, aparqué en el mismo hueco y, mientras subía por el monte, me fui inventando una historia para explicar mi ausencia. La ensayé mentalmente, formando con la cara expresiones simpáticas y cándidas mientras imaginaba la mentira. Pero, cuando regresé, el campamento estaba en silencio. Me quedé de pie bajo los árboles oscuros. Pensé en volver a ver cómo estaba Benjamin, pero ya no tenía ni el deseo ni el miedo.

No todos hemos nacido para cambiar el mundo. Dejamos que el mundo cambie a nuestro alrededor. Lo dejaríamos morir si fuera el caso. Vivimos vidas pequeñas, limitadas por las costumbres y el miedo. Volví a la hamaca y busqué las estrellas entre las ramas. Recordé mi meditación nocturna y la repetí mentalmente para sosegarme. Sentí la presencia de mi marido y de mi hijo, y me encantó que estuviesen allí. Estaba enamorada de ellos. Tenía más de lo que tiene la mayoría. Era suficiente. Había épocas en las que había pasado miedo en este mundo, malas épocas, pero esta no lo era. Me sentía feliz.

Esa noche no dormí nada. Varias veces decidí que me iba y una vez llegué al inicio del camino antes de dar media vuelta. Busqué a las demás por internet y conseguí localizar a Ji-Won y a Blanca. No les escribí, pero redacté los correos en mi cabeza. Miré a ver cuánto dinero tenía en la cuenta del banco e intenté pensar en ciudades donde pudiera permitirme una fianza y un primer mes de alquiler. Busqué trabajos en esas ciudades por Craigslist. Odiaba a Leo e incluso a Benjamin. Sabía que no sería capaz de volver a esa vida.

Pero cuando salió el sol seguía en la hamaca. Vi cómo se fundían las estrellas en amanecer.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias en primer lugar a mi siempre alucinante y a menudo mágica agente, Victoria Hobbs, que lleva conmigo desde los inicios, ha crecido en sabiduría con los años y es una amiga que siempre está ahí, así como la mejor representante que se pueda imaginar. Gracias también a Jessica Lee, Alexandra McNicoll, Prema Raj y Tabatha Leggett, de A. M. Heath, por todo el trabajo impresionante que hacen siempre.

Extiendo también mi agradecimiento a los sobresalientes profesionales que trabajaron en este libro, tanto en la editorial británica Granta como en la estadounidense Grove, muy especialmente a mis geniales editores, Peter Blackstock, Anne Meadows y Rowan Cope, quienes lidiaron con un proyecto a menudo desconcertante y díscolo con sensibilidad y agudeza, y excedieron con creces todas las expectativas razonables encontrando soluciones que yo no era capaz de ver. Me siento en constante deuda también con mis publicistas, Lamorna Elmer y Kait Astrella, por el impresionante trabajo de ambas para que *Los hombres* viera la luz y encontrarle amigos en un mundo indiferente, y porque estar con ellas es siempre divertido en medio del a menudo arduo trabajo que supone la promoción de un libro. Gracias asimismo a Jason Arthur por sus numerosas contribuciones a este proyecto, así como a Emily Burns por su apoyo constante y su gran labor. De la editorial Grove me gustaría darles también las gracias a Morgan Entrekin, Deb Seager, Judy Hottensen, Julia Berner-Tobin, Sal Destro, John Mark Boling, Gretchen Mergenthaler, Henry Sene Yee, Nancy Tan y Alicia Burns; y del equipo de Granta, un agradecimiento adicional para Jason Arthur, Sarah Wasley, Arneaux, Simon Heafield, Dan Bird, Bella Lacey, Christine Lo, Noel Murphy, Phoebe Llanwarne, George Stamp, Pru

Rowlandson y Sigrid Rausing. El mundo de la literatura está lleno de historias de terror, así que todos los días me recuerdan lo afortunada que soy de estar trabajando con gente tan brillante y dedicada.

Gracias a los amigos que me hicieron de lectores antes que nadie: Lauren Hough, David Burr Gerrard, Tim Paulson y Catherine Nichols, por su entusiasmo y sus consejos, que a menudo me han salvado la vida. Todo lo que guste de este libro es por lo que hicieron ellos, mientras que todos los errores que haya son cosa mía.

Gracias a los amigos que me dejaron un sitio donde quedarme y trabajar mientras escribía el libro, con y sin gatos, ranas, lagartos, etcétera, para que no me aburriera: Ellen Tarlow, Gina Guy, Jim Gottier y Andrea Ball, Arlene Heyman, Clare McHugh, Peggy Reynolds y Mandy Keifetz. Siento la necesidad de darles las gracias también a los gatos, aunque, sinceramente, no puedo decir lo mismo de las ranas.

Gracias a todos los amigos de internet que me acompañaron a diario mientras escribía este libro y que me ayudaron a sobrevivir en los días más aciagos de 2020, en especial a los miembros de Small Twitter y de la Echo Biosphere, aunque también a mi infinitamente extensa familia de Twitter. Y gracias a Anita, por ser la amiga de carne y hueso sabia, inteligente y generosa que necesitaba en los peores momentos.

Gracias a las escritoras de utopías feministas que me precedieron, en especial a Joanna Russ, Alice Sheldon y Sherri Tepper, mujeres con la valentía suficiente para decir, sin miramientos y en un mundo mucho más patriarcal, que no debería haber hombres. Su obra supuso una diferencia fundamental para mí mucho antes de que pensara siquiera en escribir este libro.

Y gracias siempre a Howard, por leer todas las versiones de este libro y ser mi primer editor, colaborador literario, mejor amigo, marido, novio, lo que está ahí cuando no hay nada más, la voz de la razón, compañero en la sinrazón, hogar, jersey favorito, barco, agua en la que flota ese barco, la infinidad de peces por debajo, las profundidades abisales, ¿me he dejado algo?

Notas

1. En español en el original. *(N. de la t.)*

1. En español en el original. *(N. de la t.)*

1. Versión castellana de Justo G. Beramendi (Gustavo Gili, 2016). *(N. de la t.)*

1. En español en el original. *(N. de la t.)*

Un mundo sin hombres
Sandra Newman

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Men*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, *Mother & Child*, © George Kotsonis, 2005

© Sandra Newman, 2022

© de la traducción, Julia Osuna Aguilar, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-322-4189-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!